

OTTO HOPHAN, O. FM CAP.

LOS APÓSTOLES

Traducido del alemán por

L. Edward Wasserman



LA PRENSA NEWMAN

Westminster,

Maryland

1962

Publicado originalmente en Suiza por Raber & Cie como El
Apóstol Nihil

Obstat: EDWARD A. CERNY, SS, STD
Censor de libros

Imprimatur: LAWRENCE J. SHEHAN, DD
Arzobispo de Baltimore , 9 de
mayo de 1962

El nihil obstat y el imprimatur son declaraciones oficiales de
que un libro o folleto está libre de errores doctrinales y morales.
No implican que quienes han otorgado el nihil obstat y el
imprimatur estén de acuerdo con las opiniones expresadas.

Copyright © 1962 de THE NEWMAN PRESS.

Reservados todos los derechos. Ficha de catálogo de la Biblioteca del
Congreso, número 62-15998. Impreso en los Estados Unidos de
América.

Prefacio

Despertar la mente y el corazón de los cristianos a la conciencia de los apóstoles es una tarea muy grata e importante, pero también algo difícil. En el bautismo se nos infundió una profunda compasión por estos amados hombres, los primeros seguidores, creyentes y proclamadores de Cristo. Cada aspecto y época de la cristiandad debe evaluarse y examinarse a la luz del mensaje que trajeron estos primeros testigos de Jesús.

La «tradición apostólica» estuvo colocada, desde el principio, sobre un fundamento alto y superior.

Las dificultades para escribir un libro sobre los apóstoles radican en la falta de fuentes fiables. Los apóstoles predicaban a Cristo, no a sí mismos; por lo tanto, lo que las Escrituras registran sobre ellos suele ser solo incidental y siempre se presenta en relación con Cristo. La información procedente de la tradición sobre la vida y el destino de los apóstoles también es escasa.

Si bien los documentos apócrifos y espurios aportan mucho sobre los escenarios geográficos y las características nacionales de las labores apostólicas, carecen de la fiabilidad necesaria. Dada la gran importancia de los apóstoles, esta situación explica los errores, tan notables en sí mismos, presentes en los libros sobre la vida de estos hombres. Son escasas las descripciones completas y coherentes de los apóstoles.

Este libro representa un esfuerzo por sacar a los apóstoles de su humilde oscuridad. Su objetivo es reconstruir la personalidad de cada uno de estos hombres, tan diferentes entre sí, pero tan generalmente desconocidos para nosotros; para formar un concepto de estas personalidades vivas y dinámicas a partir del mosaico más o menos numeroso.

vi Prólogo:

Piedras dispersas por toda la Escritura. Aun con toda la moderación de los textos sagrados respecto a la importancia personal y los asuntos de los apóstoles, hay, sin embargo, algunas palabras sobre la mayoría de ellos que, tras un escrutinio cuidadoso y meticulado, a menudo dicen más de lo que a primera vista parece. Además, todo el Nuevo Testamento, el entorno en el que vivieron los apóstoles y la tradición proporcionan un trasfondo poderoso e informativo incluso para la representación más modesta de un apóstol. Haciendo uso de su licencia literaria, el autor ha buscado llenar los vacíos de información sobre cada apóstol individualmente siguiendo sus propias conjeturas. Incluso en este aspecto, sin embargo, sus descripciones resisten la prueba de la comparación con la evidencia histórica y, sobre todo, la escritural. Aunque en ocasiones se utilizó el testimonio apócrifo para presentar un estudio más completo de un apóstol en particular, nunca se cita como la única y finalmente convincente prueba. El lector interesado en estudiar con más detalle los actos apócrifos encontrará estudios más exhaustivos en otras obras.

Este libro podría muy bien servir como introducción al estudio del Nuevo Testamento. Sería imperdonable que una obra que depende tan completamente de las Escrituras para su información no ofreciera algún tipo de comentario sobre ellas.

Estos textos, incluso cuando están escritos en forma de una modesta carta de instrucciones, proporcionan una idea de las personalidades de los apóstoles que los escribieron. La esencia y el sentido de los Libros Sagrados deben confiarse al lector mediante un estudio basado en una sólida erudición bíblica científica, pero sin lastre científico. Esta obra pretende ser no solo instructiva e informativa, sino también constructiva y formativa. Las personalidades de los apóstoles, así como sus palabras y obras, deben tener una trascendencia inmediata e influencia en el cristiano activo y práctico. Esta obra no es una moraleja interminable, sino una aplicación concreta del mensaje de los apóstoles a nuestros tiempos y vidas.

Hay otra línea de pensamiento en este libro: la Iglesia. Es a la luz de la Iglesia que los dos primeros propósitos del libro debían considerarse, no como apologética e incluso

Prólogo vii

No como polémicas, sino en el espíritu de los Evangelios, porque es en los Evangelios donde la Iglesia tiene su hogar.

El contrato para este libro se firmó en la vigilia del Entecostés, una fecha llena de promesas y muy simbólica para una obra sobre los apóstoles. Bajo la influencia del Espíritu Santo, debía llegar a una época ansiosa por el nuevo mundo, para proclamar con fuerza y con firmeza junto con Pedro y Pablo: Cristo es «la piedra que desecharon ustedes, los constructores, y que se ha convertido en piedra angular. En ninguna otra hay salvación».

Hechos 4:11-12). Porque nadie puede poner otro fundamento, sino aquel que ya está establecido: Jesucristo.

La hora de los apóstoles está cerca. A todos los que anhelan la perfección de Cristo, este libro está dedicado. Christo aborantibus!

Orro HoPHAN, O. FM Cap.

Celebrado en la fiesta de los príncipes apóstoles Pedro y Pablo, .946.

itans.

Suiza

Prefacio al Segunda y tercera ediciones

Tras la eliminación de las pesadas barreras de la posguerra que habían confinado este libro a su patria (Suiza), los Apóstoles — como era característico de ellos— pronto se difundieron por todo el mundo germanoparlante, una Alemania y una Austria liberadas. Su popularidad se extendió tan rápidamente que una tercera edición siguió de cerca a la segunda.

Se han realizado pocas modificaciones; no había razones apremiantes ni justificables para una revisión exhaustiva. La crítica ha recibido el libro con agrado y lo ha valorado favorablemente. Cuando se señalaron deficiencias, se subsanaron, como, por ejemplo, incorporando la cuestión de la sucesión apostólica, puesta de manifiesto en el libro de Cullmann sobre Pedro, y los resultados de la investigación sobre la tumba de Pedro. Se evaluó la literatura recién publicada; las referencias a pie de página se examinaron y corrigieron minuciosamente. Agradezco al Padre A. Copenrath, de Telgte, Alemania, así como al traductor italiano de este libro, el Profesor G. Scattolon, Treviso.

Un libro sobre los apóstoles siempre será oportuno, porque su misión debe continuar en todas las épocas. En nuestra época de reconstrucción, todo cristiano debe ser un "apóstol". "La cooperación de los laicos en el apostolado es una necesidad indispensable. Es, por así decirlo, la extensión del brazo de la jerarquía. La separación de la Iglesia y el Estado siempre tiene la

x Prefacio a la Segunda y Tercera Ediciones consecuencia de

que la Iglesia debe asegurar el cumplimiento de su misión con sus propios medios. Ese es el principio de lo que se llama » (Pío XII, Discurso al Mundo 'Acción Católica')

Congreso del Apostolado Laico Católico en Roma, AAS, 1951, 784 ss.).

¿Quién puede brindar mayor ayuda práctica que los primeros apóstoles para enseñar a los apóstoles de tiempos posteriores a trabajar por la venida del reino de Cristo, cada uno dentro de los límites de su propia personalidad, potencialidad y misión? Este libro, por lo tanto, no pretende ser un tratado árido, sino una introducción a los doce apóstoles como personas reales.

EL AUTOR

Dado en la fiesta de San Miguel Arcángel, 8 de mayo de 1955, Kollegium Maria Hilf, Schwyz, Suiza

Prefacio del traductor

El lector erudito de esta traducción debe tener en cuenta que las variaciones con respecto al original alemán no son del todo accidentes desafortunados. El traductor ha considerado oportuno, siguiendo una sabia sugerencia, eliminar tanto un capítulo introductorio como uno final: el primero, un resumen hermenéutico de algunas cuestiones exegéticas y tradicionales directamente relacionadas con los apóstoles y centradas en el tema del Maestro de todos los apóstoles; el segundo, una exposición de la relación mutua entre los apóstoles y María, la Madre de Cristo. Algunas de estas observaciones se han incluido en otras secciones del libro.

Asimismo, los capítulos sobre Pablo, Marcos y Lucas no se han incluido por obvias razones prácticas. Solo los Doce originales y el apóstol (Matías), elegido para reemplazar a Judas, tienen sus historias registradas en este volumen. El traductor también se ha permitido realizar pequeños cambios, por consideración a los lectores angloparlantes, en ocasiones en que las palabras, comparaciones y pensamientos propios de la mentalidad europea lo exigían o simplemente era necesario para una lectura más fluida y una mayor comprensión del pensamiento.

No menos justificable es la triple partición del libro, una división muy natural, aunque no estuviera presente en el original.

Finalmente, pero no menos importante, el traductor desea agradecer a sus compañeros militares de armas por su sufrida paciencia; durante seis meses soñaron con un sol de mediodía que brillaba como una bombilla y con grillos vespertinos que sonaban como una máquina de escribir hasta altas horas de la madrugada de muchas mañanas brumosas, todo desde un rincón

xii Prefacio del traductor

barracones ya incómodos. Incluso su preocupación ocasional era profundamente apreciada.

Siendo ésta la víspera del nacimiento del Niño Jesús, el Dios de todos los apóstoles, el traductor ofrecerá en breve su obra ante el pesebre navideño junto con, no sólo sus propias intenciones, sino también las de todos los lectores de esta edición en lengua inglesa.

EL TRADUCTOR

Vigilia de Navidad , 24
de diciembre de 1959,

Estación de la Real Fuerza Aérea, Priorato de
Chicksands, cerca de Shefford, Bedfordshire, Inglaterra.

Prefacio	En
Prefacio a la segunda y tercera ediciones	ix
Traductor, s Prefacio	xi
Introducción	XIII
■ PRIMERA PARTE: Los privilegiados	3
Clipter Uno: S1MON PETER	5
La personalidad de Peter	6
El hogar y la familia de Peter	6
La profesión y el llamado de Pedro	8
El temperamento y el carácter de Pedro	12
La negación de Peter	16
Primacía de Pedro	20
Primacía de Pedro prometida	22
Primacía de Pedro otorgada	25
Significado de la palabra "amor"	26
Pedro en los Hechos de los Apóstoles	28
Pedro y Pablo	31
La misión de Pedro	36
Pedro en Roma	38
Los discursos de Pedro	43
Las dos epístolas de Pedro	46
La muerte de Peter	51
Sucesión del Primado de Pedro	53

Capítulo dos: ANDRÉS	57
Andrés, el primer apóstol	58
Andrés, el apóstol silencioso	62
Andrés, el apóstol fuerte	65
Capítulo tres: SANTIAGO EL GRANDE	71
Santiago, el apóstol valiente	72
Santiago, el mártir	79
Santiago, el apóstol viajero	82
Capítulo cuatro: JUAN	85
Juan, el águila	86
Juan, el hijo del trueno	92
Juan, el discípulo amado	95
Juan, el compañero apóstol	105
Juan en Éfeso	109
Juan, el presbítero	112
Juan, el profeta	114
Juan, el evangelista	122
Juan, el pastor	131
Juan, el Santo	134
■ PARTE Dos: La Reservada	139
Capítulo cinco: PHILIP	141
La posición de Philip	142
Felipe, el individualista	145
Felipe, el trabajador	150
Capítulo seis: NATANAEL BARTOLOMÉ	155
Bartolomé, el apóstol alegre	157
Bartolomé, el mártir valiente	164
Capítulo Siete: MATEO	171
Mateo, el recaudador de impuestos	172
Mateo, el evangelista	188
Capítulo ocho: THOMAS	201
Thomas, el escéptico	202
Tomás, el apóstol	211

■ TERCERA PARTE : Los Hermanos . . . y el traidor	219
Capítulo Nueve: SANTIAGO EL	221
MENOR Santiago, el hermano del	223
Señor Santiago, el obispo de	229
Jerusalén Santiago, ¿opponente o hermano de Pablo?	233
La Epístola de	239
Santiago Santiago, grande en el reino de los cielos	245
Capítulo Diez: Judas Tadeo	249
Judas, el hermano del Señor	251
Judas, el granjero	253
Judas, el valiente	257
Judas, el escritor	262
Judas, el apóstol	266
Capítulo once: SIMON	271
Simón, el desconocido	272
Simón, el Zelote	277
Simón, el zelote desconocido	283
Capítulo Doce: JUDAS ISCARIOTA	289
La tentación y el pecado de Judas	290
La desesperación y la caída de Judas	296
El precio y el castigo del pecado de Judas	308
■ APÉNDICE: Los Elegidos	315
Matías	317
Matías antes del sorteo	318
Condiciones de la Selección	322
Matías durante el sorteo	327
Referencias de notas al pie	333
Índice	341

Introducción

Jesucristo nació para redimir a la humanidad del pecado. Él, que es la Palabra y el Camino, la Luz y la Vida, se hizo carne, el Dios encarnado.

Pero en la tierra, el Dios-Hombre no cumplió solo su misión divina. Como Dios, no necesitó la ayuda de los hombres; sin embargo, humildemente llamó y reunió a estos pocos elegidos a su alrededor para instruirlos y santificarlos.

Estos hombres fueron llamados apóstoles, y Cristo los dio a toda la humanidad: «Todo poder en el cielo y en la tierra me ha sido dado. Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a obedecer todo lo que os he mandado; y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del mundo» (Mt. 28:18-20).

Los privilegiados

11 PRIMERA PARTE

- . . . Simón Pedro
- Andrew
- . . . Santiago el Grande
- Juan

Aconteció en aquellos días, que él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios.

Y cuando amaneció, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos , a los cuales también llamó apóstoles : a Simón, a quien puso por nombre Pedro, y Andrés su hermano; a Jacobo y Juan... (Lc. 6:12-14).

Simón Pedro

■ CAPÍTULO UNO

EN la iglesia madre de toda la cristiandad, San Pedro en Roma, se alza una estatua de Simón Pedro, magnífica e impresionante, representada en toda su majestad y autoridad apostólica como el primer pastor de la Iglesia, velando a través de los siglos.

Levanta su mano derecha en señal de bendición, ordenando a los cercanos y a los lejanos, urbs et orbis. En su mano izquierda sostiene las pesadas llaves de oro que atan y desatan. Bajo su brazo descansa la santa carga del Evangelio que extendió por Jerusalén, toda Judea y Samaria, hasta los confines de la tierra, y que lo impulsó a viajar a la vasta y antigua ciudad de Roma, su segundo hogar.

¡Qué gran líder! ¡Qué persona tan talentosa y religiosa debió ser Simón Pedro!

La Iglesia de San Pedro en el Vaticano, la mayor casa de Dios en el mundo cristiano, es una de las creaciones más grandes y majestuosas de la humanidad. Se alza sobre las reliquias de este apóstol con una exultación conmovedora, un monumento digno de este soberano del mundo cristiano primitivo. En la capilla de Miguel Ángel se alzan en el aire, en grandes letras, las palabras de nuestro Señor Jesucristo a Pedro, que nunca pasarán aunque el cielo y la tierra pasen: «¡Tú eres Pedro! Et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam - Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia».

En un día de fiesta importante, cuando el sucesor de Pedro es llevado a la catedral entre los fuertes gritos de una multitud inquieta y agitada, cuando las trompetas de plata suenan durante la Consagración de la Misa, cuando el sumo sacerdote se gira para bendecir

6 Los Apóstoles

El pueblo, entonces, Pedro, el primero de la ininterrumpida cadena de pontífices, inspira el asombro de los miles que han acudido al encuentro de su intercesor, Pedro, quien ahora, en la eternidad, toca el manto de Dios. ¡Cuán imponente y majestuosa es la estatua de Pedro! ¡Cuán imponente y majestuoso era Pedro el hombre!

La personalidad de

Pedro. Al dejar atrás la gran ciudad de Roma, la estatua de Pedro y la gran basílica, y dirigir la atención a los Evangelios, se descubre que la sencillez de este hombre, el resplandor de Dios que lo rodea, lo deja sin palabras. Tan expresiva, tan enfática es esta sencillez, que uno se pregunta qué vio el Señor en este pescador para convertirlo, y solo a él, en pastor de su rebaño y padre de su reino, fundamento de su Iglesia y gobernante de toda la cristiandad. Si el hombre del siglo hubiera sido Pablo, o el genial Juan, o incluso Santiago, tan vehementemente enérgico —aunque estos tampoco merecían plenamente tan gran honor—, se podría entender mejor.

Pero ¿Pedro? ¿Quién era este pescador, Simón Pedro?

El hogar y la familia de Peter

El hogar de Pedro no era Roma ni Atenas, ni Jerusalén ni Tarso, sino la pequeña e insignificante ciudad de Betsaida.² Situada en la orilla oriental del lago Genesaret, ² también fue el hogar de Felipe el tetrarca. Es muy posible, también, que su ciudad natal fuera otra, una Betsaida muy pequeña en la orilla occidental.² En cualquier caso, sin embargo, Betsaida es bien conocida en la historia mundial actual solo porque Pedro era de allí .

Durante los años de la vida pública de Cristo, Pedro vivía en la vecina ciudad de Cafarnaúm, donde ocupaba una casa. 4 Allí, el Señor iba y venía humildemente, como si estuviera en casa. 6 Los rasgos y modales de la tierra natal de Pedro quedaron claramente impresos en este príncipe de los apóstoles. En ningún otro

Esta masa de agua, de unas trece millas de largo y seis millas de ancho, también se llama Mar de Galilea y Mar de Tiberíades. Formaba la costa oriental de Galilea, la región más septentrional y fértil de Palestina.

discípulo de Cristo, fue este personaje galileo que causó una profunda impresión. Tenía un marcado acento galileo, lo que contribuyó a delatarlo ante los presentes al momento de negar a Cristo. Flavio Josefo, historiador judío del siglo I, describió a los galileos como entusiastas, impetuosamente decididos y llenos de brío. Solo los judíos consideraban a este pueblo como desobediente e ignorante.

Los lazos familiares de San Pedro eran absolutamente sencillos. El nombre era Jonás, nombre de su padre, o Juan 1 (un error ortográfico en el 6) podría ser la razón de esta diferencia. Era un hombre tranquilo, que se dedicaba a sus asuntos sin ser notado; no era consejero ni financiero, ni político ni hombre influyente. Pero entonces la mirada del Señor se posó en su hijo, por lo que su nombre también perdurará como una estrella hasta el fin de los tiempos: «¡Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás!... Simón, hijo de Juan, ¿me amas?».

Los Evangelios hacen mención del tranquilo hermano de Pedro, Andrés, cuyo honor fue ser llamado junto con Pedro por el Señor a una misión apostólica.

Los dos hermanos se dedicaron a dar testimonio de los Evangelios, la palabra de Dios. Uno de los primeros milagros de Jesús fue la curación de la suegra de Pedro, quien padecía una fiebre muy alta, como lo diagnosticó el médico Lucas en su Evangelio. La esposa de Pedro nunca se

menciona expresamente en los Evangelios.

San Jerónimo conjeturó que pudo haber muerto prematuramente. 10 Quizás sea por esta misma razón que la suegra de Pedro, tras su curación milagrosa, estaba tan ocupada y celosa en su trabajo, sirviendo al huésped, ya que no había otra mujer en la casa para atender los asuntos domésticos. Otros comentaristas, sin embargo, proponen que la «esposa» de Pedro debe entenderse como su «hermana», a quien Pablo, en su Primera Epístola a los Corintios, menciona como sierva de Pedro, ayudándolo en sus viajes apostólicos. 11 Clemente

de Alejandría informó que Pedro acompañó a su esposa hasta el martirio, exhortándola y animándola: «¡Acuérdate del Señor!». 12 Jerónimo también escribió sobre los hijos de Pedro, que estaban creciendo. 18 Muy específicamente, las conversaciones de una hija de Petronila también relataron esto. El relato real se encuentra en las «Hechos de los Mártires Santos Nereo y Aquiles». Sin embargo, este santo

8 Los Apóstoles

Petronila probablemente estaba emparentada con la familia de Petronio, quien a su vez pertenecía a la célebre familia romana de Flavio.

La profesión y el llamado de Pedro

Pedro era pescador de profesión. Un pescador ciertamente no puede ser llamado pobre, y mucho menos mendigo. El propio Pedro quería acabar con esas piadosas exageraciones. Siempre poseía una casa, un barco y todo el equipo necesario para su trabajo. 14 Contrató, probablemente como jornaleros, al pescador Zebedeo y a su familia. Un hombre que provenía de un entorno de extrema pobreza no podría haberse acercado con tanta valentía y confianza al Señor cuando lo llamó y haberle dicho: «He aquí, lo hemos dejado todo y te hemos seguido». " 15 Lo hemos dejado todo.

Pedro abandonó el mar, el ancho mar azul, por el

Señor, y a cambio se precipitó de cabeza a la suciedad y la miseria de las calles y las ciudades. A menudo, más tarde, mientras caminaba por Antioquía, Corinto y Roma, agobiado por las preocupaciones y las ansiedades de la Iglesia naciente, recordaba sus días en el mar. Pero fue el mar lo que preparó a Pedro para las tormentas, los vendavales y las furias, para los problemas y las dificultades de la Iglesia universal.

Considerando el origen, las circunstancias domésticas y el entorno social de este pescador común, difícilmente se profetizaría el altísimo cargo que el cielo y la tierra le otorgarían. Sin duda, a lo largo de los siglos, muchos hombres comunes han ascendido en su juventud, pasando de guiar ovejas a guiar hombres. Sin embargo, Pedro poseía un talento natural personal, aunque no excepcional, que lo elevó por encima de la mediocridad. Tenía un espíritu vivaz y brillante, una voluntad rápida e impetuosa y, sobre todo, un corazón cálido. Era una persona sencilla y recta que, si bien antes había cuidado fielmente de su familia y de sí mismo, más tarde no escatimó esfuerzos en el cuidado de la Iglesia naciente. La suya fue una vida práctica: lo primero es lo primero. Planificó con audacia; sus metas eran elevadas. Si no fueron completamente rechazadas, al menos fueron opuestas y desalentadas. Pero Simón Pedro también pudo perseverar.

Todo esto es evidente por lo que Pedro escribió sobre San Pablo:

Simón Pedro g

Así como nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le fue dada, les ha escrito, como de hecho lo hizo en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas. En estas epístolas hay ciertas cosas difíciles de entender, que los indoctos e inconstantes tuercen, al igual que hacen con el resto de las Escrituras, para su propia destrucción. 16

Los sumos sacerdotes juzgaron a Pedro como un hombre "sin educación y ordinario". 11 Aunque estos gobernantes religiosos judíos no se oponían en absoluto a todos los grupos y culturas, incluso San Pablo fue pobremente representado por ellos, como lo demuestra su vida.

Lo poco que hay en la Biblia sobre la vida familiar de Pedro se aprecia mejor en sus discursos en los Hechos de los Apóstoles, tan exclusivamente dedicados a la palabra de Dios. Hubo al menos una incómoda desventaja que acompañó al pescador de Betsaida durante toda su vida, y esta la había aprendido en casa.

Fue su discurso. Las multitudes en las calles de Jerusalén se burlaban de la torpeza en la presentación, el lenguaje y el habla toscos de los galileos. 18 Su dialecto siempre revelaba su origen.

En consecuencia, todo en Pedro era simple y llano, con la excepción de su misión divina. Como pescador, no fue un gran héroe de talla mundial, ni un genio magistral que alcanzó grandes alturas. Las imágenes antiguas muestran a Pedro con un rostro inteligente y amable, pero el rostro, no obstante, de un hombre común y corriente. Cabe preguntarse por qué este hombre sin influencia fue llamado a ocupar un cargo tan influyente y extraordinario.

Sin duda, esta imagen sencilla y sin adornos también tiene su lado dorado. Si uno presta atención a esta imagen de San Pedro en los Evangelios, quedará completamente cautivado por la

Los monumentos cristianos antiguos no concuerdan en la representación de la apariencia física de San Pedro. Las tumbas más antiguas presentan grabados con apariencias aparentemente diferentes de la cabeza. Un sarcófago, que data de mediados del siglo IV, muestra a Pedro con una cabeza bastante grande, cabello corto, frente lisa, nariz delgada y prominente, boca bien definida y barba rizada y puntiaguda. Sin embargo, existen otras representaciones que lo muestran con la cabeza parcialmente calva, frente arrugada, nariz ancha y plana, labios muy grandes y barba recta y redonda. Gradualmente, a lo largo de los siglos, los artistas establecieron una tendencia a distinguir entre Pedro y Pablo, representando a Pedro con barba redonda y cabello abundante y rizado, y a Pablo con la cabeza calva y barb

10 Los Apóstoles

La magia de su sinceridad y cordialidad sinceras, por su pureza de intención. Tras la pesca milagrosa, con qué rapidez y disposición derramó su alma ante el Señor, con asombro manifiesto, con humildad manifiesta:

'Apártate de mí, porque soy un hombre pecador, oh Señor'. 19

Y aun así él mismo no llegó a mencionar algunas de las palabras elogiosas de nuestro Señor hacia él, que Marcos, quien escribió las palabras de Pedro, registró para toda la posteridad, al igual que los demás evangelistas. 20 En lo más profundo de su alma, Pedro era una persona sencilla, sin pretensiones y pura.

¿Acaso la razón de la aparentemente imprudente elección de nuestro Señor reside en que Cristo mismo estableció el criterio esencial para el liderazgo: «El mayor entre vosotros, hágase como el más joven, y el que es jefe, como el siervo»? 21 Simón debía ser a la vez grande y pequeño, el primero y el último. Pedro tenía un carácter equilibrado, una naturaleza directa, como defensa contra las severas tentaciones de la autocomplacencia, una alabanza que el Señor deseaba para él. En este hombre común, nuestro Señor señaló la dirección que quería que tomara este importante y difícil oficio, para que no se deteriorara en pura pretenciosidad, para que no se volviera tan insignificante como un papel en blanco, para que no perdiera de vista la realidad y se enredara en teorías y problemas.

Podría haber habido un Pedro muy diferente, como observó tan brillante y profundamente San Agustín: Pedro era un pescador...

Si Dios hubiera elegido a un orador, este habría dicho: «Por mi retórica fui elegido». O si hubiera elegido a un político, este habría dicho: «Por mi política fui elegido». O incluso si Dios hubiera elegido a un gobernante, este habría dicho: «Por mi posición de poder fui elegido». Sin embargo, nuestro Señor dijo: «Dadme a ese pescador. Dadme a ese hombre iletrado».

Dadme a ese hombre sin letras. Dadme a ese hombre con quien la

Un político jamás se habría detenido a hablar. Dame esto, y si no puedo cumplir lo que deseo, al menos quedará claro que solo yo tengo la culpa. Aunque llame a un orador, a un político y también a un gobernante, de todos modos, solo con un pescador estoy seguro de seguir siendo yo mismo.

Fue en el río Jordán donde nuestro Señor llamó por primera vez al hijo de Jonás. Quizás Pedro pertenecía al grupo que seguía a Juan el...

Bautista, al igual que los demás apóstoles, Andrés, Juan y probablemente incluso Felipe. Allí, en el Jordán, Juan el Bautista despertó su esperanza y deseo por el Mesías:

" 'Preparad el camino del Señor' En medio de ustedes ha estado uno a quien no conocen. Él es el que ha de venir después de mí, quien ha sido puesto por encima de mí, de quien no soy digno de desatar la correa de su sandalia. 23

Allí, en un hermoso día de primavera, Andrés llegó corriendo, sin aliento y lleno de alegría, llamando a su hermano: «Hemos encontrado al Mesías». 24 Y entonces Jesús y Pedro estuvieron uno al lado del otro por primera vez.

Pedro era curioso, desprevenido, como la mayoría de los hombres de su tiempo. Jesús reflexionaba, reflexionando sobre la importancia de este momento que duraría hasta el fin de los tiempos. Su mirada se posó en Simón como un sol de verano atraviesa una nube. Mirando a lo lejos, Jesús dijo, dirigiéndose más a sí mismo que a Pedro: «Tú eres Simón, hijo de Juan; te llamarás Cefas (que significa Pedro):...». 25 Simón se quedó allí, sin habla.

¿Cómo pudo imaginar que este encuentro con Jesús lo alejaría de sus estrechos y cortos caminos hacia el mar y lo llevaría a los anchos e interminables caminos del mundo entero?

Muchos meses después, hubo un segundo llamado, pues los primeros apóstoles aún no eran seguidores permanentes de Cristo, incluso después de los primeros días en el Jordán. Estaban aún más preocupados por sus necesidades diarias. Su trabajo parecía más importante, más urgente. Sus pensamientos volvían a los peces del mar. Esta era, pues, la situación cuando Cristo regresó por segunda vez para imponer su mano sobre Pedro, pero esta vez para llamarlo a que se marchara para siempre.

Preocupados y molestos, los hombres se acurrucaron en la orilla, pues habían trabajado arduamente durante toda la noche pero no habían obtenido tan nada. 26 Cristo se alegró de haber llegado cuando sus espíritus estaban bajos, en una hora de desesperación: 'Rema mar adentro, y echad vuestras redes para pescar,' Él ordenó. Cristo no era en absoluto un pescador, pero lo escucharon. Pensaban que nunca se habría atrevido a ordenar un intento tan inútil en

12 Los Apóstoles

estaban a plena luz del día. De repente, las redes comenzaron a hundirse en el agua como plomo, y se llenaron y pesaron tanto que arrastraron la barca, que comenzó a volcarse y a hundirse.

Capturaron una gran cantidad de peces, pero su red se rompía. Hicieron señas a sus compañeros de la otra barca para que vinieran a ayudarlos. Y vinieron y llenaron ambas barcas, de modo que comenzaron a hundirse. 21 Lucas relata el

llamado de los primeros cuatro apóstoles: Pedro, Andrés, Santiago y Juan, al mismo tiempo que relata los eventos que rodearon esta pesca milagrosa. De esta manera, el llamado está lleno de significado, y la pesca es profundamente simbólica.

Ahora Pedro debía pescar y capturar hombres. Sus compañeros debían venir a ayudarlo. Y a pesar de todo su esfuerzo y perseverancia, Cristo les concedería a estos pescadores de hombres un éxito tan abrumador que las barcas pronto se hundirían con una sobreabundancia.

Los tres Sinópticos destacan especialmente este cambio repentino en la vida de estos apóstoles, su prontitud para actuar con Jesús, cómo «al instante dejaron las redes y lo siguieron». 28 Tan solo unas semanas después, Cristo eligió a estos cuatro hombres, junto con otros ocho, como sus apóstoles. A la cabeza de ellos estaba Simón Pedro.

El temperamento y el carácter de Pedro. Los

Evangelios hacen tres breves comentarios, aparentemente sin importancia, sobre Pedro; sin embargo, arrojan nueva luz sobre su carácter. Estos tres acontecimientos ocurrieron después de que Simón Pedro fuera elegido apóstol y antes de que reconociera a Cristo como Hijo de Dios, o antes del día en que entraron en el distrito de Cesarea de Filipo, el día más importante en la vida de Pedro.

El primero ocurrió camino a la casa de Jairo. «Una gran multitud lo seguía y lo apretujaba». Cerca de nuestro Señor, pero casi perdida entre la multitud, había una pobre mujer que sufría una hemorragia incurable. Pudo extender la mano y tocar la costura del manto de Cristo.

Jesús preguntó: "¿Quién me ha tocado?". Como todos lo negaban, Pedro y los que estaban con él dijeron: "Maestro, la multitud te aprieta y te aprieta, ¿y preguntas: '¿Quién me ha tocado?'"

El segundo caso relatado en esta parte del Evangelio tuvo lugar la noche después de que Jesús alimentara milagrosamente a una multitud de cinco mil personas. Ocurrió en el mar tempestuoso. Muy tarde en la noche, durante la cuarta vigilia, Jesús se acercó a los apóstoles. Estaba caminando sobre el agua turbulenta.

Y ellos, al verlo caminar sobre el mar, se alarmaron mucho y exclamaron: "¡Es un fantasma!". Y gritaron de miedo. Entonces Jesús les habló enseguida: "¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!". Pero Pedro le respondió: "Señor, si eres tú, mándame ir a ti cruzando las aguas". Y él dijo: "Ven". Entonces Pedro bajó de la barca y caminó sobre las aguas para llegar a Jesús.

Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y al empezar a hundirse, gritó: «¡Señor, sálvame!». Al instante, Jesús extendió la mano y lo sujetó, diciéndole: «¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?».

Hay un tercer ejemplo. Ocurrió entre una multitud de escribas y fariseos. Jesús reprendió a los fariseos con dureza: «Lo que entra por la boca

no hace mal al hombre; sino lo que sale de la boca, eso hace mal al hombre». Pero Pedro le respondió: «Explícanos esta parábola». 31

Estas tres breves observaciones, entonces, señalan otro rasgo característico de Peter: su personalidad era vivaz, impetuosa y fanfarrona. Era una persona franca con un temperamento optimista, impresionable y adaptable. A menudo cambiaba de humor y estado de ánimo sin previo aviso. Era el primero en hablar y el primero en actuar, pero el último en pensar antes de hablar o actuar. Peter ha sido representado a menudo como un hombre de temperamento colérico, pero en realidad carecía de la esencia misma de tal persona, que es la perseverancia obstinada y testaruda para superar cualquier obstáculo en la vida. Era demasiado enérgico y flexible, demasiado cambiante, para haber perseverado en tal obstinación.

Las acciones de Pedro eran rápidas e impulsivas. Un minuto estaba callado; otro, vivaz. A veces era prudente; otras, impulsivo. En numerosas ocasiones, los evangelistas destacaron su individualidad.

14 Los Apóstoles

Cuando nuestro Señor predijo por primera vez su pasión y muerte, Pedro fue quien lo reprendió. 32

Una vez más, en la solemne ocasión de la Transfiguración, supo que tenía que decir algo, y su primer pensamiento fue: «Rabí, es bueno que estemos aquí. Y vamos a levantar tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías».

San Marcos dejó constancia de que creía que Pedro había hablado fuera de lugar, al comentar, en parte reprendiendo, en parte excusando: «Pues no sabía qué decir, pues estaban sobrecogidos de miedo». 33 En otra ocasión, cuando un recaudador de impuestos le preguntó a Pedro: «¿Vuestro Maestro no paga la didracma?», respondió con prontitud, sin pensarlo: «Sí». 34 Pedro era

rápido para señalar los errores de los demás, pero lo hacía con espíritu de perdón. También era el primero en pedir perdón por una ofensa.

Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le respondió: No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete. 35

Cuando Cristo estaba lavando los pies de los Doce en la Última Cena, fue Pedro quien rompió el silencio y ordenó: "¡Jamás me lavarás los pies!"

Y luego, sólo unos segundos después, después de que Cristo hubo hablado, cambió de opinión por completo y suplicó: " «Señor, no sólo mis pies, sino también mis manos y mi cabeza!»³⁰

De nuevo en la Última Cena, después de que Cristo les dijera a los apóstoles que uno de ellos lo traicionaría, Pedro no soportó la incertidumbre de estar en la oscuridad. Así que inmediatamente le hizo una seña a Juan —«a quien Jesús amaba» y que «estaba reclinado a su lado»— y le pidió que preguntara quién era el traidor.

37

Fue Pedro, y sólo Pedro, quien juró solemnemente al Señor: «Aunque todos se escandalicen, yo no.»

Entonces gritó aún más violentamente: «¡Aunque tenga que morir contigo, no te negaré!» 3 Poco después se sentó tranquilamente y se encendió junto al fuego y negó haber conocido alguna vez a Cristo.

En el Monte de los Olivos, Pedro corrió rápidamente a defender a nuestro Señor, blandiendo su espada sobre su cabeza. Él "hirió al siervo-

vant del sumo sacerdote, y le cortó la oreja —la «oreja derecha», como Lucas, el médico exigente, no olvidó mencionar—. Pero entonces, de repente, Pedro se echó atrás y no causó más problemas. 89

Aunque Pedro era impulsivo y temerario, tenía un corazón bondadoso. A lo largo del Evangelio de Marcos, el más vívido y dramático de los cuatro, el temperamento de Pedro brilla con mayor claridad. Ya en el arte cristiano primitivo, esta cualidad conmovedora e inquieta se reflejaba en las expresiones faciales de Pedro. En un fragmento de una tumba en la iglesia de San Sebastián en Roma, cuya construcción se inició en el siglo IV, Pedro es representado como un anciano nervioso.

hombre.

Por lo tanto, cabe plantearse la pregunta de nuevo, esta vez con mayor agudeza: ¿Era Pedro, este hombre tempestuoso y a veces impulsivo, capaz de ser el líder y el fundamento mismo de la Iglesia de Cristo? ¡Qué cimienta tan inestable y cambiante sobre el que Cristo eligió edificar su Iglesia! Este hombre fue hecho pastor: solo quiso perdonar siete veces; exigió que le lavaran no solo los pies, sino también la cabeza; blandió la espada con una pasión ardiente. ¡Qué desdichado, qué digno de lástima, el rebaño indefenso que este pastor tuvo que guiar y cuidar!

Aun así, el estilo vigoroso y directo de Pedro era ideal para su cargo. Estaba capacitado para las múltiples y diversas tareas que le tocarían. Fue esta franqueza de carácter lo que hizo de Pedro un apóstol perspicaz y astuto, un apóstol compasivo y comprensivo. Fue precisamente este carácter lo que le dio a Pedro un sexto sentido. Fue el primero en expresar abiertamente su confesión de Cristo. Descubrió y comprendió el significado de la Palabra antes que los demás. Podía tomar decisiones rápidas; podía actuar de inmediato; y podía obtener resultados.

La gracia de Dios aprovechó esta tendencia natural de Pedro. Fue el primero de los Doce en confesar y proclamar a Jesús como el Mesías y el Hijo del Dios vivo. Su versatilidad tuvo un efecto beneficioso y duradero en el liderazgo de la Iglesia. Como pastor, apacentó el rebaño de Cristo, se prestó a cuidar de su bienestar, lo defendió apasionadamente en tiempos difíciles, y todo esto sin formalismos pomposos ni verborrea prolija. Con una sola mirada, podía ver el meollo del asunto, ambos lados del asunto. Inmediatamente separaba...

16 Los Apóstoles

la verdad de la falsedad, lo bueno de lo malo. No tardó en adaptarse a las nuevas circunstancias, y esta versatilidad le impidió obstinarse en asuntos insensatos. A pesar de su flexibilidad, se mantuvo firme donde Cristo lo había colocado, como una roca en medio de las olas embravecidas. Afrontó y desafió las aguas embravecidas, pero permitió que lavaran sus viejos hábitos y faltas.

Podía enojarse mucho (como descubrió Malco cuando Pedro le cortó la oreja) o entristecerse mucho. Su carácter rápido y precipitado le permitía calmarse tan rápido como se había despertado, y su bondad y amabilidad pronto expiaban sus errores. En un antiguo manuscrito copto se encuentra una hermosa y apropiada sentencia sobre Pedro: «Era una persona compasiva, siempre dispuesto a absolver». Sin duda, la flexibilidad y amabilidad de Pedro complementaban y equilibraban la rigidez y austeridad de su cargo.

La negación de Peter

Sin embargo, el temperamento afable de Pedro habría sido su perdición, su ruina y destrucción, si nuestro Señor no lo hubiera guiado de la mano una y otra vez, tal como una vez tomó de la mano al incrédulo que se hundía y lo ayudó a salir del mar tempestuoso. Pedro, el apóstol de carácter verdaderamente optimista, el apóstol con una tendencia natural a la inestabilidad y la falta de fiabilidad, se muestra a lo largo de todo el Evangelio como débil en tiempos de dificultad. Fracasó cuando los problemas se apaciguaron.

Su hundimiento en las olas tempestuosas del mar simboliza su naturaleza inquieta. Incluso cuando Cristo habló abiertamente por primera vez sobre su pasión y muerte —el misterio más difícil de comprender para los judíos y los apóstoles—, Pedro protestó: «Y Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reprimirlo, diciendo: '¡Lejos de ti, Señor! Esto no te sucederá jamás'».

40 Pero el resultado de esta protesta fue aterrador para Pedro: Jesús "se volvió y le dijo a Pedro: 'Quítate de delante de mí, Satanás, eres un escándalo para mí; porque no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres'". Sin embargo, solo seis versículos antes de esto, el mismo Jesús llamó al mismo Pedro "bienaventurado". 41 Pero incluso uno que no se presenta ante la cruz y toma su propia cruz también puede, como lo hacía Pedro, profesar la gloria

y la magnificencia de la divinidad de Cristo. Tal persona no goza de mayor favor ante Cristo que Satanás, pues, como el tentador en el desierto, solo intenta apartar a nuestro Señor de la voluntad de su Padre para llevarlo al poder y la grandeza del mundo. Una mera alabanza pasiva de la vida de Cristo sin una participación activa en ella es hipocresía.

La nueva doctrina de la cruz de Cristo, que molestó y escandalizó a todos los judíos, 42 también confundió a los discípulos. Incluso ellos necesitaban consuelo. Así que, «unos ocho días después de estas palabras», nuestro Señor tomó al primero de los Doce, Pedro, Santiago y Juan, y subió al monte Tabor, donde les mostró la brillante iluminación de la Transfiguración. 45 Allí Jesús permitió que las fuentes ocultas de su divinidad brotaran radiantes sobre la cima de la montaña, más brillantes que un casquete nevado que brilla en el sol del mediodía.

La epístola que Pedro dirigió a los fieles de las comunidades cristianas de Asia Menor aproximadamente treinta y cinco años después de este acontecimiento muestra la imborrable impresión que la Transfiguración le causó. Consideró este brillante milagro como una de las razones más importantes para creer en Cristo, el Dios-Hombre:

Porque no seguíamos cuentos ficticios cuando les dimos a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, sino que fuimos testigos oculares de su grandeza. Pues recibió de Dios Padre honor y gloria, cuando desde la majestuosa gloria descendió hasta él una voz que decía: «Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia». Y nosotros mismos oímos esta voz desde el cielo cuando estábamos con él en el monte santo. Y tenemos la palabra profética, aún más segura, a la que hacen bien en prestar atención, como a una lámpara que brilla en un lugar oscuro, hasta que el día amanezca y el lucero de la mañana salga en sus corazones.

Sin embargo, la Transfiguración en el Tabor no disipó por completo la angustia y el dolor de la duda. Al contrario, solo sirvió para preparar a los seguidores de Cristo para la fe plena que vendría después. Incluso mientras descendían de la montaña, el Señor volvió a sacar a la luz este oscuro misterio. Y, sin duda, encontró la misma incompreensión entre los apóstoles que antes.

18 Los Apóstoles.

Esta falta fundamental de compasión —de hecho, la indignación que se manifiesta aquí— ayuda a explicar la hora más triste de la vida de Pedro: la negación. En la negación de Pedro estalló esa debilidad que ya se había manifestado con el anuncio de la Pasión. Incluso en la Última Cena, el Señor le advirtió a Pedro con urgencia: «En verdad te digo que hoy, esta misma noche, antes de que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces».

Pedro, sin embargo, respondió con seguridad: " «Aunque tenga que morir contigo, no te negaré». 46 Jesús permaneció en silencio, como quien sabe que el curso de los acontecimientos le dará la razón.

¡Y cuán terriblemente demostró que Él tenía razón!

Incluso en el Monte de los Olivos, una hora después de la protesta: «Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré» y «Señor, contigo estoy dispuesto a ir tanto a la cárcel como a la muerte»; de hecho, «¡Daré mi vida por ti!»

41. ¡Apenas una hora después de esta audaz afirmación, el héroe durmió! Santiago también durmió, ¡incluso Juan durmió! ¿Cómo podía dormir, sobre todo, Juan? Y, sin embargo, no fue a Santiago ni siquiera a Juan, el apóstol del amor, a quien Jesús dirigió un reproche especial al enfrentarse a ellos, temblando y salpicado de sangre. ¡Pero a Pedro! A Pedro le dijo: «Simón, ¿duermes? ¿No pudiste velar ni una hora?» 48. Fue con la brusquedad de una catástrofe que ocurrió lo que

siguió. Tras el disturbio en el Monte de los Olivos, se encontraba en el patio de los sumos sacerdotes. Fue su amigo Juan quien lo había acogido.

49 Dentro del tribunal, el Maestro estaba siendo juzgado. Fuera del tribunal, Pedro se encontraba perdido y asustado, frente a los soldados de aspecto severo.

Entonces se le acercó una sirvienta, una portera débil y parlanchina . Tenía ojos penetrantes. Se mostró impertinente con Pedro y lo acusó: «Tú también estabas con Jesús el galileo». 50 Pedro se quedó sin aliento. Quería hablar. No pudo.

Tartamudeó. Balbuceó: «No!». ¿Qué había dicho? Sus pensamientos corrían desbocados y quiso retractarse de esa palabra atroz, pero vio a la multitud a su alrededor como una manada de lobos.

De nuevo se quedó sin aliento, tartamudeó, balbuceó, guardó silencio. Era mejor callar y no decir nada.

así, este "no" se cernía sobre él como un fantasma, como los gongs huecos de las doce que flotaban en la oscuridad de la medianoche. Pedro fue descubierto. La tímida sirvienta estaba interesada en llamarlo. Insistió. Era fácil percibir a esta persona extraña y torpe. ¡Qué fuera de lugar! Nervioso, lleno de miedo y ansiedad, comenzó a irse, pero otra sirvienta lo encontró en el camino y lo llevó de vuelta al fuego. Allí intentó recomponerse y se mezcló silenciosamente con los sirvientes. Intentó evitar cualquier atención. Pero por segunda vez, la fatídica y desastrosa pregunta le fue planteada a Pedro: "¿Eres tú también uno de sus discípulos?".

Ahora tenía otra oportunidad. Quizás ahora podría apagar ese ardiente "no". Pero Pedro ya se hundía en el mar, con el viento y las olas golpeándolo y cubriéndolo. Y Cristo no estaba lo suficientemente cerca para ayudarlo. La tormenta arreció. Se estaba ahogando. "Y volvió a negar con juramento: '¡No conozco a ese hombre!'"

Pero aún así, contrariamente a las palabras de su boca, sus ojos pedían misericordia y mostraban lo indefenso que realmente era.

Irritada y divertida a la vez por esta aparente contradicción, la multitud rodeó a su víctima. Pedro ya se había delatado con su discurso entrecortado. Se hundía cada vez más, sin remedio. Sin piedad, lo empujaron aún más: «Seguramente tú también eres uno de ellos, pues hasta tu habla te delata». ⁵²

Ya había pronunciado dos horribles "no". Susurrar un solo "sí" ya no era posible. Entonces, cuando un pariente de Malco, a quien Pedro le había cortado la oreja con la espada, se acercó y lo acusó y testificó en su contra,⁵³ el solitario discípulo se sintió completamente perdido. "Empezó a maldecir y a jurar: 'No conozco a este hombre del que hablan'.

Pero incluso su juramento solemne sonó como un cristal roto, entrechocándose y repiqueteando como la ventana más alta de una catedral arrojada contra la piedra de la calle.

La multitud se reunió a su alrededor, en silencio. Su mismo silencio lo acusaba en voz alta, más fuerte que una nidada de búhos gemidores atrapados en una cueva cóncava. Lo habían descubierto. Lo tenían. Peter fue capturado. Y de este silencio surgió el canto de un gallo, un gallo solitario que despertó el silencio en la persistencia...

20 Los Apóstoles

Atardecer de madrugada; y todos oyeron el canto del gallo. Luego volvió el silencio. Peter recordó de repente. Nunca se había sentido tan miserable.

Aunque uno lea más de cien veces las palabras escritas sobre la negación de Pedro, cada vez siente deseos de llorar por este buen apóstol. Pedro "salió y lloró amargamente". El texto griego dice: "eklausen pikrös", 54, lo que significa que no solo lloró, sino que sollozó. Los principales sacerdotes y los ancianos, que estaban sentados en el tribunal para juzgar al acusado, levantaron la vista sorprendidos. Mientras se llevaban a Jesús, él también levantó la cabeza y se giró para mirar hacia el rincón de donde provenía el sollozo. "Y el Señor, conmovido, miró a Pedro". Ya en sus ojos brillaba el rayo de perdón.

Pero ¿podemos avergonzarnos a Pedro? ¿Deberíamos ser nosotros quienes lo culpemos? El que esté libre de pecado puede tirar la primera piedra. La lucha del apóstol por la verdad contra su debilidad fue conmovedora. De todos los discípulos que estaban con Cristo cuando fue atacado en el Huerto de Getsemaní, solo Pedro corrió a defender a su Maestro. Jesús le ordenó que guardara la espada. Pedro no obedeció con gusto, pero obedeció. El Maestro pudo ayudarse a sí mismo. Pero no se ayudó a sí mismo.

Sin pensarlo, lleno de miedo, el gran discípulo corrió hacia sus amados hermanos, a la peligrosa guarida de Satanás. Ahora todo había pasado. Pero ¿era esto todo? Bajo las ruinas, una fe verdadera y un amor profundo florecían como un campo de azafranes sepultado bajo una avalancha. Pedro solo había negado a Cristo, su Maestro, con palabras, pero no con el corazón, pues un corazón frío no puede llorar. Su fe y su amor pronto revivieron, aún más fuertes que al principio.

Aquí estaba el pilar de la Iglesia, ¡tres veces roto y tres veces reconstruido! ¿Iba Pedro a ser la roca sólida y estable que cimentaba la Iglesia de Cristo?

Primado de Pedro.

Pedro se llamaba Simón, un nombre muy común entre los judíos. Sería muy parecido a nuestro uso de "Juan". Pero cuando Jesús se encontró con este pescador en el río Jordán, le dio otro nombre: "Cefas".

⁰ Sin embargo, Cristo no explicó su 0 Nota del traductor: "Cefas" viene de "Kephas", la forma griega de un

razón todavía o mostrar el verdadero significado de este segundo nombre.

En el Nuevo Testamento, a Pedro se le llama primero solo Simón, luego gradualmente Simón Pedro, y finalmente solo Pedro. Esta pequeña diferencia y contraste no carece de significado. Al hablar del punto culminante de la misión de Pedro, Mateo y Lucas lo llamaron Simón Pedro. ⁵⁶

Los cuatro evangelistas usaron generalmente este doble nombre, que expresa tanto la personalidad como el oficio de Pedro. ⁵⁷ Tras la Resurrección y Ascensión de Cristo, a medida que la misión de Pedro cobraba mayor relevancia, este primer apóstol fue llamado Pedro casi exclusivamente, especialmente en los Hechos de los Apóstoles. ⁵⁸ San Pablo también usó «Cefas»,⁵⁹ denotando la posición misma de Pedro. Pero nuestro Señor mismo regresó al nombre anterior del pescador, Simón, cuando lo amonestó o reprendió, primero antes de la negación y luego después de dormir durante su agonía en el huerto. ⁰⁰ Tan significativo como este nuevo nombre es el lugar que ocupa el nombre de

Pedro en las cuatro listas de apóstoles de las Escrituras. El suyo es siempre el primer nombre. Mateo lo enfatizó claramente: «Estos son los nombres de los doce apóstoles: primero Simón, llamado Pedro». ⁶¹ Esto es sorprendente, pues cabría esperar que Andrés, quien llevó a Pedro ante Jesús, o Juan, el más amado de los Doce, fueran los primeros en la lista. Sin embargo, sin excepción, siempre es Pedro quien encabeza la lista. Recibió el mayor honor de los ya privilegiados, los Doce a quienes Cristo mismo eligió. Fue uno de los tres que recibieron favores especiales en varias ocasiones. Y el mayor privilegio y honor fue ser el primero de los primeros.

A menudo, los evangelistas distinguieron a Pedro de los demás: «Pedro y los que estaban con él»; Pedro y los demás discípulos; Pedro y los Once. ⁶² A lo largo de los Evangelios existe la opinión no escrita de que Pedro era el portavoz y representante de los demás. Cuando Cristo habló a las multitudes reunidas a orillas del lago de Genesaret, subió a «una de las barcas, la de Simón». ⁶³ Fue a Pedro a quien nuestro Señor ordenó pagar el impuesto del templo. ⁶⁴ De los Doce en la Última Cena, Pedro fue el primero en recibir el lavado de pies de nuestro

Palabra aramea: "Kepha". Las tres palabras significan "roca". "Pedro" proviene del latín "Petra" o del griego "Petros", que es la forma masculina de "Petra", y también significan "roca".

Señor. 65 ¿Quién se atrevería a decir que la evidencia de este honor fue solo accidental? Sin embargo, los evangelistas no dejaron ninguna duda sobre esta distinción intencionada al escribir sobre la promesa de las llaves.

Primacía de Pedro prometida

Cesarea de Filipo es el lugar donde el sol de Pedro brilló con más fuerza. Unas semanas antes de que Cristo y sus discípulos entraran en este distrito, tras la deserción de una multitud en la sinagoga de Cafarnaúm, Simón Pedro juró lealtad a su Maestro: «Hemos llegado a creer y saber que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios». 66 Esta profesión de fe fue solo un preludeo de su credo completo.

Cuando el Señor procedió hacia el norte, atravesando las fronteras de Tierra Santa y llegando a Cesarea de Filipo, finalmente planteó a sus seguidores la pregunta crítica: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?” . . . Pero ¿quién decís que soy yo? Entonces, el primero de los seguidores de Cristo se abrió como un águila alzando el vuelo y derramó su alma. ¡Arriba y arriba, más y más alto, se elevó como si intentara liberarse de las ataduras de las palabras humanas! No fue Juan el Bautista, ni uno de los profetas, ni Jeremías, ni Elías la respuesta, sino uno aún mayor que todos ellos.

Pedro no podía ir más alto. Se había acercado a la mesianidad y divinidad de Cristo, y estaba cegado por el brillo eterno de estas dos cumbres nevadas. No dudó más: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo».

51

Esta confesión a Jesús de Nazaret estaba tan por encima de toda comprensión humana, que el mismo Jesús quedó sorprendido y exclamó con alegría: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos».

Estas palabras de Cristo resonaron y se expandieron por el aire como una marea que se libera de un dique roto. La plenitud de Dios se apoderó del pobre pescador que se encontraba indefenso al borde del mar del tiempo:

"Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y yo

Simón Pedro 23

"Y te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos."

¡Qué poder se depositó en ese momento en las manos encallecidas de un pescador! Ningún gobernante del mundo jamás tuvo una autoridad tan tremenda. No solo la fe de Pedro es la roca fundacional, ¡sino Pedro mismo! Las palabras de Cristo fueron contundentes y penetrantes: «Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia».

La Iglesia | La Iglesia de Cristo es una, construida sobre una roca, Pedro, tan invencible que ni siquiera las mismas puertas del infierno, los poderes hostiles y malignos de la destrucción - "la puerta del inframundo", para traducir de manera más literal y exacta - nunca tendrán el poder de vencerla.

¡Y Pedro tenía las llaves! Le pertenecían solo a él, símbolo de su autoridad. No representan ni poder ni riqueza terrenales, sino la verdad, la gracia y la felicidad del reino de los cielos. Pedro es la puerta y el portero del reino de los cielos, y tiene las llaves de la puerta. Es el eterno portero y el eterno portador de las llaves. Y les aseguro que no es un carcelero, sino un guardián de la libertad eterna (Péguy).

Pedro podía atar y desatar. Y, lo que es aún más sugerente, su juicio fue inapelable. Dura para siempre. No se cuestiona en el cielo, pues «será atado en el cielo, y será desatado en el cielo».

Es un poder aterrador, ilimitado. Cristo fundó este poder y lo otorgó a unos pocos. Estos pocos fueron Pedro y los Once: «En verdad os digo que todo lo que atéis en la tierra quedará atado también en el cielo».

. . . " 68 Sin

Pedro los Once perdieron este poder; pero sin los Once Pedro lo conservó.

Grande, de hecho inconcebiblemente grande, fue el poder de Pedro, la roca sobre la que se fundó la Iglesia. Por su fe en Cristo, el Hijo del Dios vivo, entregó su vida como fundamento eterno. Poseía las llaves del reino de los cielos; a él nuestro Señor le confió el arca de oro de la verdad. Como legislador y juez, podía atar y desatar para siempre.

Cristo nunca usó realmente las palabras "la primacía de Pedro",

Pero los teólogos actuales demuestran cómo el origen del término se deriva fácilmente del propio Evangelio. Lo mismo ocurre con sus otras prerrogativas: la primacía del honor y la primacía de la jurisdicción. Estos términos no carecen de fundamento y razonamiento.

Mateo registró estas pruebas del papado. Sin embargo, Marcos las omitió, lo cual es fácilmente comprensible, pues escribió lo que Pedro dictó, y Pedro, por su humildad, se vio obligado a pasarlas por alto. Sin embargo, Lucas tampoco hizo referencia a ellas. ¿Podrían ser, entonces, estas palabras de Mateo una interpolación posterior? Aun así, se encuentran en todos los manuscritos del Evangelio de Mateo, incluso en el más antiguo. El juego de palabras de "Kepha" (roca) solo es posible en el arameo original. No se trata de una inserción posterior. ¿Exageró Mateo por casualidad al escribir sobre Pedro solo para que pareciera más brillante que Pablo?

Uno puede leer tranquilamente el Evangelio y encontrar la respuesta. Mateo fue cuidadoso al registrar estas importantes palabras: "Tú eres Pedro [la roca] y sobre esta roca edificaré mi Iglesia".

Precisamente esta palabra, «Pedro» —«Kephass» o «roca»—, se encuentra no solo en Mateo, sino en los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento en un pasaje específico. Y en los cuatro, Cristo se dirigía únicamente a Simón hijo de Jonás. Aquí el nombre del apóstol se perdió y se olvidó. Cristo lo rebautizó como «roca», y Mateo, Marcos, Lucas, Juan e incluso Pablo tuvieron cuidado de anotarlo. Esto demuestra que no fue una exageración de Mateo ni una adición posterior al texto original, sino la plena intención de Cristo mismo de convertir a este pescador en el fundamento de la nueva Iglesia.

Y hay más pruebas. Hay un pasaje en Lucas que hace eco de Mateo 16:18:

Simón, Simón, mira que Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo. Pero yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca; y tú, una vez que te hayas vuelto [epistrepasas], confirma a tus hermanos.

Estas palabras fueron dirigidas directamente a Pedro, pues Cristo predecía la negación. Así que, después de que Pedro se volvió, después de encontrar...

Una vez más, debía fortalecer a sus hermanos. Esta era su misión. ¿Acaso este apoyo y fortalecimiento de los demás en su fe no es lo mismo que expresó Mateo cuando escribió: «Tú eres Pedro, la roca»?

Primacía de Pedro otorgada

Aún más importantes y conmovedoras son las palabras del evangelista Juan sobre el primado de Pedro. Mateo y Lucas relataron la promesa del primado de nuestro Señor. Juan registró su cumplimiento, que tuvo lugar después de la Resurrección, durante aquellos días llenos a la vez de alegría y melancolía. El Salvador resucitado se apareció a siete de sus discípulos junto al mar de Tiberíades. Acababan de realizar una pesca repentina y extraordinaria; sin duda, en ese momento debieron recordar su primera pesca milagrosa. Con silencioso asombro ante su Maestro resucitado, el grupo, inquieto, se sentó a desayunar. Era un desconocido, pero lo conocían. «Y ninguno de los que estaban recostados se atrevió a preguntarle: '¿Quién eres?', sabiendo que era el Señor».

Entonces Jesús se llevó a Pedro aparte. De nuevo se encontraron cara a cara, como en el Jordán, como unas semanas antes en el patio de los sumos sacerdotes. El corazón de Pedro dejó de latir. Había llegado su hora más difícil. Sin duda, se sintió feliz y aliviado de que su Maestro lo hubiera perdonado. Ya en la mañana de Pascua, Cristo había enviado a las mujeres que estaban en el sepulcro específicamente a Pedro con un mensaje para él. 71 Lucas declaró explícitamente que el Señor se apareció a Pedro, solo a Pedro, antes de aparecerse a los demás apóstoles. 12 El Señor fue bueno y misericordioso con Pedro, y su bondad y misericordia perduran para siempre.

¡La "roca" jamás se derrumbará! Incluso entonces, el Salvador podría haberle quitado el poder y la autoridad prometidos.

Podría habérselo dado a otro, tal vez a Juan, quien permaneció con su Maestro moribundo hasta el final, a través de la tormenta de la Crucifixión en el Calvario.

Entonces Jesús le dijo a Simón Pedro: «Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?» Pedro estaba asombrado. El

Señor le había preguntado a él, Pedro, sobre el amor. Sus ojos brillaban como rayos de sol que penetraban una nube oscura y sombría. «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Pedro se sintió defraudado y perdido. Cómo

¿Acaso el Señor podría siquiera imaginar que «estos» lo amarían «más» que él? En voz baja, Jesús le dijo: «Apacienta mis corderos». Los ojos de Pedro, llenos de alegría, pero algo alarmados, brillaban de orgullo. A pesar de su negación y abandono, debía apacientar el rebaño de Cristo.

Y el Señor le dijo por segunda vez: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Entonces Pedro quedó confundido, desconcertado, incluso avergonzado. ¿De verdad dudaba el Señor? ¿Cómo podía el Maestro tener motivos para dudar de su fiel siervo?

Rápidamente, en voz alta y con firmeza, repitió su respuesta, como para ahogar el infeliz juramento y la maldición en el patio de los sumos sacerdotes que aún resonaban en sus oídos: «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Jesús le dijo: «Apacienta mis corderos». Con dulzura, misericordia y perdón, el Señor reprendió a Pedro. Ahora Pedro podía respirar con libertad de nuevo.

Sin embargo, "por tercera vez le dijo: 'Simón, hijo de Juan, ¿Pedro ya no cantaba el gallo. ¿pudo contenerse? ¿Me amas?'" lloró. Lloró como cuando Arrojándose al suelo, protestó, juró, suplicó y rogó: "Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo."

Sí, el Señor lo sabe todo. Sabía que incluso el mismo que lo había negado también lo amaba. La tercera vez, Jesús dijo: «Apacienta mis ovejas».

Significado de la palabra "amor"

En el texto griego hay dos palabras diferentes para el término "amar". Cada una tiene una connotación ligeramente distinta. Pero la traducción al español de este pasaje evita esta diferencia al usar "I f th G kdd " h'l A ,, , ove, un wor or e ree wor s agapan an ni em ". el texto latino, sin embargo, distingue usando "diligere" y "amare" respectivamente. Cuando nuestro Señor interrogó a Pedro, usó la palabra agapan. Agapan (diligere) denota un amor de respeto y reverencia, de admiración y estima. Pero Pedro invariablemente respondió las tres veces con la palabra philein. Philein (amare), en el

Nota del traductor: En el alemán original de este libro, el autor señala la misma cuestión sobre las deficiencias de la traducción alemana de este pasaje bíblico. El alemán, al igual que el inglés, utiliza una sola palabra, « lieben», para las dos palabras griegas originales y las traducciones latinas, más precisas.

Por otra parte, denota un amor de sentimiento y de afecto, de apego.

Tras la negación, Pedro no se atrevió a prometerle de nuevo a su Maestro un verdadero agapán, un amor dispuesto al sacrificio. Pero Cristo se sintió complacido y satisfecho con el amor de Pedro. Cuando Pedro apacentaba los corderos y las ovejas del rebaño de Cristo, demostró con su cuidado vigilante y su incesante preocupación que su phileñ, un amor sentimental, era también un agapán, un amor reverente. No era solo un amor sincero, sino también un amor activo.

Y aquí concluye la profunda conversación "bilingüe" entre el Maestro y el siervo en el lago de Tiberíades. Tres veces Jesús le preguntó a Simón si lo amaba. Y tres veces Simón dijo que lo amaba. Esto fue mucho más que una mera reconciliación después de que el apóstol negara conocer al Dios-Hombre. Las tres preguntas y respuestas deberían ser, para siempre, una expresión de la primacía de Pedro. La misión del líder de los apóstoles era cuidar con amor y amar con esmero el rebaño del Buen Pastor. Se le encomendó protegerlo en tiempos de peligro, alimentarlo en tiempos de necesidad, ayudarlo en tiempos de dificultad, pero no dominar. Debía ser un caballero, un siervo de los siervos de Dios —sen,us servorwm Dei!—, no el jefe. 73 Aun así, Cristo no le impedía tener plena autoridad en su Iglesia. El Salvador mismo habló de la "roca" y las "llaves", del poder para "atar" y "desatar".

Pero todo poder en la Iglesia empieza y termina con Dios, y por lo tanto empieza y termina con el amor, porque Dios es puro amor. Por esta misma razón, Pedro fue hecho el fundamento de la Iglesia, para que pudiera apacentar los corderos y las ovejas. Por esta misma razón, Pedro recibió las llaves, para que pudiera abrir las puertas del cielo y cerrar las del infierno. «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?»

..

... Si me amáis, entonces ¡apacentad mi rebaño! ...

Después de que la última alma de la Iglesia de Cristo haya sido cuidada con amor, entonces entenderemos más plenamente por qué nuestro Señor confió este alto oficio a un hombre que una vez cayó en el c... El primer líder de la nueva Iglesia ejerció su autoridad día a día, pero solo con el constante recuerdo y comprensión de su propia debilidad humana. Ni con orgullo ni con crueldad.

Asumió sus nuevas responsabilidades, pero como alguien que cargaba con la debilidad de su carne. Y precisamente por su debilidad, Pedro pudo «tener compasión de los ignorantes y descarriados». 74 Su debilidad humana también lo mantuvo en guardia contra el orgullo.

Así como San Pablo tuvo que soportar una espina en su carne, un mensajero de Satanás que lo atormentaba, para que la grandeza de sus revelaciones no lo enorgulleciera, 75 así San Pedro siempre sintió la espina de su negación, y su grandeza no lo enorgulleció. Solo Dios podía construir un fundamento sólido sobre una roca débil. Este es un buen ejemplo de la ironía divina: Dios eligió a un hombre débil, para que en él se glorificara su fuerza. Pedro, el hombre débil elegido por Dios, no debe ser alabado en sí mismo. Solo Dios debe ser alabado, y luego su instrumento elegido es alabado en la medida en que está unido y fortalecido en Cristo, el Dios-Hombre. 76

Pedro en los Hechos de los Apóstoles.

Se han escrito libros sobre el apóstol Pedro que presentan información obtenida exclusivamente de los Evangelios. Otros se basan únicamente en los Hechos de los Apóstoles. En este caso, se utilizan ambas fuentes para obtener una visión más completa y clara del primero de los Doce. Hasta cierto punto, los Evangelios solo abordan lo que hizo Pedro. Sin embargo, los Hechos ofrecen una visión más amplia de la personalidad de este apóstol. Las palabras de Pedro en esta parte del Nuevo Testamento son abundantes. Los primeros once capítulos se han denominado a veces los "Hechos de Pedro".

Tras la Ascensión de Cristo al cielo, sorprendentemente, pero comprensiblemente, el primer líder de la Iglesia naciente tomó inmediatamente las riendas y comenzó a impulsarla. Pedro —no Juan, ni Santiago, ni otro de los Doce— estaba en primer lugar, en la posición de liderazgo y decisión.

Pedro ordenó que se eligiera a otro apóstol para ocupar el lugar del traidor, Judas, e incluso señaló las cualidades esenciales que debía tener el nuevo candidato. 77 Pedro pronunció el

primer sermón público sobre el primer Pentecostés.
costo.⁷⁸

Pedro realizó el primer milagro de la Iglesia apostólica cuando sanó a un mendigo cojo. 79

Pedro se puso de pie ante los gobernantes, los ancianos, los escribas y Anás, Caifás, Juan, Alejandro; se puso de pie ante todos en la sala del concilio y dejó que el alba brillara sobre estos hombres de las tinieblas:

Jesucristo de Nazaret... [Él es] 'la piedra que desecharon ustedes, los constructores, y que se ha convertido en piedra angular'. En ningún otro hay salvación. 80

Pedro invocó la justicia de Dios sobre los hipócritas.

Ananías y Safira, y ambos cayeron muertos delante de él. 81

Fue con Juan desde la iglesia madre en Jerusalén a Samaria para visitar y confirmar. 82 Hizo la primera excomunión apostólica cuando se encontró con Simón, el mago impenitente.

83

Tras la conversión de Saulo, Pedro emprendió el primer viaje por Judea, Galilea y Samaria. 84 Pedro tomó la importantísima decisión de recibir en la Iglesia al primer gentil, Cornelio. 85 Y Pedro fue quien se presentó en el concilio de los

apóstoles, el primer Concilio de la Iglesia en Jerusalén, e interpretó y explicó la Ley de Moisés aplicada a los gentiles:

¿Por qué, pues, tentáis ahora a Dios, poniendo sobre el cuello de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Pero nosotros creemos que somos salvos por la gracia del Señor Jesús, igual que ellos. 86 En todos los

momentos decisivos de la Iglesia apostólica, Pedro estuvo presente para atar y desatar, para cerrar y abrir. Se mantuvo firme como una roca, como Cristo había dicho. Dios mismo sancionó en el cielo lo que Pedro ató o desató en la tierra.

Y la multitud de hombres y mujeres que creían en el Señor aumentaba aún más, de tal manera que sacaban a los enfermos a las calles y los ponían en camas y camillas, para que al pasar Pedro, al menos su sombra cayera sobre alguno de ellos. 87

Los "Hechos de los Apóstoles" apócrifos van un paso más allá de la narración históricamente verdadera de Lucas sobre el liderazgo de Pedro. Ingenuamente narran cómo Pedro supuestamente estableció una provincia diferente y un oficio separado de la Iglesia para cada apóstol.

30 Los Apóstoles

Un libro etíope de los "Hechos de Pedro" incluso entra en detalles, sosteniendo falsamente que Pedro instaló a Simón, hijo de Cleofás, en Jerusalén y a Bartolomé en el "Oasis"; envió a Andrés a Grecia y a Felipe a África; Santiago y Tomás fueron destinados a la India; Judas Tadeo recibió un dominio en Siria; y Juan tenía su provincia en Éfeso. Pero estas son meras leyendas que ocultan la verdadera autoridad de Pedro, su obra históricamente verdadera.

Más sorprendente que su propia autoridad es la manera en que Pedro la ejerció en los Hechos. Aquí se manifiesta claramente que no solo el oficio de Pedro había madurado, sino también su persona. En ningún otro apóstol después del primer Pentecostés es tan evidente el cambio como en Pedro. Al leer los Evangelios, uno no puede evitar temer lo que sucederá cuando este pescador audaz e inculto asuma su oficio. ¡Cuán asombrado queda el lector al ver el contraste que se forma en los Hechos!

De imprudente a astuto, de débil a fuerte, de inculto a dócil, ¿era este el mismo Pedro? ¿Era este el mismo hombre que tan solo unas semanas antes se había encogido frente a una tímida sirvienta? ¿Era este el mismo apóstol que negó a Cristo y dijo: «No conozco a este hombre»? Y ahora, ante miles, proclamó a gran voz: «Dios nos ha hecho Señor y juró, Cristo, a este Jesús a quien crucificasteis». ss Ante el sumo concilio, ante la certeza de prisión, tortura y muerte, habló con claridad y con igual sabiduría:

"Si es justo ante Dios escucharos a vosotros antes que a Dios, juzgado vosotros mismos. Porque no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído."

Cuando las altas autoridades quisieron suprimir esta nueva doctrina, incluso si eso significaba usar la fuerza, Pedro se apresuró a recordarles con palabras sublimes, sencillas y directas de la conciencia cristiana centenaria: "Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres" . 89 ¿Era este Pedro el Pedro de los Evangelios?

Nunca se retractó de sus palabras pronunciadas con tanta valentía, ni cuando lo encarcelaron, ni cuando amenazaron con matarlo a él y a todo el grupo de apóstoles, ni siquiera cuando ya esperaba con impaciencia la mañana de su ejecución por Herodes.90 Mostró la misma prontitud y escrupulosidad en dirigir-

los asuntos internos de la Iglesia, como la situación peligrosa y bien manejada creada por Ananías, Safira y Simón el Mago.

En medio de las pruebas internas y externas, Pedro fue verdaderamente la "roca". En los Evangelios se hundió ante el viento y las olas; en los Hechos se mantiene firme, haciendo realidad sus palabras: «Señor, contigo estoy dispuesto a ir tanto a la cárcel como a la muerte». 91

Pedro y Pablo

En un momento dado, surgió en la joven Iglesia la cuestión de la admisión de los gentiles en las filas del cristianismo. Así comenzó lo que a menudo se ha llamado el «conflicto de Antioquía», un conflicto con una larga y dolorosa historia. Es profundamente simbólico que Pedro tuviera que sufrir por el crecimiento de la joven comunidad cristiana y su formación como Iglesia universal. Esta fue la cruz del primer pontífice.

Con el bautismo del primer gentil, Cornelio, Pedro había tomado una gran decisión: los gentiles así como el Pueblo Elegido tenían un lugar en el reino de Dios.

"Ustedes saben que no es lícito para un judío asociarse con un extranjero ni visitarlo; pero Dios me ha mostrado que a ningún hombre debo llamar común o inmundo.... ¿Puede alguien negar el agua para bautizar a estos, ya que ellos han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros?" Y ordenó que se bautizaran en el nombre de Jesucristo. 02

Esta decisión de gran alcance pronto atrajo la crítica y el reproche de los judíos sobre el líder de los apóstoles, pero él se mantuvo firme en su decisión.

En este caso, Pedro ejerció su autoridad con tacto y discreción. Sus palabras no fueron fuertes ni cortantes; no tronaron ni bramaron: "¡Sic volo, sic fubeo, stet pro ratione voluntas!" Más bien, "comenzó a explicarles el asunto en orden". Fue un Pedro comprensivo pero firme quien justificó esta práctica tan difícil de comprender para todos. Explicó:

"Si Dios les dio a ellos [los gentiles] la misma gracia que nos dio a nosotros que creímos en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para poder estorbar a Dios?" Al oír esto, se quedaron

32 Los Apóstoles

paz, y glorificó a Dios, diciendo: Por lo cual también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida. 93

Este conflicto, la cuestión de si un gentil podía ser cristiano, estalló por segunda vez. El mismo círculo de judíos cristianos de mente estrecha insistía en enseñar: «Si no os circuncidáis según el rito de Moisés, no podéis ser salvos». 04 Opuestos firmemente a esta falsa doctrina, Pablo y Bernabé intentaron frenarla con todo el poder y vigor apostólicos de que disponían. Esta cuestión sin resolver se planteó en el concilio de los apóstoles en Jerusalén en el año 49. El ambiente estaba lleno de excitación. Las discusiones fueron largas y enérgicas, pues la cuestión era trascendental, y su respuesta afectaría al mundo cristiano durante siglos.

Los apóstoles y presbíteros debatieron. De nuevo Pedro estaba allí, ya no como un soldado blandiendo una espada, sino como un líder prudente y discreto, reflexivo y considerado. Finalmente se levantó para tomar una decisión sobre la cuestión, y esta se pronunció a favor de los cristianos gentiles:

Dios, que conoce el corazón, dio testimonio dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros; y no hizo distinción entre nosotros y ellos, sino que purificó sus corazones por la fe. ¿Por qué, pues, ahora intentan tentar a Dios poniendo sobre el cuello de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?

Pero este primer Concilio de la Iglesia no resolvió el asunto definitivamente. El problema era más complejo, y pronto comenzaron a aparecer y a ampliarse las lagunas y lagunas. En su Epístola a los Gálatas, San Pablo añadió una nota adicional. El concilio no había aclarado la práctica de los judíos cristianos de adherirse al Pacto del Antiguo Testamento. No parecía haber una necesidad inmediata de hacer tal aclaración. Los judíos cristianos se aferraban fielmente a la Antigua Ley, y esto los diferenciaba de los gentiles convertidos. Naturalmente, esto generó tensión y problemas donde ambos convivían. Y Pedro se encontró entre ambos.

Poco después de que los apóstoles regresaron de la reunión en Jerusalén, Pedro partió hacia Antioquía, y allí, sin miedo,

cuidaba de los gentiles, incluso comía con ellos. Pero en su epístola, San Pablo reprendió a Pedro:

Porque antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, él comía con los gentiles; pero cuando vinieron, comenzó a retraerse y a separarse, por miedo a los de la circuncisión.⁹⁶

Ésta era una debilidad de Pedro.

¿Pero era esto realmente debilidad? Después de todo, el buen apóstol se encontraba en una posición difícil, atrapado entre los cristianos judíos y los cristianos gentiles. Si comía con los gentiles, se distanciaba de los judíos. Si se sentaba a la mesa con los judíos, perjudicaba a los gentiles. Ya dos veces había resuelto disputas a favor de los gentiles. Entonces, ¿no era humano y perdonable que esta tercera vez hiciera una sola concesión a favor de los judíos? En fin, ¿no era el asunto insignificante, un problema cotidiano, o un simple malentendido?

Sin embargo, la perspicacia de Pablo ciertamente profundizó en la cuestión. Dejó claro que Pedro no debía aceptar a los gentiles un día y excluirlos al siguiente. De hecho, Pedro los consideraba solo cristianos de segunda clase. A pesar de que se les prometió la libertad de las leyes judías, estaban obligados a cambiar su estilo de vida al estilo judío si querían ser incluidos en el círculo de amigos de Pedro cuando los judíos estuvieran presentes. Esto, sin embargo, era un peligro mortal, que podría haber sido fatal para toda la misión de convertir a los gentiles. Era una traición a la esencia misma del cristianismo, cuya existencia no se sustentaba en las letras de la ley judía impresas en papel, sino en el derramamiento de la sangre de Cristo crucificado.

El ejemplo de Pedro ya había dejado una grieta peligrosa en la sólida amistad de los cristianos de Antioquía. Junto con Pedro, otros judíos cristianos se retiraron de los círculos gentiles; e incluso Bernabé, un discípulo de las filas de los gentiles, abandonó el suyo. Provocado por esta situación, San Pablo escribió en la Epístola a los Gálatas: «Pero cuando Cefas llegó a Antioquía, le

resistí cara a cara, porque era digno de censura...».

Pero cuando vi que ellos

34 Los Apóstoles

97 Como no anduvisteis rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿cómo obligas a los gentiles a vivir como judío ?

Sería difícil borrar esta declaración aguda y amarga, o suavizar este golpe duro y rápido. Pero ¿qué daño puede causar darse cuenta de que Pedro y Pablo eran solo humanos? En realidad, Pablo tenía razón. Si San Pablo no hubiera intervenido, las acciones de Pedro habrían causado un desastre: los judíos cristianos podrían haber regresado al judaísmo y la conversión de los gentiles se habría detenido. Pablo no se atrevía a callar. Tenía que alejar el peligro inminente. Sin embargo, también se podría opinar que Pablo podría haber hablado en un tono más conciliador —fortiter in re, suaviter in modo—, con firmeza, pero con suavidad. No obstante, Pablo siempre se mantuvo firme en sus intenciones e igual de firme en sus acciones, lleno de energía y vigor.

En el calor de esta prueba, el oro del carácter de Pedro brilló. Con humildad, aceptó la severa censura pública de Pablo. No se refugió en su autoridad. No intentó excusarse ni justificarse, ni discutió con Pablo. Este pasaje de Gálatas muestra que Pablo obtuvo una victoria completa en este asunto de la diferencia entre él y Pedro. El apóstol reprendido no replicó. Y poco después, al final de su segunda epístola, San Pedro escribió: «Nuestro muy querido hermano Pablo». 98 Estas son casi las últimas palabras de Simón Pedro que se han registrado.

¡Qué notable es el cambio en este hijo de Jonás desde el primero de los Evangelios hasta la última de las Epístolas! Solo su sencillez se mantuvo constante en todo momento, y esta sencillez es el hermoso ornamento de su autoridad, que ejerció con tanta humildad que soportó muchas críticas y censuras. No temió su tarea ni eludió su deber. En verdad, la humildad de San Pedro no es menos digna de admiración que la franqueza de San Pablo.

El converso de Tarso, sin embargo, no abandonó la escena orgulloso ni jactancioso. Sus lazos de amistad con el pescador de Betsaida se mantuvieron firmes. Este incidente en Antioquía ciertamente ha dado lugar a demasiadas conversaciones e imaginación. Incluso hay quienes interpretarían el comentario de Pablo como evidencia y prueba en contra.

La primacía de Pedro. Ven en este conflicto la expresión y el estallido de dos tendencias opuestas en la Iglesia primitiva. Y pronto hablan de «petrismo» y luego de «paulismo». Otros intentan sostener que el conflicto entre Pedro y Simón el mago, en Samaria y posteriormente en Roma, es simplemente un camuflaje del conflicto entre Pedro y Pablo. La propia Biblia refuta tal interpretación.

La misma Epístola a los Gálatas que relata este conflicto entre los dos apóstoles en Antioquía también da testimonio del reconocimiento y aceptación por parte de Pablo de la autoridad de Pedro. Reconoció que debía ir a Jerusalén a ver a Cefas, y permaneció con él durante quince días. Clasificó a Cefas entre los "hombres de autoridad" de quienes recibió la aprobación para su misión de predicar a los gentiles. 09 Y el propio incidente de Antioquía es mucho más una prueba a favor de la posición prominente de Pedro en los primeros años de la Iglesia que en contra de ella. Fue precisamente porque San Pablo conocía, comprendía y reconocía la posición de Pedro que le exigió con tanta impetuosidad y despiadadamente el fin inmediato de su proceder.

San Pablo no se oponía a la autoridad de Pedro, sino a la peligrosa forma en que este líder de la Iglesia la ejercía. No quería disensiones en la Iglesia; deseaba unidad y amistad entre los gentiles y este «hombre de piedra» sobre el que el Señor había fundado su Iglesia.

Nadie podría haberse opuesto más a las facciones petrinas y paulistas dentro de la Iglesia que el propio San Pablo. Cuando reformaba las diversas facciones de la comunidad cristiana de Corinto —«Soy de Pablo», «Soy de Apolo», «Soy de Cefas» o «Soy de Cristo»—, San Pablo les escribió:

Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos digan una misma cosa; y que no haya disensiones entre vosotros, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer. ... ¿Ha sido Cristo dividido? ¿Fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?

La liturgia y el arte cristiano desde el siglo I hasta la actualidad enfatizan la amistad entre Pedro y Pablo. En un sermón, San Juan Crisóstomo los llamó "los

36 Los Apóstoles

Equipo apostólico. Las imágenes antiguas los representan como hermanos, y en las imágenes de los Doce pintadas desde el siglo III, ocupan los lugares de honor a la derecha e izquierda del Señor. En la liturgia, su festividad se celebra el día de su muerte, el 29 de junio. Sin embargo, debido a la gran distancia entre las dos iglesias de San Pedro y San Pablo en Roma y a las dificultades para celebrar servicios en ambas el mismo día, la festividad se dividió y el 30 de junio se designó como el día en que se honra a San Pablo.

Siempre que se nombra a San Pedro en el calendario litúrgico, también se menciona a San Pablo. Es posible que el arte y la liturgia se hayan inspirado en leyendas, especialmente en los «Hechos de Pedro» y los «Hechos de Pablo», que surgieron entre los años 170 y 250. Estas leyendas van mucho más allá de la amistad personal entre Pedro y Pablo. Supuestamente, ambos fueron contemporáneos en Roma, compartiendo la responsabilidad de una misión; estuvieron confinados en la misma prisión y sufrieron el mismo castigo; sufrieron la misma muerte el mismo día. La fantasía poética es la única fuente de estas leyendas; sin embargo, no habrían surgido de no haber existido una amistad verdaderamente sincera entre los dos apóstoles o de no haber existido una fricción constante entre ellos.

Es el evangelista Lucas quien une a Pedro y Pablo como hermanos en la primera y segunda parte de los Hechos de los Apóstoles. Los Hechos constituyen la primera imagen completa que tenemos de Pedro y Pablo juntos. A pesar del día en Antioquía, no eran oponentes. No eran rivales ni enemigos, sino dos rayos del único Sol divino. Eran una sola voz con dos ecos, predicando la única Palabra divina por los montes y valles de la tierra. Cristo era uno en ambos, y ambos eran uno en Cristo. ¡A Él, todo en uno y uno en todos, sea honor y gloria!

Pedro > Misión de s

Después de la Ascensión del Salvador resucitado, hasta el año 42 o 43, Simón Pedro permaneció y trabajó con los demás apóstoles en Palestina. 101 San Lucas registró en los Hechos las visitas de Pedro a las iglesias de Judea, Galilea y Samaria. 102 Un pasaje de Gálatas puede haber sido la base para el apoyo

posición de que Pedro y Pablo se dividieron varias tierras entre ellos, y que Pedro predicó el Evangelio sólo a los judíos y Pablo a los gentiles: "Vieron que a mí me fue encomendado el evangelio para los incircuncisos, como a Pedro el de los circuncidados". 103 Pero en realidad el apostolado no era tan rígidamente exclusivo. Pedro predicó no sólo a los judíos, sino también a los gentiles. Uno de sus primeros sermones lo pronunció en casa de Cornelio, un gentil. Por otro lado, Pablo viajó no solo a los gentiles, sino también a los judíos.

La persecución de Herodes Agripa en el año 42/43 fue la señal divina para que los apóstoles abandonaran el pequeño rincón de Palestina y se dirigieran a los cuatro confines de la tierra. Tras el martirio de Santiago el Mayor, Pedro fue salvado de un destino similar por un ángel. Mientras los guardias dormían aletargados, cruzó la puerta de la prisión, que se abrió ante él. Preguntándose si era realidad y no solo un sueño o una visión, pronto se encontró en la calle, libre. Inmediatamente se dirigió a la casa de Marcos en Jerusalén, donde muchos se habían reunido para orar. Tras relatar la historia de su escape, y antes de partir, simplemente dijo: «Díganle esto a Santiago [el menor] y a los hermanos». 104

Ciertamente, Lucas no dio un informe muy preciso; aparentemente intentaba mantener el secreto de Pedro: «Y partió y se fue a otro lugar». Sobre este otro lugar se ha especulado mucho. Según una tradición antigua, aunque ciertamente no del todo fiable, Pedro ya había ido a Roma en ese momento.

Fue durante los primeros años del reinado del emperador Claudio (41-54). 105 La propia Biblia lo confirma, y la Epístola del Apóstol Pablo a los Romanos, escrita durante el invierno del 57-58, presupone un cristianismo floreciente en Roma. Pablo, en su viaje, se excusó por no poder ir a Roma como tenía previsto. 106 Quizás esto sea una alusión a Pedro como el primer pastor de Roma.

Alrededor del año 50, los judíos fueron desterrados de Roma por decreto real. Durante este exilio, Pedro viajó a Jerusalén (49-50) para asistir al primer Concilio de la Iglesia. Tras este encuentro, Pedro partió hacia Antioquía de Siria, donde se produciría su conflicto abierto con San Pablo. El historiador Eusebio

38 Los Apóstoles

Consideraban a Pedro el fundador del cristianismo en la comunidad de Antioquía. 10 1 Jerónimo lo llamó el primer obispo de esta ciudad.

108

Gregorio relató que Simón trabajó durante siete años en esta capital de Siria. 10 0 Y la liturgia solemniza el 22 de febrero como la fiesta del obispado de Pedro en Antioquía. El conflicto en esta ciudad siria simplemente sirve como recordatorio de las labores de Pedro como obispo.

Pero Ignacio, obispo martirizado alrededor del año 110, nombró a Evodio en lugar de a Pedro como primer obispo de esta capital. Y el propio Ignacio fue el segundo obispo de esta sede.

Después de dejar Antioquía, donde pasó un tiempo considerable, Pedro viajó por las provincias de Fonto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, distritos de la actual Turquía.

Posteriormente escribió dos epístolas a los fieles de estas comunidades cristianas de Asia Menor. En estas cartas apenas se permitió referencias personales ni comentarios a los fieles, pero sí se mencionan sus numerosas obras misioneras en esta región.

Las leyendas sobre las obras apostólicas de Pedro y su hermano Andrés en esta región del Mar Negro y sus alrededores son muy antiguas. Se reconocieron ya en Orígenes (185-254). Una tradición local de Sinope en Fontus da testimonio de la larga estancia y las numerosas obras de los dos hermanos apóstoles. Según esta misma tradición, ambos se separaron en Sinope: Pedro viajó a Occidente y Andrés a Oriente.

En esa época, el misionero también visitó Corinto. Su paso por esta ciudad incluso dio origen a una facción que malinterpretó a Pedro.

"! Soy de Cefas." 1 1° Clemente de Roma aludió a esta visita, y Dionisio, obispo de Corinto, en su carta a una comunidad romana de cristianos entre los años 170 y 175 testificó de manera bastante expresa de las obras apostólicas de Pedro en Corinto:

Ambos [Pedro y Pablo], como vástagos de nuestra comunidad, han instruido a nuestros corintios. De igual manera, también han instruido a los italianos. Y ahora han muerto como mártirés.

Pedro en Roma

De especial importancia son la estancia y la actividad de Pedro en Roma. Las tradiciones de la Iglesia Oriental y Occidental

Testifiquen con una sola voz sobre esto y sobre la muerte de San Pedro en Roma. Un testimonio anterior de la Iglesia Occidental se encuentra en los escritos del obispo Dionisio. Pero ya una década antes, el papa Clemente de Roma (81-96) escribió en sus exhortaciones a la comunidad cristiana de Corinto sobre las ofrendas «de los buenos apóstoles Pedro y Pablo, quienes soportaron tormentos y torturas como un magnífico ejemplo para nosotros [en Roma]» .

En una carta a los Romanos, San Ignacio, obispo y mártir (98-110), habló de estos dos líderes de la Iglesia como la autoridad docente de la Iglesia en Roma: "No os mando como Pedro y Pablo". 11 3 Y San Ireneo, obispo de Lyon (177), testificó en detalle que Pedro y Pablo predicaron en Roma y establecieron el cristianismo allí. 11 4

A este testimonio de la palabra hablada se suma la prueba silenciosa, pero no menos importante, de los antiguos monumentos cristianos. Un conjunto de sarcófagos en Roma, de los siglos III, IV y V, presenta diversas escenas de la vida de Pedro. Ya en el siglo I, el recuerdo de Pedro era más evidente y activo en Roma que en cualquier otra comunidad de Oriente u Occidente. Una prueba singularmente importante de que Pedro trabajó y murió en Roma es la ubicación de su tumba. Alrededor del año 200, Gayo, sacerdote romano, le indicó a uno de los maestros de una herejía que podía mostrarle al hereje «las señales de la victoria» de las tumbas de los apóstoles: la de Pedro en el Vaticano y la de Pablo camino a Ostia. 11 5

A nuestro siglo le correspondió la tarea de redescubrir la tumba de Pedro. Fue descubierta bajo el Altar de la Confesión en la Basílica de San Pedro, exactamente donde los primeros informes de la tradición prometían que estaría. La investigación, que duró casi diez años, se hizo pública en noviembre de 1951 en la monumental obra en dos volúmenes: *Esplorazione sotto la Confessione di S. Pietro in Vaticano*.

Esta laboriosa y minuciosa excavación, a unos siete metros bajo el suelo actual de San Pedro, reveló una gran tumba pagana. Este descubrimiento confirmó la antigua tradición romana de que Pedro fue enterrado en una colina del Vaticano, en un cementerio pagano. En esta gran necrópolis, sobre la que se construyó un hermoso mausoleo alrededor del año 50, se alza un...

40 Los Apóstoles

Una parte relativamente pequeña, el campo central, que se encuentra bajo la nave central de San Pedro. En esta sección central, justo debajo del altar mayor, se concentró la investigación principal.

En este lugar se descubrieron tres grupos distintos de tumbas, de distintas épocas, formas y adornos. Uno de estos sepulcros, que, según hallazgos recientes, data del siglo I y se asemeja a la forma de una cogulla de capuchino, destaca significativamente por encima de todos los demás.

Esta tumba, una superficie pequeña y sencilla, pero ubicada de forma muy visible, permaneció sin abrir incluso a mediados del siglo II, cuando un gran número de ricos enterramientos paganos cubrían este distrito. Al parecer, las demás tumbas se agrupaban alrededor de esta tumba lo más cerca posible, a ambos lados, debajo y, posteriormente, a medida que el nivel del suelo cambiaba con las remodelaciones y reconstrucciones, incluso por encima. Hacia mediados del siglo II, se construyó un muro, el llamado «muro rojo», alrededor de esta tumba para protegerla. Bajo este «muro rojo» se encontraron los restos de otro muro que también servía de protección y embellecimiento a esta distinguida tumba.

A lo largo de los siglos siguientes, este pequeño lugar siguió siendo el punto central. Incluso en la segunda mitad del siglo II, era conocido como monumento de honor, como lo mencionó el sacerdote Cayo. El tropaion se mantuvo hasta el siglo IV, cuando el emperador Constantino mandó erigir la basílica de San Pedro. Durante la persecución del emperador Valeriano, alrededor del año 258, los restos mortales del apóstol Pedro fueron trasladados a un lugar de enterramiento en la colina del Vaticano, al igual que los restos del apóstol Pablo fueron llevados al camino de Ostia para su protección. Dicho lugar eran las catacumbas de San Sebastián en la Vía Apia. 116 A medida que las persecuciones disminuyeron, estas reliquias fueron restauradas a sus lugares de honor originales.

Esta reciente investigación y excavación también arrojó luz sobre las grandes dificultades técnicas y psicológicas que Constantino debió enfrentar al emprender la construcción de la gran basílica. Pero estas dificultades demuestran en sí mismas que la elección del emplazamiento para la iglesia de San Pedro no se basó únicamente en su utilidad. El sitio elegido era apropiado, pero en la práctica era casi imprudente construir en ese lugar. El edificio...

Sitio de este gigantesco monumento, directamente encima de la tumba de San Pedro, fue escogido sobre la base de buena autoridad.^{11 1} Después de muchos años de investigación, estudio y excavación para encontrar la tumba de Pedro, el difunto Papa Pío XII, dando una audiencia el 19 de diciembre de 1951, pudo decir que el objetivo alcanzado había superado con creces las expectativas de los eruditos, y que el valor histórico y teológico y el significado de este descubrimiento arqueológico único no podían escapar a la atención de nadie.

El propio Pedro testificó que residía en Roma: «La iglesia que está en Babilonia, elegida junto con vosotros, os saluda; y también mi hijo Marcos». ¹¹⁸ Esta «Babilonia» era una designación críptica de la ciudad de Roma, como se atestigua desde la época de Papías, Clemente de Roma y Jerónimo. En aquellos días existía una Babilonia en Asia Occidental, o el Cercano Oriente, a orillas del río Éufrates, y había una ciudad sin importancia con el mismo nombre en Egipto. Pero Pedro podría no haberse referido a ninguna de estas; nunca se ha sabido que trabajara en ninguna de las dos. Por otro lado, la Roma de aquella época era a menudo llamada Babilonia por los cristianos perseguidos. Por ejemplo, esto es cierto en varios pasajes del Apocalipsis de San Juan. ¹¹⁹ La estancia de Marcos en Roma está, además, confirmada por otros testimonios. ¹²⁰

¡Esta era la comunidad elegida de "Babilonia"! Gritos de miedo, terror y horror resuenan entre líneas sobre la Roma primitiva. Pero uno sólo tiene que releer el primer capítulo de la Epístola a los Romanos, la descripción corta pero exacta de la vil inmoralidad de la Roma del primer siglo, y no sólo oír sino también comprenderá estos gritos aterradores, espantosos y horrorosos:

Como ellos han resuelto no poseer el conocimiento de Dios, Dios los ha entregado a un sentido reprobado, de modo que hacen lo que no conviene; estando llenos de toda iniquidad, malicia, inmoralidad, avaricia, perversidad; estando llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidad; siendo murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, irreverentes, orgullosos, altivos, tramadores de males; desobedientes a los padres, necios, disolutos, sin afecto natural, sin fidelidad, sin misericordia.¹²¹

Parece que Pedro llegó a Roma la primera vez durante el reinado del emperador Claudio (41-54), y la segunda durante el reinado de Nerón (54-68). Claudio era un hombre caprichoso y de mente estrecha.

42 Los Apóstoles

Un ejemplo inteligente de todo lo extraño. Toleró el regimiento de su primera esposa, Mesalina —un personaje insolente cuya desvergüenza se convirtió en sinónimo— y soportó el ejército de Agripina, su sobrina y segunda esposa, una criminal ambiciosa que más tarde envenenaría al emperador con su propia mano para llevar al trono a Nerón, hijo de su primer matrimonio.

El nombre de Nerón se convirtió en sinónimo de asesino. Conspiraba. Era un hipócrita. Reprimió y suprimió todo lo bueno, a menos que fomentara su inaudita autocomplacencia. Antes que la comida y la bebida, amaba la sensualidad, la sangre y la tortura lenta. Envenenó a su hermanastro Británico.

Con su típica cobardía e hipocresía, asesinó incluso a su madre, la última de su familia, quien lo elevó al trono. Asesinó a su primera esposa, una hermanastra llamada Octavia, y pateó hasta la muerte a su segunda esposa, Popea Sabina, una matrona romana. Era un bruto demente, hábil solo para exhibir una extravagancia sin precedentes, y por este despilfarro los pobres de todo el Imperio Romano tuvieron que sufrir. Con certeza se le puede acusar de la horrible catástrofe del incendio de Roma en el año 64, como insinuó Tácito. Hizo un esfuerzo decidido por desviar toda sospecha de sí mismo acusando a los cristianos de la ciudad. Pero el eterno resplandor de la gloria de los mártires inocentes ha sofocado desde hace mucho tiempo el último rescoldo de la ardiente Babilonia.

¿Qué logró el humilde pescador de Betsaida con su cruz y su Evangelio en semejante Babilonia? ¿Acaso sus palabras de admonición, su mensaje del Cristo crucificado, Salvador y Redentor, fueron desatendidas e ignoradas allí, en medio de la pompa, la lujuria y la sensualidad descaradas del imperio poderoso pero en decadencia? ¿Acaso su voz fue ahogada por las olas y el oleaje del paganismo, aún más desesperanzadamente que cuando en un momento se hundió en las fauces mortales del mar? No olvidemos que el propio San Pedro la llamó la «comunidad elegida de Babilonia» una flor en un pantano, un amanecer que irrumpe en una noche torpe.

Hoy, la antigua Roma yace en ruinas. Muchos de sus gobernantes pasaron a la historia bajo una maldición. Sobre la tumba de este sencillo pescador se alza una enorme cúpula triunfal. A poca distancia de esta magnífica creación, un imponente obelisco se alza hacia el cielo.

Ni siquiera nuestra guerra moderna, tan arrolladora, repentina y destructiva, los ha dañado. ¡Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat! Si este monumento y su inscripción victoriosa, e incluso los gigantescos pilares y bóvedas de la gran basílica, cayeran algún día por las maldades humanas, la roca sobre la que Cristo construyó su Iglesia jamás se rompería. Hasta el fin de los tiempos y por toda la eternidad, Cristo será el Vencedor, Cristo será el Gobernante, Cristo será el Señor

Esta es Roma, la Ciudad Eterna, la Roma de Pedro, la Roma de Pablo y la Roma de los mártires. Los cristianos besan su tierra santa,

que ha bebido las lágrimas y la sangre de los apóstoles y mártires. Rezamos con gratitud el Credo que Pedro y Pablo trajeron a las tierras de Occidente desde Oriente, desde las escarpadas y escarpadas colinas del amanecer hasta las suaves y llanas llanuras del ocaso. Pedro y Pablo, protejan su Credo para todo el mundo.

Los discursos de Pedro

Las enseñanzas de San Pedro se han preservado directamente en sus ocho discursos de los Hechos de los Apóstoles y en sus dos Epístolas. Ciertamente, estos "discursos" de los Hechos son solo extractos, breves bosquejos de San Lucas; pero no falsean el pensamiento de Pedro, ni nos dejan con una imagen incompleta del estilo y temperamento del apóstol. Son documentos verdaderamente valiosos de las palabras de Simón, valiosos registros de una antigua tradición transmitida a la posteridad. Son los discursos más antiguos, incluso dos décadas más antiguos que la primera Epístola de Pablo, la primera corriente liberada por un cálido sol primaveral de las garras de un invierno gélido.

Comparados con las Epístolas Paulinas, o incluso con el Evangelio de San Juan, los sermones de Pedro son sencillos; pero no son menos profundos en contenido. La influencia de Pedro se percibe en todo el Nuevo Testamento.

Estos ocho discursos -que se observan y se utilizan con muy poca frecuencia- son los siguientes: el discurso pronunciado antes de la elección de Matías como apóstol; 1 22 el discurso sobre la amonestación al pueblo después del primer cojo; 1 2' los dos Pentecostés; 1 23 la curación milagrosa de un mendigo llamamientos a la auto-

44 La defensa de los

Apóstoles ante los sumos sacerdotes; 125 la conversación en la casa de Cornelio; 126 la explicación en Jerusalén acerca de la circuncisión; 121 y el discurso en el primer Concilio de los apóstoles. 128

Hay tres de estos discursos que sobresalen por encima de los demás: el audaz sermón ante las grandes multitudes en Pentecostés; la respuesta directa a los curiosos alborotadores en el pórtico del templo llamado de Salomón después de la curación del mendigo cojo; y la hermosa explicación, breve pero significativa, de la misión de Cristo a Cornelio.

Lo que resulta tan sorprendente en estos ocho pasajes es su fuerte conexión y dependencia del Antiguo Testamento. Pedro trabajó incansablemente para señalar las pruebas del Antiguo Testamento para el Nuevo Testamento. Constantemente citaba los libros del Antiguo Testamento. En su primer discurso, al hablar con los apóstoles sobre la elección de otro apóstol para reemplazar al traidor Judas, vio en el incidente el cumplimiento de una profecía del Libro de los Salmos.¹²⁹ Pentecostés ya había sido predicho por el profeta Joel, y también por el salmista David.¹⁸⁰ Mientras hablaba con la gente en el templo, el apóstol, que acababa de obrar un milagro al sanar a un mendigo lisiado, declaró que «

«Dios cumplió

lo que había anunciado de antemano por boca de todos los profetas». 131 San Pedro empleó

el mismo enfoque en sus discursos que Mateo en su Evangelio. Ambos usaron el Antiguo Testamento para demostrar las enseñanzas de Cristo a los judíos. Se ha dicho que el Antiguo Testamento perdió su significado después de Cristo, pero incluso el primer pontífice de la Iglesia condenó tal falsa opinión.

Lo Nuevo está contenido en lo Antiguo; y en lo Nuevo se cumple lo Antiguo.

El tema principal de todos los sermones de Pedro es Jesucristo. Todos sus pensamientos se dirigen a Él, y todo lo que dice se deriva de las palabras de su Maestro. Los discursos de Pedro se centran tanto en Jesús que, si se perdieran las Epístolas Paulinas o incluso los Evangelios, se podría reconstruir la vida de nuestro Señor a partir de estos discursos sencillos y claros.

Lo que San Pedro le dijo a Cornelio permanece hoy como un compendio. Resumen del pacto de los Evangelios:

"Envió su palabra a los hijos de Israel, predicando la paz por medio de Jesucristo (quien es el Señor de todos). Saben lo que sucedió en toda Judea; pues comenzó en Galilea después del bautismo predicado por Juan: cómo Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo y con poder, y él anduvo haciendo el bien y sanando a todos los que estaban en poder del diablo; porque Dios estaba con él. Y nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén; y aun así lo mataron, colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día e hizo que se viera claramente, no a todo el pueblo, sino a testigos designados de antemano por Dios, es decir, a nosotros, que comimos y bebimos con él después de que resucitó de e. Y nos encargó que predicáramos al pueblo y testificáramos que él es quien Dios ha designado para ser juez de vivos y muertos. De él dan testimonio todos los profetas, para que por su nombre todos los que crean en él reciban perdón de pecados.

Así como la predicación de Cristo era muy importante para San Pablo, también lo era para Pedro la Resurrección de Cristo. En su discurso ante el pueblo, así como en su defensa ante los sumos sacerdotes, Pedro llegó a hablar de esta verdad fundamental y doctrina fundamental del cristianismo. Su sermón de Pentecostés es, en esencia, un sermón de la mañana de Pascua. Este llamado especial a predicar la gloria de la Resurrección de nuestro Señor, particularmente a sus oyentes judíos, no era solo una necesidad teológica, sino también psicológica; tenía que liberar a su audiencia del impacto y el escándalo de la cruz.

Fue Pedro quien siempre demostró que Jesús, a pesar de su crucifixión, era el verdadero Mesías profetizado. Pedro menciona repetidamente la divinidad de Cristo en sus discursos. Jesús es el «Santo», «el Santo y Justo», «el autor de la vida», el «Señor de todo» o simplemente el «Señor». «•Y en ningún otro hay salvación.» «A éste, Dios exaltó con su diestra por Príncipe y Salvador.» 133 Pedro había anticipado y atacó lo que Pablo y Juan más tarde también combatirían.

Hay un tercer pensamiento que dominó las palabras y pensamientos de Pedro: la Redención. Esta fue predicha por los profetas, y en Jesucristo se cumplió. « •Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para

perdón de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo, así resuena el sermón de Pentecostés, exhortando, amonestándonos.

3 4 En las palabras de Pedro brilla con fuerza el credo cristiano, ing.1 como una mañana que irrumpe en el horizonte.

Las dos epístolas de Pedro

Las Epístolas Petrinas van más allá de los discursos registrados en los Hechos de los Apóstoles. La primera comienza con saludos «a los peregrinos de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia». 1 35 Las comunidades cristianas de estos países del norte y noroeste de Asia Menor, algunas de ellas fundadas por San Pablo, se encontraban en una situación muy difícil. Los paganos los consideraban malhechores, y los conversos sufrían a causa de su «maldad impía» de una manera verdaderamente cristiana.

abajo.

Puesto que Cristo, pues, ha padecido en la carne, armáos también vosotros con la misma intención; porque quien ha padecido en la carne ha cesado de pecar; para que durante el resto de su vida en la carne ya no viva según las concupiscencias humanas, sino conforme a la voluntad de Dios. Pues ya ha pasado suficiente tiempo para que aquellos hayan cumplido el deseo de los paganos, andando, como ellos, en la disipación, las lujurias, la borrachera, las juergas, las orgías y la adoración ilícita de ídolos. Se asombran de que no caigáis con ellos en la misma red de disipación, y os insultan.

138

El desprecio que los paganos malintencionados sentían por los primeros cristianos les infligió a estos fieles el peligro del cansancio interior, el agotamiento y, finalmente, la deserción. Pedro transmitió esta alarmante noticia a través de Silvano, quien deseaba buscar a San... Pablo, el padre espiritual de muchos de estos grupos amenazados. Pero como a Pablo no se le permitía estar en Roma en ese momento (la epístola puede datarse en el año 63 o 64), Pedro entregó el mensaje a Silvano para que lo entregara y circulara entre las comunidades afligidas por la enemistad de sus vecinos paganos:

Por medio de Silvano, el fiel hermano, como lo considero, les he escrito brevemente, exhortándolos y testificándoles que esta es la verdadera gracia de Dios. Manténganse firmes en ella.

Esta epístola suena como un eco del Mar de Tiberiades:

«Apacienta mis corderos... Apacienta mis ovejas»: Como pastor de todo el Corzo de nuestro Señor, el príncipe de los apóstoles exhortó a los fieles, más con amor que con lógica, a la paciencia y la perseverancia. El primer pensamiento sorprende: la nobleza de los cristianos. Pocas veces se han escrito palabras más magistrales sobre la dignidad humana: «Saben que fueron redimidos de la vana manera de vivir

transmitida por sus padres, no con cosas percederas, ni con oro ni plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación... Sin embargo, ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido; para que anuncien las perfecciones de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable». 138

Pedro dio a los perseguidos una segunda razón para permanecer firmes en la fe: el poder del buen ejemplo.

Comportaos honestamente entre los paganos, para que en lo que os calumnian como malhechores, al observaros y a causa de vuestras buenas obras, glorifiquen a Dios en el día de la visitación. Porque ésta es la voluntad de Dios: que haciendo el bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos. ¹³⁹

Y este poder invencible del buen ejemplo debería eliminar todo odio hacia los cristianos también en los círculos domésticos y hacer conversos para Cristo:

De igual manera, que las esposas también estén sujetas a sus esposos; para que, incluso si algunos no creen en la palabra, puedan ser ganados sin palabra por la conducta de sus esposas.

1 40 La gracia y la fuerza para perseverar en el bien contra viento y marea en medio de estas tentaciones terrenales provienen de Dios. Con el ardiente y sincero deseo de hacer el bien que predominaba en la mente de los apóstoles y los primeros cristianos, Simón Pedro escribió sobre el juicio final y la venida del Señor, el fin de todo trabajo, aflicción y angustia:

Pero el fin de todas las cosas está cerca. Por tanto, sean prudentes y vigilantes en la oración. Amados, no se alarmen por la prueba de fuego que se está llevando a cabo entre ustedes para probarlos, como si algo extraño les estuviera sucediendo; sino en la medida en que sean participante

48 Los Apóstoles

de los sufrimientos de Cristo, para que también vosotros os alegréis con júbilo en la revelación de su gloria. 141

San Pedro era un hombre de acción y practicidad, y escribió sobre las cosas prácticas y ordinarias de la vida para la gente común. Esta primera epístola no es como muchas epístolas paulinas, primero una consideración teórica, luego una aplicación práctica. Consiste únicamente en esto último. Sin embargo, todas sus exhortaciones a vivir una vida cristiana se basan y se centran en la vida de Cristo. 142 Sus pocas palabras están compuestas como un breve Evangelio: Cristo murió una sola vez por

los pecados, el Justo por los injustos, para llevarnos a Dios.

... El bautismo ahora os salva... por la resurrección de Jesucristo, que es la diestra de Dios, venciendo a la muerte para que seamos hechos herederos de la vida eterna, pues subió al cielo, y los ángeles, las potestades y las virtudes se sometieron a él.ua

La primera Epístola de Pedro siempre ha sido reconocida como genuina y auténtica; sin embargo, la segunda no alcanzó reconocimiento universal hasta después del siglo IV. El contenido y la forma de la segunda Epístola de San Pedro difieren considerablemente de la primera. No obstante, existen muchas señales y características internas que ayudan a establecer su fiabilidad. Es tan franca y honesta que no se puede afirmar que sea un mero fraude. El compositor y remitente se presentó en las primeras líneas como

Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, hemos alcanzado igual privilegio de fe que nosotros.144

La segunda epístola escrita por San Pedro puede datarse en el año 66, pues el apóstol y mártir (encarcelado en Roma antes de su muerte en el 66 o 67) ya estaba hablando abiertamente de su muerte inminente: Mientras estoy en este tabernáculo, creo

conveniente despertarlos con un recordatorio, sabiendo como sé que el cese de mi tabernáculo está cercano, tal como me lo manifestó nuestro Señor Jesucristo

1415

El estatus de la comunidad cristiana entre los paganos del norte y noroeste de Asia Menor había cambiado desde que se escribió la primera Epístola: "Esta, amados, es ahora la segunda

« La epístola que os escribo » 146, pero el cambio no fue para mejor. Estas diversas circunstancias hacen que la diferencia en la forma y el contenido de esta segunda exhortación sea más fácilmente comprensible. Los males amenazantes ya no eran las anteriores amenazas y peligros externos, sino ahora internos, las falsas doctrinas de maestros mentirosos:

Pero también hubo falsos profetas entre el pueblo, así como entre ustedes habrá maestros mentirosos que introducirán sectas destructivas. Incluso renegarán del Señor que los rescató. ...Por causa de ellos, el camino de la verdad será difamado. Y por avaricia os utilizarán con palabras engañosas para su propio beneficio. 147

Estos maestros de falsa doctrina predicaban una "libertad evangélica" que exigía el rechazo y la ruptura de los vínculos legítimos con la Iglesia. Anteriormente, el apóstol San Judas, con duras palabras contra estos falsos maestros, había advertido a los fieles de su propia comunidad sobre la propagación de herejías. Estos herejes predicaron públicamente a los gentiles conversos de Asia Menor, dejando una herida peligrosa en el cuerpo de la Iglesia, y pronto se desató una infección tóxica.

La segunda epístola de San Pedro concuerda perfectamente con la de San Judas, el apóstol Tadeo. Ambas se parecen tanto que parecería que Pedro copió el estilo directo y agudo de Judas:

Temerarios y obstinados, estos hombres [falsos profetas] en sus burlas no tienen en cuenta la majestad... Pero estos hombres, como animales irracionales creados por la naturaleza para su captura y destrucción, abusan de lo que no entienden y perecerán en su propia corrupción. . . .

Porque les ha sucedido lo que dice aquel proverbio tan cierto: «El perro vuelve a su vómito», y «La puerca, aun después de lavarse, se revuelca en el cieno». 148

El discípulo combativo de Cristo contrarrestó esta distorsión del cristianismo predicando la segunda venida de Cristo, el fin del mundo. Este es el tema principal de la Epístola. 149 Arroja luz sobre la confusión de la oscuridad ensombrecida por las nubes de la herejía. Hubo quienes negaron con desprecio la segunda venida de Cristo, diciendo con burla:

"¿Dónde está la promesa de su venida? Porque desde que cayeron los padres,

50 Los Apóstoles

dormidos, todas las cosas continúan como estaban desde el principio de la creación."

Entonces Pedro, basándose en el Antiguo Testamento, explicó y dio testimonio del juicio final y continuó:

Pero, amados, no ignoréis esto: que un día para el Señor es como mil años, y mil años como un día. El Señor no demora sus promesas, sino que por amor a vosotros es paciente, no queriendo que nadie perezca, sino que todos se arrepientan.

Entonces Pedro hizo una misteriosa alusión al fin del mundo, otro escrito sinóptico comparable al Apocalipsis:

Pero el día del Señor vendrá como ladrón; en aquel tiempo, los cielos pasarán con gran violencia, y los elementos [¡Los elementos! ¡Qué sorprendente es que esta antigua palabra se use en un sentido científico y moderno!] serán deshechos por el calor, y la tierra y las obras que hay en ella serán quemadas...

Pero nosotros esperamos cielos nuevos y tierra nueva, según sus promesas, en los cuales mora la justicia. 150

¿Y cómo concluyó San Pedro esta segunda epístola? ¿Cómo podría haberla terminado, si no fuera con un pensamiento sobre Cristo? Con esta doxología de su amado Maestro concluyen los escritos de este fiel, cansado y anciano apóstol .

0 Salvo los discursos de los Hechos de los Apóstoles y las dos Epístolas Petrinas la obra que se ha transmitido como los "Sermones de Pedro" es apócrifa, poco fiable y espuria. Sin embargo, la base teológica e histórica de estos Hechos apócrifos a veces contiene algo de verdad.

Probablemente los "Petru kerugma" (sermones misioneros de Pedro) se originaron en el primer tercio del siglo II en círculos católicos, muy probablemente en Egipto; señalan las directrices generales y los principios rectores utilizados por los misioneros entre los paganos. La obra está casi completamente perdida en la actualidad.

Entre los años 180 y 190 se escribieron los "Hechos de Pedro" en Siria- Palestina. Durante los años siguientes se realizaron varias traducciones de esta obra, pero solo se han conservado fragmentos. La versión latina (Actus Vercellenses) relata los esfuerzos y las luchas de Pedro contra Simón el mago, quien murió al intentar alcanzar la cima de Roma con su magia desde el punto más alto de la ciudad. La versión griega relata la leyenda del "Domine-quo-vadis" y la crucifixión de Pedro. El "Martirio de Pedro escrito por Lino" es una colección posterior de leyendas, posiblemente escrita por primera vez en el siglo VI.

Una tercera obra apócrifa es la "Historia de Pedro y Pablo", probablemente compuesta en el siglo III para suprimir las historias heréticas y mostrar

bien, crezcan en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea la gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén.1t.1

Y pronto la vida de San Pedro llegó a su fin.

La muerte de Peter

La primavera, con su cielo azul y su cálido sol, cubría las orillas del mar de Tiberíades cuando el Maestro le preguntó tres veces al joven y fuerte pescador si lo amaba. El Buen Pastor miró a lo lejos, como si tuviera una visión, y le dijo al príncipe de los discípulos:

En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, te ceñías e ibas adonde querías. Pero cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras. 1 52

De repente, Pedro se sintió invadido por una extraña sensación y temor ante el futuro. Estas palabras de Cristo sobre la muerte del discípulo se le presentaron como una montaña alta y resbaladiza que debía escalar solo. Rápidamente...

Al volverse, Pedro vio que lo seguía el discípulo a quien Jesús amaba, el mismo que, durante la cena, se había recostado sobre su pecho y le había dicho: «Señor, ¿quién es el que te va a traicionar?». Al verlo, Pedro le preguntó a Jesús: «Señor, ¿y este hombre qué?».

Este hombre era Juan.

Se percibe la súplica en la pregunta de Pedro. Sabía que sería difícil estar solo, recorrer el camino solo.

Sabía que sería un camino que no quería recorrer, no un camino fácil.

La unidad personal entre los dos príncipes de los apóstoles. También describe el viaje de Pablo a Roma y su martirio.

Bajo el nombre de Pedro también circuló un falso "Evangelio de Pedro", originado posiblemente alrededor del año 150 en Siria. Hoy en día solo se conserva un pequeño fragmento. De igual manera, apareció un "Apocalipsis de Pedro", considerado con tal respeto y estima que pronto se leía en público el Viernes Santo, a pesar de que Eusebio y San Jerónimo lo clasificaron como un escrito falso. Este "Apocalipsis" describe la belleza del cielo y el horror del infierno; es comparable a la Divina Comedia de Dante y data de la primera mitad del siglo II.

52 Los Apóstoles

Camino. Pedro debía guiar el camino, solo, y preparar el camino para los demás, solo. Pero la Sagrada Escritura misma afirma: « Es mejor, pues, que dos estén juntos que uno solo, pues tienen la ventaja de su compañía. Si uno cae, el otro lo sostendrá. ¡Ay del que está solo!, porque cuando cae, no hay quien lo levante».

53

A

Si Pedro hubiera podido vivir la vida con su amigo Juan, habría ido con gusto y disposición adonde no hubiera querido ir. Juan podría haberlo ayudado a cargar las pesadas llaves. Juan podría haberlo ayudado a levantarse si se caía. ¿No habría sido una gran bendición si Dios hubiera unido a Pedro y Juan como compañeros en el largo y tortuoso camino de la vida? Pedro era el poder y la ley; Juan era el amor y el espíritu. ¡Qué feliz unión podrían haber logrado estos dos seguidores de Cristo! Largo y lejano fue el viaje que ambos hicieron juntos a través de los Hechos de los Apóstoles. Estos dos primeros del Concilio de Jerusalén aparentemente estaban unidos por una profunda amistad; Pedro y Juan entraron juntos al templo; Pedro y Juan fueron los primeros en ser encarcelados y liberados juntos; y Pedro y Juan dejaron Jerusalén y fueron juntos a Samaria para orar e invocar al Espíritu Santo. 154 Estaban juntos en la oración, juntos en el sufrimiento, juntos en el trabajo. Su único camino apostólico había sido hermoso. Pero llegó el día en que este único camino se dividió.

La voluntad de Dios vino antes que la voluntad del hombre.

Con seriedad, casi a regañadientes, el Señor respondió a la súplica interrogativa de Pedro sobre Juan: «Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa? Sígueme». Pedro tuvo que seguir al Señor sin Juan, y ahora debía emprender un camino, de nuevo solo, que no quería recorrer, y menos sin Juan. Tras este incidente —sobre el que pende tanto secreto y misterio, e incluso cierto resentimiento—, el evangelista añadió una observación sorprendente, expresiva y positiva: «Esto dijo Jesús para dar a entender con qué muerte Simón Pedro había de glorificar a Dios».

Lo que el Mesías había predicho a Pedro junto al mar de su La historia se cumplió treinta y cinco años después, en la lejana Roma.⁰

⁰ Pedro sufrió el martirio probablemente en el año 67. Sin embargo, el año

El anciano apóstol extendió los brazos sobre la cruz de madera con la que su verdugo lo ciñó. La leyenda cuenta el incidente del "Quo vadis": Pedro huía de la comunidad romana, la ciudad malvada y pecadora, a instancias y súplicas de los fieles. Pero a la puerta de la ciudad se encontró con el Señor, cargado con la cruz, y Pedro preguntó rápidamente a su Maestro: "¿Quo vadis, Domine?". "¿Adónde vas, Señor?". Jesús le respondió: "A Roma, para ser crucificado de nuevo". Pedro miró al Señor y comprendió de inmediato lo que quería decir, y se dio la vuelta para volver a cargar con su propia cruz, para ser crucificado.

De nuevo en Roma, Pedro no pudo repetir su anterior negación de su Maestro, ya no podía huir de su cruz. En una ocasión anterior, el apóstol había sido conducido ante una tímida sirvienta, donde se encontraba, y se estremeció. Y ahora era conducido ante la arena de Nerón, donde se encontraba, y se estremeció, la arena donde los judíos cristianos eran martirizados ante una multitud pagana y divertida... "Y, otra voluntad..." Pero también en ~~una ocasión con él, no podría haber~~ había desenvainado su espada y anhelaba defender a su Maestro él solo contra un ejército. Y ahora se irguió y anhelaba defender a su Maestro con el doloroso abrazo de la cruz.

Eusebio escribió que este apóstol y mártir suplicó ser crucificado cabeza abajo, pues se sentía indigno de morir exactamente como Cristo. Con sangre fluyendo de sus ojos, miró al cielo. En su segunda epístola, consoló a los cristianos: «El Señor no tarda en cumplir sus promesas». ¡No, el Señor no se demoró! Una sonrisa iluminó el rostro del mártir moribundo. Diariamente, los paganos celebraban un «triumfo» desenfrenado similar al de los judíos el Viernes Santo.

Sucesión del Primado de Pedro

La muerte de San Pedro planteó la cuestión de la permanencia de su oficio en la Iglesia. Un libro reciente de un protestante...

(64) El incendio de Roma, incidente que contribuyó a la persecución de los cristianos en Roma, no se descarta por completo como posible fecha. El 29 de junio fue designado como el día de la muerte por una tradición muy antigua y fiable, respaldada también por la historia. San Agustín, junto con otros Padres de la Iglesia, sostuvo la opinión de que Pedro y Pablo murieron en la misma fecha del mes, pero no en el mismo año.

54 Los Apóstoles

Un erudito señala sin reservas que el Señor mismo dotó a Pedro de poder y autoridad. Fue solo sobre Pedro que se fundó la Iglesia. 155 La primacía del príncipe de los apóstoles fue querida y otorgada por Cristo mismo. Sin embargo, con bastante énfasis, incluso con vehemencia, este mismo autor protestante niega que hubiera un sucesor de Pedro. Con la muerte de Pedro, incluso tras su partida de la comunidad madre en Jerusalén, el oficio de Pedro supuestamente se extinguió.

Tal suposición parece dudosa desde el principio. Si Cristo hizo de Simón Pedro la piedra angular de su Iglesia —y de hecho lo hizo—, ¿no pretendía que la estructura terminada se mantuviera como un establecimiento permanente? Pero esto habría sido imposible sin una base permanente.

Los cimientos se ponen solo una vez. Deben ser sólidos, sólidos, duraderos y permanentes.

Las palabras de Cristo a Simón Pedro en el momento de la promesa e investidura del primado son prueba suficiente para todos los siglos venideros.

'Sobre esta roca edificaré mi Iglesia.' ¿Acaso Cristo quiso que su Iglesia, construida sobre una base de roca, se derrumbara con la muerte de Simón? Solo Simón murió. Pedro no murió. Vive hoy y vivirá hasta el fin de los tiempos.

«Te daré las llaves del reino de los cielos». Si, sin embargo, las manos de Pedro se cansaron y se endurecieron, ¿acaso estas llaves no encajaron de repente en sus cerraduras? Siempre debe haber alguien en la Iglesia que ostente la máxima autoridad, que pueda cerrar y abrir, que pueda atar y desatar.

«Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella». Para cientos de años, las puertas del infierno, los poderes del mal, han asaltado a la Iglesia. Y seguirán asaltando y atacando durante cientos de años más. ¿Había alguna razón posible por la que la Iglesia ya no necesitara protección contra las furias del infierno tras la muerte del primer pontífice? ¿Cómo podría entonces cumplirse la promesa de Jesús?

«Apacienta mis ovejas.» ¿Quiso decir Cristo solo corderos», ese rebaño que se agolpaba alrededor de Pedro durante la vida del apóstol? Pero si se refería al rebaño de ovejas de todos los tiempos —y en efecto lo era—, ¿cómo pudo Simón guiarlo por las ásperas laderas del mundo después de su muerte?

Simón Pedro 55

Los pastores mueren, pero los Hocks siguen vivos. Nacen nuevos pastores, pero los Hocks siguen creciendo sin cesar. Estas palabras pronunciadas por Cristo, y registradas por Mateo (16:18) y Juan (21:15), no se detuvieron con Pedro; más bien, comenzaron con él.

La última consideración, pero no la menos importante, es esta: ¿Podrían Cristo y sus apóstoles haber tenido la opinión errónea de que el fin del mundo estaba cerca? Muchos pasajes del Nuevo Testamento refutan tal interpretación. Leemos: «El novio tardó en venir»;

«Pero después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos»; «y este evangelio del reino será predicado en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin.» 156 Si el Señor hubiera pensado que el fin del mundo estaba inmediatamente a la mano, entonces ¿por qué se tomó la molestia de establecer su Iglesia, y todo esto con tanta solemnidad?

Cristo no habló explícitamente del "sucesor de Pedro", ni de los papas ni de los obispos. Pero esto es comprensible por el hecho de que no quiso revelar el momento de su segunda venida. Si Cristo hubiera hablado de sucesores, habría sido una indicación de que el día del juicio final se encontraba en un futuro lejano. Aunque tal alusión hubiera sido pequeña y aparentemente insignificante, habría fijado una duración definida para el oficio y la misión de Pedro y los demás apóstoles. Hasta el fin de los tiempos, ya fuera pronto o en un futuro lejano, él sería el fundamento de la Iglesia.

Pedro recibió plenitud de poder y autoridad para la Iglesia. Ha perdurado desde su muerte y continuará perdurando hasta que el Mesías regrese. Cuando Pedro agonizaba, dejó las llaves, y otro fue elegido para venir a recogerlas.

Este sucesor también murió, y luego vino un tercero, y así continuó a través de los siglos, y continúa hoy.

Cuando el Señor, «después de mucho tiempo», regrese a sus siervos, ya no necesitará un vicario en la tierra. Entonces se cumplirán todas las misiones y oficios. Entonces Cristo mismo, ahora y por siempre la Cabeza invisible de su Iglesia, nos alimentará y amará en la gloria visible de su Epifanía.

Sólo tenemos que observar y esperar.

■ CAPÍTULO DOS

Tras considerar la vida y el martirio del apóstol Pedro, ahora dirigimos nuestra atención a su hermano Andrés. La diferencia de personalidad aquí es comparable a la diferencia entre un mar embravecido y tormentoso y una orilla tranquila y pacífica. El apóstol Andrés fue un hombre de coraje, valentía y hombría. Incluso su nombre tiene un significado noble, proveniente del griego an-dreios, que se traduce como "valiente". Ya era un nombre común entre los judíos dos siglos antes de Cristo. Este significado de su nombre influyó en los artistas de los siglos XIV y XV, pues las primeras representaciones pictóricas lo retratan como un hombre de estatura valiente y semblante viril.

Serio, tranquilo y varonil era Andrés el apóstol, andreios, el valiente. Los pintores infunden poder y fuerza en cada aspecto del hermano de Pedro. Las cualidades de firmeza, resolución y determinación caracterizan a este discípulo de Cristo.

Aspiraba a alcanzar la cima de las montañas. «Andrew no era pequeño, sino grande, un poco encorvado, con nariz grande y cejas altas», así lo describió una biografía del siglo IX. Estas características se obtuvieron de fuentes anteriores. «No pequeño, sino grande»: ¡qué bien describen también estas palabras su carácter!

Los Evangelios dicen poco sobre Andrés, pero esta ausencia de palabras es significativa en sí misma. Era lo que su nombre significa, pero carecía de esos rasgos afilados y desagradables que a menudo solo desfiguran y deforman a los hombres valientes. No era ni grosero ni severo, ni crudo ni brusco. Spognoletto vio a este apóstol en la perspectiva adecuada cuando lo pintó como un

58 El anciano

tranquilo, serio y amable de los Apóstoles sostenía un pez en una caña con su mano derecha, grande y fuerte. No fue el pescador quien capturó este pez santísimo, sino Cristo mismo quien llamó y capturó a Andrés.

Andrés, el primer apóstol

Andrés era hermano de Simón Pedro. 1 No se sabe con certeza si era menor o mayor que Simón. Se tiende a considerarlo el menor de los dos, a pesar de su personalidad equilibrada y su carácter afable. Vivía con Simón en la casa de gran honor donde nuestro Señor se hospedó durante su viaje a Galilea. Esta morada sirvió como la primera iglesia y púlpito de Cristo. 2

Es posible que, tras la temprana muerte de su padre Jonás (Juan) de Betsaida, Andrés abandonara su pueblo natal y se dirigiera a Cafarnaúm. Allí vivió bajo el techo de su hermano, con Simón y su esposa, hijos y su suegra. 3 Quizás esta situación doméstica fue lo que impulsó a los pueblos cristianos de antaño a elegir a Andrés como su santo patrón para los buenos matrimonios y el buen tiempo.

Aun así, podría ser que este par de hermanos con la misma ocupación solo trabajaran juntos. Ambos eran pescadores, y juntos gestionaban un negocio modesto pero siempre rentable, como indica el Evangelio. 4 En aquel tiempo, la abundancia de peces en el lago de Genesaret y el floreciente negocio del pescado en los mercados les aseguraban buenos ingresos.

5

Es ciertamente digno de mención que nuestro Señor escogiera a algunos de sus primeros apóstoles entre los pescadores comunes. Diferentes estratos sociales estaban bien representados en el colegio de apóstoles: Santiago el Menor y su hermano Tadeo eran agricultores; Pablo era erudito; Mateo —sin mencionar a Judas— era comerciante y hombre de negocios. Pero al menos seis de los doce eran pescadores. 6 Nuestro Señor incluso llamó simbólicamente a sus seguidores «pescadores de hombres». 7

El pez ha sido, desde los primeros tiempos del cristianismo, un símbolo querido y profundamente significativo de Cristo. La palabra griega para pez es *ichthys*-I-Ch-Th-YS. Los primeros cristianos lo interpretaron como un acróstico, cuyas letras griegas constituyen las iniciales de las palabras: *I*esous *C*ff *r*istós, *T*Heou *H*YÍós, *S*oter-*J*esucristo, *H*ijo de Dios, *S*alvador.

quienes conocían las corrientes y las mareas, el viento y el clima, solo quienes no se dejaban cegar por el sol ni se asustaban por una tormenta, solo quienes eran observadores y pacientes como pescadores, podían ser apóstoles buenos y útiles. Ya que Andrés, con su hermano Simón, podía echar sus redes en el tranquilo mar azul y, tras largas horas, sacarlas, a veces llenas, a veces vacías, ya estaba bien instruido en los inicios del apostolado. Los dos hermanos nunca imaginaron que un día dedicarían el resto de sus vidas al Ichthys, Jesucristo.

Posiblemente, por supuesto, un pensamiento tan piadoso no estaba muy lejos de sus mentes. Debían de tener una fuerte inclinación hacia la religión. Los Evangelios no presentan a esta pareja solo en el mar como pescadores; también están en el Jordán con los discípulos de Juan. 8 La predicación de Juan el Bautista —«El reino de los cielos se ha acercado»— despertó a estos dos hermanos de su vida sencilla y tranquila. Se prepararon y escucharon los pasos de Aquel que había de venir. Y fue allí, con Juan el Bautista, donde Andrés conoció a Jesús. Fue la gran hora de su vida.

Andrés no tuvo que buscar mucho tiempo al Mesías, pues Jesús pronto vendría a él.

Nadie explica o describe mejor este encuentro que el evangelista Juan, que en aquel momento estaba con Andrés, pero que no mencionó su propio nombre:

Juan [el Bautista] vio a Jesús venir hacia él y dijo: «¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo! Este es aquel de quien dije: «Después de mí viene uno que ha sido puesto por encima de mí, porque era primero que yo». Y yo no lo conocía. Pero para que sea conocido por Israel, por eso he venido a bautizar con agua.»

Y Juan dio testimonio, diciendo: «Vi al Espíritu descender del cielo como una paloma y reposar sobre él. Y yo no lo conocía. Pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: «Aquel sobre quien veas al Espíritu descender y reposar sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo». Y yo lo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios.

Al día siguiente, Juan estaba allí de nuevo, con dos de sus discípulos. Y, mirando a Jesús que pasaba, dijo: «Mira...

60 Los Apóstoles

¡El cordero de Dios! Y los dos discípulos le oyeron hablar, y siguieron a Jesús.

Pero Jesús se dio la vuelta y, al verlos seguirlo, les preguntó: "¿Qué buscan?". Le respondieron: "Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?". Él les respondió: "Vengan y vean". Fueron y vieron dónde se alojaba, y se quedaron con él aquel día. Era como la hora décima.

Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y lo habían seguido. 9

Andrés fue, junto con Juan, el primero en seguir a Jesús. Por esta razón, muchos manuscritos antiguos le otorgaron el título de honor: «el primero en ser llamado». Su nombre encabeza la lista de millones que seguirían a Cristo. Aquí era cierto el proverbio: «Un nombre es un presagio». Un nombre puede indicar mucho. Quien se atreva a seguir a Cristo debe ser andrés: valiente, un Andrés.

Andrés también fue el primero de los apóstoles en llamar y llevar a otros a Cristo. «Encontró primero a su hermano Simón y le dijo: 'Hemos encontrado al Mesías (que traducido es Cristo)'. Y lo condujo a Jesús». Este mismo hermano de Andrés, más tarde, en un momento crucial de su vida, confesó ante Jesús: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo!». Ciertamente, esta confesión de Pedro es un punto culminante en la obra pública de Jesús; es mucho más madura y profunda que la fuerte y alegre invitación de Andrés a Pedro para que fuera al encuentro del Redentor prometido. Pero el mérito de haber plantado la palabra del Mesías, Cristo, el Ungido, en el alma de su hermano como semilla de fe le corresponde a Andrés. Suyo fue el honor de presentar a Jesús a Simón, y a Simón a Jesús. Se le concedió el privilegio de «pescar» al primer hombre. Desde el principio, Andrés fue un verdadero «pescador de hombres», un apóstol.

No es de extrañar que un hombre tan noble y valiente como Andrés lo dejara todo para seguir al Redentor. Sin embargo, casi un año después del primer encuentro con Jesús en el río Jordán, el hermano de Simón había regresado al mar, a su ... Nota del traductor: El nombre Cristo, del griego Christós, significa "el ungido". Incluso los profetas Isaías (61:1) y Daniel (9:21) usaron este término para referirse al Salvador esperado, al Redentor esperado. También significan "ungido" el arameo meshiha y el hebreo mashiah, de donde proviene Messias.

La barca y su red de pesca. Pero ya no pensaba en su trabajo. En secreto, Andrés esperaba regresar a Cristo, esperaba que Cristo regresara a él. Y entonces Cristo regresó. Esta vez, el Mesías lo llamó, no solo para un viaje, un sermón o un milagro, sino para toda la vida con Él.

El relato de San Lucas sobre el llamado de los primeros discípulos también incluye la pesca milagrosa. 11 Con gran asombro, Andrés miró con los demás la prodigiosa abundancia de peces en las redes. Después de no haber pescado nada en toda la noche, el Señor, que no era pescador, les dijo que lo intentaran de nuevo. Lo hicieron, y atraparon tantos peces que sus redes, que no los podían contener a todos, comenzaron a romperse; y tuvieron que pedir ayuda.

En el Jordán fue la personalidad de Jesús la que conquistó a Andrés; aquí en el lago de Genesaret fue el poder divino de Jesús. Oyó a su hermano balbucear, avergonzado y confundido: "Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador". Pero el Mesías había venido a llamar a Pedro, no a despedirlo. «Y les dijo: "Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres". Y al instante dejaron las redes y lo siguieron». 12 Las barcas estaban desiertas en la orilla. Andrés se sintió desconcertado y entristecido cuando otros dejaron al Señor y se marcharon. Había llegado a la orilla para embarcarse en el mar de la vida; era un mar más ancho, profundo y tormentoso que Genesaret. El pescador que hizo esto fue valiente, Andrés. Era Andrés, el primero, el grande.

Andrés ocupa un lugar destacado en las cuatro listas de los apóstoles en la Sagrada Escritura. Su nombre siempre figura entre los cuatro primeros, en la parte superior de las listas, junto con los tres en quienes Jesús confió especialmente. Los evangelistas Mateo y Lucas colocaron a Andrés en segundo lugar, inmediatamente después de Simón Pedro, incluso antes de Santiago y Juan. 13 En el Canon de la Santa Misa, su nombre también aparece inmediatamente después de los de Pedro y Pablo, los dos líderes de los apóstoles. El papa Gregorio Magno incluso añadió su nombre en el Embolismus (una oración insertada) después del Padrenuestro, junto con los nombres de María, Pedro y Pablo, cuya intercesión solicitamos para favores especiales. Hoy, Andrés también ocupa un lugar especial entre los fieles; las numerosas y diversas costumbres que aún se observan en todo el mundo el día de San Andrés, el 30 de noviembre, dan testimonio de ello. Andrés ocupa un lugar de pre-

eminencia entre los apóstoles, y en algunos aspectos es el primero entre ellos.

Andrés, el apóstol silencioso

Es muy sorprendente que Andrés permanezca tan silencioso a lo largo de los Evangelios. Se le escucha aún menos en los Hechos de los Apóstoles. No se conserva ninguna de sus obras. No se ha conservado ninguna epístola suya. sirvió. Además de la ocasión en que fue llamado al apostolado, solo se le menciona otras tres veces en los Evangelios.

El primero ocurrió en las orillas del Mar de Tiberíades, donde Jesús alimentó milagrosamente a una multitud de cinco mil. 14 Los apóstoles permanecieron impotentes ante las multitudes hambrientas que seguían a Cristo. Felipe estaba en parte abatido y en parte asustado cuando Cristo le preguntó dónde podrían comprar suficiente pan para alimentar a tantos. para ellos, pero no para «Doscientos denarios de pan son suficientes que cada uno reciba un poco». Entonces, discretamente, casi con timidez, Andrés preguntó por las provisiones disponibles. 15 Solo pudo informar un resultado lastimosamente escaso: «Hay un muchacho aquí que tiene cinco panes de cebada y dos peces».

Y luego, sintiéndose casi personalmente responsable de que hubiera tan poco que ofrecer, añadió en tono de disculpa: "Pero ¿qué son estos entre tantos?". Y rápidamente dio un paso atrás y se quedó quieto a un lado.

Una segunda aparición de Andrés es mencionada por San Juan, quien -como se puede concluir al ver a los dos juntos en el Jordán- siempre mantuvo una mirada amorosa sobre este amigo de su juventud. Había ciertos conversos de entre los paganos que habían venido a Jerusalén para adorar a Dios el día de la Pascua.

Fue la última celebración de Cristo de esta gran fiesta de los judíos, solo días antes de su pasión y muerte. Estos prosélitos se acercaron a Felipe y le preguntaron: «Señor, deseamos ver a Jesús». 16 Felipe, algo quisquilloso, no quería llevarle esto al Señor. Podía negarse y olvidarlo. Así que, indeciso, llevó su petición, su motivo de ansiedad, a Andrés. No fue a Pedro ni a Juan, sino al benévolo Andrés, su compatriota cercano.

En este incidente aparentemente sin importancia, Andrés mostró su verdadero carácter. No se acercó al Señor para disculparse, sino...

con un acento de importancia: "Andrés y Felipe hablaron con Jesús." El evangelista no mencionó si Jesús les concedió o no su petición; observó, sin embargo, que el Señor miró: «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo. Pero si muere, da mucho fruto».

El tercer incidente en el que Andrés participó, aunque solo se menciona brevemente, ocurrió varios días después del segundo. El Señor había profetizado la destrucción de Jerusalén, un acontecimiento que conmovió profundamente a todos los judíos.

Y estando él sentado en el monte de los Olivos, frente al templo, Pedro, Jacobo, Juan y Andrés le preguntaron aparte: Dinos, ¿cuándo sucederán estas cosas, y qué señal habrá cuando todas estas cosas comiencen a suceder? 11

Aparte de estos tres pasajes, Andrés permaneció en silencio y en un segundo plano en los Evangelios. Esto es asombroso. ¡Con cuánta frecuencia y con qué importancia habló Pedro! ¡Con qué ingenuidad Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, habían insistido:

'Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda.'

" 18 No se puede imaginar una petición tan presuntuosa por parte de Andrés.

Pero más curioso e inusual es el hecho de que nuestro Señor mismo dejó que Andrés permaneciera en silencio. Jesús no lo había llamado a un lugar de superioridad entre sus discípulos; fue su hermano Simón, quien debía su relación con Jesús a Andrés, a quien nuestro Señor había llamado para ser el líder de los apóstoles. Pero ¿no habría sido también el hermano de Pedro capaz de poseer las llaves del reino de los cielos, incluso más apto que el impetuoso Pedro? Y no fue a Andrés a quien nuestro Señor permitió descansar en su seno, sino a Juan. ¿Acaso Andrés amaba a su Maestro menos que Juan? No. Él también experimentó con Juan la alegría de la "hora décima".

Andrés simplemente no pertenecía al círculo de los tres elegidos por nuestro Señor para presenciar las horas más importantes de su vida; al menos no directamente, como lo hicieron Pedro, Santiago y Juan. Cuando Cristo resucitaba a la hija de Jairo, sin duda este apóstol esperaba con los otros ocho.

64 Los Apóstoles

Fuera de la pequeña habitación. Con ellos permaneció también cuando nuestro Señor tomó a Pedro, Santiago y su hermano Juan y ascendió al monte Tabor para la Transfiguración. Incluso en el Huerto de los Olivos, Andrés tuvo que quedarse con los demás apóstoles: no se le permitió alejarse con nuestro Señor y los tres privilegiados, aunque tal vez fue el único que vigiló, oró y no se durmió.

El hecho de que Andrés estuviera a veces con los tres apóstoles de élite y a veces con los otros ocho se revela claramente en las cuatro listas de apóstoles de las Sagradas Escrituras. En el Evangelio de San Marcos y, lo que es más sorprendente, en los Hechos de San Lucas, su nombre aparece en cuarto lugar y no en segundo. 19 En estas dos listas, los hijos de Zebedeo ocupan los puestos de honor, y Andrés parece quedar relegado al borde del primer grupo. Dado que el Evangelio de Marcos se basa en las palabras de Pedro, es posible que el propio Pedro, hermano de Andrés, fuera el responsable de esto, ya que Pedro podría no haber querido elogiar a un miembro de su propia casa. Lucas colocó a San Juan en segundo lugar en su lista para mostrar la importante posición de Juan en la Iglesia.

No es casualidad que los Evangelios mencionen dos veces a Andrés junto con Felipe, como lo demuestran los dos pasajes citados anteriormente. En las cuatro enumeraciones bíblicas de los Doce, Felipe es siempre el quinto apóstol mencionado, el primero del segundo grupo.

Andrés, cuarto en la lista, a menudo buscaba la compañía de su compañero, Felipe el granjero, cuando no podía acompañar a los tres privilegiados. San Andrés fue uno de los primeros, pero el último de los primeros; y fue uno de los últimos, pero el primero de los últimos. Fue un hombre de grandeza, pero un hombre de grandeza silencioso, un gran hombre de silencio.

No se puede decir que nuestro Señor considerara a Andrés menos importante que los tres primeros apóstoles. Al contrario, lo que parece un descuido por parte de Cristo es un gran acto de confianza. Andrés fue el primero en ser llamado, el apóstol primogénito. Entre Jesús y él había un buen entendimiento —¿y qué mejor testimonio de esto que el silencio?—, un buen entendimiento como el que existe entre un padre y su hijo mayor. Un hijo mayor comprende al padre, incluso si...

está con él en todo lugar ni en todo momento. Sabe lo que quiere sin órdenes ni instrucciones especiales. Es amado incluso cuando no hay favores especiales. Hay un silencio entre ellos, pero no podrían estar más unidos. Esta, se puede juzgar correctamente, era la relación entre Jesús y Andrés: una comprensión y un amor silenciosos, una verdadera felicidad.

La lección que las Escrituras enseñan a través de esta posición del apóstol Andrés es que quien ocupa un lugar de honor no siempre debe ser el que hable; y si es el primero, también debe ser el último. Es más fácil caer de lo alto que de lo bajo. Andrés, el gran último, demostró que es posible, aunque difícil, que una gran persona practique la verdadera humildad. Vivió conforme a las palabras del Señor: «Que el mayor entre ustedes se haga como el más joven, y el que es el jefe, como el siervo».

" 20

Próspero y feliz es el grupo que tiene más hombres grandes que altos cargos; porque es mucho mejor que un hombre grande tenga un cargo pequeño que un hombre pequeño tenga un cargo grande.

Andrés, el apóstol fuerte

Nada se sabe de las obras apostólicas de Andrés en las Sagradas Escrituras. Los Evangelios no nos dicen nada. Los Hechos no mencionan lo que hizo o dijo en el primer Concilio de la Iglesia; tras mencionar su nombre, San Lucas guarda completo silencio al respecto. 21 Sin embargo, no hay razón para dudar de que Andrés, aunque no participó de la gloria, sí participó plenamente en la obra.

En realidad, la primera obra apostólica realizada por cualquiera de los apóstoles fue la presentación de Andrés a su hermano a Cristo. También fue Andrés quien intentó mediar por los gentiles. ¡Cuánto se esforzó en plena cosecha!

El Breviario lo alaba en su festividad: «Andrés conquistó a innumerables personas para Cristo mediante su predicación y sus milagros». Y las elocuentes palabras de la Epístola de San Pablo a los Romanos pueden aplicarse a Andrés:

"Porque todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo." ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en quien no han creído?

66 Los Apóstoles

Pero ¿cómo creerán a aquel a quien no han oído? ¿Y cómo oirán si nadie predica? Pero yo digo: ¿No han oído? Sí, en verdad, «Su voz ha salido por toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del mundo». 22

Los apócrifos "Hechos de Andrés y Mateo", un escrito de la segunda mitad del siglo II, designaban el distrito misionero de Andrés como "el pueblo de los caníbales", también llamado "el pueblo de los perros". Estos llamados "Hechos de Andrés y Mateo" —que a menudo fueron continuados, traducidos y reescritos como "Hechos de Pedro y Andrés", "Hechos de Andrés y Bartolomé" y "Hechos de Pablo y Andrés"— están llenos de fábulas y cuentos piadosos, y apenas merecen ser citados. Sin embargo, estos diversos y numerosos "Hechos" pueden examinarse cuidadosamente para encontrar el único núcleo histórico: que Andrés y otro apóstol —hay buenas razones para creer que fue Simón Pedro— predicaron el Evangelio en la tierra de un pueblo primitivo.

Eusebio (270-339), el padre de la historia de la Iglesia, registró que la incivilizada tierra de Escitia fue el campo misionero de Andrés. 23 Aunque los límites exactos de esta antigua tierra no pueden determinarse con certeza, era aproximadamente el distrito de la actual Rusia meridional. Sin embargo, este relato es cuestionable. Ningún rastro ni señal de cristianismo en Escitia durante los primeros tres siglos se ha establecido como auténtico. Esta antigua región apenas contaba con colonias judías a las que Andrés pudiera haber recurrido; la población indígena, salvaje e inculta —«el pueblo de los caníbales»—, ciertamente no habría sido susceptible al Evangelio.

Por otro lado, es probable que, como se relata en otros informes igualmente antiguos y similares, Andrés trabajó con su hermano, Simón Pedro, en países adyacentes a Escitia, en lugares como Bitinia y Fontus, y especialmente Sinope, distritos al sur y al este del Mar Negro. 24 La Primera Epístola de San Pedro Apóstol está dirigida «a los peregrinos de la dispersión en Fontus, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia». 25 Algunas biografías posteriores y bastante legendarias mencionan Lidia, Kurdistán y Armenia como los campos de la misión apostólica de Andrés. Es muy posible que posteriormente este apóstol viajara al oeste de

Bitinia, pasando por Tracia, Macedonia y Grecia, llegando hasta Acaya, que hoy se llama Peloponeso.

Muchas veces los caminos de Andrés y Pablo debieron cruzarse. Pablo pudo haber trabajado más que los demás —«haber trabajado más que cualquiera de ellos»²⁰—, pero no trabajó solo. Era propio de Pablo buscar tierra virgen, como escribió a los romanos: «No he predicado este evangelio donde Cristo ya ha sido nombrado».²¹ En sus campos se sembraron muchas semillas, que echaron raíces, florecieron y dieron fruto maduro. Pablo fue, sin duda, el primero en arar muchos campos y sembrar la semilla del cristianismo; sin embargo, otros lo siguieron para cultivar, regar y recoger la cosecha. Esto era necesario, o Pablo habría trabajado en vano. En Andrés se cumplió la palabra de nuestro Señor:

"... el sembrador y el segador pueden regocijarse juntos. Porque en esto es cierto el proverbio: 'Uno siembra, otro siega'. Yo los he enviado a cosechar lo que ustedes no han trabajado. Otros han trabajado, y ustedes han participado en sus labores."²⁸

En Grecia, en la ciudad portuaria de Patras, la labor apostólica de Andrés también fue perseguida. Una "Carta de los Sacerdotes y Diáconos de Acaya sobre el Martirio de San Andrés" explica claramente la muerte de este santo apóstol. Esta circular, que se utiliza como lección en el Breviario en la festividad de San Andrés, no debe confundirse con los falsos "Hechos de Andrés" mencionados anteriormente. Su origen se remonta a finales del siglo IV, y su contenido principal se remonta aún más atrás, a una fuente fiable sobre la vida y los sufrimientos de los apóstoles. Mientras Andrés, como obispo de Patras (en aquel entonces Patrae) en Acaya, predicaba el Evangelio, fue condenado a morir en la cruz por el gobernador (helladarchen).

Egeates (también Egeas). Para que los dolores de la tortura fueran más intensos y prolongados, debía ser atado al madero con cuerdas, no con clavos. Tras ser azotado, se ejecutó la sentencia, pero no sin que el pueblo implorara clemencia al juez. Andrés sobrevivió dos días en la cruz.

Miles de personas acudieron al lugar de la ejecución y pidieron su liberación. Se dice que incluso el hermano del gobernador, Estratocles, intentó razonar con el gobernante, pero sin éxito.

68 Los Apóstoles.

Tras el martirio de este apóstol, una mujer samaritana enterró su cuerpo. En el año 356, sus reliquias fueron trasladadas a la ciudad imperial de Bizancio, posteriormente llamada Constantinopla y hoy Estambul. En 1462, estas reliquias fueron llevadas a Roma, y los dos hermanos, apóstoles martirizados, Simón Pedro y Andrés, que habían dormido muchas noches juntos en una barca como pescadores en el Mar de Galilea, volvieron. Aunque sus cuerpos están en reposo, estos hermanos todavía están despiertos: pescadores de hombres.

Variadas y maravillosas fueron las formas en que estos pescadores se entregaron al santo Ictis. El año exacto de la muerte de Andrés permanece envuelto en la oscuridad. Curiosamente, las obras apócrifas coinciden en afirmar que Andrés murió en el momento de la Asunción de María al cielo. La festividad de Andrés se ha celebrado el 30 de noviembre desde tiempos remotos.

La carta circular de Clero de Acaya retrató la escena de la muerte de este valiente apóstol con frases conmovedoras e impresionantes:

Quando Andrés fue llevado al martirio, miró hacia su cruz y exclamó con voz fuerte y clara: "¡Oh, buena cruz! De los miembros del Señor has recibido tu forma eterna, la cruz tan esperada, ardientemente amada, constantemente buscada. Ahora mi alma anhelante está lista. Sácame de la humanidad y entrégame a mi Maestro".

Que por ti me reciba Aquel que por ti me ha redimido.

»

En la primavera de su año en el Jordán, Juan el Bautista llamó una vez a su discípulo Andrés: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Y el Señor mismo, tan solo unos días antes de su crucifixión, respondió a la petición de Andrés con las palabras sobre el "grano de trigo" que "debe morir para dar mucho fruto". La muerte expiatoria de Cristo pudo haber sido más significativa para Andrés que para cualquier otro apóstol, más profundamente significativa para él que para su hermano Simón, quien en una ocasión protestó vehementemente contra la cruz. Andrés, por el contrario, saludó la cruz con alegría: "Salve CruX". Es el saludo de un héroe. Aunque tartamudeara y balbuceara, no sería menos heroico. Toda sumisión a la cruz, por fácil o difícil que sea, es una

Andrés 69,

noble acción. Quien dice "Salve" a su cruz también es andreios, un Andrés, el valiente.

La cruz en la que murió San Andrés no era una cruz normal. Tenía la forma de la letra X. X también es una letra griega, la inicial de la palabra Cristo. Una X significa cruz. Una X significa Cristo. Quien está unido a su cruz también está unido a Cristo, unido al Cuerpo Místico de Cristo. Y quien quiera unirse a Cristo también debe unirse a la cruz. Nuestro Señor mismo exigió: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame».

" 20

¡La cruz es Cristo! ¡Cristo es la cruz! Nuestra cruz nos lleva a la imagen y semejanza de Cristo, nos entrega «a nuestro Maestro», como oró Andrés tan hermosamente. Otro apóstol, Pablo, expresó el mismo secreto de la cruz con profundas palabras: «Con Cristo estoy clavado en la cruz. Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí». 30 Salve Crux: ¡ Te saludo, cruz mía! ¡Te doy la bienvenida, cruz mía! ¡Te anhelo, cruz mía!

Santiago el Grande

■ CAPÍTULO TRES

Santiago tenía mucho en común con Andrés, su vecino y precursor en el colegio de apóstoles. Sin embargo, ambos diferían considerablemente en carácter y modales. Santiago también era pescador en el Mar de Galilea y había trabajado en el agua con Andrés y Simón Pedro durante muchos años. Los Evangelios indican que las familias de ambos pescadores incluso compartían las mismas barcas y aparejos de pesca, y gestionaban sus asuntos juntos.

Cuando nuestro Señor logró la pesca milagrosa, y Simón y su hermano Andrés no pudieron recoger la sobreabundancia solos, «hicieron señas a sus compañeros de la otra barca para que vinieran a ayudarlos. Y vinieron...» 1. Y así sería más tarde. Cuando Pedro, como pescador de hombres, recogió sus redes rebosantes, llamó a sus antiguos compañeros en el mar; y vinieron a compartir el peso de su carga, la inmensa alegría de su trabajo.

Santiago tenía un hermano que también escuchó el llamado apostólico. Era Juan el Evangelista, cuyo símbolo es un águila, cuyas alas un día lo llevarían a mayores alturas que las que Santiago alcanzaría. Santiago permanecería en la sombra, al igual que Andrés. Es posible que tanto Andrés como Santiago debieran muchos de sus favores y privilegios especiales a sus prominentes hermanos. Pero Santiago no era ni callado ni tímido, y en esto radica la diferencia entre él y el silencioso Andrés, pues nació para ser un gran líder.

Santiago, el Apóstol Valiente.

Santiago y Juan eran hijos de Zebedeo. Literalmente, este nombre significa "don de Dios". Aquí el evangelista señaló explícitamente al padre para distinguir a este Santiago de otro apóstol con el mismo nombre, Santiago hijo de Alfeo. ² Este otro Santiago, hijo de Alfeo, fue llamado Santiago el Menor, o el Menor (menor), por el evangelista Marcos. ³ Se le llamó el menor porque fue llamado por Cristo al apostolado después de Santiago, hijo de Zebedeo, y también porque era más joven. Por lo tanto, al hermano de Juan solía llamársele el mayor (en latín, mayor). Traducido literalmente, mayor es "el mayor".

uno.”

Este primer apellido —el Señor le dio otro más— indica la naturaleza de la personalidad y el carácter de Santiago. Era, en efecto, Santiago el Grande, altivo y ambicioso, incluso altivo a veces, un hombre de estatura e influencia, un apóstol activo. El retrato que Rubens pintó de él lo describe como un hombre fuerte, un hombre recto, lleno de expresión y energía.

Tanto Santiago como Juan fueron dotados de esta gran característica desde su infancia. Su padre, Zebedeo, verdaderamente el "don de Dios", debió de ser un hombre generoso y noble, aunque era un pescador humilde y desconocido. Sus aspiraciones eran altas, y en el momento en que sus hijos fueron llamados por el Señor, vio sus esperanzas realizadas. Sucedió de repente. Jesús llamó no solo a uno de sus hijos, sino a ambos, y a ambos a la vez.

El Mesías literalmente alejó a Santiago y a Juan de sus barcas y redes. «Y dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, lo siguieron», observó San Marcos.

¡Cuánto había anhelado y esperado Zebedeo esta hora! El gran gozo espiritual en su alma eclipsó la amarga tristeza que lo afligía su amor humano por sus dos hijos. En esa hora les abrió el corazón. Los observó mientras seguían a Cristo y guardó silencio. Sus hijos ya no eran suyos; eran del Señor. Pero quería que fueran con Jesús. No intentó hacerles cambiar de opinión ni los detuvo. Sabía que ascenderían a mayores alturas con Jesús que con él en las barcas de pesca en el mar. Y era muy capaz.

73 para adaptarse a su obra sin sus hijos. Zebedeo fue un gran padre. Rara vez un padre ofrece a sus hijos a Dios con tanta nobleza.

Salomé, madre de Santiago y Jolm, también era una mujer noble. Fue más difícil y doloroso para ella entregar a sus dos hijos al apostolado a distancia al mismo tiempo que para Zebedeo, pero también hizo el sacrificio con mucha valentía. Pronto se convirtió en seguidora de Cristo y, junto con otras mujeres piadosas, sirvió al Señor lo mejor que pudo. 5 Perseveró y permaneció con Cristo crucificado en el Calvario. 6 Como madre, experimentó un dolor aún mayor al ver que su hijo Juan era el único de los doce apóstoles que estaba junto a la cruz. ¿Dónde estaba Santiago?

Estos padres son verdaderamente "regalos de Dios".

No se menciona a Santiago en el llamado de los discípulos en el Jordán. Juan, su hermano menor, estaba allí. Uno de ellos tuvo que quedarse en casa para ayudar a Zebedeo, y el hijo mayor sabía por experiencia que en tales casos el favor recaía sobre el menor. Sin embargo, Santiago se benefició de los méritos de su hermano Juan, como nos muestra la Escritura. Cuando el discípulo amado regresó a casa, habló con entusiasmo de Jesús, el Hijo de Dios, el Rey de Israel, a quien había conocido en el Jordán con los hijos de Jonás. 1 Es posible que a Santiago le haya afectado profundamente no haber podido estar allí también. ¿Debía seguir siendo pescador, remendando y lavando redes por el resto de su vida? También sentía un llamado a cosas más elevadas. ¡Si el Mesías hubiera pasado junto a él, se habría ido con él de inmediato!

Pasó casi un año antes de que el Señor regresara para llamar a Santiago y a su hermano Juan a seguirlo para siempre. Como los rayos de un sol rojo que se alzaba desde la orilla del mar, la luz del Mesías ya había brillado sobre Simón y Andrés. Ahora, Santiago y Juan se maravillaron:

Yendo más lejos, vio a otros dos hermanos, Santiago, hijo de Zebedeo, y su hermano Juan, en una barca con Zebedeo, su padre, remendando sus redes; y los llamó. Y al instante, dejando las redes y a su padre, lo siguieron.

Cuando se habla de la selección de los Doce, que siguió-

74 Los Apóstoles

Tras los llamamientos mencionados unos meses, San Marcos hizo la breve pero significativa observación: «Estaban... Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, hermano de Santiago (a estos les puso el sobrenombre de Boanerges, es decir, Hijos del Trueno)». 9 Sin duda, nuestro Señor también le dio un sobrenombre a Simón; lo rebautizó como Pedro, la «roca». Así como «Pedro» indica un cargo, «Boanerges» describe un carácter. Santiago y Juan tenían una naturaleza tan atronadora y fulgurante, temperamentos tan tempestuosos y modales casi imprudentes, que nuestro Señor añadió a propósito este sobrenombre, que es mitad alabanza y mitad censura.

Los Evangelios dan dos ejemplos de la naturaleza impetuosa y presuntuosa de los hijos de Zebedeo. El primero ocurrió durante un viaje a Jerusalén a través de Samaria. Jesús «envió mensajeros delante de él. Y fueron y entraron en una ciudad samaritana para prepararle el camino; pero no lo recibieron, porque su rostro estaba puesto en Jerusalén». 10 En una ocasión anterior, cuando Jesús había salido de Jerusalén y se acercaba a su ciudad, lo recibieron; «se acercaron a él y trataron de detenerlo para que no se alejara de ellos... Le rogaron que se quedara allí; y se quedó dos días». 11 Pero ahora su actitud era muy diferente, justo la opuesta a la que le habían mostrado anteriormente.

Como Él había “puesto Su rostro” hacia la ciudad capital que los samaritanos tanto odiaban, se negaron incluso a recibirlo.

Ciertamente, todos los apóstoles se indignaron por esta violación de la obligación de brindar hospitalidad a un viajero. Ahora bien, «al ver esto, sus discípulos Santiago y Juan dijeron: 'Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo y los consuma?'»

¡Qué deseo tan horrible! Ambos apóstoles, los dos hermanos, querían destruir esta ciudad samaritana. Lo que tenían en mente era aún peor que la devastación y aniquilación que las guerras modernas infligían a la humanidad. ¡Y estos eran apóstoles de la Nueva Ley! ¿Había sido en vano Cristo el Sermón del Monte? ¿No lo habían escuchado? ¿O no lo habían comprendido entonces?

'Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen y calumnian....' 12

Tanto Santiago como Juan debieron recordar el juicio y el castigo que el profeta Elías invocó sobre los mensajeros del desleal y rebelde rey Ozoquías porque

hicieron una petición igualmente inhumana.¹³ Jesús no impuso sus enseñanzas con violencia. "Sino que se volvió y los reprendió". En algunos manuscritos bíblicos (la declaración falta en los mejores manuscritos griegos y en algunos latinos), nuestro Señor añadió: "No sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no vino a destruir las vidas de los hombres, sino a salvarlas".

Los Hijos del Trueno: ¡qué apropiado el apellido de estos dos hermanos!

Otro episodio evangélico muestra cuán impulsivos y apasionados podían ser estos hermanos. En su último viaje a Jerusalén, cuando Cristo hizo su entrada triunfal en la ciudad, los hijos de Zebedeo se acercaron con valentía a su Maestro y le pidieron: «Concédenos sentarnos, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda, en tu gloria». ¹⁴ Pero antes de considerar y juzgar este acto enigmático y descarado, conviene leerlo en su contexto. Inmediatamente antes, nuestro Señor había predicho su pasión y muerte por tercera vez:

Subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas que fueron escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre. Porque será entregado a los gentiles, y será burlado, azotado y escupido; y después de haberlo azotado, lo matarán; y al tercer día resucitará.

Incluso en esta hora extremadamente grave en la vida de Jesús, Santiago y Juan expusieron su deseo egoísta. Solo podían escuchar la profecía de la Resurrección, que creían que sin duda sería el tan esperado comienzo del glorioso reino del Mesías en la tierra. Su petición iba dirigida duramente contra Simón Pedro, a quien nuestro Señor ya le había prometido un puesto de honor y autoridad. ¹⁶ En realidad, querían tomar a Simón para que se hiciera cargo de él .

Ya en una ocasión anterior, en las Sagradas Escrituras, un tal Santiago hizo que otro perdiera un derecho y privilegio especial. El patriarca Santiago, o Jacob, infligió esta pérdida a su hermano Esaú, a quien le robó el derecho de primogénito, la bendición especial de su padre. Y Esaú exclamó con amargura: «Con razón le pusieron por nombre Jacob; ya dos veces me ha engañado ». ^{1 1} En un antiguo texto

76 Los Apóstoles

En los Hechos de los Apóstoles, el apóstol Santiago es reprendido de manera similar: "Eres como la planta de mi pie, un opresor".

En otra parte de los Evangelios, el evangelista Mateo relata el mismo incidente desde una perspectiva diferente. Allí, Santiago y Juan, con mucha modestia, hacen que su madre, Salomé, se acerque al Señor para pedirle este favor especial. (¡Lo que algunas madres no harían por complacer a sus hijos!). La buena Salomé pudo haberse sentido bastante avergonzada de hacer tal súplica, pero su lógica femenina le decía que debía aclarar esos asuntos tan cuestionables y llevarlos a una conclusión definitiva antes de que fueran demasiado lejos. Además, ¿acaso no había entregado a sus dos hijos al Señor? Y, si este pensamiento no cruzó por su mente, ¿acaso no lo había ministrado ella misma? ¿Acaso sus hijos no estaban tan deseosos y tan capacitados como los demás apóstoles para ocupar los primeros lugares en el reino de los cielos?

El ambicioso deseo de los hijos de Zebedeo provocó discordia y malestar entre los demás apóstoles. «Y al oír esto, los diez se indignaron contra los dos hermanos». La naturaleza impetuosa y presuntuosa de estos dos pudo haber sido particularmente gravosa para el colegio de apóstoles.

Clemente de Alejandría explicó la singularidad de la muerte del apóstol Santiago, arrojando luz sobre el temperamento dolorosamente contenido de este hijo de Zebedeo. Camino al lugar de la ejecución, su acusador lo siguió y le pidió perdón.

Santiago reflexionó solo un instante, luego lo abrazó y dijo: «La paz sea contigo». Unido a su antiguo enemigo, el valiente apóstol recibió el golpe de la espada del martirio. 18 Juan no era en absoluto el dulce discípulo que tan a menudo se le describe en representaciones que a veces son peores que el pobre arte del calendario. Santiago y Joel, hijos de Zebedeo, fueron hasta la muerte Boanerges, Hijos del Trueno. Eran apóstoles viriles y robustos, hombres, y cualquier interpretación empalagosa en sentido contrario contradice repulsivamente la Sagrada Escritura.

Algunos escritores espirituales y muchos maestros —¡Dios bendiga su inocencia!— no dudan en exhortar a sus lectores y estudiantes a alejarse de naturalezas tan ambiciosas y atronadoras. Por lo tanto, debe asombrarlos, y con ellos a cualquier alma escrupulosa y de mente estrecha, que el Señor usara un método diferente y visionario.

pedagogía con Santiago y Juan. Estos dos hijos de Zebedeo recibieron cierta precedencia y preferencia general. En las cuatro listas bíblicas de los apóstoles, se les coloca entre el primer grupo, los cuatro primeros. San Marcos coloca a Santiago en segundo lugar, inmediatamente después de Pedro. 19 A lo largo de los Evangelios, Santiago es retratado como un apóstol prominente y distinguido.

En la casa de Jairo, durante la resurrección milagrosa de su hija, nuestro Señor «no permitió que nadie lo siguiera excepto Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago». 20 Jesús llevó solo a Pedro, Santiago y Juan al monte Tabor. 21 Allí vieron toda la magnificencia y majestad del Señor. Santiago y Juan quisieron compartirla sentándose a su derecha e izquierda. Llevó consigo a Pedro, Santiago y Juan al Huerto de los Olivos para beber de su cáliz. Pero no lo hicieron; durmieron. Más tarde beberían de este cáliz, y lo hicieron con valentía. Además de estas pocas ocasiones en las que nuestro Señor concedió privilegios especiales a los tres primeros apóstoles, puede que haya habido muchas más que desconocemos.

Con esto, pues, Jesús mismo indicó que quería que estos tres apóstoles fueran hombres de mayor influencia e importancia que los demás. Y eligió a los tres más audaces, a los tres más impactantes. Solo los de gran espíritu podían comprenderlo, al más grande de todos. Solo los grandes eran capaces de comprender el profundo significado de esta lección que les presentaba.

Ciertamente Jesús no sofocó las ideas atrevidas y audaces de Santiago. No dejó que este hombre valioso se quedara de brazos cruzados, sino que lo animó a perseverar en su propio camino natural. Ciertamente, Santiago, al igual que su hermano Juan, tenía bastante sentido común. Aunque era agresivo y dominante, era capaz de obedecer. Puede que fuera orgulloso, pero también era valiente. ¿Quién tiraría una pepita de oro porque la encontró en un terrón? ¿Quién talaría un árbol productivo porque su forma estaba torcida? Las costumbres de una persona pueden variar según la cultura de su entorno, pero sean cuales sean las circunstancias, si sus acciones son para Dios, su valor es indestructible.

Extraordinariamente gentil fue, pues, la respuesta de nuestro Señor a la petición atrevida y presuntuosa de los hijos de Zebedeo. A pesar de que se habían alejado tanto de

78 Los Apóstoles

En el espíritu de los Evangelios, no les habló a los dos hermanos con tono imperioso. No los censuró, ni los reprendió, ni los reprendió; pero rechazó su atrevida petición con una alusión a la predestinación divina:

"No sabes lo que estás pidiendo En cuanto a sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío dároslo a vosotros, sino que pertenece a aquellos para quienes está preparado por mi Padre

Cristo no quiso frenar a los dos hermanos en sus esfuerzos por alcanzar mayores alturas; quiso encaminarlos hacia otra meta. No quiso saciar su sed antes de que hubieran bebido del cáliz.

¿Podéis beber de la copa? Él
 los atrajo, "¿de qué estoy a punto de beber?" Aquí, al beber la copa, en los sufrimientos que acompañan la amistad con Jesús, Santiago debía soportar la prueba de su grandeza.

El que quiere participar de la majestad de Dios, debe primero beber del cáliz del Señor, compartir su cruz.

Cristo aprovechó esta ocasión también para instruir a los demás apóstoles sobre la verdadera grandeza. La indignación de los diez restantes se hizo evidente para los hijos de Zebedeo. Estos sintieron la punzada de la ambición espinosa de los hijos de Salomé. Nuestro Señor no quiso reemplazar su celo ardiente con un sentido de suficiencia y autocomplacencia. Deseaba que se esforzaran por alcanzar las metas más altas de la vida, pero también quería darles un nuevo propósito en su esfuerzo:

Sabéis que quienes son considerados gobernantes entre las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas autoridad. Pero entre vosotros no es así. Al contrario, el que quiera hacerse grande será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será esclavo de todos; porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos.

La manera sencilla y fácil de entrar en el reino de Dios es perseverar en el camino del servicio, ya sea que el camino esté lleno de baches o de piedras. Así que el Maestro de los Doce acogió con agrado esta ocasión. Al responder a la petición de Santiago y su hermano Juan, estableció un principio fundamental para sus discípulos que sirve

como una nueva apreciación de valor para todas las épocas. En el reino de Cristo también hay primeros, pero en la tierra estos deben ser los últimos.

"

Cuando Jesús preguntó: "¿Puedes beber de la copa...?", respondió J runas rápidamente y con confianza en sí mismo, 'Podemos.' Sorprendido y contento, Jesús miró profundamente el corazón de Santiago, su audaz hijo del Trueno. Compasivo, oró por este valiente apóstol.

Santiago, el mártir. El

tiempo pasó y nada ocurrió. Santiago no había hecho nada conspicuo ni sobresaliente entre los apóstoles. Entonces Cristo fue crucificado y todo terminó. Antes de la manifestación del Salvador resucitado en Galilea, este apóstol había regresado con sus colaboradores a pescar. Allí, en el mar, todo parecía ser como antes de la llegada del Mesías. Sin embargo, algo faltaba. 23 La Resurrección devolvió a Jesús a sus apóstoles, pero solo por se había un tiempo. Después de la Ascensión, el pequeño grupo temeroso retirado a un aposento alto para esperar el primer Pentecostés. De repente, "fuego del cielo" cayó sobre ellos, el verdadero, santo y celestial fuego que purifica. Santiago dejó su escondite con los demás y se fue a las regiones más lejanas del mundo predicando el Evangelio de Jesucristo.

El Breviario alaba a este apóstol en la lectura del día de su festividad: «Después de la ascensión, Santiago predicó la divinidad del Señor en Judea y Samaria y convirtió a muchos al cristianismo». Pero todos los demás hicieron lo mismo. Él bebió de la copa del Señor, pero también todos los demás habían bebido de este cáliz.

Durante la primera persecución de la Iglesia, instigada por los líderes judíos —«el sumo sacerdote... y un grupo de saduceos»—, fue apresado, arrestado, encarcelado y azotado. Pero los demás también lo sufrieron. Más tarde, «salieron de la presencia del Sanedrín, regocijándose de haber sido considerados dignos de padecer afrenta por el nombre de Jesús». 24 Las palabras que Santiago le había dirigido al Señor ya no carecían de sentido.

La segunda persecución tuvo lugar cuando Esteban, el primer mártir de la Iglesia naciente, fue apedreado hasta la muerte para poder

Bo Los Apostoles

Únete al Dios-Hombre crucificado. ¡Qué significativo es que celebremos el cumpleaños de San Esteban el 26 de diciembre, el día después del nacimiento de Cristo! La tercera persecución fue la de Herodes

Agripa I. Hubo tres Herodes, y de estos tres, el primero fue el más diabólico. Una maldición cayó sobre todas las generaciones de esta familia, lo que confirma la alusión bíblica a la herencia de una deuda.

El abuelo de Herodes Agripa I fue Herodes I, llamado el Grande, gobernante del 40 al 4 a. C. Su reinado brilló con éxito, pero su carácter estuvo teñido de oscuridad. Era astuto, taimado y astuto. Literalmente intentó masacrar a la Iglesia naciente en la cuna cuando asesinó a los niños de Belén, los Santos Inocentes. El padre de Agripa, Aristóbolo, junto con otro de sus hermanos, fue ejecutado por Herodes I, el mayor de los dos, por ser sospechoso de traición.

El tío, Herodes Antipas, quien gobernó del 4 a. C. al 39 d. C. como tetrarca de Galilea y Perea, fue un adúltero incestuoso y asesino de Juan el Bautista. Temprano en la mañana del Viernes Santo, se burló del acusado Cristo; se mofó, se burló y lo menospreció.

Esta fue la ascendencia pecadora de Herodes Agripa, rey de los judíos del 41 al 44 d. C. Pasó una infancia disipada, primero en las cortes de su abuelo Herodes y más tarde en Roma, donde se familiarizó con el pecado y el vicio. Gracias al favor y la buena voluntad de su amigo igualmente inmoral, el emperador Calígula, que gobernó del 37 al 41 d. C., se apoderó del tetrarcado de su difunto tío, Filipo, y también del de Lisaniás. Mediante conspiraciones e intrigas, se apoderó de la provincia y la jurisdicción de su tío, Herodes Antipas, quien se vio obligado a exiliarse. Finalmente, se apropió del gobierno de Idumea, Judea y Samaria del emperador Claudio. Este poderoso soberano unificó bajo su cetro todo el distrito que una vez fue de su abuelo. No menos poderoso como enemigo de la Iglesia, parecía tener el poder de aplastarla con un simple gesto de su cabeza.

Los Hechos de los Apóstoles exponen brevemente el motivo de la persecución de Herodes Agripa: "Agradó a los judíos". 25 La mayoría de los judíos estaban insatisfechos con el poder y el gobierno

Agripa. Un rabino incluso le había prohibido entrar al templo. Sin embargo, el rey pretendía desarmar a sus enemigos mediante concesiones astutas y astutas, y así ganarse gradualmente la simpatía del pueblo. En vista de esta ambición, persiguió a los cristianos impopulares y odiados para complacer a los judíos. Así como su tío, Herodes Antipas, por razones político-diplomáticas, había entregado previamente a nuestro Señor a Pilato, también este Herodes, por soborno, entregó a los judíos a los hombres respetados de la Iglesia apostólica: «En ese momento, el rey Herodes echó mano a ciertos miembros de la Iglesia para perseguirlos. Mató a espada a Santiago, hermano de Juan...»

. . "26 Era aproximadamente la época de Pascua del año 42.

Herodes consideraba a Santiago —y con razón— como una presa especial. Es justificable suponer que este ferviente Hijo del Trueno, por su celo por Cristo, se había hecho particularmente odioso para los judíos. Querían deshacerse de él más que de cualquier otro. Santiago, el apóstol, era el enemigo número uno. ¡Cuánta semilla había sembrado Santiago para Cristo! Y ahora, antes de que tuviera tiempo de cosechar, antes de que tuviera tiempo de saborear la dulce copa, fue abatido por el golpe de un criminal.

¿Acaso Dios no pudo cuidar y proteger a los hombres que querían llevar a cabo su plan divino? Señor, ¿dónde están tus amigos?

Y cabe plantearse otra pregunta, que no deja paz mental hasta que se responde. Herodes «procedió a arrestar también a Pedro, [...] con la intención de presentarlo ante el pueblo después de la Pascua». ¿Fue para presentarlo ante el pueblo o para arrojarlo a los perros? Pero Pedro fue rescatado milagrosamente y liberado por un ángel. 21 ¿Por qué Dios no envió ningún ángel a Santiago? ¿Acaso Santiago no era digno de este mismo milagro? Inescrutables son los caminos del Señor. La misión de Santiago se completó en su martirio por Cristo, e inmediatamente recibió su recompensa. Pero Pedro y los demás apóstoles aún tenían todo un mundo por conquistar.

En la muerte sangrienta de Santiago se percibe la luz de la sabiduría divina. Una vez que Santiago le aseguró al Señor que podía beber de su amargo cáliz, Dios le creyó. El martirio y la persecución serían la señal para que los apóstoles fueran a todas partes del mundo. Según una tradición muy antigua y fiable...

de los apóstoles, estos habían concentrado su labor, durante casi doce años, en un pequeño rincón de Palestina. Ahora, la persecución de Herodes Agripa se había extendido por toda la tierra de los judíos. Pedro «partió y se fue a otro lugar». 28 Esto lo hizo tan pronto como fue liberado de su celda, y la mayoría de los demás apóstoles siguieron su ejemplo.

Santiago, sin embargo, yacía en su sangre junto al templo de Jerusalén. Desde sus días en Samaria, este hijo de un pescador anhelaba apasionadamente preparar el camino para el Señor, pero este privilegio ya no sería suyo. Su muerte sirvió a Dios de otra manera, aunque no siempre nos corresponde comprender a primera vista los caminos de la Divina Providencia. El martirio de San...

Santiago finalmente puso en acción el proselitismo en todo el mundo. Con esta noble muerte, el apóstol Santiago se convirtió en «el Grande» y «el Primero». Aquí se escucha el eco de los Evangelios: «El que quiera ser grande entre vosotros será vuestro servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro esclavo».

A menudo, más tarde, cuando eran oprimidos y perseguidos, los otros apóstoles recordaban el martirio de su hermano Santiago. De estos sufrimientos, Pablo pudo escribir con veracidad:

« De los judíos cinco veces recibí cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado, una vez apedreado, tres veces naufragé, una noche y un día estuve a la deriva en el mar; en viajes frecuentes, en peligros de capos, peligros de ladrones, peligros de mi propia nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros de falsos hermanos; en trabajos y penurias, en muchas noches de insomnio, en hambre y sed, en ayunos frecuentes, en frío y desnudez». 29

Ciertamente Pablo sufrió, pero Santiago había sufrido aún más por Cristo que los demás. Su martirio fue un gran estímulo para ellos. Su naturaleza ambiciosa en un tiempo había herido a los demás, pero él debía demostrar que realmente era el primero, no el primero en autoridad, como Pedro, ni el primero en labores, como Pablo, sino el primero en la muerte.

Santiago, el apóstol viajero La muerte

temprana de este seguidor de Cristo (murió antes del primer concilio de los apóstoles en el año 49 d. C.) no fue propicia

Santiago el Grande

83 al desarrollo de las leyendas sobre él. Las antiguas obras apócrifas se limitaban a describir sus obras, su vida, su círculo de amistades y su martirio, todo en Jerusalén.

Teodomiro, obispo de Iria en Galicien, alrededor del año 772, fue el primero en registrar la afirmación definitiva de que Santiago sufrió el martirio en Jerusalén tras su regreso a

Es posible que sus restos mortales fueran llevados primero a Jope, y de allí, a través del mar, a Iria, en España, por los seguidores y discípulos del apóstol. Posteriormente, Iria recibió el nombre de Compostela, que muchos consideran una forma abreviada de Giacomo Postolo (Santiago el apóstol) o San Jago de Compostela.

En el año 1082 se comenzó a construir un majestuoso edificio sobre lo que se creía la tumba de este apóstol-mártir. Santiago de Compostela debe considerarse, junto con Jerusalén y Roma, una de las tres grandes atracciones actuales para los turistas en peregrinación.

Entre los siglos X y XV, las peregrinaciones a la tumba de Santiago fueron mundialmente famosas. Solo el Papa podía eximir a alguien de la promesa solemne de peregrinar a Santiago.

Son innumerables las iglesias, santuarios y fuentes dedicadas a Santiago en los caminos que conducen a la ciudad. Santiago el Mayor fue en su día el más popular de todos los apóstoles; hoy es el santo patrón de España y de los peregrinos.

Nadie puede negar a los valientes españoles el honor de atribuirse a este valiente apóstol. Su gran devoción a este santo se ha transmitido durante siglos, pero las leyendas sobre sus labores en España son difícilmente sostenibles. Estas leyendas tienen un origen tardío. La rica literatura española de los siglos V al VIII guarda completo silencio sobre el viaje de Santiago a España. Una observación en la Epístola del Apóstol Pablo a los Romanos indica más bien que España en aquella época, alrededor del año 58 d. C., aún no se había abierto al cristianismo: «Pero ahora, no teniendo más trabajo en estas regiones..., cuando salga para España espero veros al pasar por allí... ».

Otra creencia tradicional cuestionada fue el traslado de las reliquias del apóstol Santiago a Compostela, España. El Papa León XIII, en 1884, reconoció su autenticidad. En la Iglesia primitiva, la fiesta de Santiago el Mayor... existe otra opinión que sostiene que era una fiesta de Santiago.

84 Los Apóstoles

La festividad de San Pedro y San Juan se celebraba el 27 de diciembre, junto con la de San Pedro y San Juan. Se consideraba una fiesta complementaria a la Navidad. Hoy en día, la festividad se celebra el 25 de julio, supuestamente el día en que las reliquias de Santiago fueron llevadas a España. Han surgido muchas costumbres en torno a esta fecha: un día de celebración, un día para comenzar la recolección de manzanas, un día para comenzar la cosecha (el día de Santiago, el día de Día, el día de la siega, y en las montañas europeas es fiesta para los pastores.

Desde el siglo XII, Santiago siempre ha sido representado como un peregrino corpulento, con alforja y bastón, lo que indica un amplio conocimiento de la leyenda de su viaje a España. Fue el primer apóstol en completar una misión para el Señor. De hecho, fue el primero en contemplar la «majestad del Señor», pues fue el primero en beber de su copa en el martirio.

Nosotros también somos peregrinos, lejos del Señor. En esta vida no tenemos un destino perdurable; el futuro siempre es incierto. Cuando, como Santiago, bebamos de nuestra copa, también llegaremos a nuestro lejano hogar, cansados y felices. En la Misa Votiva de los Peregrinos se reza: Señor, te

suplicamos que permanezcas con nosotros y que, benignamente, el camino transcurra en tu santidad, para que en todos los cambios de este camino y de esta vida siempre encuentre tu protección y ayuda. 31

Concédenoslo por la petición de tu santo peregrino y apóstol y santo, Santiago. Amén.

■ CAPÍTULO CUATRO NUESTRA

Juan, el apóstol "amado", sobresalió por su nobleza y dignidad. Aunque ocupaba el segundo lugar en el colegio de los apóstoles, y su autoridad era menor que la de Pedro, lo superaba en conocimiento y amor. San Agustín comparó a Juan con una montaña, que...

Paz bienvenida para el pueblo. Las montañas son las almas grandes, las colinas son las almas pequeñas. Las almas pequeñas no albergarían la fe si las almas más grandes, las montañas, no estuvieran iluminadas por la sabiduría, para que puedan compartir con los pequeños lo que estos pueden contener.

En las cuatro listas de los apóstoles, San Juan figura entre los cuatro primeros, el favorecido entre los elegidos, el honrado entre los honrados. En los Hechos de los Apóstoles de San Lucas, su nombre aparece inmediatamente después del de Pedro. San Pablo lo consideraba, junto con Santiago y Cefas, uno de los pilares de la Iglesia. 2 Tanto la Escritura como la tradición elevan a Juan a una posición sublime, noble y grande. Despiertan una admiración compasiva y un respeto por él en toda su sencilla y serena majestad.

En los gnósticos "Hechos de Juan", que datan de la segunda mitad del siglo II, se encuentra la mención más antigua de una imagen de Juan. Supuestamente era tan hermosa que Licomedes, un devoto admirador de este apóstol, la rodeó de arte idólatra, altares, coronas y luces. "Valde honorandus est beatus Joannes - verdaderamente venerable es San Juan", es la descripción que se encuentra en la liturgia. Hay poco fundamento en esto para la delicadeza y la sensibilidad... 85

La mentalidad con la que a menudo se representa a Juan. Era, sin duda, el discípulo del amor, pero su amor era un amor varonil, propio del Hijo del Trueno.

Desde el siglo IV, a San Juan se le ha llamado simplemente el teólogo. La tradición le ha asignado el símbolo de un águila orgullosa y audaz que, según la fábula, vuela directo al sol, sin cansarse ni cegarse. Juan bien podría compararse con un águila, pues sus pensamientos se elevaban más que los de cualquier otro apóstol.

Juan, el Águila.

Juan no nació de sangre noble. Era hijo de Zebedeo y Salomé, hermano de Santiago el Mayor. Al igual que su padre y su hermano, era pescador. Es muy probable que viniera de Betsaida, al igual que la otra pareja de hermanos apóstoles, Pedro y Andrés. Dios lo había elegido mientras aún estaba en el vientre de su madre y le había concedido los dones del Espíritu Santo. 3 Las alusiones a Juan que se encuentran en los Evangelios permiten suponer que él, al igual que Pedro, era autosuficiente en lugar de pobre. Los Padres de la Iglesia lo consideraban el más joven de todos los apóstoles, ya que vivió más que los demás. Es probable que tuviera su propia casa en Jerusalén y que llevara allí a la Santísima Virgen María después de la crucifixión de su Hijo. Era muy respetado; su influencia era tal que tenía contacto directo con el círculo de élite de los sumos sacerdotes. 4 Juan era agradable y simpático, un compañero ideal para el joven rico de los Evangelios, a quien el Señor miraba, amaba y quería que lo siguiera, pero cuyo "se desanimó al oír estas palabras, y se fue triste, porque tenía muchas posesiones". 5 Este hombre guardaba los mandamientos de Dios, pero no tenía la caridad desinteresada del apóstol.

Juan no asistió a grandes escuelas de erudición. Los gobernantes y ancianos lo juzgaron, junto con Pedro, como un hombre "sin educación y común", sin formación en las tradiciones rabínicas y sin autoridad para enseñar. Pero este idiota escribiría posteriormente libros que los eruditos han estudiado y seguirán estudiando. siglos.

El único maestro que tuvo Juan fue la naturaleza, especialmente el mar.

Mientras navegaba, sus ojos escudriñaban la superficie azul y el horizonte lejano. Escuchaba el rítmico murmullo de las olas y la furia de las repentinas tormentas que azotaban el mar. La imagen del mar permaneció fresca y clara en su mente, y aparece en sus relatos de la vida y las enseñanzas de Cristo. El lector atento del Evangelio de San Juan no puede evitar notar la frecuencia con la que este evangelista hace referencia al agua, al mar, a los peces, a los relámpagos, los truenos y las nubes.

En el Apocalipsis, un libro lleno de misterios, San Juan oculta en secreto las visiones inefables del otro mundo. Muestra predilección por el lenguaje claro y sencillo de un pescador: oyó la voz de Jesús, «como el estruendo de muchas aguas»; oyó la voz de un coro de ángeles, «como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de un fuerte trueno»; oyó «la voz de una gran multitud, y como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de poderosos truenos». 7 Lo que ningún ojo había visto, ningún oído había oído, este inspirado autor de la revelación lo describió con el lenguaje de un pescador: el ángel «me mostró un río de agua de vida, claro como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero». 8 Juan, quien se elevó a alturas superiores a las del vuelo de las águilas, no desdeñó la sencillez del lenguaje.

San Juan, observando a la multitud desde su posición elevada, buscó a su compañero. Allí estaba un águila planeando sobre las llanuras en busca de otra águila. Bajo la guía de Juan el Bautista, el hijo de Zebedeo se preparó de antemano en oración y penitencia para Aquel que iba a bautizar, no con agua, sino con el Espíritu Santo y con fuego. 9 Es el ejemplo de un águila vieja que atrae a una joven águila lejos de su percha de tal manera que la cría vuela hacia ella y queda cegada por el sol. Cuando el Bautista, en un hermoso día de primavera, vio a Jesús, el «¡He aquí el Cordero Mesías, el que había de venir, llamó de Dios!» 10 ¡El Cordero de del anciano Juan quedó tan indeleblemente impresa Dios! Esta palabra en la mente del joven Juan que él mismo, más tarde, como evangelista, habló de Cristo como el Cordero. Con John, "Cordero" era un título que se repetía con frecuencia para su Maestro, a menudo presente en la poesía siempre moderna:

«El Cordero que fue inmolado es digno de recibir el poder y la divinidad».

y la sabiduría y la fuerza
y el honor y la gloria y la bendición.

Y,

"Al que está sentado en el trono, y al Cordero,
la alabanza, la
honra, la gloria y el dominio, por los
siglos de
los siglos."

Y,

"La salvación pertenece a nuestro
Dios que está sentado en el
trono, y al Cordero."

Y,

Ahora ha venido la salvación, el
poder y el reino
de nuestro Dios, y la autoridad de
su Cristo;
Para el acusador de nuestros hermanos
ha sido derribado,
el que los acusaba delante de nuestro Dios
día y noche.
Y ellos le han vencido por medio de la sangre del
Cordero. . . . "11

Muchas más veces Juan, el "águila", llamó a Cristo el "Cordero".
El águila describió al Cordero; el águila lo divisó. Nunca más el evangelista
apartó la vista de su Maestro.

Casi setenta años después del evento, Juan escribió sobre su
encuentro con Jesús. «Era como la hora décima». 12 No sabemos
nada de lo que dijeron Jesús y Juan esa tarde y esa noche. Sus
primeras palabras de amor y alegría no se han conservado en
ningún lugar. Pero el suyo fue un encuentro lleno del éxtasis de
las campanas de Pascua que se balanceaban y repicaban tras
largos días de triste silencio. El aire que respiraban se volvió más
limpio que un cielo mediterráneo. El suelo que pisaban se volvió
más puro que un campo de azafranes en primavera. Este fue el en

Jesús y Juan. Otras palabras de Jesús fueron posteriormente tergiversadas, distorsionadas y rechazadas, pero estas primeras palabras se preservaron, no para el hombre, sino del hombre, en los cálices puros de las almas de esta santa pareja.

Nos alegramos por Jesús, pero más aún por la humanidad entera, de que en el primer encuentro de Juan con el Mesías, este discípulo amado nos representara con tanta nobleza e idealidad. Fue nuestro amable pero firme defensor.

Si uno lee más allá de las páginas del Evangelio de San Juan sobre la vocación de los pescadores en el río Jordán, se percata inmediatamente de que el propio evangelista permanece siempre en segundo plano. Juan estaba en las bodas de Caná, pero cuando registró este incidente en su Evangelio, se limitó a afirmar que Jesús «manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él». 13 Y poco después, Juan presenció la purificación del templo cuando nuestro Señor expulsó a los cambistas: «Y sus discípulos recordaron que está escrito: "El celo por tu casa me consume"». 14 Juan permaneció en silencio al margen, como un mero espectador, mientras Jesús y Nicodemo se interrogaban y respondían mutuamente.

Después de leer esta conversación sombría, uno tiene la impresión de que Juan había dejado de darle al incidente una consideración profunda: "Y este es el juicio: la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas."¹⁵

Luego llegó de nuevo el momento en que Juan, con los otros primeros seguidores, sintió que debía alejarse de la vida sublime de Jesús y regresar a Galilea, a sus redes y a sus barcas en el mar.

Sin embargo, este joven pescador, desde que había pasado tiempo con Cristo, ya no pensaba en sus asuntos cotidianos. Sin duda, le dio a su padre Zebedeo muchas respuestas distraídas. Mientras las olas llenaban su barca, pensó, todavía asombrado y sonriente, en las tinajas llenas de agua en las bodas de Caná, y cómo milagrosamente se convirtieron en vino, y volvió a ver la expresión de alegría, sorpresa y desconcierto en el rostro del mayordomo. Como el viento en el mar soplaba repentinamente desde arriba, recordó las palabras de Jesús a Nicodemo: «El viento sopla donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni de dónde viene».

se 16 A menudo, durante las noches en vela, sus pensamientos concentraban una y otra vez en las palabras misteriosamente claras de Cristo: «El que practica la verdad llega a la luz...». 11

Constantemente recordaba las palabras del Mesías dirigidas a él, a su padre Zebedeo, a su hermano Santiago y a su madre Salomé. Sus pensamientos solo estaban en Jesús. Anhelaba volver a ver a este gran hombre, practicar la verdad, llegar a la luz.

Después de un tiempo de adviento de diez meses, el Señor regresó y les dijo a los dos pares de hermanos, Pedro y Andrés, Santiago y Juan, a Salomé, el más sincero de todos, posiblemente haya sido el primero en comprender que esto era más que una mera excursión de pesca.

18 "Debido al altum, zarpe mar adentro." "Esa era la señal que el joven discípulo había esperado durante tanto tiempo.

Con verdadera alegría, tras aquella primera pesca milagrosa, Juan sacó la barca a tierra, ató rápidamente las redes y siguió al Señor para siempre, «in altum», adentrándose en las profundidades, hacia la luz. El águila tenía un objetivo que alcanzar: Jesús, el Cordero. Sin embargo, todo hombre que es como un águila —como Juan— puede alcanzar a nuestro Señor Jesucristo. No se podría aventurar un acto más valiente, pues ni siquiera las almas más audaces pueden encontrar una meta más alta ni más digna.

Juan, en contraste con el directo y práctico Pedro, fue un hombre de gran altura espiritual. Fue más un ministro contemplativo que activo de Cristo. La primera aventura de la joven águila fue un vuelo a las alturas ilimitadas de la Trinidad: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios». 19 San Agustín, él mismo un «águila en vuelo», se maravilló ante esta empinada ascensión de Juan:

Él sobrepasó todas las cumbres de la tierra, sobrepasó todos los espacios de los cielos, sobrepasó todas las alturas de las estrellas, sobrepasó todos los coros y legiones de ángeles. Si no hubiera sobrepasado todo lo creado, no habría llegado a Él, por quien todo fue hecho.

"Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho." Juan nunca cayó de estas alturas.

La mayor diferencia entre John y los otros tres

La importancia de los evangelistas reside en su uso del lenguaje. En los escritos de Juan, las reflexiones sobre el reino de Dios y su santa voluntad no son más frecuentes que en otros escritos del Nuevo Testamento.

Pero ocurre exactamente lo contrario en cuanto a la vida que viene de Dios, la vida en Dios, la vida por Dios y la vida para Dios. «Vida», «luz», «amor» y sus opuestos: «muerte», «tinieblas» y «odio», son los seis conceptos fundamentales de la parte juanina de las Escrituras. El evangelista nunca se cansó de repetirlos; conformaron su lenguaje.

Estos conceptos peculiares de Juan, especialmente su concepto particular de "Logos", fueron retomados durante la vida del apóstol y absorbidos por la filosofía de Filón, un judío platónico, y por las religiones de Oriente. Juan se limitó, como todos los escritores de las Escrituras, a usar palabras temporales para manifestar la verdad de la eternidad. Pero no dudó en retomar los principios religiosos que se enseñaban en aquel entonces. Los purificó y los llenó de contenido cristiano, como quien llena vasos vacíos.

La "vida" y la "luz" no existían en las religiones de Mitra (un antiguo dios persa), ni en el culto a Dionisio (un dios de la mitología griega), ni en la adoración de un rey terrenal, sino solo en la religión del Dios-Hombre, el Rey del cielo, Cristo: "En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres". Jesucristo fue también el verdadero "Logos", no como Filón y Heráclito se consideraban a sí mismos, un estado intermedio, creado en el tiempo, entre un dios y el mundo. No, el Verbo verdadero ya existía "en el principio", no fue creado en el tiempo. Estaba "con Dios" como una personalidad separada, la Segunda Persona de la Trinidad. Estaba "en Dios", pues las tres Personas tienen una sola Naturaleza Divina.

«El Verbo era Dios mismo». Así, San Juan guió las tendencias intelectuales de su época hacia Cristo. Como águila, podía sobrevolar la tormenta; como pescador, podía combatirla.

Así como un águila puede posarse en el borde de un acantilado escarpado sin correr el peligro de caer a las profundidades, San Juan pudo estudiar y dominar los brillantes sistemas filosóficos de sus contemporáneos sin caer en los errores de sus pensamientos. Había sido uno de los tres especialmente favorecidos que ascendieron al Monte

0 Heráclito fue un filósofo pagano que vivió quinientos años antes de Filón en la ciudad de Éfeso, donde más tarde Juan escribió su Evangelio.

estaban en el Tabor con Cristo; allí contempló el esplendor, la grandeza y la gloria de la majestad de Dios. Estaba en el Huerto de los Olivos; allí vio la humanidad de su Maestro en agonía con el sudor de su frente.

Fue en estos lugares, no de la filosofía alejandrina, donde Juan recibió por primera vez su audaz idea: «Y el Verbo se hizo carne». Durante su vida, fue el más cercano a los secretos de Cristo. No tuvo necesidad de ceder ante la religión de otros, ni persa ni griega, ni babilónica ni egipcia. Era lo suficientemente fuerte como para no tener que rebajarse al nivel de otras religiones y filosofías, sino que las elevó a su propia altura, a la luz del Cordero.

¡Juan, el águila! El poder del águila era el estandarte que Jesús había elegido para que este apóstol lo siguiera hasta las alturas. Pero Juan no podía hacerlo solo. San Agustín comentó:

Quizás el mismo Juan no dijo cómo es, pero sí cómo podría hacerlo. Hablaba como un hombre de Dios, verdaderamente como un hombre de Dios iluminado, pero siempre como un hombre. Porque era iluminado, decía algo. Si no hubiera sido iluminado, no habría dicho nada. Sin embargo, como era un hombre iluminado, no dijo todo lo que existe, sino lo que un hombre puede decir.

Juan, el hijo del trueno

Se podría suponer que un hombre como Juan, un hombre de gran mente, viviría exclusivamente en el mundo del pensamiento. Cierta tipo de arte inservible de antaño retrataba a Juan como un joven soñador y afeminado, o al menos enfatizaba su intelectualidad mucho más que su amabilidad, sobre la cual aún queda mucho por decir. Este discípulo de Cristo, a pesar de la profundidad de su pensamiento, no era en absoluto un erudito aburrido. Era muy vivo y muy activo. Tan extraordinaria y prominente era la vitalidad e impetuosidad de su carácter que nuestro Señor mismo, al elegir a los Doce, los apodó a él y a su hermano "Boanerges, es decir, Hijos del Trueno". 22 La razón por la que San Juan escribió con tanta frecuencia sobre la "vida" en su Evangelio y en sus otros escritos bien puede ser que las pal

le interesó y apeló especialmente a él, el apóstol tan lleno de vitalidad, de "vida".

Pero en esta misma tendencia natural yacía un gran peligro para el vivaz apóstol. Fue San Agustín quien habló tan bellamente de «la atmósfera terrenal, que también rodea las más altas cumbres de la nobleza humana». 23 Y Juan, el águila, también se vio ocasionalmente atrapado en esta atmósfera de debilidad humana. Esto es evidente en la ambiciosa petición de ocupar el primer lugar en el reino del Señor, que Santiago y Juan presentaron a Jesús, aunque fue Santiago más que Juan quien propuso

este deseo de gloria. 24 Este audaz desafío iba dirigido contra Pedro. Sin embargo, Juan era, entonces y más tarde, un amigo cercano de Pedro, y demostró esta amistad la mañana del primer Domingo de Pascua al reconocer el derecho de Pedro a ser el primero. No se atrevió a entrar en el sepulcro antes que el primero de los apóstoles. Se esforzó por ver dentro del sepulcro, incluso se arrodilló. Quería entrar, pero esperó a que Pedro llegara y fuera el primero en entrar y ver. Juan, por sí solo, difícilmente habría intentado arrebatarse a su amigo el primer lugar en el reino de los cielos. Fue su hermano Santiago quien lo desvió y provocó este error contra la humildad.

Por otro lado, el apóstol Juan a veces usó su temperamento impetuoso con falta de caridad y paciencia. Los Evangelios dan dos ejemplos para demostrarlo. Junto con su hermano Santiago, Juan estaba dispuesto a exigir que el fuego del cielo cayera sobre los samaritanos hostiles y los destruyera. 25 Y en otra ocasión, después de la segunda predicción de la Pasión y mientras Cristo hablaba contra la ambición y la envidia, tanto Marcos como Lucas señalaron lo que Juan tenía que decir: «Maestro, vimos a un hombre expulsando demonios en tu nombre, y se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros».

" 26 Pero Jesús mostró que tal celo, tal interés cruel por el reino de Dios, con el transcurso de los siglos, por sus propios errores, obraría a favor de Él, no en contra de Él, y pronto sería uno con Él, atrayendo a otros. 'No se lo prohibáis, porque no hay nadie que haga A Él: un milagro en mi nombre, y luego pueda hablar mal

Porque quien no está contra vosotros, está a vuestro favor.^r San Pablo

había avanzado más que Juan en este aspecto. En su Epístola a los Filipenses, esta instrucción de Cristo se hizo eco: «Algunos, en verdad, predicán a Cristo incluso por envidia y contienda...»

¿Y qué? Con tal de que, de todas las maneras, ya sea fingiendo o en verdad, se anuncie a Cristo.»²¹ Johit debió de esforzarse mucho por proteger su vida,

dominar y controlar su impetuosidad, para poder andar por el santo camino del Evangelio. Su carácter ardiente y osado se refleja aún hoy en muchos pasajes de sus escritos. Escribió, por ejemplo, incluso en su vejez, que nunca se debe saludar a un maestro de falsa doctrina ni recibirlo en casa.²⁸ Ireneo registró cómo Juan, en una ocasión, saltó del baño en Éfeso cuando el hereje Cerinto entró.²⁹ Y se ha transmitido a través de los siglos el dicho de que se encontró con otro maestro similar en Roma, y le habló con dureza: «Te conozco bien, primogénito de Satanás».

Pero en este caso se hace evidente una razón más profunda para su impaciencia. Esta intolerancia, que no conocía la piedad, no provenía de la obstinación, sino de un amor muy profundo. Porque Juan amaba al Señor con un corazón ardiente, se opuso a cualquier abuso o insulto a Cristo con toda la vehemencia de su persona. Todo esto no era por sí mismo, sino por su amado Maestro. «El Hijo del Hombre no vino para destruir las vidas, de

Sin embargo, Juan, con su celoso amor por el Señor, aprendió que los hombres, sino para salvarlas». ³⁰ Toda obra realizada por Cristo merece reconocimiento y aceptación. Juan, el Hijo del Trueno, luchó por este amor benévolo. Su propia pluma lo reveló. Al hablar una y otra vez de amor, sin saberlo, reveló su propio amor por el Dios-Hombre y todos los sacrificios que estaba llamado a hacer por este amor. De repente, su amor por Cristo ya no parece trueno, fuego ni furia. Es un amor verdadero. Es una caridad viril y madura.

La caridad es paciente, es bondadosa; la caridad no tiene envidia, no es pretenciosa, no se envanece, no es ambiciosa, no es egoísta, no se irrita; no piensa el mal, no se alegra de la injusticia, sino que se alegra de la verdad; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. 81

Juan, el discípulo amado

El Hijo del Trueno era un discípulo del amor. ¡Qué aparente contradicción! Y, sin embargo, como se ha visto, los violentos truenos y relámpagos crepitaban y centelleaban solo del amor pleno y devoto de Juan. No eran la violencia ni el trueno lo que constituía su naturaleza, todo su carácter, personalidad y temperamento, sino su amor vehemente e impetuoso. En su propio Evangelio, escrito por su propia mano, se llamó a sí mismo «el discípulo a quien Jesús amaba»³² nada menos que cinco veces.

Ciertamente el Señor también amó a los demás. En la Última Cena, al hablar del Nuevo Mandamiento, Cristo llamó a sus apóstoles «filioli», niños pequeños, y explicó de manera muy significativa:

"Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer."

Ahora eran apóstoles de pleno derecho. Ahora conocían los secretos de Cristo y estaban plenamente unidos a él.

Aun así, entre Jesús y Juan persistía un secreto de intimidad: una verdadera espiritualidad, una estrecha unión espiritual, una profunda contemplación. Había allí un amor y una comprensión secretos que los demás apóstoles no compartían. Pero los demás, con la excepción de Judas, reconocieron y respetaron este favor de amor del que Juan disfrutaba. No cuestionaron ni compitieron por el primer lugar de Juan ante el Señor, como en una ocasión se cuestionó el primer puesto de honor de Pedro. Ciertamente, habría sido mejor que los discípulos hubieran buscado obtener el lugar de Juan en el corazón de su Maestro que el de Pedro en la majestad de Dios.

Se podría cuestionar la razón de este secretismo entre Jesús y Juan. Pero el amor de Dios está por encima del entendimiento humano. Por lo tanto, no podemos ahondar en los secretos más íntimos de esta amistad que existía entre Jesús, el Hijo de Dios Padre, y Juan, hijo de Zebedeo, un pescador. Sin embargo, el amor de este discípulo amado por su divino Maestro no era inapropiado. Era un águila y un Boanerges. Y aquí se ve el parentesco de su alma con el alma de Jesús, quien descendió del cielo por Su

96 Los Apóstoles

su propia palabra para esparcir fuego sobre la tierra, no para que consumiese y destruyese al hombre, como Juan pensó una vez, sino para que encendiese los corazones y las almas de toda la humanidad con un amor ardiente por Dios. «Pegó Juan a echar en la tierra; ¿y qué quiero sino que se encienda?»³⁴

El texto de la liturgia de la fiesta del apóstol Juan, inspirado por las convicciones de los Padres, muestra cuán profundo y fuerte era el apego y afecto de Jesús por Juan, especialmente debido a su virginidad. El mismo Juan, ya anciano, escribió en el Apocalipsis sobre hombres vírgenes que «siguen al Cordero dondequiera que va». 35 Él mismo pudo seguirlo hasta las alturas de la Trinidad: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios».

Juan era puro de corazón, y Juan vio a su Dios.

En su Evangelio, San Juan registró tres ocasiones en las que su amistad con Jesús brilló con más intensidad. La primera fue el Jueves Santo. Para preparar la última noche de su vida, Jesús eligió a dos de sus discípulos que más lo amaban, cada uno a su manera: Pedro y Juan: «Vayan y prepárennos la Pascua para que la comamos».

" 36 Con el corazón lleno de angustia, Juan preparó el cordero pascual. El Yambi Preparó el cáliz para su Maestro; pronto él también iba a beber de este cáliz.

Mientras se acomodaban sobre los cojines formando un semicírculo alrededor de la mesa baja, Jesús llamó a Juan para que se acercara y ocupara el primer lugar a su lado. Se tuvo que pagar un precio mayor por este primer lugar en el seno del Salvador que por los dos lugares a la derecha y a la izquierda de Dios en el cielo, que Juan y su hermano habían pedido anteriormente. Ahora estaba tan cerca de su divino Amigo que podía oír y sentir el latido de su corazón puro, que latía de amor en esa hora, como una blanca cascada que brota de las montañas a principios de la primavera.

«He deseado mucho comer esta Pascua con vosotros antes de padecer.» 37 Ahora estaba tan cerca de aquellos santos labios que podía tomar las maravillosas palabras de Cristo como un vaso precioso bajo una fuente, mientras Jesús hablaba para consolar a sus discípulos —y a sí mismo— antes del amargo y sangriento dolor de su sufrimiento y muerte.

San Juan es el único evangelista que dedica cinco capítulos completos

pasajes de su Evangelio hasta la Última Cena, hasta las palabras de consuelo, exhortación y despedida de Jesús:

Voy a prepararles lugar. Y si me fuere y les preparare lugar, vendré otra vez, y los tomaré conmigo mismo, para que donde yo estoy, ustedes también estén: · · Yo soy el camino, la verdad y la vida. · · · Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador para que habite con vosotros para siempre. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros. ...Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él les enseñará todas las cosas y les recordará todo lo que les he dicho. La paz les dejo, mi paz les doy. Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. mucho fruto... El que permanece en ustedes... en mí, y yo en él, ese da Permaneced en mi amor."38

¿Por qué sería improbable que este discípulo amado pudiera repetir palabra por palabra las ideas de aquel último discurso de Jesús, incluso después de tantas décadas? En aquella hora inolvidable, nuestro Señor le había hablado directamente al oído , directamente a su corazón.

A mitad de la comida, Jesús dijo solemnemente: «En verdad os aseguro que... "A vosotros os traicionará uno de vosotros, el que come conmigo." " 39 Juan sintió el temblor que recorría a Jesús. Se estremeció. Incluso hoy, su declaración sobre el traidor nos conmueve y nos estremece; lo mismo ocurre en los cuatro Evangelios. Leonardo da Vinci retrató dramáticamente en su inmortal "Última Cena" — afortunadamente restaurada en Santa Maria delle Grazie, Milán— la tensa emoción que se apoderó de los apóstoles cuando Jesús reveló su terrible secreto.

Los pocos discípulos reclinados junto al Señor estaban especialmente nerviosos: Juan, Pedro y... ¡Judas! Juan se inclinó hacia adelante. Miró a Pedro. Miró al Señor. "¿Soy yo?". Pedro no se movió. Miró fijamente a Judas. Miró fijamente al Señor. "¿Soy yo?". Judas quedó atrapado entre ellos. Estaba paralizado. Tenía la mirada perdida. Estaba aterrorizado. Sintió las miradas de los que estaban a su izquierda, pero no se atrevió a mirar a la izquierda. "¿Soy yo?", oyó decir a alguien. Y no pudo moverse, aunque solo quería mirar a la izquierda. Sabía que las miradas de la derecha lo detenían.

"¿Soy yo?" -y no podía mirar hacia la derecha- "¿Soy yo?" -ni

98 Los Apóstoles

¿Se atrevió siquiera a mirar a Jesús? Allí estaba Jesús, su Maestro, Dios. Judas necesitaba la plata. Necesitaba las treinta piezas.

Jesús no respondió a los apóstoles asustados.

Los discípulos se miraban unos a otros, sin saber de quién hablaba. Uno de sus discípulos, aquel a quien Jesús amaba, estaba reclinado a su lado. Simón Pedro le hizo señas y le preguntó: «¿De quién habla?».

Pedro tenía las llaves del reino de los cielos; Juan tenía las llaves de los secretos del corazón de Jesús. Juan,

Entonces, recostándose sobre el seno de Jesús, le preguntó: «Señor, ¿quién es?» Jesús respondió: «Es aquel para quien mojaré el pan y se lo daré».

Incluso hoy se puede sentir la intolerable y abrumadora incertidumbre y tensión. Se pueden ver los ojos del evangelista fijos en el miedo y el terror, cuando Jesús —como era costumbre del dueño de casa que quería dar especial atención a alguien a quien amaba— «mojó el pan» y «se lo dio a Judas Iscariote, hijo de Simón». 40 Juan-Judas. ¡El discípulo del amor y el discípulo de la traición!

Sospechaban el secreto del otro, pues tanto el amor como el odio tienen ojos penetrantes. Con malicia y desprecio, Judas había seguido la tierna distinción de Juan. Envidió, se burló y se mofó en voz baja.

El odio se reflejó en su rostro. No le fue fácil a Juan guardar silencio y observar este sacrilegio atroz, esta blasfemia maliciosa, este acto sigiloso del diablo, realizado con la facilidad de una serpiente retorcida. Un año antes de esta noche, tras el discurso de Cristo sobre la Eucaristía en Cafarnaúm, las palabras de Cristo habían quedado profundamente grabadas en la mente de Juan:

«Sin embargo, uno de vosotros es un diablo». Ahora hablaba de Judas Iscariote, hijo de Simón; pues él, aunque era uno de los Doce, era quien lo iba

a traicionar. 41 Después de la unción en Betania, María «tomó una libra de perfume, nardo genuino de gran valor, y ungió los pies de Jesús»; Judas, el traidor, se mostró como el hipócrita que era:

"¿Por qué no se vendió este unguento por trescientos denarios y se dio a los pobres?" Ahora bien, dijo esto, no porque le importaran los pobres, sino porque era ladrón y, teniendo la bolsa, sustraía lo que se echaba en ella. 4 2

Juan sabía que, si uno de los Doce iba a cometer esta increíble y monstruosa atrocidad, no podía ser otro que Judas. Solo este "diablo" y "ladrón" era capaz de un acto tan vil y ruin. Solo podía ser que "Satanás entró en él". 4 3 ¡Ojalá se atreviera a abalanzarse sobre este traidor! Sin embargo, Jesús, que contaba con cientos de legiones de ángeles a su disposición, no quiso revelar al traidor a los demás. Su divina misericordia se extendió incluso a sus enemigos. Apresuró a Judas: "Lo que vas a hacer, hazlo pronto". Juan se retuvo en su pecho.

¡Cuán grande fue su misericordia con Judas! El amado apóstol se recostó de nuevo en el pecho y el corazón del Señor, con sus jóvenes ojos llenos de lágrimas de rabia y amor. Es conmovedor pensar que Jesús, en esta hora difícil, encontró consuelo en la amistad con su ardiente seguidor. ¡Dios fue consolado en su dolor por el hijo de un pescador!

"Cuando hubo tomado el bocado, salió de prisa. Ya era de noche." Solo Jesús y Judas sabían lo oscura y negra que era aquella noche.

Pero dentro, la noche nunca había sido tan brillante. Tras la partida del traidor, la luz y el amor fluyeron libremente como un torrente, sin que la oscuridad los obstaculizara.

Jesús, sabiendo que su hora había llegado para pasar de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

· · Y habiendo tomado el pan, dio gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: «Este es mi cuerpo, que por vosotros es entregado; haced esto en memoria de mí». Asimismo tomó también la copa después de la cena, diciendo: «Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama».

De todos los apóstoles en la Última Cena, Juan fue el más cercano al corazón y la mano de nuestro Señor, el primero en recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Juan, entonces, se convirtió en el primer comulgante. Aquí, entre Jesús, el Autor del amor, y Juan,

apóstol del amor, la unión perfecta se consumó-com- unio, unión con, unido con, uno con.

San Juan fue el único evangelista que escribió el hermoso discurso sobre la Eucaristía después de la milagrosa multiplicación de los panes.

"El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él permanece. a él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre que me envió, Padre, así también el que me come, él también vivirá por mí. 45

Lo que Juan registró lo había oído, y lo que es más significativo, lo experimentó en aquel primer Jueves Santo, un gran día en su amistad con Jesús. Este fue el primero de tres grandes días en la amistad del discípulo amado con su Maestro, según lo relata el propio evangelista.

El segundo día era Viernes Santo. Cabría pensar que Juan merecía un severo reproche, pues, en el Monte de los Olivos, en el Huerto de Getsemaní, tan solo una hora después de que Jesús lo favoreciera permitiéndole ocupar el primer lugar en la Última Cena y reclinarse en su regazo, este discípulo de amor se durmió. Luego abandonó a su Maestro y huyó con los demás.

San Lucas, el médico que diagnosticó, excusa ese sueño incomprensible: «Los encontró durmiendo de tristeza». Y Jesús mismo buscó rápidamente una razón para perdonarlos: «El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil». 46 En resumen, Marcos añadió:

«Entonces todos sus discípulos lo dejaron y huyeron». Juan también, sintiéndose un poco culpable, comentó: «Pero Simón Pedro seguía a Jesús, y también otro discípulo». 47 Pedro llegó hasta la puerta del patio de los sumos sacerdotes, pero este otro apóstol entró directamente. Antes había huido, se había escondido; ahora entró directamente en el patio. Era Juan.

Allí estaba Juan, esperando, con el corazón oprimido, lleno de angustia, esperando la decisión que recaería sobre su amado Maestro. Pero ¿por qué Juan, el amigo más cercano de Jesús, abandonó al acusado en el camino de la cruz, de modo que un completo desconocido tuvo que verse obligado a ayudar a nuestro Señor? Era la última oportunidad del discípulo para hacer algo. ¿O le había pedido Jesús una acción mucho más difícil a su amado seguidor, una acción aún más difícil?

que cargar dos pesados troncos? ¿Acaso Cristo mismo no podía hacerlo entonces? ¿Su mirada, en el patio, le suplicaba a Juan que fuera a buscar a su madre? Sí.

San Juan fue rápidamente y llevó a María, la madre de Jesús, al Calvario. ¡Qué terrible consuelo! En efecto, Juan y María llevaron una cruz al Calvario. ¿Juan consoló a María, o María consoló a Juan? Pero ni Juan ni María tuvieron consuelo excepto la voluntad del Padre. «Hágase tu voluntad»

Sin embargo, uno puede respirar con cierto alivio al pensar que María no tuvo que permanecer sola bajo la cruz, sufriendo sola al lado de su Hijo. Juan, uno de los Doce, estaba allí. No se avergonzaba del Amigo condenado como criminal. No temía por su vida como los demás apóstoles, pues comprendía mejor que los demás que el Salvador crucificado era su vida. Juan tenía todo que ganar muriendo con el Señor a quien amaba. No temía a la muerte, ni siquiera clavado en una cruz de madero.

Juan permaneció junto a la cruz y escuchó el martillo de hierro golpear con fuerza los pesados clavos de hierro. A cada golpe, sentía el golpe sordo en la tierra bajo sus pies. Su corazón latía con fuerza, como el del Señor había latido en el oído de Juan la noche anterior. Cristo había predicho todo esto. Oyó a los soldados insultarlo, injuriarlo y blasfemar. Se alarmó y se sobresaltó, y no pudo comprender al oír el grito: «Elí, Elí, Zema sabachthani ... Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», el grito de Aquel que estaba con Dios, que era Dios.

Pero Juan perseveró. Permaneció junto a su Amigo abandonado. Permaneció junto a él, en un éxtasis de dolor y amor, mientras los soldados llegaban y «uno de ellos le abrió el costado con una lanza», el mismo costado donde Juan se había reclinado y descansado la noche anterior. Vio con sus propios ojos cómo «al instante salió sangre y agua».

Juan el evangelista, quien no solo presencié la majestad del Señor, sino que también vio su corazón, testificó en su Evangelio: «Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis». Apartó la vista de la pequeña mancha roja de sangre, que se secaba purpúrea sobre el cadáver blanco, y miró a lo lejos como si tuviera una visión. Miró a la multitud, com

cumplió: " «Mirarán al que traspasaron». 4 El amor de Juan siguió al

Señor en su muerte como el último rayo dorado de un sol poniente. Solo Jesús sabe lo que significó para él la fidelidad de su amigo en esas últimas horas de agonía.

Al menos uno de los Doce estaba allí. Judas, el apóstol traidor, lo había vendido por treinta monedas de plata. Pero Juan, el apóstol amado, lo rescató con amor y perseveró con él hasta el final. El precio fue treinta y una veces más, más el infinito, y la recompensa fue una eternidad de felicidad. Juan era la flor, la corona, el sello de los demás discípulos.

Entonces Jesús, tan pobre que ya no tenía vestido con que cubrir su sagrado cuerpo: "Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi túnica echaron suertes", abrió su corazón y dio a Juan su última, su más amada, su madre, María.

Cuando Jesús vio a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba allí presente, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa. 49

¿Podría alguien darle un regalo mayor a un amigo que su madre? ¿Podría alguien darle un regalo mayor a su madre que a su amigo? Antes de la cruz, el amor de ambos, aunque indigente, se reencontró en el otro por medio del Señor. Juan debía cuidar de María. María debía cuidar de Juan. María no podría haber recibido mejor provisión que Juan. Juan no podría haber recibido mejor provisión que María.

Es fácil comprender por qué el arte cristiano ha representado con tanta frecuencia esta sublime trinidad de amor: Jesús, María y Juan. Estas imágenes de María y Juan ante Cristo crucificado ofrecen una visión profunda y simbólica, y son motivo de profunda reflexión para toda la cristiandad: María siempre cuidará de los seguidores de Cristo, a quienes Él ama; y siempre deberían los seguidores de Cristo, que aman a Jesús, acoger a María.

El tercer gran día de amor para Juan fue la Pascua, la primera mañana de Pascua. Ciertamente, la Sagrada Escritura no revela nada del esplendor y la magnificencia de la Resurrección en la que Juan,

igual que Pedro, tuvo una parte. Incluso antes de que la oscura noche diera paso a la blanca mañana con su resplandor abrasador, el profundo amor de Juan había fortalecido su creencia en la gloriosa Resurrección de Cristo. Cuando, temprano en la mañana de Pascua, antes del amanecer del primer día de la semana, María Magdalena corrió "adonde Simón Pedro y al otro discípulo a quien Jesús amaba", exclamó sin aliento

Se han llevado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde lo han puesto. Pedro salió, pues, y el otro discípulo, y fueron al sepulcro. Los dos corrían juntos, y el otro discípulo corrió delante, más rápido que Pedro, y llegó primero al sepulcro

Juan, «el otro discípulo a quien Jesús amaba», era ágil; sin embargo, no solo sus pies más ágiles, sino también su corazón más amoroso, lo llevaron a adelantarse a Pedro. Con tacto, Juan reconoció el derecho de Pedro, el apóstol superior y de mayor edad: «Y al agacharse, vio los lienzos allí tirados, pero no Pedro, de manera muy oficial, anotó inmediatamente las condiciones y pistas pertinentes que rodeaban la tumba: "Y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos allí, y el sudario que había estado sobre su cabeza, no puesto con los lienzos, sino doblado en un lugar aparte".

Pedro vio y pensó. Juan vio y creyó. «El otro discípulo corrió delante, más rápido que Pedro. Juan fue el primero en caminar y el primero en creer. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro. Y vio y creyó». Pero Juan tuvo que añadir: «No entendían la Escritura, que él debía resucitar de entre los muertos». Pedro guardó silencio con tristeza. Juan guardó silencio con humildad.

Juan, el discípulo amado, fue el primero en la Comunión, el único en la cruz, el primero en el sepulcro. Y lo más significativo, fue el primero en creer. Fue su gran amor lo que siempre puso a Juan por delante de los demás apóstoles. ¡Qué grande la recompensa por un amor sencillo y perseverante!

Esta aparente prioridad de Juan sobre los demás apóstoles se evidencia también en otro acontecimiento ocurrido durante esta primera Pascua. Fue la segunda pesca milagrosa, llamada «olvidada», porque los sinópticos no...

104 Los apóstoles

lo relatan. Casi todo era igual que en la primera pesca milagrosa: de nuevo el Mar de Tiberíades, de nuevo un grupo de apóstoles, de nuevo la larga noche sin éxito. Entonces, un extraño en la orilla les gritó:

"Echa la red a la derecha de la barca y los encontrarás."

Así que echaron la red, y ya no pudieron sacarla por la gran cantidad de peces. 51

De nuevo hubo una pesca abundante e inesperada. Y de nuevo fue San Juan el primero en reconocer al extraño como nuestro Señor. Suave y emocionado, le susurró a Pedro: «Es el Señor».

Juan fue el primero en reconocer a Cristo resucitado porque fue el primero en amarlo.

Aquí reside la clave fundamental para comprender la personalidad de Juan, así como sus escritos. Las obras de este evangelista fueron compuestas con gran detalle y exactitud, un relato completo y particular de su tema. Aunque los Sinópticos no tenían una perspectiva solemne, profunda e inmensa, Juan sí la tenía.

Lo que los tres primeros escritores de los Evangelios muchas veces solo aludieron, insinuaron o sugirieron, Juan lo sacó a la luz con fuerza y brillantez. Se podrían aducir muchas razones para esta diferencia: la distinta postura desde la que Juan escribió; la época en la que escribió; y, sobre todo, su propia mente, distinta, aguileña y noble, que superaba con creces la de sus compañeros apóstoles. Ciertamente, esto basta para explicar la diferencia entre Juan y los Sinópticos; sin embargo, la respuesta a la pregunta joánica reside en algo mucho más profundo.

Juan fue el discípulo a quien Jesús amó, amó más que a los demás. Por ser el apóstol amado, también fue el apóstol sabio y sabio. El intelecto solo ve atributos, naturalezas, condiciones y cualidades; el amor ve lo esencial, lo sustancial, lo fundamental y los principios. Solo quien se deja confiar en el Autor del amor sabe más que los demás.

Todos los apóstoles fueron amados por Cristo. Nuestro Señor los llamó «amigos, porque todo lo que he oído de mi Padre os lo he dado a conocer».

52 Aun así, Juan los superó en amor, y por lo tanto también los superó en conocimiento. Aquí yace

la explicación final de la pregunta de Juan. En esa primera mirada de los ojos amorosos de Cristo, cuando Juan se encontró con Jesús en el Jordán, este apóstol reconoció de inmediato al Mesías. Por eso, ya desde el comienzo del Evangelio de Juan, Jesús es proclamado como el Mesías, el Hijo de Dios.

Con la sed insaciable de amor, Juan absorbió las palabras de Jesús, y estas palabras permanecieron imborrables, incluso hasta el final de su vida. Fluyeron incesantemente de su mente a su corazón y alma; fluyeron incesantemente desde su encuentro en el Jordán hasta su presencia ante la cruz y el final de sus días en prisión. Con la gran profundidad espiritual de su amor, sintió el latido del corazón de Jesús. Con el gran fervor y sinceridad de su amor, miró y vio la herida del costado de Jesús. Con el calor, la sangre y el agua del corazón de Jesús fluyendo sobre él, recibió un conocimiento y una comprensión más profundos que los demás apóstoles. «Cucurrit citius» — Juan, el discípulo a quien Jesús amaba, corrió más rápido—.

San Juan dejó escrito en su primera epístola lo que lo caracteriza: «El amor es de Dios. Y todo el que ama es nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios; porque Dios es amor». 5 3 Si le amamos, le conocemos.

Lo amamos para conocerlo. Cuanto más lo amamos, más lo conocemos. Y si lo conocemos, lo amaremos cada vez con más ardor.

Juan, el compañero apóstol

En su Evangelio, San Lucas colocó a Juan en cuarto lugar al enumerar a los doce apóstoles. Posteriormente, este mismo autor inspirado, al escribir los Hechos de los Apóstoles, lo colocó en segundo lugar, inmediatamente después de Pedro. 54 Al comparar estas dos listas del mismo escritor, este avance del nombre de Juan es una señal muy llamativa de su creciente importancia en la Iglesia naciente.

San Lucas no reportó información detallada sobre Juan en sus Hechos, como sí lo hizo sobre Pedro y Pablo. Pedro estaba en primer plano. Pero Juan se acercó silenciosamente para estar junto a Pedro, su compañero. Los fieles guardaron silencio con respeto y admiración cuando estos dos grandes apóstoles se movieron entre la multitud. Esto

que una vez fueron pescadores juntos en el mar de Galilea, ahora echaban juntos otras redes en las profundidades de la humanidad, redes para Cristo, a quien ambos amaban. Casi siempre, ahora los dos compañeros trabajaban juntos: Pedro con Juan, no con su hermano Andrés; Juan con Pedro, no con su hermano Santiago ni con ninguno de los otros apóstoles. Ambos viajaban, predicaban y sufrían juntos.

Cuando Alberto Durero retrató a Juan y Pedro juntos en su majestuosa pintura, simplemente usó su pincel para plasmar una verdad bíblica. Juan ayudó a Pedro a curar al mendigo cojo en la puerta del templo: «Pedro, mirándolo fijamente con Juan, dijo: 'Míranos' Y los miró». 55 Juan compartió la primera copa de persecución y sufrimiento con Pedro cuando fueron arrestados, ya que los sacerdotes y saduceos estaban «afligidos porque enseñaban al pueblo y proclamaban, en el caso de Jesús, la resurrección de entre los muertos. Y les echaron mano y los pusieron bajo custodia...».

" 55

Nuevamente Pedro y Juan estaban unidos cuando respondieron a los ancianos y a los escribas, porque

Viendo la valentía de Pedro y Juan, [...] les ordenaron que no hablaran ni enseñaran en absoluto en el nombre de Jesús. Pero Pedro y Juan respondieron y les dijeron: «Decidan ustedes mismos si es justo ante Dios escucharlos a ustedes antes que a Dios. Porque no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído». 57

Y Juan caminó junto a Pedro desde Jerusalén hasta Samaria.

Cuando los apóstoles de Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron a Pedro y a Juan. Al llegar, oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo.

... Entonces les impusieron las manos y recibieron el Santo Santo. En esta

58

unión perfecta, Pedro y Juan caminaron uno junto al otro en la joven Iglesia: el apóstol de piedra con el apóstol del amor; el apóstol que al principio se negó a permitir que el Señor le lavara los pies con el apóstol que se reclinó con entusiasmo en el seno de Jesús; el portador de las llaves con el águila; el apóstol que había negado a Cristo con el Hijo del Trueno que había deseado el primer lugar en el cielo. Cada uno de ellos era grande en su propia

tiene razón; pero juntos ambos fueron aún más grandes. A través de Juan, Pedro pudo ver y comprender mejor las profundidades del Señor; a través de Pedro, Juan pudo ver y comprender mejor los problemas y las angustias del rebaño. Pedro expió el pecado de su negación a Juan; Juan expió el pecado de su orgullo a Pedro.

Pedro y Juan eran uno. ¡Qué bendición para el rebaño de Cristo! ¡Qué honor para el Señor! ¡Qué bien escucharon estos dos la oración sacerdotal de Cristo al Padre por la unidad, la oración que ofreció en la Última Cena! Fue su última oración antes de su pasión y muerte: «Yo en ellos y tú en mí; para que sean perfeccionados en la unidad, y que el mundo conozca que tú me enviaste y que

los has amado como me has amado a mí». 59

Otro compañero de Juan fue el apóstol Santiago, su amado hermano, que sufrió el martirio por la espada de Herodes en el año 42/43. 6 ° Cristo predijo este amargo sufrimiento y muerte cuando hablaba tanto a Santiago como a Juan: «De mi cáliz ciertamente beberéis...».

61 Este pasaje ha sido a veces malinterpretado, con el resultado de que Juan supuestamente también fue asesinado el mismo año que su hermano, durante la persecución de Herodes. No solo no hay referencia bíblica a la muerte de Juan en esta fecha temprana, sino que Juan sí aparece en las Sagradas Escrituras después de la muerte de su hermano. Al parecer, Juan no estaba en Jerusalén en el momento de la persecución de Herodes. Estaba en una de sus muchas misiones. En medio de sus labores apostólicas, se enteró de la repentina y sangrienta muerte de su hermano.

Santiago, tan lleno de vida, fuerza y fuego, ¡había muerto! Muchas imágenes debieron de venir a Juan en retrospectiva: la lejana casa de sus padres, el mar azul, o las muchas tardes en que yacía en silencio y soñaba bajo las estrellas. Juan pensó en su madre Salomé; ella estaría llorando por su hijo muerto. Pensó en su padre Zebedeo; estaría absorto en sus pensamientos, contemplando el horizonte lejano sobre el agua, porque los caminos del Señor no siempre son nuestros caminos y su voluntad no siempre es la nuestra. Juan se sintió oprimido por dentro. Santiago estaba muerto.

Ahora Juan trabajaría para ambos. Sabía entonces lo que significaba el cáliz, a qué sabía la copa. Cuando era más joven, él...

habían pedido beber de esta copa. Santiago también lo había pedido. Había dicho que podía beber de la copa del Señor, y ahora había bebido. Juan también debía beber de esta copa, pero solo Dios sabía y quería cuándo, dónde y cómo.

La Sagrada Escritura menciona a un tercer apóstol en relación con San Juan: San Pablo. Se reunieron, quizás por primera vez, en Jerusalén durante el Concilio de los Apóstoles del año 49. 62 Los Hechos no mencionan específicamente a Juan durante esa reunión.

Allí habló Pedro, pero Juan no tenía nada que añadir. Por el contrario, Pablo, en su Epístola a los Gálatas, mencionó con orgullo el reconocimiento y consentimiento expreso que había recibido también de Juan, uno de los "hombres de autoridad", para predicar los Evangelios: ... Santiago, Cefas y Juan, considerados las columnas, nos dieron a mí y a Bernabé la diestra en señal de compañerismo...

"es

Juan y Pablo caminaban uno al lado del otro. ¡Qué modelos tan perfectos para el artista! ¡Qué diferentes eran ambos en sus hogares, sus talentos, su pasado! Juan era el discípulo a quien Jesús amaba; Pablo, el discípulo a quien Jesús llamó: "¿Por qué me persigues?"

Juan era el místico; Pablo, el revolucionario. Y ahora ambos estaban juntos, uno al lado del otro. Ambos ardían con un mismo amor por Cristo, como una vela con dos mechas. Incluso en su espiritualidad, ambos eran sorprendentemente similares. Sus pensamientos sobre Cristo a veces se elevaban tanto que es difícil ver con ojos humanos cuál de los dos ha llegado más alto, Juan o Pablo.

A menudo, uno sonaba como el poderoso eco del otro. Juan se regocijaba con la Palabra Divina: «Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho».

Y Pablo respondió:

Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura. Porque en él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, visibles e invisibles, ya sean Tronos, Dominaciones, Principados o Potestades. Todas las cosas han sido creadas por medio de él y para él, y él es anterior a todas las criaturas, y en él todas las cosas subsisten.

¡Qué magnífica armonía, como la de dos campanas profundas!

Mucho se ha escrito y dicho ya sobre Juan y

teología paulina, pero aún queda mucho por estudiar y aprender de estas dos fuentes eternas de sabiduría. Nadie puede negar que Juan y Pablo no fueron enemigos ni rivales en su teología, sino hermanos y compañeros de una misma verdad. Permanecen hoy como dos campanas de tonos profundos y armoniosos —aunque cada uno conserva su melodía individual— que repican en el mismo Domingo eterno, Cristo, para toda la humanidad.

Finalmente, la compañera más íntima de Juan fue María, la madre del Dios-Hombre, la madre de toda la cristiandad. Juan cuidó de María como solo un discípulo del amor podía hacerlo.

Sin embargo, María, desinteresadamente, desvió la tierna atención de Juan de sí misma hacia el rebaño de Cristo. No era una reina que buscaba ser atendida y servida. Se consideraba solo «la sierva del Señor», que no conocía nada más grande ni más santo que la palabra de Dios.

Según las Escrituras, Juan se ausentaba con frecuencia de Jerusalén. Cuando Pablo llegó a Jerusalén por primera vez, solo se encontró allí con dos apóstoles: Pedro y Santiago. 65 Y cuando Pablo viajó a Samaria, San Juan estuvo fuera de la ciudad durante muchos meses. 66 Tampoco se menciona a Juan en el último viaje de Pablo a Jerusalén.

61 No se puede dar por sentado que el amado apóstol llevara a la anciana María con él en sus viajes apostólicos. Ella permaneció en Jerusalén y volvió a estar sola, como lo había estado en Nazaret, antes de la aparición del ángel. Así como sacrificó a su Hijo cuando él la dejó para comenzar su misión pública, tampoco puso ningún obstáculo, ni siquiera una pequeña súplica, en el camino del apostolado de Juan.

Con la bendición de María, Juan fue al mundo para ganarlo. terminado por su Hijo, Jesucristo.

Juan en Éfeso. Tras el

primer Concilio de la Iglesia en el año 49, se pierde de vista todo rastro del apóstol Juan en las Sagradas Escrituras durante varias décadas. 118 Es en el Apocalipsis donde vuelve a la luz de los relatos bíblicos. Se le encuentra en Patmos, una pequeña isla en el mar Egeo, situada a más de sesenta millas de Éfeso: «Yo, Juan... estaba en la isla que se llama

por la palabra de Dios y el testimonio de Jesús."69 Según relatos fiables de la tradición temprana, este joven apóstol había elegido Asia Menor como su campo misionero tras salir de Palestina. Situado en Éfeso como cabeza espiritual de la Iglesia allí, dirigió y gobernó las comunidades circundantes.

Éfeso era la ciudad más importante de Asia Menor, y quizás incluso en aquella época la sede del procónsul de la provincia romana de Asia. Su privilegiada ubicación cerca del río navegable Cayster (hoy Bayindir), que desembocaba en el mar Egeo, y también en la confluencia de dos calzadas romanas, la convertía en un centro natural para el comercio. Era la capital de las artes, pero también de la superstición y la inmoralidad, y del culto público a la diosa Diana, cuyo templo se contaba entre las maravillas del mundo antiguo.

Pero esta misma Éfeso también fue elegida por Dios para ser centro de la predicación de su palabra divina. Al completar su segundo viaje alrededor del año 53, San Pablo visitó esta importante ciudad.

del Este y lo marcó como su principal objetivo en su tercer viaje.

70

Después de un año regresó a Éfeso y trabajó hasta el año 57 con gran éxito.

También había un platero (Demetrio) en esta misma ciudad que se enriqueció fabricando y vendiendo altares de plata de Diana, ídolos para los paganos. Su negocio pronto estuvo camino a la ruina después de que Pablo comenzara a predicar a Jesucristo y a aceptar a muchos al cristianismo. En poco tiempo, los paganos, incitados por Demetrio, se levantaron en protesta contra él, y toda la ciudad estaba en agitación. 11 Más tarde, Pablo abandonaría la ciudad, pero la comunidad cristiana de Éfeso siempre permaneció en los pensamientos de este apóstol viajero hasta su muerte en el año 67. Dejó con ellos a su seguidor favorito, Timoteo. Y los honró con una epístola cuando fue encarcelado. 72 Los relatos bíblicos de las obras de Pablo en Éfeso pintan la escena en esa capital de importancia mundial en la que entró San Juan. Se pueden sacar muchas conclusiones sobre Juan de las epístolas del apóstol Pablo.

Juan no había participado en la guía de esta comunidad cristiana antes del martirio de San Pablo en el año 67. Si Juan hubiera estado allí en años anteriores, Pablo no habría

convirtió en un punto central de su labor misionera, pues Pablo cultivaba solo tierras vírgenes. 7 3 Este activo converso de Tarso permaneció en Éfeso durante tres años, y tras su partida dejó a Timoteo al cuidado de este nuevo campo del cristianismo. Juan llegó a Éfeso, aparentemente después del estallido de la Guerra de los Judíos, 7 4 cuando, y debido a que, la ciudad estaba prácticamente desierta tras la muerte de Pablo.

La estancia de Juan en Éfeso ha sido cuestionada con frecuencia, al igual que la de su amigo y compañero Pedro en Roma. Esta cuestión no es de poca o ninguna importancia, pues la autenticidad misma del Cuarto Evangelio depende de ella; por lo tanto, es de suma importancia. La duda surgió ya en el año 130, cuando Papías expresó sus propias dudas sobre la presencia de Juan en Éfeso, y Papías era uno de los oyentes de Juan. Se dice que dijo que «Juan el teólogo y su hermano Santiago fueron asesinados por los judíos».

Si esta opinión de Papías fue correctamente repetida por Felipe de Sidón en el siglo V (75) —y también se han planteado serias consideraciones en contra—, entonces el testimonio de Papías no prueba en absoluto que Juan no estuviera en Éfeso. Incluso el propio Papías testificó en otra ocasión que había visto personalmente a Juan, quien se encontraba en Éfeso en ese momento, durante el reinado del emperador Nerva (96-98). Es imposible conciliar este hecho con la supuesta muerte de Juan junto con su hermano Santiago en el año 42.

A este argumento se suman otras pruebas importantes del siglo II. Justino Mártir, un apologista cristiano que escribió unos cuarenta años después de la muerte del apóstol Juan, declaró: «Con nosotros [en Éfeso, donde Justino defendió la verdad del cristianismo contra el judío Trifón] también estaba un hombre llamado Juan, uno de los apóstoles de Cristo, quien le predijo la revelación futura». 76 También es digno de mención, aunque misterioso, el testimonio de Polícrates, obispo de Éfeso alrededor del año 190, quien escribió al papa Víctor I que

«Juan, que se reclinaba en el seno del Señor y llevaba una diadema [señal de la autoridad de un sumo sacerdote], sacerdote del Señor, testigo de la fe y maestro», fue enterrado en Éfeso. 77 También Ireneo, obispo de Lyon alrededor del año

año 202, repetían con seguridad que «Juan, el discípulo del Señor, que se apoyó en el corazón de Jesús, escribió un Evangelio cuando estaba en Éfeso».78 Todo este testimonio es valioso, pues se remonta a San Policarpo, Padre de la Iglesia, que murió hacia el año 156, y que fue nombrado obispo de Esmirna por el mismo San Juan.

Otra evidencia de la presencia de Juan en Éfeso es una silenciosa, silenciosa: las ruinas de la colosal iglesia de San Juan donde antaño se alzaba Éfeso. Aunque hoy esta otrora grande, orgullosa y floreciente ciudad yace abandonada y abandonada, en esta misma región ha surgido una pequeña y pobre aldea. Y el nombre de este pequeño asentamiento alude a Juan: Aya-Soluk, la ciudad del santo teólogo.

Juan, el presbítero Queda aún

por aclarar una segunda cuestión: si otro Juan, el «presbítero Juan», trabajaba al mismo tiempo en Éfeso con el apóstol Juan, o si eran la misma persona.

Esta suposición depende, de nuevo, de la palabra de Papías. Explicó, como solía hacerlo, las declaraciones del «presbítero», término general que significa «anciano» o «anciano». Y en ocasiones parecía referirse al apóstol Juan:

Si alguien se acercaba, en cualquier lugar, que había estado en contacto con los presbíteros, yo le preguntaba cuidadosamente sobre las declaraciones de los presbíteros, lo que Andrés, lo que Pedro, lo que Felipe, lo que Tomás, lo que Santiago, lo que Juan, lo que Mateo, o alguno de los otros discípulos del Señor habían dicho, y lo que decían Aristón y el presbítero Juan, el discípulo del Señor.⁷⁹

En este texto se nombra a Juan dos veces. La primera vez, el verbo está en pasado —«había dicho»— y la segunda, en presente —«había dicho». Ambos podrían referirse al apóstol Juan: una vez como apóstol que había pasado a la otra vida, y la otra como testigo viviente de la verdad: una vez «el presbítero», la otra «el discípulo del Señor».

Ningún comentarista de las Escrituras de los dos primeros siglos conocía a un presbítero llamado Juan aparte del apóstol. El obispo Polícras

quien enumeró los hombres de mayor rango de la Iglesia de Asia Menor en su carta al Papa Víctor I, alrededor del año 190, nombró a este importante presbítero Juan.

El primer comentarista que distinguió entre dos Juanes fue Dionisio, patriarca de Alejandría, alrededor del año 250. Después de él, el historiador de la Iglesia del siglo IV, Eusebio, quien no siempre es confiable, nombró a dos Juanes distintos: el apóstol y el presbítero, el anciano. Pero Eusebio ciertamente estaba prejuiciado y extraviado por su aversión y desagrado personal hacia el Apocalipsis. De esto, Zahn concluyó:

Ni Eusebio ni ninguno de sus seguidores pudieron probar la existencia de dos Juanes diferentes, el apóstol y el presbítero; además, se excluye la existencia contemporánea de dos discípulos llamados Juan en Asia, afirmación de Papías, al igual que todas las demás tradiciones al respecto. El presbítero Juan es, en realidad, un error de cálculo que abordó la necesidad de la crítica y la exégesis defectuosa de Eusebio. 80

La designación "presbítero", la antigua, literalmente "el anciano", era significativa para el apóstol Juan. Se presentó como presbítero en su segunda y tercera epístolas: "El presbítero de la Señora Elegida y de sus hijos, a quienes amo en verdad. El presbítero de los amados Gains, a quienes amo en verdad".

Cabe destacar que Juan fue representado como el mayor de los apóstoles solo en el arte oriental, arraigado en las tradiciones de la Iglesia primitiva. En contraste, el arte occidental se inspiró directamente en el Evangelio antes de representarlo como el más joven de los apóstoles. Juan había sido el menor, pero ahora era el mayor. Su hermano Santiago había fallecido; Andrés, con quien convivió la "hora décima", había fallecido; Pedro, su amigo y compañero, había fallecido. Todos habían partido hacia su recompensa. Y solo Juan permaneció atrás, como olvidado o desatendido por la muerte. Pero entonces, al escribir las últimas palabras de su Apocalipsis, Juan finalmente exclamó: "¡Ven, Señor Jesús!". El Señor le había prometido que vendría pronto. 82 Durante un poco más de tiempo, Juan tuvo que esperar pacientemente.

Como el apóstol más antiguo, Juan fue el Patriarca de la Iglesia de Asia Menor, el padre de los obispos, el guardián de la verdad, el escritor inspirado de la última revelación. El comienzo o

los Apóstoles revela la singular grandeza del presbítero Juan: «Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias: a Efeso, a Esmirna, a Pérgamo, a Tiatira, a Sardis, a Filadelfia y a Laodicea.»

" 53

Como la cima blanca más alta de la montaña que se recorta contra el resplandor rojo del atardecer y se desvanece en la noche, cuando todas las colinas más bajas ya habían desaparecido, Juan, y sólo Juan, podía emitir un rayo brillante de luz y amor desde los tiempos apostólicos hasta el amanecer del siglo que se acercaba.

Juan, el profeta En la

orilla de la isla de Patmos estaba sentado Juan, anciano y solo. Sus ojos cansados miraban a lo lejos, y el poderoso mar lanzaba incesantemente sus olas coronadas de blanco ante él. El emperador romano Domiciano, que gobernó del año 81 al 96, había exiliado al último apóstol vivo a esta pequeña isla, que probablemente también era refugio de piratas. A finales del siglo XI se construyó un claustro en los escarpados acantilados del sur de la isla en honor al profeta Juan, quien, en el umbral del siglo II, su mismo umbral del tiempo y la eternidad, proclamó lo que pronto sucedería. 84 Incluso hoy se puede ver la pendiente de la hondonada donde Juan escribió su Apocalipsis.

Siempre será un misterio por qué Dios, aparentemente indiferente, cedió su cuidado y autoridad sobre su caballero —el caballero al que tanto amaba que le permitió descansar en su seno— a un emperador tiránico. Suetonio, en su biografía de gobernantes, esbozó el carácter de Domiciano con el siguiente comentario:

Surgió [al principio de su reinado] como una mezcla de vicio y virtud, hasta que finalmente sus virtudes se convirtieron en vicios. Cabría suponer que, contrariamente a su naturaleza innata, era rapaz por necesidad y sanguinario por miedo. Su crueldad no solo era terriblemente grande, sino también maliciosa y traicionera. No había señal más segura de un final truculento que la suavidad del comienzo de uno de sus discursos. 85

Suetonio señaló la razón por la cual los cristianos, que al principio fueron tolerados, cayeron en la arena de este tigre imperial: la tributación de los judíos y los cristianos se mantuvo a tal nivel que

un nivel tan alto que muchos ocultaron su identidad para evitar pagar el impuesto. Pero también hubo muchos informantes. Esta situación finalmente dio lugar a la segunda persecución en los últimos años del reinado del emperador, quien también sacrificó al anciano Juan.

Domiciano estaba tan obsesionado por el poder que exigió ser llamado "señor y dios". Era tan diabólico que a diario se sentaba durante una hora a divertirse pinchando las cabezas de pajaritos con un pico afilado. Arrancó al evangelista de la palabra divina de su amada comunidad de fieles en Éfeso y lo desterró para siempre a la aislada Patmos.

Nuestro dilema es decir: "¡Qué catástrofe!" o "¡Qué bendición!". ¡Compadecemos y regocijarnos al mismo tiempo! "Yo, en la isla . . . era llamada Patmos, por la palabra de Dios y el testimonio de Jesús", comenzó Juan a escribir sus revelaciones.

Tertuliano, uno de los primeros escritores de la historia de la Iglesia, fallecido después del año 220, fue el primero en reportar que Juan, antes de ser exiliado, fue arrojado a aceite hirviendo, pero que, sin embargo, no sufrió daño alguno. La Iglesia Romana conmemora este martirio el seis de mayo. Las fuentes griegas no revelan nada al respecto. Y más de una de las opiniones de Tertuliano es cuestionable.

San Juan escribió el Apocalipsis en completa soledad en Patmos, desde su propia experiencia de persecución sufrida por causa de Cristo-!, Juan, tu hermano y compañero en la tribu-lación [s] ... que están en Jesús.... "ss Estas revelaciones son las palabras proféticas de consuelo en el Nuevo Testamento. San Juan, Juan dedicó este libro sobre todo a la Iglesia de su tiempo, que ciertamente estaba tan necesitada de su consuelo y fortaleza como de sus exhortaciones y recordatorios, de sus amonestaciones y advertencias.

La joven Iglesia, a finales del primer siglo, se encontraba en medio de muchas tormentas. Las persecuciones de los emperadores romanos, las hostilidades de los paganos y el odio de los judíos azotaban a los primeros cristianos. Y, lo que era más peligroso, los falsos maestros y el vicio se sumaron a la furia. Por encima de sus propias desilusiones y decepciones, la segunda venida del Señor los paralizó. ¡Cuán grande era el cansancio y la melancolía de los...!

Apóstoles crecieron ha sido aclarado como el autor inspirado del Santo

La Escritura se lamentaba,

Vi bajo el altar las almas de los que habían sido asesinados por la palabra de Dios y por el testimonio que dieron. Y clamaron a gran voz, diciendo: "¿Hasta cuándo, oh Señor (santo y verdadero), te abstendrás de juzgar y vengar nuestra sangre de los que moran en la tierra?"

San Juan consoló a los hermanos descorazonados de su tiempo, y de hecho a los cristianos de todas las épocas. Descorrió el velo sobre el futuro y dejó ver el triunfo de Cristo sobre el poderoso reino de los romanos. El Apocalipsis, por lo tanto, está lleno de imágenes y alusiones al Imperio romano del siglo I. Los contemporáneos de esa época debieron pensar inmediatamente en las siete colinas de Roma cuando el último autor vivo de las Escrituras escribió:

Y vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, nombres blasfemos.

Y el dragón le dio su poder y grande autoridad... Y toda la tierra seguía maravillada a la bestia.

Y adoraron al dragón, porque había dado autoridad a la bestia.

Más tarde, el autor reveló: "Las siete cabezas son siete montes ..."88 La bestia es una figura de un reino mundano fundado...

Sobre el pecado y el vicio, persiguiendo a Cristo, oprimiendo a sus seguidores: la Roma pagana. Era el culto idólatra de los emperadores romanos, la religión del Estado, la que se había establecido en las alturas de Roma.

De la misma manera, no fue difícil para los cristianos comprender a quién se refería Juan con el otro

Una bestia que subía de la tierra tenía dos cuernos como los de un cordero, pero hablaba como un dragón. Ejercía toda la autoridad de la bestia anterior ante su vista, e hizo que la tierra y sus habitantes adoraran a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada. 89

La designación críptica de Roma como Babilonia, "la gran ramera que está sentada sobre muchas aguas, con la cual están reunidos los reyes de la tierra".

“han cometido fornicación”, era una expresión familiar para los primeros cristianos. Anteriormente, Pedro había llamado a Roma "Babilonia" en su primera epístola. El profeta Juan, viendo a través de los ojos de Dios, había discernido el panorama de toda la historia cristiana. En las pruebas y tribulaciones de aquellas siete comunidades cristianas de Asia Menor se le manifestó el destino de todas las épocas cristianas. La lucha que el Imperio Romano había librado contra la Iglesia naciente representaba simbólicamente la guerra incesante que el dragón y sus otras bestias dirigen contra la única Iglesia de Cristo durante "los mil años" que transcurren entre la primera y la segunda venida del Mesías. "Y el dragón se enfureció contra la mujer, y se fue a hacer guerra contra el resto de su descendencia los que guardan los mandamientos de Dios y se aferran al testimonio de Jesús". Siempre será difícil deducir qué significa en el Apocalipsis "mil años". No se trata de una traducción errónea del singular por el plural —"mil" por "miles"—, ya que el singular es claramente reconocible

en más de un pasaje. Hay que conformarse con la gran perspectiva que Juan abrió: el diablo siempre acechará su oportunidad para intentar derrocar el reino de Dios. Las dos bestias —que se pueden identificar correctamente como la política y la ciencia impías— estarán siempre al servicio del dragón.

Sin embargo,

las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, y que no adoraron a la bestia ni a su imagen, ni aceptaron la marca en sus frentes ni en sus manos... serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años.

92

Por lo tanto, el Apocalipsis de San Juan es una gran ilustración y elucidación de las palabras de Jesús en el Evangelio a Pedro: «Las puertas del infierno no prevalecerá contra ella».

Con este consuelo el último

de los apóstoles envió al cristianismo por el fatigoso camino que a través de los siglos seguiría hasta la segunda venida de Cristo.

Cuando San Juan, en sus capítulos finales, finalmente llegó a hablar

1 18 Los Apóstoles

del Último Día, sus palabras son aún más claras, y aún más aterradoras

Y cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión, y saldrá y engañará a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra.

Y subieron por la anchura de la tierra y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada. Y fuego de Dios descendió del cielo y los devoró. Y el diablo que los engañaba fue arrojado al estanque de fuego y azufre, donde también están la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos. 93

No se debe inferir demasiado de estas misteriosas revelaciones de San Juan, pero tampoco demasiado poco. Las ingenuas opiniones reflejadas en el título —Apocalipsis, Revelación, Manifestaciones— se refieren a épocas concretas, sobre todo a la época de su composición.

Sin embargo, una explicación o aplicación específica siempre parecerá imaginativa. En este libro de secretos y misterios no siempre se encuentra una comprensión concreta de eventos o períodos individuales de la historia de la Iglesia ni referencias exactas (666).

Por otra parte, si uno fuera injusto con este libro profético, el único del Nuevo Testamento, no querría ver en él revelado nada más que la lucha general librada entre Cristo y Satanás.

El escritor inspirado no se conformó con dar solo descripciones y hechos del pasado. También se sintió obligado a escribir lo que Dios le reveló, no solo para las comunidades cristianas oprimidas de su tiempo, sino también para las épocas amenazadas del futuro. En ese pasaje, que recuerda a Daniel y Ezequiel, los grandes profetas del Antiguo Testamento, San Juan escribió con imágenes siempre nuevas y frescas lo que vio ante sus ojos: el pasado, el presente y el futuro. Fue Dios quien le ordenó: «Escribe, pues, las cosas que has visto, y las que son, y las que han de venir después de esto».

Las profecías del amado apóstol no son un libro lleno únicamente de consuelos y compensaciones por lo trágico de la vida terrenal. Al contrario, ningún libro en la tierra enumera tan poco...

mitigará con moderación los terrores y el miedo que sobrevendrán a la humanidad. Siete sellos de horror se abrirán sobre ellos. Siete trompetas de terror sonarán sobre ellos.

Oí la voz de una sola águila volando en medio del cielo, que decía a gran voz: «¡Ay, ay, ay de los moradores de la tierra!», a causa del resto de las voces de trompeta de los tres ángeles que estaban a punto de tocar la trompeta. 95

Las siete señales de ira se manifestarán sobre ellos. La más aterradora es: «¡Ay de la tierra y del mar!, porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que le queda poco tiempo».

"96

No es un dulce idilio, ni un sueño de otro mundo, lo que Juan reveló en el Apocalipsis, sino un compendio de la aterradora realidad de la historia mundial, que nunca estará exenta de caos. La verdadera lucha del cristiano es la elección entre una vida en el mundo y una vida para el mundo.

"Levántate y mide el templo de Dios, y el altar y a los que adoran en él. Pero el patio que está fuera del templo, deséchalo y no lo midas." 97

Aun así, este libro de revelaciones resuena con un optimismo inquebrantable. Porque por encima de toda la aflicción y melancolía de la tierra, Juan vio el trono de Dios en toda su majestad. Balbuceando, sopesando las palabras de los profetas de antaño, el profeta Juan, solo en la abandonada Patmos, habló de Aquel a quien ningún ojo vio ni oído escuchó:

Inmediatamente estuve en el espíritu; y he aquí, había un trono establecido en el cielo, y en el trono había uno sentado. Y el que estaba sentado era semejante en apariencia a una piedra de jaspe y a un cornalina, y alrededor del trono había un arco iris, semejante en apariencia a una esmeralda.

Alrededor del trono hay veinticuatro asientos; y sobre los asientos están sentados veinticuatro ancianos, vestidos con vestiduras blancas, y sobre sus cabezas coronas de oro. Del trono salen relámpagos, voces y truenos; y hay siete lámparas encendidas delante del trono, que son los siete espíritus de Dios. Y delante del trono hay, por así decirlo, un mar de vidrio semejante al cristal, y en medio del trono, y alrededor del trono, hay cuatro seres vivientes.

los Apóstoles, llenas de ojos delante y detrás. . . Y no cesaban día ni noche de decir: «Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es y el que ha de venir».

Los rayos de la visión que Juan contempló surgieron de una puerta abierta en el cielo, iluminando los terrores del mundo. Dios, el Creador y Gobernante del mundo, está entronizado en su majestad, permaneciendo a pesar de todo, sobre todo.

Dios no permanece en su propia felicidad, alejado de la tierra, indiferente al destino del hombre. Él no solo está sobre todo lo que sucede, sino en todo. Ha confiado al "Cordero" los siete sellos intactos, las siete trompetas y las siete señales de la ira.

Y vi, y he aquí, en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, un Cordero de pie, como inmolado, con siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra. Y vino y tomó el rollo de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. Y cuando abrió el rollo, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero, teniendo cada uno un arpa y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos.

Y cantan un cántico nuevo, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios. ...

La representación de Cristo en el Apocalipsis es la más sublime de todo el Nuevo Testamento. Incluso eclipsa el propio Evangelio de Juan. En este hecho reside una prueba interna de la autenticidad de dicho Evangelio. En el Cuarto Evangelio, Juan expone la profunda manifestación de Jesús, pero ni de forma misteriosa ni secreta. En el Apocalipsis de San Juan, el autor inspirado ve a Cristo tal como es en el otro mundo. Ve a través de los ojos de Dios, sin barreras físicas:

Vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los tobillos, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. Pero su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana y como nieve; y sus ojos como un hacha de fuego; sus pies semejantes al bronce bruñido, como en un horno refulgente, y su voz como el estruendo de muchas aguas.

Y tenía en su diestra siete estrellas. De su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza.

Así Jesús vencerá al diablo. El Cordero derrotará al dragón. Los aleluyas celestiales del Apocalipsis ahogan todo el terror y el horror de la historia. La gran Babilonia, la Roma de Nerón y Domiciano, ya ha caído. Y Satanás libra una batalla perdida a lo largo de los "mil años" de la historia cristiana; ha sido obstaculizado, detenido, encadenado. Y cuando lance su último y más terrible ataque, será derrocado una vez más, para siempre.

Y el diablo que los engañaba fue lanzado al estanque de fuego y azufre, donde también estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

101

Y entonces, ante los ojos del profeta Juan, extasiado por su visión, aparecieron «el cielo nuevo y la tierra nueva». De repente, el lector no puede evitar anhelar ese otro mundo que espera. Nadie ha escrito sobre el cielo con mayor nobleza que Juan en los dos últimos capítulos de sus inspiradas revelaciones:

Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva. Porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existe. Y vi la santa ciudad, la Nueva Jerusalén, descendiendo del cielo, de Dios, preparada como una novia ataviada para su esposo. Y oí una gran voz desde el trono que decía: «He aquí la morada de Dios con los hombres, y él morará con ellos».

Y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios.

Y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos.

Y la muerte no existirá más; y no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.

122 Los Apóstoles

Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. 10 2

El consuelo de este último libro del Nuevo Testamento reside en que ha sido dado al cristianismo como viático para los "mil años" previos a la segunda venida de Cristo. A pesar del crimen, la persecución y la tentación, Dios está por encima de todo, y lo que es más, en todo. El dragón y la bestia, a quienes solo Dios tolera, no pueden traspasar las fronteras que la Divina Providencia les ha impuesto; están sujetos al yugo en su llanura, su campo de batalla. Y aunque tanto buenos como malos, aparentemente indiscriminadamente, pueden convivir en este mundo, la Divina Providencia ha marcado a los fieles de una manera especial: hemos sellado a los siervos de nuestro Dios en sus frentes. 103 Puede haber una inclinación a pensar que la era verdaderamente apocalíptica es el fin de los mil años, cuando «Satanás será liberado de su prisión y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro confines de la tierra... » . 104 Pero haríamos bien en salvarnos de los males del mundo que nos rodea, apoyándonos en la base de este libro consolador del profeta-apóstol. Fue escrito para nosotros, para todas las épocas, así como para las comunidades cristianas oprimidas de Asia Menor hacia finales del primer siglo:

No guardes en secreto las palabras de la profecía de este libro, porque su cumplimiento está cerca. El que obra mal, que siga obrando mal; y el que es inmundo, que siga siendo inmundo; santificado sea. ¡He aquí, vengo pronto! Y mi recompensa está conmigo, para recompensar a cada uno según sus obras.

Juan, el evangelista

Todos los exilios llegan a su fin en algún momento. Todo mar ha traído en algún momento a un vagabundo extraviado a su hogar. Bajo el emperador Nerva, quien revocó los edictos y decretos diabólicos de su predecesor asesinado, Domiciano, a Juan también se le permitió abandonar la solitaria isla de Patmos y regresar con su rebaño en Éfeso. ¿Cómo?

con gusto habría ido a su casa con el Señor. "¡Ven, Señor Jesús!". Sin embargo, su mayor obra aún estaba por realizarse, la obra que pronto iluminaría todas las eras cristianas, como un fuego que saltaba en la noche en la cúspide del primer siglo. Era el Evangelio, el Santo Evangelio de Jesucristo según el apóstol San Juan.

Los fieles de Éfeso vieron regresar a un Juan diferente. Estaba canoso y anciano; le temblaban un poco las manos. Según la leyenda, a pesar de haber escrito él solo todo su Evangelio, apenas pudo predicar la misma frase: "¡Hijos, ámense los unos a los otros!". Su segunda y tercera epístolas, ambas muy breves, muestran lo pesada y engorrosa que se había vuelto la pluma para este anciano. En ambas ocasiones, el autor concluyó: "Tenía mucho que escribirte; pero no quiero escribirte con pluma y tinta. Espero verte pronto y hablaremos cara a cara".

Un documento muy antiguo, el Fragmento Muratoriano, que data de finales del siglo II, confirmó explícitamente que Juan había escrito su Evangelio a instancias de los discípulos y obispos. 107 Esto mismo ha sido certificado por otros escritores cristianos antiguos: Ireneo, que murió en el año 202; Clemente de Alejandría, en el 214; Tertuliano, en el 240; Orígenes, en el 254. Y Jerónimo, que murió en el 420, escribió:

Juan, el apóstol a quien Jesús más amaba, hijo de Zebedeo, hermano del apóstol Juan, a quien Herodes decapitó después de la muerte del Señor, escribió un Evangelio como el último de todos los solicitados por los obispos de Asia.108

¡Qué suerte para nosotros que estos primeros seguidores de Cristo le pidieran a Juan su Evangelio!

Los sinópticos, Mateo, Marcos y Lucas, ya habían escrito tres Evangelios, tres rayos de la luz de Cristo. Juan reconoció la verdad de estos escritos. Una antigua tradición oriental, según Isodad de Merv, relata que

porque los hermanos creían que el testimonio de Juan era tan creíble como el de cualquier otro hombre, ya que había caminado con los Señor, desde el principio le trajeron a los otros tres

los evangelistas apostólicos para conocer su opinión sobre estos escritos. Elogió la veracidad de estos escritos y afirmó que habían sido escritos por la gracia del Espíritu Santo.

Pero este mismo Juan también sabía mejor que los demás cuánto aún quedaba por decir sobre Aquel a quien todos los libros del mundo no podían comprender. «Hay, sin embargo, muchas otras cosas que Jesús hizo; pero si cada una de ellas se escribiera, ni siquiera el mundo mismo, creo, podría contener los libros que habría que escribir». 109

La plenitud de Cristo es demasiado poderosa para ser agotada jamás. Todo lo que se diga o escriba sobre Él —«Quantum potes, tantum aude, quia major omni laude, nee laudare sufficis»— siempre será una pobre cáscara sumergida en un mar infinito. Incluso Juan presentó un mero atisbo de Cristo, pero el más brillante, el más resplandeciente de todos. A las palabras ya pronunciadas sobre Cristo, quiso añadir las suyas, las más elevadas, las últimas, para que sus palabras resonaran en el silencio inicial como el repicar de campanas en la oscura víspera de una festividad. Juan, el evangelista cansado y envejecido, se levantó, olvidó su debilidad y vejez, y se sumergió directamente en el mar más vasto que jamás había explorado: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios; y el Verbo era Dios».

Los legendarios "Hechos de Juan" describen dramáticamente las circunstancias en las que el amado evangelista escribió su Evangelio. Resonó un relámpago. Retumbó un trueno. Las montañas temblaron.

El discípulo Prócoro cayó medio muerto al suelo. Juan lo sujetó de la mano, lo levantó y le dijo que se sentara a su derecha. Entonces oró, abrió la boca y, mirando al cielo, dijo: «En el principio, el Verbo dictaba; Prócoro se sentó a escribir». Y así trabajaron durante dos días y seis horas.····· " Juan se puso de pie para

En el Epílogo del Evangelio del evangelista el autor inspirado dio el propósito de sus escritos con las palabras: "Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre." 11 ° Ciertamente con estas últimas palabras el evangelista también quiso atacar a los falsos maestros cuya influencia en el cristianismo

El número de cristianos aumentaba constantemente. Su ataque se dirigió principalmente contra los seguidores de Cerinto, quienes predicaban a Cristo no como el Dios-Hombre, sino como un ángel-hombre. Y atacó a los partidarios del gnosticismo, quienes creían que solo ellos tenían un conocimiento especial del mundo creado. Incluso algunos discípulos de Juan el Bautista fueron condenados por el evangelista por estimar a este precursor de Cristo por encima de Cristo mismo; había un gran grupo de ellos en Éfeso .

El apóstol, discípulo del Bautista en el Jordán —aquel que no era «el Cristo», ni «Elías», ni «el Profeta»—, dirigió con firmeza pero con humildad el testimonio del precursor de Cristo contra aquellos discípulos ciegos:

Juan [el Bautista] respondió y dijo: "Nadie puede recibir nada si no le es dado del cielo. Ustedes mismos me dan testimonio de que dije: 'Yo no soy el Cristo, sino que fui enviado antes de Él. Es necesario que Él crezca, pero que Yo mengüe'. 112 Él.' . .

Sin embargo, no era la reivindicación de la verdad, sino su exposición, lo que constituía el objetivo y la preocupación de Juan el evangelista. El apasionado Boanerges también había aprendido a lo largo de su larga vida que la mejor refutación de las ideas erróneas es la verdad simple y lúcida.

Al entrar en el santuario sagrado del Evangelio de Juan, se siente la misma admiración que al entrar en una colosal catedral donde el Santísimo Sacramento está expuesto, las velas arden y resuena el *Tantum ergo* . «*Tantum ergo sacramentum: Inclinémonos y adoremos tan gran sacramento*». «*Genitori Genitoque: Al Engendrador y al Engendrado sean la alabanza y el júbilo*». «*Genitori Genitoque*» es el tema que se entrelaza a lo largo del Evangelio de Juan: Aquel que estaba en el Padre desde el principio, Hijo consustancial de Dios, «el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre», enviado al mundo por el Padre, no «para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él». 11 3 Los profundos misterios cristianos de la Trinidad, la Encarnación y la Redención se encuentran a lo largo del Cuarto Evangelio. El Prólogo, la magnífica apertura del Evangelio, da una idea de lo que se puede ver en el santuario sagrado: el

los Apóstoles que era en el principio, que estaba con Dios, que era Dios mismo, se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, y de su plenitud tomamos todos, gracia sobre gracia. 11-1

Lo que los tres Sinópticos reservaron para el final de sus Evangelios, después de dar testimonio de los muchos milagros de Cristo, de su Resurrección y de su Ascensión, Juan lo colocó en la primera página.

El Evangelio según San Juan se distingue de los sinópticos, en primer lugar, por su presentación de los acontecimientos externos de la vida de Jesús. Mateo, Marcos y Lucas relataron las obras de Jesús ante la gente común de Galilea: el sermón del reino de Dios. Pero Juan mostró a Jesús en otro lugar, en la capital, Jerusalén, cara a cara con los líderes del pueblo, cara a cara con sus enemigos.

Al examinar el Evangelio, uno encuentra tres partes principales. La primera parte, capítulos 1 a 4, se centra en los inicios de la manifestación de Jesús: el testimonio de Juan el Bautista y los primeros discípulos, el milagro en la fiesta de bodas de Caná, la purificación del templo, los discursos con Nicodemo y la mujer samaritana, y la curación del hijo del oficial real. La segunda parte, capítulos 5 a 12, incluye el desarrollo y creciente profundidad de la autorrevelación de Jesús a través de milagros y discursos: la curación en el estanque de Betsaida, la alimentación de cinco mil, caminar sobre el agua, la curación del hombre ciego de nacimiento, la resurrección de Lázaro de entre los muertos, el discurso de Jesús sobre su consustancialidad con el Padre (una declaración de su afirmación de divinidad), el discurso sobre la Eucaristía y la asistencia de Cristo a la Fiesta de los Tabernáculos y a la Fiesta de la Dedicación. La tercera parte, capítulos 13 al 20, ilustra la perfección del Maestro, el amor de Jesús: el lavatorio de los pies, la despedida de Jesús a sus discípulos, su oración sacerdotal por la unidad, su sufrimiento, muerte y resurrección.

Con la excepción de la pasión y muerte de Jesús, solo cuatro relatos particulares son comunes al Evangelio de Juan y a los sinópticos. Estos son: la multiplicación de los panes, la caminata sobre el mar, la unción en Betania y la entrada triunfal en Jerusalén el Domingo de Ramos. El evangelista Juan relató mucho sobre los cinco viajes de Jesús a Jerusalén.

Los siete milagros realizados en el camino se alzan como montañas en el horizonte del mar.

No menos notables que estas diferencias externas son las idiosincrasias internas del Evangelio de Juan en comparación con los Sinópticos. A lo largo de los tres primeros Evangelios, Jesús se comportó como un predicador sencillo y benévolo del pueblo, lleno de compasión por sus necesidades, compasión por sus angustias y paciencia con su lentitud.

Poco a poco los condujo a las alturas de la fe, la esperanza y la caridad. Pero el Jesús del Evangelio de Juan, por el contrario, era el majestuoso Hijo de Dios, eterno, divino, uno con el Padre. Fue retratado como serio, rígido y severo, como la imagen bizantina de Cristo, verdaderamente inspirada en la sublime presentación que Juan hace de Cristo: el "Pantocrátor", el Señor y Gobernante omnipotente de toda la humanidad.

Pero no es que Juan hubiera suprimido o mantenido en secreto la humanidad de Jesús en su Evangelio. Más bien, la naturaleza humana y las cualidades de Cristo fueron expuestas para refutar a los gnósticos, quienes sostenían que la humanidad de Cristo era solo una apariencia, una ilusión. El Dios-Hombre se sentó, cansado y exhausto, junto al pozo de Jacob; lloró en la tumba de Lázaro; fue consolado por el amor de Juan; se estremeció y se estremeció al pensar en la muerte.

Aun así, en el Evangelio de Juan, el poder de la divinidad de Jesús resplandecía a través de su humanidad como la luz del sol a través de una tenue nube. Juan también relató los discursos de su Maestro con mayor solemnidad que los sinópticos. **En verdad, en verdad os digo...** Comparando el estilo de Mateo en el Sermón del Monte y el de Juan en el discurso de la Fiesta de los Tabernáculos, uno nota rápidamente esta diferencia, la diferencia entre un arroyo ondulante y un río impetuoso. torrente.

Los escépticos se aferran a esta singularidad del Evangelio de Juan como una excusa bienvenida y muy buscada para rechazar el Cuarto Evangelio por no ser genuino. Las controversias centradas en la cuestión de la fiabilidad pronto se trasladan, de forma aún más ilógica y falaz, a la propia divinidad de Cristo. Pero incluso en los primeros siglos de la cristiandad, los Padres de la Iglesia reconocieron esta diferencia entre el Cuarto Evangelio y los tres primeros, y ciertamente no se desconcertaron. Llamaron al Evangelio escrito por el apóstol del amor «pneumático», espiritual, en contraste con

Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, a los que llamaron «somáticos», físicos. Los alabaron como «la flor y el sello de los Evangelios», como «un pilar de la Iglesia». 11 5 Pero quizás el elogio más hermoso de todos para el Evangelio de Juan lo escribió O.rigen:

Nos aventuraríamos a llamar a los Evangelios las primicias de toda la Sagrada Escritura, y al Evangelio de San Juan la primicia de todos los Evangelios. Solo quien descansaba en el seno de Jesús, tan cerca de Jesús y María, pudo haber comprendido tal pensamiento.

La diferencia entre los Evangelios de Juan y los Evangelios sinópticos –una diferencia, no una oposición– revela una realidad, no un enigma insoluble.

Pero lo que resulta irresoluble para los incrédulos es la cuestión de cómo un Evangelio pudo ser tan conocido y popular en la Iglesia ya en la primera mitad del siglo II, un Evangelio que se desviaba tanto de los Evangelios anteriores. Cuando Juan se sentó a escribir su propio relato de la vida de Cristo, ciertamente él, el anciano cansado, no quería simplemente repetir lo que ya se había dicho tres veces. Más bien, teniendo los tres Evangelios ante sí, tenía la firme intención de ampliar únicamente aquellas páginas de la vida de Cristo que habían sido tan breves: las obras de Jesús en Jerusalén. Por lo tanto, no había otra opción que que su representación de Cristo, incluso el marco, tuviera una apariencia externa diferente.

Este marco externo diferente –la ciudad perdonada, el círculo de dirigentes responsables, las filas de los educados– explica inmediatamente el estilo diferente de presentación de los discursos de Jesús. Allá en Galilea, con los trabajadores comunes y la gente sin educación, Jesús podía ser el bondadoso Salvador que fue. Podía estar lleno de amor y compasión al obrar milagros, rebosante de parábolas y poesía al predicar, buscando entrar en los corazones de la multitud. Allá en Jerusalén, con los círculos de autoridad y los teólogos cultos, Jesús podía ser el Mesías divino que fue, revelando desde el principio su naturaleza divina, proclamando su misión divina, predicando, respondiendo, atacando.

Hay otra explicación más para el singular Evangelio de Juan.

Nuestro Señor no pudo demostrar plenamente a los evangelistas mayores el profundo significado del cristianismo, aún en sus inicios. Por lo tanto, relataron y explicaron los hechos históricos y las obras de la vida de Cristo sin detenerse en su profundo significado teológico. San Pablo, recordando a la comunidad cristiana de Corinto en sus inicios, que entonces era inmadura y poco desarrollada, pudo escribir:

Y yo, hermanos, no pude hablarles como a hombres espirituales, sino solo como carnales, como a pequeños en Cristo. Los alimenté con leche, no con alimento sólido, porque aún no estaban listos para ello. Ni lo están ahora, porque todavía son carnales .

San Juan, al escribir su Evangelio a finales del siglo I, se encontraba en una situación diferente y más afortunada. El cristianismo maduraba rápidamente y se preparaba para la plenitud de Cristo. No es que Juan hubiera revelado verdades completamente desconocidas para los sinópticos. El Cuarto Evangelio coincide con las verdades fundamentales que los evangelistas más antiguos habían proclamado anteriormente. Juan no añadió verdades sustancialmente nuevas.

Mateo, Marcos y Lucas también escribieron sobre la persona de Cristo, pasajes a los que con razón se les ha llamado «Juan nueve». Mateo registró las palabras de Jesús:

"Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Espíritu lo quiera revelar. "11 8

Los sinópticos también conocieron las obras de Jesús en Jerusalén. Mateo y Lucas registraron el vehemente lamento de Cristo por aquella ciudad capital:

¡Jerusalén, Jerusalén! ¡Tú que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de sus alas, pero no quisiste! He aquí, vuestra casa os es dejada desierta .

Los sinópticos no contradijeron a Juan, y Juan no se opuso a ellos; completó y perfeccionó sus Evangelios con el suyo. Lo que Mateo, Marcos y Lucas registraron sobre Cristo también resuena en el Evangelio de Juan, pero con tonos más profundos, una perspectiva más profunda.

se podría decir que el propio Juan, a lo largo de tantas décadas, se adentró cada vez más en Cristo. El cristiano nunca llega a comprender plenamente a Jesucristo. Cuando está en Él, siempre está en camino hacia Él. Puede llegar a Cristo, pero no comprenderlo plenamente. En el Cuarto Evangelio, la propia experiencia religiosa de Juan de los Evangelios vibra con la vida de Cristo. Las obras y palabras del Señor se convirtieron en propiedad espiritual del discípulo del amor. Juan reflexionó sobre estas obras y palabras, y, enriquecido con las meditaciones de su alma y el amor de su corazón, las transmitió a toda la cristiandad. Él, amigo íntimo del Señor, hizo suyas las palabras y los pensamientos del Señor. Con la libertad que da una amistad cercana, los transmitió a toda la posteridad en su Evangelio. ¿Dónde podrían haberse conservado con mayor fidelidad los pensamientos y palabras de nuestro Señor que en el corazón de su amigo Juan?

Es muy significativa la manera en que el autor del Cuarto Evangelio comienza su primera Epístola. Al igual que el Evangelio, la Epístola se inicia con una proclamación de la verdad de la Palabra.

Escribo acerca de lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que nuestras manos han palpado: del Verbo de Vida. Y la Vida se dio a conocer y la hemos visto, y ahora os damos testimonio y os anunciamos la Vida Eterna que estaba con el Padre y se nos ha manifestado. Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos para que también vosotros tengáis comunión con nosotros, y para que nuestra comunión sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo.

De hecho, incluso un simple vistazo al Cuarto Evangelio convencería al lector imparcial de la honestidad del evangelista. Debe notar cómo el conocimiento de Juan de las pequeñas, aparentemente insignificantes circunstancias en la vida de Cristo, fue registrado con tanta precisión. Y si esto no fuera suficiente, el lector debería volver atrás y releer el relato del llamamiento de los primeros discípulos, el relato de la curación del hombre ciego, el relato de la resurrección de Lázaro.

1 21 Es aún más sorprendente que en todo el Cuarto Evangelio se mencionen los nombres del evangelista Juan y su hermano San

donde los nombres de sus padres nunca se mencionan. En contraste, los evangelistas más antiguos a menudo destacaban explícitamente estos nombres, especialmente los de Juan y Santiago. Cuando San Juan registró algo relacionado con él mismo, lo hizo de forma anónima: «Uno de los otros discípulos» o «uno de sus discípulos, aquel a quien Jesús amaba». 122 Esta forma silenciosa de escribir sobre uno de los apóstoles más importantes solo es comprensible si el evangelista escribía sobre sí mismo, el apóstol Juan.

Juan era modesto y modesto. Al concluir su Evangelio, el misionero de Éfeso escribió: «Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y quien las escribió, y sabemos que su testimonio es verdadero». 123 Nosotros, los fieles, después de veinte siglos, lo sabemos y lo creemos con él.

Siempre que se lee el Evangelio en una iglesia, los fieles se ponen de pie para mostrar su honor y respeto por la palabra de Dios. El sacerdote besa el libro como si fuera una joya preciosa. Pero al final de casi todas las misas, se lee un pasaje del Evangelio de Juan: «Y el Verbo se hizo carne...», y todos se arrodillan, una señal aún más profunda de honor y respeto.

Gracias a la Divina Providencia por presentar a la humanidad, a través de Juan, su última y más magnífica revelación. Gracias a la Divina Providencia por poder saciar nuestra sed de Dios con el agua bendita que brota de la cima de la montaña, cubierta de nieve eterna, derretida por el Hijo de Dios mediante el calor del amor de Juan.

Cuando la vida espiritual de un alma buena y piadosa se empobrece, se debilita y decae, se debe a que solo ha estado bebiendo de fuentes superficiales y peligrosas. Juan consideraba que el cristianismo de finales del primer siglo estaba lo suficientemente maduro para la plenitud de Cristo. Nosotros también queremos estar preparados para el gran don de la revelación que Juan nos presentó con la mano temblorosa de un anciano, para recibir la plenitud de Cristo, gracia sobre gracia.

Juan, el Pastor

Orígenes, Padre de la Iglesia, expresó este hermoso pensamiento: "Juan escribió una vez sobre la trompeta, para luego cantar a través de las Epístolas".

132 Los Apóstoles

San Juan escribió tres epístolas. La primera —más un sermón o una meditación que una epístola— se dirigió a la Iglesia de Asia Menor. Desde tiempos remotos se le ha reconocido su gran similitud con el Cuarto Evangelio. La segunda lleva el mensaje «a la Señora Elegida y a sus hijos», con el que Juan se dirigía y honraba a una iglesia particular que ya no era cercana a él. El destinatario de la tercera era «el amado Juan», un miembro muy influyente y digno, probablemente de la comunidad a la que se envió la segunda epístola.

Las Epístolas del apóstol San Juan pueden considerarse los escritos más conmovedores de todos; conmovedores, en verdad, porque en ellos finalmente empezó a notarse el cansancio del apóstol. Su mano ya no podía forzar la pluma. Tras solo trece y quince frases en su segunda y tercera epístolas, respectivamente, tuvo que dejar de escribir y cerrar. Tampoco surgieron nuevos pensamientos en su mente. El volcán del que había brotado el diluvio del Apocalipsis y el corazón del que fluía la corriente del Evangelio se estaban secando, comenzando a morir.

Estos pensamientos del Evangelio se repiten en las Epístolas: luz y oscuridad, verdad y falsedad, amor y odio, vida y muerte. En las tres Epístolas, Juan retomó de su Evangelio los mismos giros de expresión, incluso frases enteras. También se olvidó de sí mismo y se repitió. ¡Juan, el águila! ¿Cómo podría incluso un anciano olvidarse de sí mismo y repetir pensamientos pequeños, pero esenciales, en la misma página?

Les escribo, queridos hijos, porque sus pecados les han sido perdonados por amor a su nombre. Les escribo, padres, porque conocen al que existe desde el principio. Les escribo, jóvenes, porque han vencido al maligno. Les escribo, pequeños, porque conocen al Padre. Les escribo, padres, porque conocen al que existe desde el principio. Les escribo, jóvenes, porque son fuertes y la palabra de Dios permanece en ustedes, y han vencido al maligno.

A pesar de su fragilidad humana, Juan se propuso escribir sus epístolas. Su amor y preocupación por los niños no le permitían descansar. La corrupción y la seducción de los placeres mundanos los amenazaban; había disputas y falsos maestros entre ellos.

sus propias filas. Como pastor, ya bajo el atisbo de la eternidad, Juan no abandonó a su rebaño. Como patriarca, les dejó su último legado: crean en el Señor y él los amará, y ustedes lo amarán a él y también a sus hermanos.

Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo es nacido de Dios.

Y todo el que ama al que lo engendró, ama también a su engendrado. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: cuando amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos.

Si alguno dice: «Amo a Dios» y odia a su hermano, es un mentiroso. Porque, ¿cómo puede quien no ama a su hermano, a quien ve, amar a Dios, a quien no ve? Y este mandamiento tenemos de él: que quien ama a Dios, ame también a su hermano.

No se podría pintar una imagen más impresionante de Juan el pastor que la que se ve en sus tres epístolas. El profeta de Patmos, quien tenía una visión panorámica gigantesca de toda la historia, no olvidó de inmediato cuidar de su rebaño que luchaba contra la «concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida». 126 El evangelista, tan embelesado por el triunfo de la Palabra Eterna, confesó: «No tengo mayor gozo que saber que mis hijos andan en la verdad». 121

Clemente de Alejandría, fallecido en el año 214, añadió un relato más de la alegría de Juan al cuidar del rebaño que lo rodeaba, y Eusebio lo recogió en su Historia de la Iglesia: Cuando Juan, tras la muerte del tirano, regresó

de la isla de Patmos a Éfeso, visitó, por petición propia, las regiones vecinas para nombrar obispos, organizar una comunidad entera o elegir clérigos entre hombres consagrados por el Espíritu Santo. Allí también vio a un joven de cuerpo hermoso y fuerte, de habla amable y de espíritu ardiente. Y dirigiendo la mirada al obispo, Juan dijo: «Te encomiendo a este joven de todo corazón y pido a la comunidad y a Cristo que sean testigos de mi llamado». El obispo acogió al joven recomendado en su casa, lo educó, lo acogió, lo cuidó y finalmente lo bautizó. Pero luego se volvió frío e indiferente a su vigilancia.

El joven, disfrutando de la libertad demasiado pronto, cayó en la compañía corruptora de un compañero despreocupado, en las costumbres malvadas de alguien de su misma edad. Aunque era adorable, se desvió del camino correcto hacia un corcel salvaje y fogoso. Con la ayuda de su compañero, él...

formaron una banda de ladrones de la que él se hizo jefe, violento, brutal, sanguinario.

Después de un tiempo, Juan fue llamado de nuevo a la ciudad. Entonces le dijo al obispo: «Exijo que me devuelvan al joven». El obispo respondió: «Ha muerto para Dios». Entonces el apóstol se arrancó la túnica, se golpeó la cabeza y se alejó de la iglesia, tal como estaba, en dirección al ladrón. No corrió ni se acercó a hablar con cuidado, sino que gritó: «¡Llévame con tu guía!». Al reconocer a Juan al llegar, se dio la vuelta tímidamente para huir. Pero Juan, olvidando su vejez, corrió rápidamente tras él y gritó: «¿Por qué huyes de mí, tu padre, un anciano indefenso? ¡Ten piedad de mí, hijo! ¡No temas! La esperanza de la vida siempre permanece contigo. Y si es necesario, con gusto moriré por ti, como el Señor murió por nosotros».

Al oír esto, el ladrón permaneció de pie junto a él con la mirada baja. Luego arrojó sus armas y, temblando, derramó lágrimas amargas. Abrazó al anciano. Y el apóstol se arrodilló ante el joven y le besó la mano derecha para demostrarle que, por el arrepentimiento, todo estaba limpio. Luego, condujo al joven de vuelta a la iglesia. 12 8

¿Quién fue el más grande: Juan el profeta, Juan el evangelista o Juan el pastor?

Juan, el San

Juan, murió durante el reinado de Trajano. Probablemente fue en el año 98 o 99, casi setenta años después de la Resurrección de Cristo. Tenía casi cien años al morir. Como el primer padre de la humanidad, Juan, el patriarca del cristianismo, fue bendecido con una larga vida. Se desarrolló y se fortaleció durante y a través de su joven vida cristiana.

La edad inusualmente avanzada de Juan hizo que sus contemporáneos pensarán que nunca moriría. ¿Acaso el mismo Jesús no dijo una vez que esto debía ser cierto? Cuando nuestro Señor predijo a Pedro su repentina y dolorosa muerte, Pedro inmediatamente se giró, miró a Juan y, lleno de miedo y celos, preguntó: «Señor, ¿y este hombre qué?»

Jesús le dio a Pedro una respuesta certera y definitiva: «Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué te importa a ti?». No todos entendieron estas palabras del Señor. Se extendieron rumores: Juan era inmortal. En los últimos años de su vida, este

Juan 135 añadió una posdata final a su Evangelio para aclarar el rumor que se había arraigado en estas misteriosas palabras que había pronunciado el Salvador resucitado.

Este dicho, pues, se extendió entre los hermanos: que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no le había dicho: «No morirá», sino: «Si quiero que se quede hasta mi venida, ¿qué te importa a ti?» .

Juan no intentó una explicación extensa, sino que simplemente repitió las palabras tal como las había pronunciado su Maestro. Jesús no había dicho que este discípulo no moriría, sino solo que, si no moría, nadie, ni siquiera Pedro —quien minutos antes había recibido su gran primado en la Iglesia de Cristo— tendría algo que ver con ello. Al leer estas últimas palabras de Juan , uno sientede nuevo el misterio del amor de Juan por Cristo.

Según la leyenda, Juan se acostó en su tumba al sentir que la muerte se acercaba. Una pintura del artista alemán Lucas Cranach el Viejo retrata con belleza este entierro de Juan: el cansado apóstol sube lentamente las escaleras para adorar a Dios por última vez en la tierra ante una congregación que ora, y se dirige solo al encuentro de la muerte. «Ven, Señor Jesús». Arriba, un niño enciende la última vela del altar.

La era apostólica había terminado. La última nieve en la montaña...

Ya en tiempos de Clemente de Alejandría se conocían los "Hechos de Juan". Debieron de tener su origen alrededor del año 150 en la provincia de Asia, donde el recuerdo del apóstol Juan permaneció siempre vivo. Solo se conservan hoy tres fragmentos bastante extensos de esta fuente poco fiable. Narran con detalle los viajes de Juan a Roma antes del reinado de Domiciano. Sin embargo, aquí no se menciona el martirio en los óleos ardientes. Además, explican su exilio a Patmos, sus obras milagrosas en Éfeso, un viaje a Laodicea, numerosos detalles de la vida de Cristo —especialmente un himno inusual y extraño sobre su sufrimiento— y, finalmente, como cierre, un relato sobre el entierro del apóstol. Esta obra fue escrita para Leucio Carino, supuesto discípulo del apóstol Juan. Las ideas expuestas muestran tendencias gnósticas. Sin embargo, es posible que las ideas de un texto fiable sobre Juan, originado en círculos católicos, fueran retomadas por los gnósticos y remodeladas según sus propias ideas.

Compilaciones y revisiones posteriores son: «Las Virtudes de Juan», «Los Sufrimientos de Juan» y, la más importante, «Las Obras del Santo Apóstol y Evangelista, Juan el Teólogo, Compiladas por su Discípulo Prócoro». Estas extensas colecciones de leyendas de finales del siglo V sin duda van mucho más allá de los «Hechos de Juan» originales. Tuvieron una circulación y propagación mucho más amplias en Oriente que en Occidente.

136 La cima del

Apóstol se había derretido, y la cima permanecía desnuda como una roca. ¿Pero había desaparecido para siempre? El gran Agustín, quien murió en el año 430, escribió que hombres de confianza acudieron a él y juraron haber visto la tumba de Juan ascender y hundirse como si respirara. 130 ¡Qué hermoso simbolismo! La respiración de Juan, el discípulo del amor, perdura a través de todas las eras cristianas. Juan permanecerá con nosotros hasta que el Señor regrese.

El entierro de Juan en Éfeso fue testificado por el obispo Polícrates alrededor del año 190. 131 La tumba de este apóstol era famosa. Al parecer, cuando Constantino quiso construir una nueva iglesia sobre el lugar de la sepultura, esta fue abierta. Solo se encontró polvo, «maná», y de ahí surgió la leyenda de que Juan también fue llevado al cielo corporalmente.

La Iglesia celebra la festividad de San Juan el 27 de diciembre, fecha del nacimiento de Cristo. Es, por así decirlo, una forma de agradecer al evangelista por componer las palabras que rezamos en la Misa de Navidad: «En el principio era el Verbo, y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros». En la Iglesia primitiva, los tres grandes apóstoles —Pedro, Santiago y Juan— eran honrados con la celebración de su festividad en este día. Eran los primogénitos de Aquel cuya plenitud habían recibido antes que todos los demás. Literalmente, Juan significa «Dios es misericordioso». Para el siglo V, este noble nombre era tan común como lo es hoy —a menudo tristemente mutilado hasta quedar irreconocible— y probablemente era el nombre más usado y conocido.

Un cuadro de Rubens retrata a Juan con un cáliz. Según la tradición, un sumo sacerdote de Éfeso debería haberle dado a Juan un cáliz lleno de veneno para determinar si el apóstol era veraz y santo. Mientras Juan lo bendecía, continúa la leyenda, una serpiente salió arrastrándose. Pero en el cuadro de Rubens, la serpiente ha desaparecido y solo se representa el cáliz sagrado.

¡Juan y el cáliz! Una vez —¡cuánto tiempo atrás, aquella época dorada del primer amor de Juan!— el Señor le preguntó a su amado: «¿Puedes en la beber de la copa que estoy a punto de enseñarte? ¿Beber?». Y Última Cena, se sentó junto al Santo Grial mientras las palabras de la transustanciación llenaban el aposento alto: «Esta copa es la nueva alianza en mi sangre...».

Y sólo unas horas después en el jardín, más allá del torrente de Cedrón, oyó su

Juan 137

Maestro implora: "Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz". Y en el Calvario, Juan formó un cáliz con sus propias manos para recoger la santa sangre del Hombre que fue derramada en la cruz.

Juan había bebido de la copa. Su vida estuvo llena de labores por Cristo. Sufrió y amó hasta el fin. El cáliz simboliza su estrecha amistad con el Señor.

El día de San Juan la Iglesia ofrece a los fieles una Cáliz de vino dorado: "Bebe el amor de San Juan".

San Juan, intercede por nosotros para que, como tú, tengamos sed de su Cáliz, y bebe, y sé lleno del amor de Jesucristo.

El Reservado

■ PARTE II

. . . . Felipe
. Natanael Bartolomé
. . . . Mateo
. . . . Thomas

Y designó a doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar. Les dio poder para curar enfermedades y expulsar demonios. Eran ... Felipe, Bartolomé, Mateo y Tomás... (Mc. 3: 14-18).

■ CAPÍTULO CINCO

Mateo y Lucas, en sus relatos de la elección y misión de los Doce, nombraron a Felipe inmediatamente después de Juan. 1 Juan y Felipe: ¡dos nombres, dos hombres, dos apóstoles, dos mundos! En estas páginas brillan las luces de la eternidad sobre las que Juan escribió en su Evangelio y en su Apocalipsis. Nuestro Señor le había revelado a Juan un conocimiento más profundo de sus secretos divinos que a Felipe. Tan profunda fue la inspiración de Dios que el evangelista pudo comenzar su Evangelio con las palabras: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios».2

¡Qué apropiadamente simboliza al discípulo amado con un águila! Este símbolo no sería apropiado para Felipe, su vecino y compañero, pues este apóstol era una persona tranquila y sobria, un hombre sencillo y práctico. Reflexionaba sobre las realidades tangibles y visibles de la vida. No era poeta ni místico, ni favorecía ni se oponía a la pompa y la ceremonia. Sabiamente, nuestro Señor había elegido a sus Doce. No eran hombres de una sola época, sino de todas las épocas, aunque no había dos iguales entre los Doce. Pero seguían siendo uno en Cristo. Cristo tampoco quería que Felipe fuera otro Juan. Solo la Divina Providencia conoce los caminos que no son de...

hombres.

Literalmente, Felipe significa "amigo de un caballo". Y, de hecho, parece lógico que el reino de Dios en la tierra necesitara no solo un águila, sino también un caballo. En un antiguo escrito transmitido a través de los siglos bajo el título "Acerca de los Fieles" —que, según se dice, fue compuesto por Hipólito (fallecido en 235)—, se hace referencia a todos los apóstoles como "corceles de Dios". "Porque estos

los Apóstoles han portado el secreto de la santidad, llevando la palabra a los jinetes y llevándolos a la meta de la verdad. «¡Un caballo de Dios! Es un título un tanto brusco, casi tosco, pero significativo, en cualquier caso, incluso para los apóstoles de hoy.»

Aunque parezca extraño, los Hechos apócrifos atribuyen a Felipe ciertos rasgos que solo corresponden a Juan. Por ejemplo, Felipe supuestamente invocó el fuego sobre los habitantes incrédulos de Hierápolis; sin duda, el reservado Felipe no lo habría hecho. Tal acto parecería más típico del testimonio, a veces violento, de Juan respecto a los Evangelios. 3 La lucha contra los falsos maestros entre los ebionitas a finales del primer siglo cristiano también se atribuyó a Felipe, pero se sabe que Juan lideró este ataque. Esta confusión probablemente se originó en una antigua tradición que afirmaba que tanto Juan como Felipe eran apóstoles que trabajaban en Asia Menor.

La posición de

Felipe. Los tres primeros evangelistas no dieron ningún relato especial ni información detallada sobre Felipe. Simplemente registraron su nombre. En las cuatro enumeraciones de los doce apóstoles en las Sagradas Escrituras, el nombre de Felipe se colocó siempre en quinto lugar. Este hecho tiene un significado propio. Felipe no pertenecía al primer grupo, a los cuatro especialmente honrados y privilegiados. Sin embargo, después de estos, fue sin duda el primero en ser considerado.

El orden en que nuestro Señor escogió y llamó a sus discípulos ya colocaba a este buen compañero de Juan en el quinto lugar.⁴ Este apóstol llegó a ser el líder del segundo grupo de apóstoles: Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás.

Nunca se ha dicho qué misiones especiales se asignaron a los tres grupos distintos de apóstoles y sus líderes durante las obras públicas de Cristo. El Señor confió en el primer grupo durante los momentos más difíciles de su vida. Sin embargo, sin duda los otros dos grupos también tuvieron su sello particular y recibieron sus propias misiones que cumplir.

En cuanto a los asuntos internos del apóstol Felipe, existe información disponible en una carta de Polícrates de Éfeso escrita al Papa Víctor alrededor del año 190. El apóstol supuestamente estaba casado y tenía tres hijas. Se decía que dos de ellas...

vírgenes y mártires. El tercero fue enterrado en Éfeso. 5 Papías, obispo de Hierápolis alrededor del año 130, también mencionó a estas tres hijas, a quienes conocía personalmente. 6 Sin embargo, aquí probablemente se produjo una confusión errónea entre Felipe el apóstol y Felipe el diácono. Este último se menciona con frecuencia en los Hechos de los Apóstoles. 7 Este diácono Felipe también era llamado «el evangelista», título que, en el uso eclesiástico primitivo, se refería a un predicador

misionero de los Evangelios. 8 San Lucas señaló que Felipe, uno de los siete diáconos, «tenía cuatro hijas vírgenes, que poseían el don de profecía». 9 Es fácil ver cómo, posteriormente, las hijas del diácono Felipe fueron consideradas las del apóstol. Pero es cierto que las hijas y las labores de Felipe registradas en los Hechos por San Lucas pertenecían al diácono y no al apóstol. 10 Los Evangelios solo mencionan una cosa sobre el hogar de Felipe: era de Betsaida, un pueblo de pescadores, en la orilla norte o oeste del Mar de Galilea. Nuestro Señor eligió a tres apóstoles de este pequeño y modesto pueblo. Sin embargo, esta distinción no lo salvó del arrebató de la ira divina, sino que, más bien, aumentó e

intensificó el ardor de la reivindicación.

Entonces comenzó a reprochar a las ciudades donde se obraron la mayoría de sus milagros, porque no se habían arrepentido. "¡Ay de ti, Corozáin! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y Sidón se hubieran obrado los milagros que se han obrado en vosotras, hace tiempo que se habrían arrepentido en cilicio y ceniza. Pero os digo que será más tolerable para Tiro y Sidón en el día del juicio que para vosotras. Y tú, Cafarnaúm, ¿serás exaltada hasta el cielo? ¡Serás arrojada al infierno!"

Incluso el impasible Felipe pudo haber llorado al oír la maldición de su Maestro sobre su propia casa. Es evidente que el favor de Dios no justifica a quienes son culpables de pecado por su propia culpa.

Esta mención de Betsaida está redactada de tal manera que tiene aún más significado, pues indica la relación y la estrecha conexión de Felipe con Andrés. "Felipe era de Betsaida, la ciudad de

Andrés y Pedro. 12 Se vislumbra la estrecha relación entre Felipe y Andrés en el Evangelio de Juan. 13 Sí, la suposición es justificada: Andrés le había traído a Felipe, su compañero, la primera noticia del Mesías. El celo de Andrés había convencido a su hermano, Pedro, para Cristo.

Inmediatamente después de traer a su hermano, presentó a Felipe al Señor. «Al día siguiente, estaba a punto de partir hacia Galilea, y encontró a Felipe. Y Jesús le dijo: “Sígueme”». 14 El tono decidido, incluso autoritario, de

este llamado es sorprendente. De todos los llamados por el Señor, Felipe fue el primero en recibir una orden tan explícita y enfática: «Sígueme».

Ni siquiera Andrés y Juan fueron llamados así; fueron invitados. ¿Acaso este breve mandato ignoró por completo los pensamientos, deseos y planes de Felipe? Los caminos de Dios no son los caminos del hombre. Aun así, Cristo conocía el carácter, la personalidad y la disposición de cada uno de sus discípulos. Con sabiduría y bondad, los consideró individualmente.

El relato del llamamiento de los Doce muestra otro vínculo de amistad entre Felipe y otro apóstol, Natanael Bartolomé. Puede parecer extraño que este tímido apóstol tuviera dos amigos, uno a su derecha y otro a su izquierda. Pero la experiencia ha demostrado que los hombres con tal naturaleza hacen amigos afectuosos con facilidad. Sienten la necesidad de adaptar su propia naturaleza y modales a una amistad perfecta. Las listas de los apóstoles en los Evangelios y también en el Canon de la Misa honran esta amistad, pues Felipe y Bartolomé son nombrados juntos. Incluso en la literatura apócrifa esto es cierto: Bartolomé acompañó a Felipe en sus viajes misioneros; lo apoyó ante el martirio. Como amigos, estos dos apóstoles a menudo hablaban juntos de lo que más apreciaban; sin duda, debieron confiarse mutuamente su deseo secreto de seguir al Mesías. Y ahora había llegado la hora tan esperada. Uno le dio al otro la alegre noticia: ¡el Mesías había llegado! Sin duda, este fue un momento crucial para su amistad, pues Cristo el Señor es la gran montaña a la que conduce toda amistad íntima y profunda.

Los invitados a la boda estaban a punto de entrar en Caná. Bartolomé estaba de pie ante la puerta de la ciudad cuando Jesús pasó con

Entonces este nuevo discípulo de Cristo vio a su amigo más adelante, y «Felipe encontró a Natanael y le dijo: “Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley y los Profetas: Jesús, hijo de José de Nazaret”». 15 Pero esta confesión no fue una fuente tan efusiva como la exclamación de alegría de Andrés: “¡Hemos encontrado al Mesías!”. Felipe era más erudito, sonaba más como un libro. Natanael respondió con picardía: “¿Puede algo bueno salir de Nazaret?”.

Entonces se ve al verdadero

Felipe, cómo amaba, cómo vivía. No pronunció un largo discurso sobre Jesús. Habló como un hombre de realidad, de experiencia práctica y de conocimiento personal. Felipe le respondió a Natanael: «Ven y lo verás».

Felipe, el individualista. La

primera pista sobre la personalidad de Felipe se encuentra en el Evangelio de San Juan. El evangelista registró tres incidentes en la vida de Felipe para las comunidades cristianas de Asia Menor. Estos fieles estaban tan estrechamente unidos a Felipe como al padre de su fe. Estos tres relatos, pues, nos han permitido vislumbrar a este apóstol, que parecía tan dispuesto a permanecer en un segundo plano.

El primero se encuentra en la explicación de Juan del milagro. multiplicación de cinco panes de cebada y dos peces.¹⁶

La escena y las circunstancias que describe el Evangelio estaban llenas de patetismo. Había cinco mil hombres, sin contar a las mujeres y los niños. «Jesús alzó la vista y vio que una gran multitud había acudido a él. Tenían hambre. Él mismo era sentido los dolores del hambre. Le dijo a Felipe: "¿De . . . hombre y había dónde compraremos pan para que coman estos?"».

"

Había un destello de sonrisa en sus ojos.

Él sabía lo que estaba sucediendo y lo que pronto sucedería. No necesitó el consejo de Felipe para resolver el problema. Sin embargo, a este apóstol, el economista, tranquilo y reservado, se le pidió que resolviera el problema de alimentar a cinco mil personas con casi nada.

Jesús interrogó a Felipe solo para despertar en él una ligera expectativa por el milagro que estaba a punto de realizar. «Pero dijo esto para ponerlo a prueba, porque él mismo sabía lo que haría». Sin embargo, Felipe no había captado la indirecta en la voz de Jesús; no era

146 Los Apóstoles

tenían una gran previsión. Por otro lado, podían calcular.

Con una sola mirada, le quedó claro que «doscientos denarios de pan no les bastan, para que cada uno reciba un poco». Quizás había unos doscientos denarios en la bolsa que llevaba Judas, pero ¿para qué gastar tanto dinero? El hábil economista que había en él era consciente de una inversión inútil; según la estimación de Felipe, todo el asunto parecía imprudente.

Nada conmovió a Philip. Nada lo distrajo de su tranquila reflexión, de modo que se hubiera sentido confundido y enojado. Pensaba en términos de "realidad", no de milagros.

El segundo pasaje referente al apóstol Felipe se encuentra en el Evangelio del Domingo de Ramos.¹

Había algunos gentiles [griegos] entre los que habían subido a adorar en la fiesta. Estos, pues, se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le pidieron: «Señor, queremos ver a Jesús».

Quizás era el nombre griego de Felipe. O quizás, como parece indicar el Evangelio, era porque Felipe venía de Betsaida, y ellos eran de su pueblo natal. O quizás fue simplemente casualidad que estos griegos, gentiles temerosos de Dios, acudieran a Felipe, y no a uno de los otros apóstoles, con su petición. En cualquier caso, no conocían bien al apóstol, no sabían lo exigente que era. ¿Gentiles que querían ver a Jesús de Nazaret? ¡En efecto!

Felipe se enfrentaba a una situación delicada. ¿Acaso Jesús mismo no había instruido a los apóstoles: «No vayan por donde van los gentiles» ? 18 ¿ Acaso no se había negado, al principio a sanar a la hija de la cananea: «Dejad que los hijos [israelitas] se sacien primero, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros [gentiles]» ? 19 ¡ Cuántas veces había repetido el Mesías que había venido a establecer el reino de Dios primero para los hijos de Israel!

Con esa irritante exactitud que se encuentra tan frecuente y abundantemente en personalidades secas y aburridas, Philip consideró el problema. Pero no lo resolvió él mismo. «Philip vino y se lo contó a Andrew». Y Andrew, más audaz y generoso, muy diferente...

de Felipe, no vio dificultad en la petición de los gentiles. «Andrés y Felipe hablaron con Jesús».

Un tercer pasaje contrasta las ideas sobrias y elevadas del Señor con el comportamiento torpe y desgarbado de Felipe en la Última Cena.

El aposento alto no podía contener las palabras de Cristo:

Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí. Si me conocierais, también conoceríais a mi Padre. Y desde ahora lo conocéis y lo habéis visto.

Nunca ha brillado una luz más brillante para la humanidad a través del misterio que rodea a Dios como en las palabras de Cristo en la Última Cena. 21 Son comparables a rayos que rompen la noche y la debilidad del espíritu humano cuando se encuentra cara a cara con los secretos de Dios.

Pero en medio de toda la solemnidad Felipe interrumpió: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta». No había

captado la profunda reflexión de las palabras de Aquel que iba a ser crucificado. Tres años no le bastaban. Y a Jesús le quedaba poco tiempo. Lo que Felipe podía ver y contar, lo podía entender: lo visible y tangible, eso le bastaría. Quería ver al Padre, de quien Jesús habló, en forma visible, como lo vieron Abraham, Jacob y Moisés.

«Es suficiente.» No había necesidad de todo aquello que era tan difícil de comprender, lo invisible. Y a pesar de la ingenua imprudencia de Felipe, Jesús le reprochó con suavidad, pero con firmeza: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido?»

En una obra titulada "Stromateis" (literalmente "Tapiz"), Clemente de Alejandría, el escritor cristiano antiguo, muy leído y viajero (fallecido en 214), comentarista de las Sagradas Escrituras a finales del siglo II, citó un cuarto pasaje supuestamente pronunciado por Felipe. 22 Escribió que, según una antigua tradición, Felipe fue el discípulo que le preguntó si no podía seguir a Cristo después de ocuparse primero de algunos asuntos personales: «Señor, déjame ir primero a enterrar a mi padre». Pero Jesús le dijo: «Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos». 23 Con toda probabilidad, este discípulo indeciso que pronunció estas palabras

realidad Felipe, el silencioso procrastinador. Jesús, que podía exigir de cualquiera lo que el Padre exigía, sacó al apóstol de su tranquila deliberación con una orden inequívoca: «Sígueme».

"

Con todo, el buen apóstol Felipe resultaría duro e indigno de su llamado si se le retratase sólo como un sombrío profesional, estadístico y filisteo.

Queda mucho por decir antes de poder dibujar una imagen más completa de Felipe. A pesar de su carácter sobrio y práctico, este apóstol también estaba lleno de energía, corazón y profundidad. Estas características eran simplemente ocultas y controladas. Felipe no era ostentoso, pero en ocasiones su verdadero yo interior se escabullía, como un manantial confinado que irrumpe en la tierra por primera vez y tiene que buscar arduamente su propio camino. Muchas personas que parecen taciturnas sufren dolorosamente por su "naturaleza filipina", que les impide casi revelar su verdadera bondad interior.

Una cálida ola de alegría recorrió a Jesús cuando Felipe respondió: Natanael escribió con todo "Hemos hallado a aquel de quien Moisés ha detalle en la Ley y los Profetas: Jesús, hijo de José de Nazaret.

Y en la multiplicación de los panes y en el encuentro con los gentiles griegos no solo hubo reflexión, sino también una verdadera ansiedad. A primera vista, la respuesta de Felipe muestra su preocupación económica y práctica. Pero en una segunda lectura, se perciben claramente los matices de una sincera preocupación y ansiedad: «Doscientos denarios de pan no les bastan, para que cada uno reciba un poco».

Felipe no despidió a los griegos, sino que los pospuso para más adelante. Su petición le causó muchos problemas e inconvenientes. Abordó el problema con bastante formalidad, pero su deseo de "ver a Jesús" seguía siendo su preocupación.

Felipe, el individualista reservado, poseía más espíritu del que se le atribuye. A veces se le ha tergiversado como el que profería una abundancia de palabras vacías. Un amor demostrado con hechos es incomparablemente más valioso que un diluvio de buenas palabras. «Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad». 24 Pleno y perfecto es el amor de palabra unido al amor de acción, unidos por uno solo.

la misma cálida pulsación del corazón. Así fue con el Señor. Mostró misericordia a las multitudes tanto con palabras como con obras. No solo sintió compasión por ellos en su corazón, sino que también obró milagros por su amor.

Las verdaderas profundidades de Felipe se revelan de la manera más hermosa en las mismas palabras que parecían más ingenuas: "Señor, muéstranos al Padre".

Bossuet comentó con acierto: «En todo el Evangelio apenas hay petición más alta ni más valiente que esta». Felipe anhelaba aprender el verdadero secreto del Padre y del Hijo. Era como si Felipe, el apóstol envuelto en las realidades tangibles y visibles de la vida, hubiera sentido la insuficiencia e incompetencia de su propia naturaleza. Ahora, repentina y ambiciosamente, deseaba ahondar en las profundidades del misterio de Dios. Cuanto más se relacionaba con los «denarios», el «pan» y los «gentiles», más necesitaba la estrecha alianza y el contacto íntimo con los secretos divinos. Y el Señor, que no había formado las individualidades de sus apóstoles con una medida y un diagrama exactos, condujo a Felipe desde los estrechos límites de su razón y entendimiento prácticos a la gran amplitud, profundidad y altura de Dios.

Cuando Felipe acudió a su Maestro para interceder por los gentiles, que anhelaban ver al Mesías, Jesús le reveló al apóstol la comprensión y la solución del sublime misterio de la Redención: «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo. Pero si muere, da mucho fruto» . 25 Y en la Última Cena, Jesús guió a Felipe a su pregunta sobre el fruto, para guiarlo aún más hacia las alturas de la Trinidad:

¿Tanto tiempo he estado con vosotros y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve a mí, ve también al Padre. ¿Cómo dices: «Muéstranos al Padre»? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?

La presencia visible de Jesús en esta tierra era una transparencia del Padre. ¿Qué visión del Padre anhelaba Felipe? Cristo mismo es el esplendor reflejado del Padre, la gloriosa manifestación del Padre. Sin embargo, estas solemnes palabras del Señor a Felipe penetran aún más profundamente en el interior.

Trinidad de los Apóstoles , que los teólogos griegos llaman «perichéresis», una «circulación», literalmente un «giro». Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo no tienen naturalezas diferentes. Poseen entre sí una misma Naturaleza divina. Por lo tanto, son el uno con el otro, el uno en el otro: el Padre en el Hijo y el Hijo en el Padre, tres Personas divinas en una sola Naturaleza. Ninguna Persona puede existir.

Fuera del otro, pues Dios es uno. Sin embargo, esta coexistencia de las tres Personas divinas no es un estado fijo e inamovible, sino un círculo triunfal, un eterno ir y venir a la fuente original. Scheeben explicó que cada una de las tres Personas divinas es, en su naturaleza, un punto central y focal, que las dos restantes poseen, y en el cual están unidas entre sí, inseparablemente, una.

A tales profundidades de la Divinidad condujo nuestro Señor a Felipe. El evangelista Juan solo escribió las palabras que Felipe había instigado. Felipe no era, como el apóstol Juan, un águila, pero se le parecía en su ardiente deseo de alcanzar las alturas de un águila. Y al alcanzar el águila, alcanzó la perfección y la felicidad eterna. Y entonces, de repente, Felipe pudo ver. "Es suficiente." ¡Fue más que suficiente!

Felipe, el Obrero. La

Sagrada Escritura guarda silencio absoluto sobre las obras y la muerte del apóstol Felipe. Los llamados "Hechos de Felipe", una fuente apócrifa y poco fiable que se originó a finales del siglo IV y aún existe en diversos fragmentos y composiciones, registran una plétora de obras que abarcan desde lo extraño y peculiar hasta lo sobrenatural y milagroso.

En ellos se le atribuye haber predicado a Jesucristo a trescientos filósofos griegos en Atenas que deseaban escuchar la argumentación del apóstol. Inmediatamente me viene a la mente la dependencia de esta afirmación con un discurso del apóstol Pablo en el Areópago. 21 Existe una estrecha similitud, y está bajo Es comprensible que se haya originado una leyenda así.

Luego, según estos Hechos, Felipe fue llevado milagrosamente a Cartago. Aquí nuevamente hay un paralelo perfecto entre el apóstol Felipe en los Hechos apócrifos y el diácono Felipe en

Hechos de San Lucas. El diácono, tras bautizar a un eunuco etíope, desapareció repentinamente y fue encontrado en Azoto. 28 Se dice que el apóstol predicó el Evangelio en la Galia, pero evidentemente se refería a Galacia, un país vecino a Frigia, donde Felipe trabajó mucho. De forma dramática, y con un prejuicio malsano hacia el sensacionalismo piadoso, se describieron las principales obras del apóstol en Escitia y Frigia, y en particular su muerte. Estas fábulas carecen de valor histórico. Estos "Hechos de Felipe", junto con otras fuentes poco fiables, fueron condenados explícitamente en un decreto del papa Gelasio (492-496).

Según el Breviario Romano, el apóstol Felipe trabajó en Escitia y Frigia; esto está respaldado por una tradición muy antigua. Se dice que Escitia, en la costa norte del Mar Negro, o lo que hoy es el sur de Ucrania, fue escenario de las obras apostólicas de este apóstol durante veinte años. Y en el distrito opuesto predicó el apóstol Andrés, con quien supuestamente colaboró Felipe. En Escitia, Felipe denunció el culto a Marte. Según la historia, muchos cultos de este tipo se originaron entre estos pueblos.

Frigia, la segunda tierra visitada por este apóstol, actual centro de Turquía, tenía en Hierápolis su rica e influyente capital. La carta antes mencionada del obispo Polícrates de Éfeso al papa Víctor atestigua que Felipe trabajó y murió en Hierápolis. 29 Además, una inscripción hallada en la necrópolis de Hierápolis alude a una iglesia dedicada al apóstol Felipe.

Dos ciudades vecinas de esta capital eran Colosas y Laodicea. Ambos fueron mencionados en el Nuevo Testamento: Laodicea aparece en el Apocalipsis de San Juan;³⁰ y los fieles de Colosas fueron los destinatarios de una epístola de San Pablo preso en Roma.

¡Cuán estrechamente unidos estaban los caminos apostólicos de Juan, Pablo y Felipe! Es de sincero pesar que hoy estas tierras, donde antaño los cinco primeros apóstoles trabajaron con tanto celo —Pedro y Andrés también trabajaron en estos distritos—, hayan sido despojadas de Cristo.

En escritos apócrifos sobre la obra de Felipe, este apóstol fue representado repetidamente en combate con una serpiente o un dragón. La adoración de una serpiente en estas regiones era, de hecho, una práctica en aquella época. En Hierápolis, la serpiente era venerada.

152 Los Apóstoles

como animal sagrado en el templo de una diosa. Por ello, los artistas de siglos pasados se acostumbraron a representar al apóstol Felipe luchando con una serpiente. La estatua de Felipe en Letrán recuerda el triunfo del apóstol sobre el poder de la serpiente enroscada mediante el poder de la cruz. El peso de la cruz siempre aplastará al dragón.

Una obra gnóstica titulada Pistis Sophia, originada en el siglo III, también menciona un "Evangelio de Felipe". Supuestamente contenía un relato de la manifestación del Salvador resucitado. Esto no se ha incluido en los escritos canónicos del Nuevo Testamento. Tal "Evangelio según Felipe" es una falsificación de épocas posteriores.

Así como el registro veraz y exacto de todas las labores de Felipe está envuelto en la oscuridad, también lo está la muerte de este apóstol. Clemente de Alejandría afirmó que Felipe, al igual que los apóstoles Mateo y Tomás, murió de muerte natural. Sin embargo, muchos otros sostuvieron que murió como mártir. En consecuencia, se ha informado que Felipe fue crucificado en Hierápolis a la edad de ochenta y siete años, durante el reinado del emperador Domiciano. Otros sostienen que murió en la cruz durante el reinado de Trajano, quien gobernó del 98 al 117. Su crucifixión se registró como similar a la de Pedro: boca abajo. ¡Qué coincidencia que los tres apóstoles de la amada —y también maldita— ciudad de Betsaida fueran mártires en la cruz! ¡Cuán preciosa debe ser la cruz a los ojos de Cristo, que sacrificó en ella a sus primeros apóstoles!

Las reliquias de Felipe fueron supuestamente llevadas a Roma, donde fueron depositadas, junto con las del apóstol Santiago el Menor, en la iglesia de los doce apóstoles. Esto explica que la Iglesia romana, durante muchos siglos, celebrara la festividad de estos dos compañeros el mismo día, el primero de mayo. En realidad, esto resulta un tanto irónico, pues ni Felipe ni Santiago el Menor eran poetas ni bardos de la primavera; ambos se habían dedicado a la prosa de la vida. Por lo tanto, según otra tradición, su festividad no se celebra en la Iglesia griega en primavera, sino el 14 de noviembre.

Los "Hechos de Felipe" apócrifos registran una oración algo larga y pomposa supuestamente pronunciada por el apóstol ante

Felipe 153 su

martirio. Su origen gnóstico es inequívocamente evidente, incluso en una versión católica posterior y modificada:

Cristo, Padre de la Eternidad, Rey de la luz, nos has instruido en tu sabiduría y nos has otorgado tu juicio. Nos has dado el consejo de tu bondad. Nunca te separas de nosotros. Nos has concedido la presencia de tu sabiduría. ¡Ven ahora, Jesús, y dame la corona eterna de la victoria sobre todo el poder y la fuerza del enemigo! ¡No permitas que la oscuridad me rodee, para que pueda abrirme paso entre las llamas del fuego en el abismo!

Estas palabras nos recuerdan un pasaje de la Epístola de San Pablo a los Efesios, capítulo sexto, versículo doce, pero San Pablo tenía pensamientos muy diferentes en mente cuando escribió:

Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las alturas.

Mucho más sencillas y profundas son las verdaderas palabras que pronunció Felipe en el Evangelio: «•Señor, muéstranos al Padre y nos basta.» Bien podría haber repetido esto como mártir ante las puertas de la eternidad. Al Padre, a la fuente última de todo, se dirigen los deseos íntimos de cada ser humano. «Denarios», «pan» y «cinco mil hombres» no bastaban. ¡Solo Dios basta!

¡Santo apóstol Felipe, ayúdanos a alcanzar esta sencilla y eterna suficiencia!

Natanael Bartolomé

■ CAPÍTULO SEIS

ONDAS de sol rodean el nombre y la figura del apóstol Bartolomé, cuyo nombre completo era Natanael Bartolomé.

En cada grupo hay al menos un personaje alegre y despreocupado, y entre los Doce este era Bartolomé. El Señor mismo se regocijó al ver a este joven sin malicia entrar en su círculo. 1 Incluso hoy, el nombre «Natanael» nos evoca una persona agradable e inofensiva. Bartolomé vivió con optimismo, sereno, alegre y sin preocupaciones.

En las cuatro listas de los Doce en la Sagrada Escritura, este apóstol siempre se llamaba Bartolomé. En los Evangelios, su nombre se menciona en sexto lugar, inmediatamente después de su amigo Felipe. En la enumeración de San Lucas en los Hechos de los Apóstoles, el nombre de Tomás se insertó entre Felipe y Bartolomé.

Nuestro Señor asignó a Bartolomé y Tomás al mismo grupo. Sabiamente, la Divina Providencia colocó a estos dos individuos uno junto al otro: el optimista y el pesimista, el apóstol del sol y la primavera con el apóstol de la duda y la nube. Cada uno, a su manera, se benefició de esta alianza. Tomás se desahogó a través de Bartolomé, y a Bartolomé le benefició estar cargado con Tomás, pues a través del escéptico se protegió del peligro de volverse demasiado libre y relajado.

Resulta muy sorprendente que el evangelista Juan no mencionara ni una sola vez a un apóstol llamado Bartolomé en todo su Evangelio. Al contrario, sí tenía mucho que decir sobre Natanael, a quien los tres evangelistas mayores, a su vez, aparentemente no mencionaron.

saben. Juan escribió sobre este Natanael en el primer y último capítulo de su Evangelio. 2 Por lo tanto, Natanael estuvo con los demás apóstoles durante mucho tiempo, condición que Pedro estipuló antes de elegir a otro apóstol para reemplazar a Judas:

"Por tanto, de estos hombres que han estado con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús se movió entre nosotros, desde el bautismo de Juan hasta el día en que fue recibido arriba de entre nosotros, uno de ellos debe ser hecho testigo con nosotros de su resurrección."³

De los dos pasajes de Juan no hay duda de que Natanael había escuchado a los apóstoles; tanto en el primer capítulo como en el último, este apóstol fue contado entre los apóstoles conocidos y reconocidos. Además, su vocación fue explicada clara y detalladamente. No hay razón para dudar de que Natanael fuera apóstol, ni de que Natanael y Bartolomé sean dos nombres para el mismo apóstol.

Pues si el Natanael mencionado por el evangelista Juan era uno de los Doce, entonces no podría haber sido otro que aquel llamado Bartolomé por los demás evangelistas. A todos los demás apóstoles en las cuatro listas bíblicas se les dio un solo nombre.

Puesto que Bartolomé fue nombrado en las listas con el nombre de su padre, Bar-Tholmai, hijo de Tholmai, él es el único apóstol que pudo haber tenido el nombre personal de Natanael.

Hay aún más alusiones significativas en los Evangelios. En las enumeraciones de los Doce, Bartolomé aparece en sexto lugar. Esta es la misma posición en la que San Juan menciona a Natanael en su Evangelio. Y finalmente, según Juan, fue Felipe quien condujo a Natanael hasta Jesús. Y Felipe siempre fue mencionado por los otros tres evangelistas junto con Bartolomé. Después de todo esto, solo queda una interpretación correcta: Bartolomé y Natanael son el mismo apóstol. En los primeros tiempos del cristianismo, San Agustín y Gregorio Magno expresaron la opinión contraria. Pero hoy en día, sus razones para tal decisión ya no se reconocen como válidas. Sus argumentos no han resistido la prueba del tiempo.

San Agustín escribió, por ejemplo, en su explicación del Evangelio de San Juan, capítulo primero, versículo cuarenta y siete: «Debemos recordar que Natanael era culto y versado en la ley. Por eso el Señor no quiso someterlo a los discípulos, pues eligió a hombres sin educación para avergonzar al mundo por medio de ellos».

Natanael Bartolomé 157

No hay una explicación clara de por qué Juan usó el nombre de Natanael al referirse a este apóstol, mientras que los sinópticos usaron el nombre de su padre, Bar- Tholmai. Sin embargo, muchos ejemplos bíblicos dejan claro que era costumbre entre los judíos nombrar a un hijo como su padre o llamarlo por su propio nombre: Simón Bar-Joná, Bartimeo, Bernabé, Barsabás y muchos más.

Bartolomé, el Apóstol Alegre. Era

necesario, ante todo, señalar y probar la identidad de Bartolomé y Natanael. Lo poco que se sabe de este apóstol se encuentra únicamente en los dos versículos que registró San Juan. Los demás evangelistas no dieron más información sobre Natanael, salvo el nombre de su padre. Quizás este padre, el anciano Tholmai (nombre que significa "arado"), era una persona tan conocida e influyente que su hijo simplemente era llamado por su nombre. Una leyenda sobre Bartolomé, registrada por Pedro de Natalibus alrededor del año 1372, corrobora tal suposición. Según esta leyenda, Bartolomé era sirio de una distinguida familia real. Pero en esta forma, la leyenda contradice el Evangelio.

Un escrito mucho más antiguo, de mediados de los siglos V y VI, la «Historia de los sufrimientos de Bartolomé», prestó especial atención a las apariencias. Destacó la apariencia física del apóstol y su refinada vestimenta.

Bartolomé tenía el cabello negro y rizado que le cubría las orejas. Su tez era clara. Tenía ojos grandes y una nariz bastante prominente. Su estatura era equilibrada, ni demasiado pequeña ni demasiado grande. Vestía una túnica blanca ribeteada en carmesí, y también una capa blanca, cuyo dobladillo estaba adornado con joyas rojas.

Otros pasajes relatan que Bartolomé conservó su costosa vestimenta e incluso se atrevió a usarla cuando siguió a Cristo.

Se puede entender fácilmente que tales relatos, y otros similares, de la literatura apócrifa y legendaria, no son ciertamente fiables. No prueban nada, ni pueden probarse. Sin embargo, quizás a veces reflejen algo de verdad. Se podría conjeturar que Bartolomé vino

provenían de una familia adinerada. Este apóstol aparentemente se crio en un ambiente de gran riqueza.

A pesar de las leyendas y conjeturas en contrario, San...

Juan señaló que Natanael Bartolomé venía "de Caná de Galilea". 5 Sin ninguna otra razón aparente, muchos comentaristas concluyeron inmediatamente que Bartolomé era el novio en la fiesta del 'Yeding de Caná.

Este apóstol probablemente era pescador de profesión. Pues cuando Simón Pedro, de pie a la orilla del mar de Tiberíades después de la Resurrección, dijo que iba a pescar, Natanael, junto con los demás apóstoles, gritó: "Nosotros también vamos contigo." ⁶

San Agustín conjeturó que Natanael era maestro de la ley. Basó su juicio en la forma en que Felipe le habló. Felipe quería persuadir a Bartolomé para que fuera al encuentro del Mesías: «Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley y los Profetas: Jesús, hijo de José de Nazaret».

"

1 Sin embargo, resulta un poco difícil concluir tanto solo a partir de este pasaje. Otros comentaristas dieron por sentado que Natanael era uno de los seguidores de Juan el Bautista, pero tal conclusión difícilmente puede probarse con el Evangelio.

El evangelista Juan escribió solo unas pocas líneas —¡pero qué preciosas son!— sobre Bartolomé. Estas breves declaraciones nos permiten comprender el alma de este apóstol. La Iglesia ha elegido este pequeño fragmento de la Escritura, que refleja cierto encanto del apóstol, para la oración final de la Misa Votiva de los Santos Ángeles. Incluso se desearía que la liturgia del día de la festividad del apóstol Bartolomé también se inspirara en esta preciada y solemne parte del Evangelio.

"

"Felipe encontró a Natanael..."

No fue un encuentro casual; nuestro

Señor así lo había previsto. Él mismo dijo: «Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi». Cristo llamó a Natanael por medio de Felipe, como había llamado a Pedro por medio de su hermano Andrés. Es la Divina Providencia la que nos llama y nos guía a través de otros.

Dios no quiere trabajar solo; en su sabiduría y bondad, Él concede generosamente al hombre una participación en la creación y dirección de las cosas.

Cuando Natanael hizo su aparición en los Evangelios, lo hizo

Natanael Bartolomé 159

Así, con un toque de sarcasmo amistoso y una ironía risueña, Felipe aconsejaba a Natanael con bastante detalle y dogmatismo: «Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley y los Profetas: Jesús, el hijo de José de Nazaret».

El amigo de Felipe objetó esta forma de expresarlo. El travieso Natanael respondió discretamente: «¿Puede salir algo bueno de Nazaret?». Quizás Natanael pronunció estas palabras de burla sobre Nazaret con ese cierto desprecio familiar que tan a menudo se encuentra entre dos pueblos vecinos. Caná, el hogar de este apóstol, se encontraba a solo unos nueve kilómetros de Nazaret.

Nazaret debió ser ciertamente despreciada, y al parecer tenía mala reputación. Por esa misma razón, el evangelista Mateo vio cumplida en Jesús la profetizada humillación y humillación del Mesías, pues Jesús se crió en Nazaret. En todos los libros del Antiguo Testamento, la ciudad de Nazaret nunca fue mencionada. Era solo una aldea pequeña y sin importancia. Su mismo nombre —literalmente, «atalaya»— indica su tamaño en contraste con una gran ciudad comercial.

Un pasaje del Evangelio de Mateo sirve como ejemplo expresivo del carácter rudo de los habitantes de Nazaret.

Cuando Jesús llegó a

su tierra, comenzó a enseñarles en sus sinagogas, de modo que se asombraron y decían: "¿De dónde sacó esta sabiduría y estos milagros? ¿No es este el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? ¿Y sus hermanas no están todas con nosotros? ¿De dónde, pues, sacó todo esto?". Y se escandalizaron de él. Pero Jesús les dijo: "Un profeta no es deshonrado sino en su tierra y en su casa". Y debido a la incredulidad de ellos, no hizo allí muchos milagros. 9

Al relatar este incidente, San Lucas señaló cómo estas personas de la propia ciudad natal de Jesús querían asesinarlo:

Y todos en la sinagoga, al oír esto, se llenaron de ira. Se levantaron, lo expulsaron de la ciudad y lo llevaron a la cima de la colina sobre la que estaba edificada su ciudad para despeñarlo. Pero él, pasando por en medio de ellos, se fue.

Tras el regreso de María y José de la huida a Egipto, no regresaron a Belén. La Divina Providencia los había dirigido a Nazaret. En este pueblo se crió Jesús, un pueblo del que nada bueno se podía decir, un pueblo del que nada bueno se esperaba. Este es un pensamiento de consuelo para las muchas personas que deben permanecer y trabajar en lugares insignificantes y despreciados, o en puestos abandonados.

Sin embargo, la bienvenida que Jesús brindó a Natanael Bartolomé es sorprendente. Ningún otro apóstol recibió a nuestro Señor con tanta calidez y cordialidad.

Jesús pudo olvidar el juicio de este cauteloso discípulo contra Nazaret y su prejuicio contra el propio Mesías. Al ver venir a Natanael, exclamó con alegría: «¡He aquí un verdadero israelita en quien no hay engaño!». San Agustín comentó sobre este pasaje: «¡Un gran testimonio! Lo que no se dijo ni a Andrés, ni a Pedro, ni a Felipe, se dijo de Natanael». 11 La alta estima que los judíos tenían del honor de ser israelita se aprecia fácilmente en la Epístola de San Pablo a los Romanos y en su segunda Epístola a los Corintios. 12

Aun así, cuando nuestro Señor saludó a Natanael, no dijo que este discípulo fuera simplemente un israelita. Enfatizó que era un israelita sin malicia. No era frecuente que un israelita recibiera tales elogios. Incluso Jacob, el padre de la tribu de los israelitas, no era más que un hombre "sin malicia". La franqueza y la sinceridad habían dejado de ser virtudes universales de los israelitas; sin embargo, Natanael era una persona sencilla y cándida. No actuaba como los demás ni fingía. No tenía "dos corazones: un pliegue donde veía la verdad y otro pliegue donde engendraba mentiras".

Las pocas palabras de Natanael registradas en el Evangelio, pues, fueron dichas con sinceridad y permanecen frescas y claras como un manantial. No había nada artificial ni afectado en este seguidor de Cristo, nada inventado ni ideado por impulso.

0 "Israelita sin malicia" ciertamente también puede significar "un israelita puro". El texto griego admite ambas traducciones. En este segundo sentido, las palabras del Señor expresarían la naturalidad y originalidad de Natanael. Pero aquí nos quedaremos con la otra interpretación tradicional, ya que este significado parece más acorde con el contexto de este pasaje.

momento. Jesús, la verdad eterna, aceptó con gusto y alegría a este israelita sin sombra de pretensión.

Natanael estaba más sorprendido que emocionado por las palabras de alabanza de Cristo. Sorprendido, inmediatamente preguntó: "¿De dónde me conoces?" Entonces nuestro Señor derramó un segundo rayo, aún más brillante, de su infinita sabiduría en el alma feliz y quizás demasiado despreocupada de este pescador. Quiso despertarlo de su contentamiento, conmover lo más profundo de su alma. «Jesús le respondió: «Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi.»»

Lo que ocurrió bajo aquella higuera permaneció en secreto entre Jesús y Natanael. Quizás fue una lucha triunfal.

Quizás fue una resolución decisiva. Quizás fue una confesión brillante. En cualquier caso, bajo esa higuera —a los palestinos les encantaba plantarlas alrededor de sus casas— debió de ocurrir una profunda experiencia personal.

La revelación del Mesías conmovió tanto a Natanael que se sintió inspirado a exclamar con entusiasmo: " «Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel». Tan solo una hora antes se reía al pensar que Jesús de Nazaret era el Mesías, y ahora, tras escuchar unas pocas palabras de su infinita sabiduría, le rendía homenaje. Su confesión superó con creces las entusiastas y gozosas confesiones de Andrés y Felipe. En verdad, Natanael Bartolomé, el alegre apóstol, era un israelita «sin malicia», sin «un pliegue en su corazón».

No debe sobreestimarse el significado de este homenaje. Sin embargo, parece ser tan grande como la confesión de Pedro sobre el Mesías en Cesarea de Filipos: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». 14 Sin embargo, en realidad había un largo camino entre el Jordán y Cesarea de Filipo, entre la feliz llamada de la cálida primavera y la primera creencia del cálido verano. Para los discípulos del Jordán, Jesús era el Mesías, pero sus expectativas de un Mesías terrenal eran todo menos refinadas espiritualmente.

Los apóstoles aún tuvieron que soportar muchas dificultades, dudas y conflictos antes de alcanzar su credo puro e incondicional. El Señor le dijo a Pedro: «Bienaventurado eres, Simón Bar...». Pero no dijo: «Bienaventurado eres, Natanael Jonás...».

Bar-Tholmai. . . . "La confesión de Bartolomé en el Jordán

162 Los Apóstoles

fueron la primera fuente, hermosa pero frágil. Jesús lo llamó para moldearlo y fortalecerlo.

Respondiendo Jesús, le dijo: «Porque te dije que te vi debajo de la higuera, crees. Verás cosas mayores que estas». Luego se volvió también hacia los demás y continuó:

«En verdad, en verdad os digo: Veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre.» Ya antes, el patriarca Jacob, padre de todos los israelitas, vio a un ángel ascendiendo y descendiendo. 15 Natanael y sus compañeros, estos israelitas sin malicia, esperarían desde entonces el cumplimiento espiritual y duradero de aquella visión de Jacob: Jesús en constante comunicación con el cielo.

El poder de sus palabras y milagros comenzó y alcanzó su plenitud en el cielo. Jesús en la tierra y el Padre celestial estaban juntos, unidos, uno solo en un eterno intercambio de poder y amor.

Jesús no es, como bien, pero equivocadamente, creía Felipe, «el hijo de José de Nazaret». Él es el «Hijo de Dios», el «Rey de Israel». «Conocedor de Corazones», como lo alabó Natanael. Él es el Señor del Cielo y Maestro de los Ángeles. Sin embargo, uno se alegra al escuchar esta confesión práctica que fluye como un arroyo de montaña resplandeciente en primavera en el primer capítulo del Evangelio de Juan. Solemnemente se había abierto este primer capítulo: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios; y el Verbo era Dios». Y ahora el eco terrenal de estas palabras resonó triunfante sobre el eterno hervir de las olas: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel».

Es una lástima que el evangelista Juan no presentara una descripción más completa de Natanael en el primer capítulo de su Evangelio. Con la excepción de la breve mención de este apóstol en el capítulo veintiuno del cuarto Evangelio, no hay otra mención de él en el amplio lapso entre el primer y el último capítulo. Los evangelistas, inspirados por el Espíritu Santo, se limitaron a un relato más completo de la vida de Jesús. El hecho mismo de que estos comentarios fueran tan breves ya indica la dirección en la que se aventurarían sus inspirados pensamientos.

No hay error en tener presente ese feliz encuentro entre Jesús y Natanael. Totalmente honesto,

Natanael Bartolomé 163

Feliz, alegre e inspirado, ha sido una inspiración para hombres de todas las épocas. Era popular y muy querido por los demás apóstoles; sus colegas buscaban con avidez su amistad. Claro, veraz y franco en todo, era tan sencillo que cualquiera podía ver sus intenciones. Era realmente el apóstol sin malicia ni engaño.

En la Última Cena, Jesús reveló: «Uno de vosotros me traicionará».

Nadie pensaba en Bartolomé. Ni la más mínima sospecha se levantaba contra él. Solo el sol y la primavera rodeaban a este apóstol. Cuando los discípulos caminaban con el Señor por los largos y calurosos caminos, cansados y cubiertos de polvo, y cuando la presión de la multitud era tan agobiante que ni siquiera tenían tiempo para comer,¹⁶ cuando ellos, junto con el Señor, no tenían dónde recostar la cabeza por la noche,¹⁷ allí estaba Bartolomé, alegre, incansable y feliz como siempre. Solo él, entre los seguidores de Cristo, podía levantarles el ánimo. Entonces, la mirada del Señor se posaba con benevolencia sobre este discípulo, como en la hora de su primer encuentro. Natanael Bartolomé fue llamado por su capacidad natural para reflejar la bondad, la amabilidad, la misericordia

y el amor del Salvador. ¹⁸ Para el melancólico Tomás, para el sobrio Felipe, para el objetivo Mateo, fue una verdadera bendición que Bartolomé guiara ocasionalmente a este segundo grupo de apóstoles a ver el lado positivo de la vida. Infundió alegría y vida en este grupo melancólico, sobrio y objetivo. Trajo la fragancia de la primavera y un poco de poesía a esta atmósfera algo demasiado fría, algo demasiado seca, algo demasiado sombría. Con su aguda percepción natural, podía iluminar y animar a Tomás, provocar y animar a Felipe, transfigurar y perfeccionar a Mateo. Podía rozar las tres naturalezas y salirse con la suya tres veces más a menudo que cualquier otro apóstol. Es bueno estar bajo el sol, pero es mejor ser el sol para los demás. Al hacer todo esto, Natanael no se extralimitó en su delicadeza. Es sorprendente cómo las antiguas leyendas aluden una y otra vez al distinguido origen y la refinada forma de hablar de este apóstol. El silencio de los Evangelios también da indicios de su reserva silenciosa. Podía contener su felicidad para no volverse demasiado juguetón, o incluso ruidoso y bullicioso.

Esta noble armonía de franqueza y reserva, de alegría y

los Apóstoles sugiere el simbolismo del nombre completo de este apóstol, Natanael Bartolomé. Literalmente, el nombre hebreo Natanael significa "don de Dios". Toda persona alegre es un don de Dios para una amistad. Bartolomé significa "hijo de un labrador". Un "Natanael" también debe ser un "Bartolomé", un hombre que ve más allá de la superficie de las cosas. Y un "Bartolomé" debe ser un "Natanael", un don radiante de Dios que penetra hasta las profundidades de la vida, pero que también permanece en el exterior, de modo que, una vez enterrado en estas profundidades, no pierde de vista los cielos azules de donde proviene, donde los ángeles de Dios ascienden y descienden.

Bartolomé, el mártir valiente

Respecto a las labores del apóstol Bartolomé, solo disponemos de información poco fiable y parcialmente contradictoria. Los primeros relatos se han perdido. Los primeros que se conservan datan entre los años 450 y 550 en las provincias orientales del Imperio bizantino. Presentan indicios de nestorianismo.

Aun así, los Evangelios ofrecen una visión general de la labor apostólica de Bartolomé. Quien reconoció a Cristo desde el primer momento de su relación con él como el «Hijo de Dios» y «Rey de Israel», sin duda salió al mundo a predicar lo que Cristo le había encomendado. Quien había presenciado «cosas mayores» —la vida de Jesús, el Domingo de Pascua, Pentecostés—, sin duda se sintió inspirado a ir al mundo a predicar. Fue el feliz mensajero de nuestro Señor Jesucristo.

Según las versiones tradicionales de las Actas coptas, árabes y etíopes, la región donde Bartolomé trabajó se encontraba en los "oasis" de Egipto. Una fuente armenia menciona como los primeros seis viajes apostólicos de Bartolomé aquellos al país del "Edén", que hoy es Adén. Eusebio informó que Panteno, fundador de la Escuela Catequética de Alejandría, en un viaje a la "India" a finales del siglo II, había ingresado en una comunidad cristiana fundada por el apóstol Bartolomé.¹⁹ En aquella época, "India" se entendía como todas las tierras situadas fuera y al este de los imperios romano y parto.

Esto incluía no solo la actual India, sino también Abisinia, la "próspera Arabia" y Caramenia. En un interesante...

Natanael Bartolomé 165

De qué manera estos Hechos a menudo retrataban a Bartolomé en compañía de Mateo. Según el relato de Eusebio, este apóstol había traído el Evangelio hebreo de Mateo a estas regiones.

20

Según los "Hechos de Felipe", Natanael trabajó y sufrió junto a su compañero y amigo, el apóstol Felipe, en la ciudad frigia de Hierápolis. Como fiel amigo, permaneció junto a Felipe incluso en el martirio, y posteriormente fue llevado a Licaonia, situada en la frontera sureste de Frigia, hoy el extremo sureste de Asia Menor. También se menciona la labor de Bartolomé en Licaonia entre los sirios, y se dice que este apóstol fue crucificado allí. Estas leyendas aún perduran en la Iglesia griega. Un sermón atribuido a San Juan Crisóstomo sobre los doce apóstoles contenía una observación según la cual Bartolomé predicó "la templanza a los licaonios".

Los "Hechos de Andrés y Bartolomé" también mencionan la labor apostólica de estos dos discípulos en las tierras ribereñas del Mar Negro. En los "Hechos de Mateo", Mateo aparece como compañero apostólico de Bartolomé, mientras que en los "Hechos de Andrés" es el apóstol Andrés quien asume esta posición. Estos relatos dieron origen a una tradición entre los armenios según la cual Bartolomé les fue enviado específicamente como su propio apóstol. Moisés de Coréne dijo: "Armenia le fue asignada al apóstol Bartolomé. Fue martirizado en la ciudad de Aréban". Una fuente armenia sobre la vida y los sufrimientos de Bartolomé registra que este apóstol llevó el Evangelio primero a los indios, luego a los partos, medos, elamitas y, finalmente, a los armenios.

En una lección del Breviario Romano, leída en la fiesta del apóstol Bartolomé, se recogen varios y variados datos:

El apóstol Bartolomé, galileo, recorrió la parte de la India que le correspondió cuando se repartió la tierra para la predicación del Evangelio. Proclamó la venida del Señor Jesús a aquellas naciones según el Evangelio de San Mateo. Tras haber convertido a muchos a Cristo en esa región y haber sufrido muchas dificultades, llegó a la Gran Armenia.

Así como estos diversos relatos sobre el lugar de las labores de este apóstol se contradicen entre sí, también lo hacen las declaraciones sobre la naturaleza de su muerte. El Breviario Romano, basándose en dicha información, explica:

En la Gran Armenia, Bartolomé condujo al rey Polimio y a su esposa, además de doce ciudades, a la fe cristiana. Estas conversiones despertaron la envidia del clero local. Los sacerdotes lograron enfurecer tanto al hermano del rey Polimio, Astiages, que este dio la trágica orden de despellejar vivo a Bartolomé y luego decapitarlo. En este martirio, entregó su alma a Dios.

La tradición sobre el desollado de este misionero en Armenia fue difundida por griegos, latinos y sirios. Desollar vivo era una forma de pena capital persa, por lo que señala a Persia como el lugar de los últimos trabajos y la muerte del apóstol. En la parte de Siria bajo soberanía persa, se ha mantenido vigente una tradición sobre la tumba del apóstol Bartolomé.

Artistas, como Ribera y Rubens en sus famosos cuadros de Bartolomé (que se exhiben en la Galería del Prado), asociaron un cuchillo con este apóstol como símbolo. Fue con un cuchillo con el que fue desollado. Otros, como Bernini en su estatua de Bartolomé (que se encuentra en el Museo de Letrán), lo representan sosteniendo su piel sobre el brazo como si llevara un manto. Miguel Ángel también creó un retrato muy expresivo del apóstol desollado.

La antigüedad cristiana, sin embargo, tenía otras versiones de la muerte de Natanael. Entre ellas, incluso una muerte simple y natural. Según una opinión muy antigua y extendida, este discípulo habría sido crucificado, como casi todos los llamados al Jordán. Algunos artistas lo han representado en una cruz; algunos de ellos incluso los mismos que le dieron el cuchillo como símbolo de haber sido desollado vivo. Un dicho local en Armenia sostiene que fue golpeado hasta la muerte con garrotes.

Según una tradición árabe-jacobea, fue arrojado al mar en un saco lleno de arena por orden del rey Aghiras.

Natanael Bartolomé 167

Igualmente vago es el conocimiento sobre el paradero de las reliquias de Bartolomé. Una tradición armenia sostenía que su cuerpo fue enterrado en Albanópolis —también escrito Urbanópolis—, ciudad de Armenia donde se dice que el apóstol sufrió martirio. Posteriormente, sus restos fueron llevados a Nephgerd-Mijafar-kin. Alrededor del año 507, el emperador Anastasio I los trasladó a Daras, ciudad de Mesopotamia. Allí mandó construir una magnífica iglesia sobre el lugar de sepultura. Y alrededor del año 580, estas reliquias, o quizás solo una parte de ellas, fueron trasladadas a las islas de Lípari, cerca de Sicilia. Allí, la leyenda cuenta que las reliquias de Bartolomé, selladas en un ataúd, nadaron por el mar y desembarcaron en la orilla de Lípari. Quizás esta leyenda sobre este ataúd flotando sobre el mar evolucionó a partir de otra leyenda que relataba cómo Bartolomé fue arrojado al mar en un saco con peso.

Tras una invasión sarracena de las islas Lípari en 838, estas reliquias supuestamente escaparon huyendo a Benevento. En 983, gracias a las maniobras del káiser Otón III, finalmente llegaron a Roma. Allí fueron depositadas en la iglesia de San Bartolomé, en una pequeña isla del Tíber. En 1238, el cráneo de este apóstol fue llevado a Alemania, a Fráncfort del Meno, y conservado en la catedral de San Bartolomé.

Desde el decreto de la Congregación de Ritos, del 28 de octubre de 1913, la festividad de este apóstol se fijó para el 24 de agosto en la Iglesia Romana. En la Iglesia Griega se celebra el 11 de junio. En Oriente, la festividad de este apóstol y la del traslado de sus reliquias se celebran en días diferentes. En Armenia, tanto el 8 de diciembre como el 25 de febrero fueron designados como sus días festivos. En las Iglesias Copta y Etíope se celebran el 18 de junio y el 20 de noviembre. Y en la Iglesia Jacobita, el día señalado es el 29 de agosto.

Un Evangelio, que posteriormente se demostró falso, también fue atribuido a Bartolomé. San Jerónimo lo mencionó en sus comentarios introductorios al Evangelio de San Mateo. 21 Hoy solo se conservan fragmentos. Supuestamente contenía la manifestación del descenso del Salvador resucitado a los infiernos, instigado por las preguntas de Bartolomé. Además, incluía información sobre el secreto de María sobre la Encarnación de Dios.

168 El texto griego

original de los Apóstoles surgió en los círculos gnósticos de Egipto en el siglo III. Esta versión no tenía nada que ver con el apóstol Bartolomé.

Finalmente, volvemos al Evangelio, a la hora en que el joven y despreocupado Natanael conoció al Mesías por primera vez. Con ojos brillantes y labios inspirados, exclamó abiertamente a Jesús: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Ismael».

Pero este hombre alegre y amable no se imaginaba en absoluto la tremenda carga que debía soportar por el Hijo de Dios. Los artistas lo retrataron como un anciano canoso y encorvado. Por el Hijo de Dios, había recorrido el mundo entero. Aunque los numerosos relatos de sus viajes misioneros a veces son contradictorios, coinciden en señalar que realizó muchos y largos viajes. Incluso durante siglos, sus restos no pudieron descansar en la tumba.

En su mano sostenía el horrible cuchillo con el que supuestamente lo desollaron vivo. No se sabe con certeza cómo murió. Quizás fue desollado, quizás no. Pero lo cierto es que interiormente se había despojado por completo de sí mismo y se había convertido en el siervo fiel y devoto del Rey de Israel.

Este desprendimiento del mundo hasta el mismo centro neurálgico fue exigido por Cristo mismo. Mateo registró dos veces las palabras de Jesús al respecto:

Y si tu mano o tu pie te es ocasión de pecado, córtalo y échalo de ti. Mejor te es entrar en la vida manco o cojo, que, teniendo dos manos o dos pies, ser arrojado al fuego eterno. Y si tu ojo te es ocasión de pecado, sácalo y échalo de ti. Mejor te es entrar en la vida con un solo ojo, que, teniendo dos ojos, ser arrojado al infierno de fuego. 22

Por esta razón, a algunos les gusta representar el cristianismo como un rotundo y deprimente "no" a todo lo que pueda albergar el más mínimo rastro de alegría. Supuestamente prohíbe el "sí" en la vida. Pero hombres como Natanael Bartolomé, que trabajan y sufren al máximo por Cristo, son los más alegres. Los Natanaeles son aquellos que no tienen la malicia del pesimismo, el heroísmo disfrazado ni la resignación agotada. Conocen la tristeza y la esperanza; conocen la desnudez y la incompletitud de su propia existencia, y esperan la plenitud de otra vida.

Natanael Bartolomé 169 San

Pablo, escribiendo a los cristianos de todos los tiempos,

exhortó: Comportémonos en todas las circunstancias como ministros de Dios, en mucha paciencia; en tribulaciones, en necesidades, en angustias; en azotes, en cárceles, en tumultos; en trabajos, en vigilias, en ayunos; en inocencia, en conocimiento, en longanimidad; en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero; en palabra de verdad, en poder de Dios; con la armadura de la justicia a diestra y a siniestra; en honra y en deshonra, en

mala fama y en buena fama -y luego, hablando directamente a los

Natanael, continuó: como engañadores y sin embargo veraces, como desconocidos y sin embargo bien conocidos, como moribundos y he aquí, vivimos, como castigados pero no muertos, como tristes pero siempre gozosos,

como pobres pero enriqueciendo a muchos, como no teniendo nada pero poseyéndolo todo. 23 La aparición de Natanael en el Evangelio nos da 'Verás cosas mayores que éstas...'. la explicación de esta rara y misteriosa unión de dolor y felicidad en la misma persona: «Veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo

■ CAPÍTULO SIETE

La fiesta del apóstol y evangelista Mateo se celebra en la Iglesia Romana el 21 de septiembre. En esta fecha, el día y la noche están tan equitativamente divididos que en muchas partes del mundo hay doce horas de luz y doce de oscuridad. Este día ha resultado ser tan simbólico para Mateo como lo fue el 21 de diciembre para Tomás, el incrédulo, compañero y vecino del primer evangelista. Pues este día de diciembre es el más corto del año, cuando la oscuridad prevalece sobre la luz y el sol se esconde antes.

Al examinar las cuatro listas bíblicas de los apóstoles, se observa que Mateo se encuentra justo en el centro. Fue el puente entre los seis primeros y los seis últimos apóstoles. La justa proporción también caracterizó su naturaleza y su obra.

El arte cristiano ha asociado el símbolo de un hombre con alas.

0 Los símbolos de los cuatro evangelistas: un hombre con alas (a veces llamado ángel, a veces simplemente hombre), un león, un buey y un águila.

a los que aludió el profeta Ezequiel (1:5, 10), fueron mencionados por San Juan en el Apocalipsis: "Y el primer ser viviente es como un león, y el segundo como un becerro [buey], y el tercero tiene cara como de hombre [con alas], y el cuarto es como un águila volando" (4:7).

El arte cristiano ha asociado estos cuatro

símbolos con los cuatro evangelistas desde la época de Constantino. Estas asociaciones individuales no fueron aceptadas de inmediato y de forma universal. La opinión que finalmente prevaleció fue la de San Jerónimo, que aún se conserva y que se arraigó firmemente en el siglo VII.

"San Mateo está simbolizado por el 'hombre', porque comienza su Evangelio con la ascendencia terrenal de Cristo y enfatiza su carácter humano y real.

Marcos está representado por el «león», porque comienza su Evangelio con San Juan Bautista, «la voz del que clama en el desierto», y enfatiza los poderes milagrosos del Salvador. San Lucas está representado por el «buey», el animal del sacrificio.

con este evangelista, porque comenzó su Evangelio con la genealogía de Jesucristo. Este símbolo es muy útil para señalar la naturaleza de Mateo. Era un hombre tan humano como los demás apóstoles. Tenía sus defectos; no era perfecto; también pecó. Sin embargo, era un hombre con alas, pues se alzó con las alas de su propia buena voluntad, y con las alas más poderosas de una gracia fortalecedora, por encima de su debilidad y fragilidad humanas.

Mateo, el recaudador de impuestos

Mateo —posiblemente del término hebreo «mattai», que significa «don de Dios»— tenía un doble nombre: Mateo Leví. Tanto Marcos como Lucas presentan a este apóstol en sus Evangelios como Leví.

En su propio Evangelio este evangelista se refiere a sí mismo simplemente como Mateo, el nombre con el que lo conocen los cristianos hoy.

Naturalmente, se planteó la cuestión de si el Leví de los Evangelios de Marcos y Lucas era la misma persona que Mateo, quien escribió un pasaje sobre sí mismo en el primer Evangelio. Sin embargo, si se comparan estos tres pasajes entre sí (Mateo 9:9-13; Marcos 2:13-17; Lucas 5:27-32), así como los pasajes que preceden y siguen inmediatamente a los relatos del llamamiento de este apóstol, ya no cabe duda de que Mateo y Leví son dos nombres para el mismo hombre. No solo el marco es el mismo, sino también la imagen. Los tres relatos concuerdan.

Además, el propio Mateo aludió a que se le conocía por dos nombres. Cuando relató cómo fue llamado al apostolado por Cristo, se refirió a sí mismo como «un hombre llamado Mateo». Pero esta pista solo se aclara si el texto griego se traduce literalmente: «Matthaion legómenon», «el llamado Mateo». 1 En otras palabras, su nombre era Leví, pero su apodo era Mateo, «mattai», el «don de Dios». ¡Leví, el llamado Mateo!

San Jerónimo era plenamente consciente de la diferencia entre el relato de Marcos y Lucas sobre el nombre de este apóstol, por un lado, y porque comienza con la historia de Zacarías, el sacerdote, ofreciendo un sacrificio a Dios, y enfatiza el sacerdocio universal de Cristo. San Juan se expresa con el «águila», porque desde el comienzo mismo de su Evangelio se eleva por encima de las cosas terrenales y temporales, y se detiene en el origen y la naturaleza divina de (Traducción de la Confraternidad del Nuevo Testamento, pág. 1).

por otro lado, el del primer evangelista. En su comentario al Evangelio de San Mateo, hizo la ingeniosa observación:

Por honor y respeto a Mateo, los demás evangelistas no quisieron nombrarlo por su nombre común, así que dijeron "Leví". El apóstol se llamó a sí mismo "Mateo" y "recaudador de impuestos". Con esto quería mostrar a sus lectores que nadie debía desesperar de la felicidad cuando se convirtiera a una vida mejor. Él mismo había pasado repentinamente de recaudador de impuestos a apóstol.

También es concebible que el primer evangelista, tras su conversión, prefiriera el significativo nombre de Mateo —«don de Dios»— a su otro nombre, Leví. Hoy en día, el nombre Leví connota dinero y negocios. Leví era el recaudador de impuestos. Mateo era el apóstol. Isodad de Merv, basándose en una antigua tradición oriental, informó que «este cambio de nombre (totalmente intencional) se hizo porque el Señor quería disipar el prejuicio judío sobre Mateo, para que no fuera un estafador y enemigo de Dios».

El evangelista Marcos llamó a Mateo Leví «hijo de Alfeo». Esto ha llevado a muchos a afirmar que Mateo era hermano del apóstol Santiago el Menor, quien también era hijo de un Alfeo. San Juan Crisóstomo opinaba que estos dos apóstoles no solo eran hermanos, sino también recaudadores de impuestos. ³ Sin embargo, los Evangelios no dan ninguna base para tal relación, ni de hermano ni de colaborador. Fue solo una coincidencia que sus padres tuvieran el mismo nombre.

Con Mateo, un individuo real, una personalidad única entró en el grupo de los apóstoles. Se distinguió de los apóstoles que fueron llamados antes que él en que no era un pescador desconocido, sino un recaudador de impuestos que ocupaba un puesto en su sociedad y poseía dinero. La juventud de este apóstol no se registra en los Evangelios. Mateo entró en el círculo de nuestro Señor de forma repentina e inesperada, pero los relatos de su llamado permiten estas conclusiones a posteriori. Parece que Mateo también era mayor que los demás apóstoles, pues una posición como la que ocupaba Mateo exigía una larga y ardua lucha.

Ciertamente, Mateo, el primer evangelista, tuvo una mejor educación que los demás apóstoles. Por ello, se le puede llamar con razón «el más valioso de los Doce». Su profesión de recaudador de imp

de impuestos del Apóstol ciertamente presuponía un aprendizaje exhaustivo. Tuvo que aprender a escribir, a leer y, lo que era tan aburrido, a contar, a sumar, a restar, a multiplicar y a dividir. Había cifras y cálculos, muchas cifras, cifras al principio y al final, antes y después de todo, y casi nada más que cifras. Más tarde tuvo que manejar las mesas de dinero. Tenía que saber precios, tasas y cargos, el precio del grano y el aceite, el valor del pescado que le trajeron los hijos de Zebedeo, el valor de las perlas que nuestro Señor mismo mencionó en los Evangelios.

Mientras los jóvenes Pedro y Andrés, Santiago y Juan, con sus padres, Juan y Zebedeo, se hacían a la mar, bajo el sol y la tormenta, el anciano Alfeo enviaba a su hijo pequeño a una escuela donde estudiaba entre libros y papeles. Allí, Leví aprendió a ser astuto e inteligente, o, como dice el dicho, a ser "apta para la vida". Y, en realidad, Mateo era mucho más culto que los leales y trabajadores pescadores del mar. Su oficio les proporcionaba comodidad y bienestar, pero el negocio de Mateo podía elevarlo mucho más, conducirlo a la riqueza.

Mateo poseía dos casas cuando apareció en los Evangelios. Una de ellas era su oficina con las empresas comerciales a las afueras de la ciudad, «la casa del recaudador de impuestos». Y tenía una residencia privada dentro de Cafarnaúm, una gran villa muy espaciosa. Era tan grande y espacioso que cuando Leví invitó al Señor y a otros a entrar, "le dio un gran banquete en su casa; y había una gran reunión de publicanos y de otros, que estaban a la mesa con ellos". 4 Ningún hombre pobre con una casa pequeña podría haber hecho esto.

¡Una gran reunión de publicanos y otros! Mateo mantenía muchos e influyentes contactos sociales. En este aspecto también se diferenciaba mucho de los demás apóstoles. Acudía regularmente a la corte principesca de Tiberiades para ajustar cuentas con Herodes, el gobernante del país. Allí aprendió política, las historias de entre bastidores, conspiraciones y escándalos. Rescató de la vergüenza social a muchos señores poderosos necesitados de dinero rápido. Estaban en deuda con él; controlaba sus reverencias y sonrisas de agradecimiento como marionetas. Pero ¿qué sabían Pedro, Juan o Felipe de este "negocio mejor"?

Mateo lo sabía muy bien. Hasta el más señorial de los señores bailarían su danza ante él por dinero.

Sin duda, el capítulo sombrío de la vida de Mateo comenzó cuando se convirtió en recaudador de impuestos. Solo Dios sabe cómo llegó a esta infame profesión. Quizás la aceptó por deseo o mandato de su padre; quizá un amigo lo interesó en probarla. Quizás fue su propia idea, quizá su afán de dinero. Para dar una explicación veraz y justa de esta deshonrosa profesión de recaudador de impuestos, primero hay que recordar su muy cuestionable existencia. Es necesario considerar toda la información. Solo entonces se podrá evaluar la nobleza de Mateo, el recaudador de impuestos.

En el Imperio Romano, los impuestos no se recaudaban directamente de los salarios, ni existía un funcionario estatal o interventor que supervisara la recaudación. Más bien, el Estado cedía sus derechos fiscales al mejor postor. Por lo tanto, el arrendatario debía aplicar una tasa impositiva alta en su zona si no quería quedar en números rojos. 5 A menudo, el

precio, especialmente para un distrito extenso, era tan elevado que un individuo no podía asumir la responsabilidad por sí solo. Por lo tanto, varios de estos postores se unían y formaban compañías con bastante frecuencia. Muchas de estas, en el Imperio Romano, pertenecían a ricas hermandades de caballeros. Dividían sus provincias en distritos más pequeños y subarrendaban los derechos adquiridos a otros recaudadores de impuestos o taberneros. Matthew era uno de estos pequeños recaudadores. También se veían obligados a pagar altos precios por sus puestos y, como era de esperar, a su vez exigían impuestos aún más altos a los trabajadores pobres. No era un círculo vicioso, pues terminaba con la clase trabajadora, sobre la que pesaba como una carga aplastante. 6

Es comprensible que un sistema así, que alivió al gobierno de muchos problemas y dolores de cabeza, diera lugar a numerosos abusos. Ciertamente existían derechos, impuestos y aranceles fijados por el Estado, pero estos no eran suficientes para eliminar la avaricia, el fraude y la extorsión de los recaudadores.

De hecho, tales vicios eran una conducta aceptada entre los recaudadores de impuestos.⁷ Por lo tanto, la voz del pueblo contra estos recaudadores de impuestos y publicanos era muy amarga y severa. Eran estimados

176 Los Apóstoles,

como "los osos y lobos de la sociedad humana". Decir "recaudador de impuestos" era decir "ladrón". 8 Cicerón sostenía que la grave insatisfacción del pueblo no provenía del acto público de la tributación imperial como tal, sino de la forma en que se recaudaban. Calificó la profesión de recaudador de impuestos como el peor de todos los oficios posibles. Y a esta profesión se había dedicado Mateo Leví. 9 Los judíos consideraban la ocupación de recaudador de impuestos

una vergüenza atroz. Para las autoridades romanas paganas, para esta odiada fuerza que ocupaba territorio judío, ¡los publicanos recaudaban impuestos! Un judío empobrecía a otros judíos, y para los extranjeros, ¡para los extranjeros paganos, además! Eso no solo era engaño y robo, sino también un crimen contra su patria y su religión. Un judío consciente se preguntó si le era lícito siquiera pagar un impuesto al emperador.

10

Y entonces llegaron estos miserables coleccionistas, estos traidores "colaboradores" -como se les habría llamado, tomando prestada una expresión del conjunto de palabras utilizadas durante y después de las guerras mundiales- y por avaricia se atrevieron a exigir un tributo a la raza elegida de Dios.

El Talmud no ocultaba el desprecio y el desprecio judíos hacia los recaudadores de impuestos. En los litigios, estos recaudadores no podían actuar como jueces ni como testigos. Sus familias eran evitadas, tenían mala reputación y eran consideradas deshonorosas. Ningún joven judío, si era leal, pensaría en casarse con la hija de un publicano. Incluso estaba prohibido recibir limosna de uno de estos despreciados funcionarios o cambiar dinero a través de él.

Un buen judío no se contaminaría con un dinero ganado tan escandalosamente. Los judíos incluso podrían haber dudado si un recaudador de impuestos o un publicano actuaba en serio, si no se arrepentía de lo que hacía y si solo por eso era capaz de salvación.

Así, los recaudadores de impuestos fueron excluidos de la sociedad civil y religiosa, al menos de facto, si no de fure. Fueron nombrados en un mismo lugar junto con asesinos, ladrones, salteadores, criminales y prostitutas. Se les imputaba todo. No estaba mal engañarlos, estafarlos, robarles.

ellos. Eso fue sólo una justa venganza en pago por su injusta opresión del pueblo.

En los Evangelios se hace muy evidente este desprecio de los judíos hacia los publicanos y cobradores de impuestos. Cuando Cristo hablaba de la corrección fraternal, dijo: «Y si él (el hermano de uno) se niega a escucharlos (los testimonios), apela a la Iglesia; pero si se niega a escuchar incluso a la Iglesia, tenlo por pagano y publicano». Al hablar con los fariseos en la parábola de los dos hijos, dijo: «De cierto os digo que los publicanos y las rameran entran en el reino de Dios antes que vosotros». Juan el Bautista también se sintió impulsado a amonestar a los publicanos muy bruscamente cuando acudieron a él: «No exijáis más de lo que se os ha ordenado». 11 Incluso después de comprender todo esto, uno puede entender cómo Mateo Leví puede ser exonerado.

No era asalariado por los romanos paganos. En tiempos de nuestro Señor, su soberanía básica se extendía solo a las provincias de Judea y Samaria. Mateo ejercía en Cafarnaúm, que parece haber sido su hogar.

Al ocupar allí el cargo de recaudador de impuestos, estaba, por lo tanto, sujeto al tetrarca de Galilea, Herodes. Pero este era el Herodes a quien los judíos rechazaban como intruso a pesar de todos sus halagos. Era el Herodes que desempeñó el abominable papel en el Nuevo Testamento como adúltero, asesino de Juan el Bautista y juez de Cristo el Viernes Santo.

¿Acaso Mateo no sentía asco interior muchas veces al sentarse junto a este criminal para ajustar cuentas, cuando este imbécil insolente y lascivo sonreía y guiñaba sus ojos lascivos y enrojecidos por el vino mientras pedía una bolsa más abultada la próxima vez?

Si también Mateo, el publicano, lo hubiera ensuciado y manchado...

¿Qué pasa con estas ganancias injustas?

Los Evangelios no ofrecen información explícita al respecto. Mateo no pronunció esa protesta traicionera y fatal —excusarse, a menudo es acusarse a sí mismo— que su colega Zaqueo, un importante publicano de Jericó, ofreció al Señor: «Mira, Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si en algo he defraudado a alguien, se lo devuelvo cuadruplicado».

1 2 Mateo

también era un hombre profundamente religioso. El Evangelio que iba a

178 Los Apóstoles

El texto que escribió más tarde está repleto de citas del Antiguo Testamento.

Tenía una profunda creencia y una gran confianza en la palabra de Dios. Sin embargo, le resultaba muy difícil, tan absorto en su peligrosa profesión y rodeado de tantos ejemplos de maldad, mantenerse completamente inmaculado e irreprochable.

Las hermosas palabras del Señor en el banquete en casa de Mateo se referían a los enfermos que necesitaban un médico. Parece que también fueron pronunciadas para beneficio de este servidor público que acababa de ser llamado a seguir a Cristo. Al comentar el Primer Evangelio, San Juan Crisóstomo no dudó en dar por sentado que «el servicio a la mesa en ese banquete se obtuvo mediante la injusticia y la avaricia». 19 Sin embargo, cualesquiera que fueran los sentimientos

secretos de Mateo, el pueblo no hizo ninguna distinción cuidadosa. Seguía siendo un recaudador de impuestos como todos los demás. Era un estafador, un ladrón, un traidor. Su profesión estaba tan mal vista que los evangelistas Marcos y Lucas guardaron un indulgente silencio sobre su ocupación anterior cuando lo incluyeron junto a los demás apóstoles.

Y cuando tuvieron que mencionar su nombre al relatar el relato de su llamado, intentaron encubrirlo utilizando el nombre de Leví en lugar de Mateo.

Sin duda, el apóstol Mateo tuvo que sufrir por su posición pública. Es posible que hubiera tardes en las que regresaba a casa con los bolsillos llenos y se sentaba con la cabeza entre las manos mientras, respirando con dificultad, reflexionaba sobre los acontecimientos del día.

Aún podía ver las miradas hostiles de la gente y sus puños apretados. Aún podía oír cómo el dinero sucio caía a la calle cuando se lo arrojaban como si le tiraran basura a un perro hambriento. ¿De qué le serviría todo ese dinero si su propia gente lo proscribía? Oyó una voz que salía de lo más profundo de su alma, y más tarde registró estas palabras: «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre a cambio de su alma?». 14 ¡Su alma! ¿Lloró entonces Leví?

¡Si tan solo pudiera empezar de nuevo! ¡Qué satisfecho habría estado con un barco pobre, con la conciencia tranquila, él, el pobre rico! Pero ¿existe un vínculo más difícil de romper que el...

puñado de riquezas? Sin embargo, había Uno que pronto lo llamaría a abandonar su vida de recaudador de impuestos y criminal de una vez por todas.

Se le prohibiría toda relación legal en compañía de sus amigos y compañeros, para quienes las transacciones comerciales y el dinero eran importantes, aunque de forma secundaria, como medio para alcanzar la fuente principal de toda riqueza: la riqueza de la visión beatífica y la felicidad celestial. Le era imposible escapar. Su alma anhelante revoloteaba como un pájaro con las alas cortadas en una jaula. ¡Ojalá su buena voluntad desarrollara otras alas que lo elevaran por encima de sí mismo, por encima de su antiguo yo, a nuevas y espléndidas alturas, por encima de las antiguas riquezas de la tierra!

En aquellos últimos meses, en la casa del publicano, lugar de reunión de todas las habladurías y rumores, se hablaba cada vez con más frecuencia de un nuevo profeta, Jesús de Nazaret.

¿Lo había entendido correctamente?

Su fama se extendió por toda Siria; le trajeron a todos los enfermos que padecían diversas enfermedades y tormentos, poseídos, lunáticos y paralíticos; y él los curó. Y le siguieron grandes multitudes de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y del otro lado del Jordán.

Así pues, este nuevo y renombrado profeta llevaba varias semanas residiendo en Cafarnaúm. Había hablado con el pescador Simón, hijo de Juan, y luego se marchó. 16 Unos días antes había sucedido —y Mateo no podía olvidarlo— que este Jesús, con un gran séquito, pasó por la casa del recaudador de impuestos. ¿Cómo había sucedido todo? Mateo nunca pudo explicarlo del todo, pero de repente Jesús y Leví estuvieron uno al lado del otro, cara a cara, solo por un instante. Ahora Mateo comprendió por qué la multitud lo seguía. Sus ojos habían penetrado en lo más profundo del alma del recaudador de impuestos como un rayo de sol penetra el aire polvoriento de una habitación sombría. La mirada del Mesías había caído sobre él; como el sol, era brillante y magnífica.

Mateo lo pensó. Por un instante, estuvo dispuesto a seguirlo. ¡Pero no!

Mateo sabía lo que los profetas y teólogos pensaban de él, el publicano, lo que tenían que pensar. Entonces

repente oyó lo que no podía creer, lo que quería oír, lo que creía imposible de oír jamás.

El oído entrenado de Mateo, el astuto coleccionista, podía distinguir, incluso a distancia y en medio de una multitud ruidosa, quién se acercaba por sus pasos o quién hablaba por su voz. ¡Era Dios, el profeta!... comenzó Jesús se acercó, a temblar. Cometió un error. Entonces, el tranquilo Leví se detuvo ante él, lo miró y le habló. Solo pronunció dos palabras, pero estas dos palabras cambiaron por completo la vida de Mateo: «Sígueme».

Más tarde, Mateo incluyó en su Evangelio dos citas del profeta Isaías sobre las obras de Jesús. Estas selecciones demuestran la objetividad tan característica del Evangelio del primer evangelista. Solía ocultar su propio conocimiento y experiencia personal de la grandeza de Dios, pero esto no lo ocultó por completo, pues su eco se percibe en sus citas de Isaías: «El pueblo que habitaba en tinieblas vio una gran luz; y sobre los que habitaban en región de sombra de muerte, resplandeció una luz».

" Y, " «Él mismo tomó

nuestras enfermedades y llevó la carga de nuestros males.» 17 ¿Pensaba el evangelista en sí mismo aquí?

Que esta descripción del alma, la mente y el corazón del recaudador de impuestos antes de su llamado es más que una simple suposición y conjetura, lo demostró el propio apóstol con su relato de su llamado: «Al pasar Jesús de allí, vio a un hombre llamado Mateo sentado en el lugar del recaudador de impuestos, y le dijo: «Sígueme». Y él se levantó y lo siguió». De un tirón, echó hacia atrás la silla, a la que había estado clavado durante años, y cerró el cajón del cofre con tal estrépito que toda la caja registradora tintineó y resonó, y todos los pesados papeles que tenía delante se arrugaron rápidamente bajo su mano temblorosa. Mateo estaba emocionado.

Él "le siguió" -él, el rico publicano que había estado viviendo en el lujo y la abundancia, le siguió a Él, que no tenía nada, a Él, que "no tenía donde recostar la cabeza". 18 Un hombre, incluso un hombre tan viejo como Mateo y con su experiencia, no se habría comportado así si hubiera pensado que este llamado a una nueva vida no era una verdadera salvación, una fuente de verdadera felicidad.

Debió ser una gran tortura la que llenó el tabernáculo de este publicano.

dio alma y lo preparó para la gracia que le fue concedida. San Juan Crisóstomo comentó sobre la gracia que el Espíritu Santo, esperando sabia y pacientemente el momento oportuno, le concedió:

Cristo llamó a Mateo cuando supo que vendría. Por lo tanto, no lo llamó inmediatamente al principio, cuando su corazón aún era algo difícil de alcanzar, sino después de haber obrado numerosos milagros, de haber alcanzado fama, y de saber que estaba dispuesto a obedecer.

Esta auspiciosa conversión del dinero a los Evangelios, esta afortunada conversión del recaudador de impuestos en discípulo, llenó a Mateo de tal alegría que preparó un gran banquete para celebrar su partida de su antigua vida. Él mismo ocultó que existía una ocasión gozosa para esta útil prodigalidad.

Pero San Lucas no lo ocultó: «Y Leví le dio un gran banquete en su casa; y había una gran reunión de publicanos y de otros, que estaban a la mesa con ellos». 20

Ni Pedro ni Andrés, ni los hijos de Zebedeo, ni Felipe ni Bartolomé habían comenzado su nueva vida con festividades como las que Mateo dio a la suya. Simplemente no pudieron hacerlo. Ni siquiera en las bodas de Caná hubo una celebración tan multitudinaria como la del banquete de Mateo.

En la mesa de la casa de Leví, donde se había reunido la multitud de sus colegas, Cristo no fue llamado a obrar un milagro y producir más vino, como sucedió en Caná. Los pobres se habían reunido en el banquete de bodas; los ricos publicanos y recaudadores de impuestos no estaban allí. En el banquete de Mateo se habían reunido los ricos, pero Cristo también estaba allí. Para Dios nada es demasiado; nunca hay un desperdicio pecaminoso. Esta fue la prodigalidad divina; fue tan generosamente extravagante como los preciosos ungüentos de María Magdalena. Solo un Judas se quejaría.

Mientras disfrutaba del banquete, el corazón de Mateo rebotaba de alegría. El Señor lo había rescatado y liberado del dinero. ¡Ahora podía ser pobre y rico con Dios! Solo la mano divina puede liberar a un hombre, incluso a uno de buena voluntad, de las ataduras de la esclavitud de la riqueza y darle alas para remontarse a las alturas de Dios. En el retrato de Mateo pintado por Rubens, el apóstol es representado como un alma pobre en el purgatorio que asciende al paraíso.

182 Los Apóstoles

por un ángel. Los tormentos y torturas del purgatorio para Mateo fueron los meses que pasó recaudando impuestos, pero la mano de Dios, misericordiosamente, lo elevó al paraíso de una vida evangélica.

Es extraordinario que en el colegio de apóstoles no fuera Mateo, el experimentado hombre de negocios, quien manejaba la bolsa. De hecho, se alegraba de mantenerse alejado del dinero. Esta tarea recayó en Judas. Ambos apóstoles habían lidiado con dinero, pero ¿de qué diferentes maneras lo hicieron? Mateo abandonó su dinero para seguir al Señor; Judas traicionó al Señor para ganar dinero, ¡treinta piezas de plata! De los cuatro evangelistas, solo Mateo anotó cuidadosamente cuántas piezas

recibió Judas. 21 Con mayor énfasis que en los otros tres Evangelios, el primer Evangelio enfatizó cómo el dinero se convirtió en la ruina de Judas. Desde la maldita transacción hasta la hora en que los hipócritas santurriones que se hicieron pasar por sacerdotes recogieron la bolsa sin reclamar ni dueño del suelo del templo para comprar un lugar de entierro para extraños, Mateo registró el paradero de esas treinta piezas de plata. 22 ¿Había previsto él, el ex recaudador de impuestos, el resultado? Con la ansiedad y la preocupación de un hombre que conocía la maldición del dinero, pudo haber observado la inclinación de Judas hacia el dinero. Puede que le haya hablado muy seriamente y le haya adver-

A diferencia de San Juan, Mateo escribió sobre Judas sin enfurecerse apasionadamente. Podía comprender a Judas incluso mejor que el discípulo del amor, y podía compadecerse de él. Al contemplar al apóstol que traicionó al Maestro, es posible que se estremeciera al pensar en cuál habría sido su destino si la misericordia del Señor no lo hubiera rescatado. Ciertamente, Mateo se alegró enormemente de estrechar la mano extendida de Jesús.

En el Evangelio según San Mateo también se describe con mayor detalle el uso y la necesidad del dinero que en los otros tres Evangelios del Nuevo Testamento. El dinero solo es bueno cuando se usa bien, cuando está al servicio del amor y, lo que es más importante, de la justicia. Las palabras de nuestro Señor sobre el dinero debieron de causar una profunda impresión en Mateo. Más tarde, el evangelista registró estas palabras:

Mateo 183 "Pero

cuando tú des limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna sea dada en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. No os hagáis tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni el orín ni la polilla corrompen, ni ladrones minan ni hurtan. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón. . . .
No podéis servir a Dios y a las riquezas. 23

El llamado de este apóstol ciertamente tenía otra cara.

Eso, el lado del Señor. Su llamada fue un grave insulto, socialmente hablando, una provocación inaudita para todos los círculos "mejores". Jesús, heroicamente, asumió una tarea arriesgada al llamar a este publicano. Ningún otro de sus discípulos, ni siquiera Judas, humanamente hablando, fue tan insoportable como Mateo. Los demás seguidores pudieron haber quedado profundamente perplejos y confundidos cuando su Maestro le pidió a este recaudador de impuestos que caminara a su lado. Después de todo, eran personas respetables de familias buenas y honestas.

Los escribas no pudieron contener su asombro. Justo antes, se habían sentido irritados y molestos en Cafarnaúm cuando Jesús absolvió a un paralítico de sus pecados.

"¿Por qué habla este hombre así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios?" " 24 Y ahora se atrevió a aceptar

Nota del traductor: Entre los judíos en tiempos de Cristo existían tres grupos distintos: los fariseos, los saduceos y los escribas. Los dos primeros eran sectas religiosas, y el último era un grupo erudito de judíos que se consideraban los intérpretes oficiales y autorizados de la tradición, la Ley y las Escrituras. Un escriba —literalmente «escritor»— era un rabino (médico) que enseñaba en el templo, un abogado o un juez. Los escribas eran amistosos con los fariseos y hostiles con los saduceos. Tanto los escribas como los fariseos se opusieron a Cristo con orgullo e hipocresía.

Los fariseos, el grupo más numeroso de los tres, consideraban todas las religiones extranjeras una contaminación y, por lo tanto, odiaban a todos los gentiles. Eran fanáticos e hipócritas con una doctrina fatalista, aunque creían en la resurrección y la vida futura.

Por otro lado, los saduceos, un grupo más pequeño que los fariseos rivales, se oponían a cualquier creencia en la inmortalidad o en la resurrección de la carne, y por ello también se oponían firmemente a Cristo y a los apóstoles. Dado que entre sus filas se contaban nobles y ricos, influyeron en el rechazo de la tradición y ciertas verdades de las Escrituras.

184 Los Apóstoles ,

un publicano y pecador, se unieron a su pequeño círculo. Cristo no temió ni dudó siquiera en sentarse a la misma mesa con todo un grupo de ellos. Todos los recaudadores de impuestos de los alrededores salieron cautelosamente de sus rincones y se acurrucaron ante la luz del milagro de la gracia, como animales heridos salen de sus refugios y se encogen ante la luz del sol. En la vocación de Mateo, todos se sintieron llamados y dignificados.

"Y los fariseos y sus escribas murmuraban, diciendo a sus discípulos: '¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores?'"

La respuesta de Jesús fue tan esencial y hermosa que los tres Sinópticos la escribieron: «No son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos. Porque he venido a llamar a pecadores, no a justos».

Pero sólo San Mateo anotó aquí una observación adicional: «Id, pues, y aprended lo que significa: Deseo "misericordia y no sacrificio. " ²⁵

Estas pocas palabras se convirtieron en la obertura de las obras de Jesús, la principal fuente de concordancia en los cuatro Evangelios leídos como un solo libro. Anticiparon el magnífico capítulo quince del Evangelio de San Lucas, la trilogía de la misericordia divina, que con razón se ha denominado el corazón del tercer Evangelio.

Estas tres breves parábolas lo dicen todo a todos. Expresaron a los fariseos y escribas la reivindicación de Jesús y su rechazo a sus ideas. Expresaron a los recaudadores de impuestos y publicanos su consejo para sus vidas, no su aprobación.

Ellos expresaron a los apóstoles y discípulos su legislación suprema para su labor apostólica.

La vocación del publicano Mateo Leví tiene pues una importancia universal y una significación basada en principios.

El espíritu de los Evangelios se hace evidente en él. Este apóstol se convirtió en un brillante ejemplo de la misericordia divina para los publicanos y pecadores de todos los tiempos. Fue llamado a ser un rayo de esperanza para todos aquellos que pudieran verse tentados a dudar o desesperar por haberse extraviado; pues el Mesías vino a ayudar especialmente a todos los pecadores, a los enfermos. Tras cada pecado cometido, está también la misericordia de Dios, además de la justicia de Dios, que se inflama; incluso si el pecador no la quiere y la rechaza o se ha vuelto ciego a ella, Dios la pone a su disposición.

Muchos meses después del llamado de Leví, Jesús comparó a los fariseos con sus discípulos. ver y el publicano:

Dos hombres subieron al templo a orar: uno fariseo y el otro publicano. El fariseo, de pie, comenzó a orar para sí de esta manera: «Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, deshonestos, adúlteros, ni siquiera como este publicano. Ayuno dos veces por semana; pago el diezmo de todo lo que gano». Pero el publicano, de pie a cierta distancia, ni siquiera se atrevía a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: «Oh Dios, ten piedad de mí,

más pequeño

¿Pensaba el Señor en Mateo al hacer esta comparación? ¿Y qué pensó Mateo al oírlo decir esto? Lloró, y su corazón juró que no era digno de tal misericordia.

Tras el llamamiento de Mateo, los Evangelios mencionan a este apóstol solo una vez. Esto ocurrió pocas semanas después, cuando Cristo nombró y comisionó a los Doce. El publicano era en aquel entonces uno de los pocos elegidos como apóstol, no solo como discípulo, sino uno entre cientos de seguidores. Fue uno de los Doce que Jesús escogió «para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar. Les dio poder para curar enfermedades y expulsar demonios». 21

San Mateo registró en su Evangelio un relato más completo que los demás evangelistas del discurso de nuestro Señor a sus apóstoles antes de su primera misión: «Y mientras yendo, prediquen: «¡El reino de los cielos se ha acercado!» Curen enfermos, resuciten muertos, purifiquen leprosos, expulsen demonios. Luego escribió una frase que solo él, el recaudador de impuestos, se tomó la molestia de escribir: «De gracia recibisteis, dad de gracia». Conociendo a Leví, anota: ¿quién evitar sonreír al leer esto? «De gracia recibisteis». Y solo Mateo, el antiguo Leví, continuó con tanta meticulosidad: «No guardéis oro, ni plata, ni dinero en vuestros cinturones, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bordón; porque el obrero merece su sustento».

" 28

"¡El trabajador merece su sustento!" ¿Qué pensaron los pobres de los alrededores cuando Leví, conocido como el zorro astuto, entró en sus casas como un santo apóstol con el saludo?

«Paz a esta casa». ¿Aquel que antes había sido culpable de causar tanto dolor, penurias e ira por dinero abominable? Y, sin embargo, hay que admitir que Mateo aceptó humildemente esta prueba apostólica. Irónicamente, fue su experiencia como recaudador de impuestos la que le enseñó su tacto y comprensión de la gente. Nada menos que el oficio de pescador fue su profesión, una preparación necesaria para su apostolado.

Si uno lee, compara y medita sobre las listas de apóstoles, se le ocurrirá que Mateo fue uno de los pocos apóstoles que se mantuvo solo y apartado de todos los demás. Con la excepción de Tomás, Judas y Mateo, todos los Doce estaban unidos por una alianza o relación amistosa. Por lo tanto, ¿acaso el Señor colocó al tranquilo Mateo y al oprimido Tomás uno al lado del otro para que pudieran ser el uno para el otro camaradas y vecinos? Tanto Marcos como Lucas nombraron a Mateo antes de Tomás cuando enumeraron a los apóstoles en sus Evangelios. Pero en el primer Evangelio, Mateo se asignó a sí mismo la posición inmediatamente después de Tomás. 29 En los Hechos de los Apóstoles no se registra más información sobre la

vida del apóstol Mateo, y la tradición solo ha transmitido unos pocos hechos aislados e inexactos. Ciertamente, esto es una indicación de que durante muchos años después de la Resurrección del Señor, permaneció con los demás apóstoles para trabajar entre su propio pueblo, los judíos. Cuánto tiempo duró esto no se puede determinar con exactitud a partir del relato de Eusebio. Clemente de Alejandría pensó que fueron quince años.

También fue Clemente de Alejandría quien relató que el apóstol Mateo llevó una vida severamente ascética al no participar ni de carne ni de vegetales, sino solo de granos.¹ Pero quizás aquí los Padres de la Iglesia confundieron al apóstol Mateo con el apóstol Matías -no es raro incluso hoy escuchar que estos dos nombres se usan indistintamente- porque este último, según el testimonio de Eusebio, supuestamente predicó la abstinencia perpetua de carne.² Aun así, si Mateo, el feliz anfitrión y entretenedor, hubiera sido un asceta tan estricto, ¿habría registrado tan vergonzosamente las palabras del Señor: "Lo que entra en la boca no contamina al hombre; sino lo que sale de la boca, eso contamina al hombre"?

En cuanto al terreno de los trabajos apostólicos de Mateo, los numerosos y diversos Hechos apócrifos presentan información confusa e incongruente. particular, Etiopía — 0 Historias más antiguas mencionan Arabia, Persia y, en también llamada Abisinia— como el campo misionero de este apóstol, tradición que el Breviario Romano apropió para la festividad del apóstol. Tradiciones de siglos más recientes lo sitúan trabajando entre los partos y también entre los macedonios. En los "Hechos de Andrés", se menciona el Ponto como el lugar donde Mateo trabajó junto con Andrés; allí se registra que Andrés salvó a Mateo de los caníbales que querían devorarlo.

La forma en que murió también es motivo de conjeturas.

Según una observación de Heracleón, un gnóstico, a mediados del siglo II, Mateo no quiso comparecer ante los jueces para testificar. Esta opinión implica que no quería sufrir el martirio, sino morir de muerte natural, al igual que los apóstoles Felipe y Tomás; Clemente de Alejandría. Otras leyendas también compartían esta tradición y la transmitían. Por el contrario, explicaban descripciones prolijas que no se prestaban fácilmente a —a menudo con la cita o memorización— que Mateo fue lapidado o quemado vivo. Pero la leyenda más repetida sostenía que fue decapitado.

El Breviario Romano tomó prestado de la aparentemente más reciente Passio Matthaei, un registro detallado de las leyendas etíopes sobre Mateo. En este relato, se decía que el apóstol había convertido a la familia real y a todo el distrito bajo su dominio al obrar el milagro de resucitar a Ifigenia, hija del rey Eglipo. Sin embargo, Hirtaco, hermano y vecino del rey convertido, mandó matar a Mateo a espada porque el apóstol se había opuesto a su intención de casarse con Ifigenia, su sobrina.

Algunas de las leyendas y tradiciones más conocidas son: la leyenda gnóstica del martirio de Mateo en el Ponto, los Hechos coptos de Mateo en Cahanat, una leyenda parta de Mateo, el relato copto (etíope) del martirio de Mateo, la tradición local de Hierápolis, las leyendas etíopes de Mateo en conexión con las leyendas indias de Bartolomé, y finalmente la latina passio Matthaei (sufrimiento de Mateo). El valor histórico de estas leyendas, a menudo contradictorias, es insignificante. Al apóstol Mateo también se le ha atribuido una obra poco fiable del siglo V titulada «Sobre el nacimiento de la Santísima Virgen María y la infancia del Salvador».

188 Los Apóstoles

Los restos de Mateo supuestamente fueron llevados desde Etiopía primero a Paestum, un pueblo italiano en el Golfo de Salerno, y en el siglo X a Salerno mismo, donde son honrados hoy en día.

El conocimiento de la vida posterior del apóstol Mateo es tan insuficiente como importante es su Evangelio, que escribió para todas las gentes. Fue esta obra la que lo convirtió en un apóstol importante, después de Pedro y Juan, el más importante de los Doce. Renan ha llamado al Evangelio de Mateo «el libro más importante de la historia universal».

La profesión y la habilidad natural de este publicano, este hombre de la mesa de escribir, lo capacitaron y lo predispusieron a comprender y registrar en su Evangelio los acontecimientos de la vida de Cristo. Estaba especialmente deseoso de tomar nota y recordar las inspiradoras enseñanzas de Cristo, y desempeñó este servicio para el Señor con agradecimiento y alegría. En esto, el misterio de su vocación puede verse bajo una nueva luz: Mateo, el publicano, registró digna y exactamente las palabras y los hechos que había visto y oído; fue llamado a convertirse en el patrón y ejemplo vivo de todo lo que se le permitió escribir, según la Divina Providencia, sobre nuestro Señor Jesucristo.

Mateo, el evangelista. El

Evangelio según san Mateo fue mencionado explícitamente por Papias alrededor del año 110: «Mateo recopiló en lengua hebrea [arameo] los discursos [ta logia] del Señor. Los tradujo [ermeneusen] lo mejor que pudo». 35 A este testimonio Ireneo añadió el suyo: «Mateo propagó un Evangelio entre los judíos en su propia lengua, mientras Pedro y Pablo predicaban [oralmente] la buena nueva [Evangelio] en Roma y establecían la Iglesia». 36

Una rareza interesante fue mencionada por Panteno, el director y maestro de la Escuela Catequética de Alejandría, quien Alrededor del año 200, se le llamó a la «India», es decir, a Arabia, o la parte sur de la actual Arabia: «El Evangelio del evangelista Mateo, escrito en el idioma de los hebreos, les fue traído [a los «indios»] por el apóstol Bartolomé.

mew."37 La colaboración apostólica entre Mateo en Etiopía y Bartolomé en las zonas de la India adyacentes a Etiopía (como se mencionó en el capítulo sobre Bartolomé) también se menciona en las leyendas etíopes sobre Mateo. Orígenes, uno de los Padres de la Iglesia más eruditos, señaló la tradición relativa al Evangelio de Mateo:

De la tradición relativa a los cuatro Evangelios, los únicos reconocidos sin discusión por toda la Iglesia de Dios, he llegado a saber que el primer Evangelio fue escrito por Mateo, ex recaudador de impuestos y posteriormente apóstol de Jesucristo. Lo compuso en la lengua hebrea para los judíos convertidos a la fe.

Los Padres de la Iglesia coincidieron en dar testimonio de que Mateo fue el primero de los cuatro evangelistas en escribir su Evangelio. No se puede determinar el año exacto en que lo hizo, pero sin duda lo completó antes del año 70, año en que se produjo la destrucción de Jerusalén y la dispersión del pueblo judío por el mundo. Una antigua tradición oriental afirmaba: «Mateo escribió su Evangelio durante el reinado del emperador Claudio, en el año 42, nueve años después de la Ascensión del Señor».

El testimonio de Papías mencionado anteriormente —«Mateo escribió los discursos del Señor»— fue interpretado por los defensores del racionalismo como una mera «colección de dichos», que difería de lo que hoy conocemos y aceptamos como el Evangelio de Mateo. Sin embargo, no es difícil demostrar lo erróneo de esto, pues la expresión griega «ta logia» significaba tanto discursos como hechos, según el uso predominante de la palabra en la época del historiador de la Iglesia. El propio Papías, por ejemplo, en una ocasión se refirió al contenido del Evangelio de Mateo como «los discursos y hechos del Señor», y en otra, sin embargo, solo como logia. Para Papías, logia también significaba «Evangelio».

En realidad, toda la antigüedad cristiana desconocía la existencia de una "colección de dichos" de Mateo, diferente del Evangelio que tenemos hoy. Tanto Ireneo como Eusebio confirmaron explícitamente y sin vacilación que Papías hablaba de...

primer Evangelio tal como lo conocemos hoy. 39 Y, por su contenido, también es justificable llamar al Evangelio de Mateo logia (discursos, discursos o pensamientos del Señor), ya que, de los tres Evangelios Sinópticos, el de Mateo se compone principalmente de las palabras de Cristo. Con frecuencia, este evangelista abrevió o incluso pasó por alto las obras de Jesús para incluir más de sus palabras al enseñar.

El texto original del Evangelio de San Mateo, escrito en su arameo nativo —la «lengua hebrea»—, se perdió muy pronto. Esto es fácil de entender, pues las comunidades judeocristianas para las que Mateo escribió su Evangelio pronto se desataron las tormentas de la Guerra de los Judíos y, posteriormente, de los falsos maestros. Es trágico que el cristianismo en la patria del evangelista nunca se desarrollara más allá de esa breve primera primavera.

El primer Evangelio, sin embargo, sobrevivió, aunque gradualmente fue falsificado por leyendas. En el siglo V se convirtió en el llamado «Evangelio Hebreo» 0, también llamado «Evangelio Nazareno», que San Jerónimo, el gran erudito de la Biblia (fallecido en 419 o 420), pudo examinar en dos copias.

Por otro lado, el Evangelio de Mateo tuvo la fortuna de contar con un excelente traductor griego de primera categoría. Con gran habilidad, reformuló el original arameo en una elegante versión griega. Esta traducción se realizó antes del fin del siglo I, pues se pueden encontrar rastros de ella en las obras de los Padres de la Iglesia escritas antes de finales del siglo I. El traductor griego del texto arameo original de Mateo —«No se puede determinar quién fue», comentó Jerónimo— también pudo haber examinado en la década de 1960 los textos griegos originales de los Evangelios de Marcos y Lucas. Es posible que, al traducir las partes del Evangelio de Mateo comunes a los demás sinópticos, consultara estos dos textos. Ciertas peculiaridades lingüísticas características de la versión griega del Evangelio de Mateo muestran una dependencia del estilo del Evangelio de Marcos.

La Comisión Bíblica de Roma, el 19 de junio de 1911, dio la

El llamado "Evangelio Hebreo" —utilizado por los judíos cristianos de Palestina que hablaban arameo, de ahí su nombre— aparentemente fue un texto arameo reelaborado y ampliado del Evangelio de Mateo. Sin embargo, solo conocemos pequeños fragmentos citados por San Jerónimo. Sin embargo, ciertamente se originó antes del año 150 .

explica que la traducción griega concordaba sustancialmente con el original arameo. Esta convicción fue compartida por todos los escritores de la antigüedad cristiana. Sin excepción, los manuscritos más antiguos de la Biblia y todas las traducciones antiguas atribuyeron el primer Evangelio tal como lo conocemos hoy al evangelista Mateo. Otros testimonios favorables se pueden encontrar en fuentes como la "Didajé" (las "Enseñanzas de los Doce Apóstoles"), compuesta alrededor del año 100. También están los escritos de los Padres de la Iglesia: Clemente de Roma, quien escribió alrededor del año 95; Ignacio de Antioquía, quien murió en el 107; Policarpo, martirizado alrededor del año 156; y, sobre todo, Justino, apologista y mártir. Estos han escrito comentarios y alusiones al primer Evangelio, y juntos forman un mosaico que muestra el gran respeto por el primer Evangelio que existía incluso en los primeros años después de los tiempos apostólicos.

El Evangelio de San Mateo, por su parte, responde por sí solo.

Si uno abre este libro, aunque solo sea por la primera página, se encuentra inmediatamente con el recaudador de impuestos, Mateo. La humildad con la que el primer Evangelio habla de este apóstol lo delata como su autor. Los detalles minuciosos y el conocimiento preciso de las condiciones y circunstancias geográficas, históricas, políticas y religiosas de la Tierra Elegida en tiempos del Señor, así como el profundo conocimiento de las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento, demuestran inequívocamente que el escritor era un cristiano judío contemporáneo de Jesús.

La vida de Jesús en el Evangelio de Mateo fue retratada con sencillez y sobriedad, a menudo sin una descripción detallada del lugar y el momento de un incidente. En ocasiones, fue escrita sin una descripción vívida de las circunstancias circundantes, sin ninguna peculiaridad interesante. San Marcos escribió intuitivamente, con gran temperamento y espíritu. San Lucas fue íntimo y cordial al tomar la pluma.

Para ilustrar esto, se pueden comparar los relatos de Mateo y Marcos sobre la resurrección de la hija de Jairo. Sin matices, Mateo escribió:

Mientras él les decía esto, he aquí, un principal se acercó y se postró ante él, diciendo: Mi hija acaba de morir; pero ven y

ponen tu mano sobre ella y volverá a la vida. Y Jesús se levantó y le siguió, y lo mismo hicieron sus discípulos.

Al describir este mismo acontecimiento, del que Mateo sólo registró lo esencial, Marcos escribió con detalles más precisos:

Y cuando Jesús cruzó de nuevo en la barca a la otra orilla, se reunió con él una gran multitud. Y llegó uno de los principales de la mar. sinagoga, llamado J. Aims. Y al ver a Jesús, se postró a sus pies y le suplicaba mucho, diciendo: «Mi hija está a punto de morir; ven, pon las manos sobre ella para que se salve y viva». Y se fue con él, y una gran multitud lo seguía y lo apretujaba.

Una comparación de los relatos de Mateo y Marcos sobre la deserción de los discípulos en el Monte de los Olivos también muestra la diferencia entre ellos. Mateo escribió simplemente: «Entonces todos los discípulos lo abandonaron y huyeron». Pero Marcos añadió más:

Entonces todos sus discípulos lo abandonaron y huyeron. Un joven lo seguía, con una sábana envuelta sobre su cuerpo desnudo, y lo agarraron. Pero él, dejando la sábana, huyó desnudo de ellos.

Debido a este estilo impersonal, se ha sospechado que el primer Evangelio es racionalista. Se ha dicho que un testigo presencial de los acontecimientos sin duda habría compuesto su relato con mayor viveza. Sin embargo, ¿no es esta objetividad en sí misma una prueba indirecta e interna de la autenticidad del primer Evangelio? No todos los autores de las Escrituras —debemos agradecer al Espíritu Santo por esto— escribieron con el mismo estilo y vocabulario. La gracia de la inspiración divina no fue una revelación literal, aunque algunos no estarían de acuerdo con esto. Dios se basó en las individualidades humanas de sus autores para completar y formular con palabras humanas sus inspiraciones. Por eso, Mateo escribió como Mateo.

Es la personalidad e individualidad de Mateo lo que se muestra entre líneas en el primer Evangelio. Este apóstol había sido recaudador de impuestos, un realista sobrio. Su vida había estado llena de cálculos y computaciones, cuentas y facturas. ¿Quién no sabe que los hombres de matemáticas y finanzas se limitan a, y son...?

conforma con una estricta adherencia a lo fundamental, a la objetividad y al sentido práctico, que tales hombres rara vez permiten que su imaginación se manifieste? Es precisamente esta falta de imaginación en el primer Evangelio lo que señala a Mateo como

Al escribir los relatos de su Evangelio, San Mateo solía olvidar muchos detalles que solo adornaban. A veces, acortaba tanto sus descripciones que casi carecían de sentido. Sin embargo, es precisamente por esta razón que su Evangelio es tan impresionante: es solemne. Tiene la austeridad de un retrato bizantino, el sonido severo de un himno litúrgico. Este era San Mateo, el recaudador de impuestos, el apóstol, el autor inspirado, escribiendo su Evangelio.

Mateo suprimió tanto en su Evangelio todo lo que era personal que la lectura de sus escritos no puede enseñarnos casi nada positivo sobre su vida como financiero.

Sin embargo, el conocimiento de asuntos financieros y de negocios, evidente en el primer Evangelio, delata al autor del primer libro del Nuevo Testamento contra su voluntad. Así como las detalladas declaraciones sobre la salud y la enfermedad, conocidas solo por un médico, revelan al verdadero San Lucas, las frecuentes y detalladas observaciones sobre el dinero revelan al verdadero Mateo. Estas instrucciones particulares de Jesús permanecieron especialmente vívidas en la mente del ex recaudador de impuestos.

En no menos de doce pasajes de su Evangelio, Mateo escribió sobre el dinero y las monedas. Juan solo lo hizo en dos ocasiones: el sobrio recaudador de impuestos y el águila amada. Incluso en su descripción del pesebre del Niño Jesús en Belén, San Mateo mencionó el «oro». 43 Fue el único evangelista que registró el hallazgo milagroso y el pago del impuesto del templo para Cristo y Pedro. 44 Solo Mateo escribió las parábolas de «un tesoro escondido en un campo» y «un mercader en busca de perlas finas. Cuando encuentra una perla de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra».

" 45 ¿Pensaba Mateo en su propio llamado al reino de los cielos?

Sólo Mateo explicó cómo el siervo despiadado, que debía al rey diez mil talentos, fue liberado y se le perdonó su deuda.

'Pero al salir aquel siervo, se encontró con uno de sus consiervos, que le debía cien denarios, y le echó mano.

194 Los Apóstoles

estranguló por la deuda. ... y ni lo liberó ni lo perdonó, sino que lo Solo Mateo habló del «padre de familia que salió temprano por la mañana a contratar obreros para su viña. Y habiendo convenido con los obreros en un denario al día, los envió a su viña». Solo Mateo escribió la parábola de «un hombre que se fue al extranjero, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. A uno le dio cinco talentos, a otro dos, y a otro uno...».

Pero el señor, cuando regresó al siervo malo y negligente, le dijo enojado: "Por tanto, debías haber confiado mi dinero a los banqueros, y a mi regreso habría recibido lo que es mío con los intereses".

" 46 Se puede entender fácilmente por qué este evangelista estaba tan preocupado por los asuntos financieros, y no debería sorprender que esta preocupación se manifestara en su Evangelio.

Es cierto que Marcos y Lucas también escribieron sobre negocios y dinero cuando la ocasión lo requería. Sin embargo, una comparación del primer Evangelio con el segundo y el tercero muestra que Mateo se expresó en pasajes comunes a los tres sinópticos , con una sutil diferencia con Marcos y Lucas. Por ejemplo, en el relato del envío de Cristo a los apóstoles en su primera misión, San Lucas escribió: «No tomen nada para el camino: ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero... ».

" Pero San Mateo, al registrar este mismo incidente, escribió: "No guardéis oro ni plata ni dinero en vuestros cinturones, ni alforja para vuestros vestidos, ni ropa para vestiros. Viaje »⁴⁷

Los tres Sinópticos registraron el incidente relativo al tributo al César. San Lucas escribió: «Muéstrame un denario». San Marcos que "Tráeme un denario..." Pero San Mateo no escribió, sino simplemente usó el término incierto de denario. Escribió: «Muéstrenme la moneda del tributo». Así que le ofrecieron un denario. 48 Para él, el antiguo recaudador de impuestos, no era irrelevante si se refería a esta o aquella moneda, o simplemente a dinero.

Ningún otro evangelista fue tan experto, tan pedante y preciso en sus relatos sobre el valor del dinero como Mateo. Su oído, bien entrenado, podía percibir la diferencia en el tintineo de las distintas monedas. Después de muchos años, podía recordar si nuestro Señor había hablado de un talento o de un mna, de un estáter, de un denario o de un...

dracmas, un asarion o un cuadrante. En su Evangelio, Mateo menciona diez piezas de dinero diferentes. Marcos solo nombró cinco; Lucas, seis. Sin duda, el primer Evangelio lleva la inconfundible marca de su autor, Mateo, el recaudador de impuestos.

También en el primer libro del Nuevo Testamento el pueblo judío... La preferencia por los números tres, siete, ocho y catorce — considerados números "sagrados"— suele ser evidente. Incluso en el primer capítulo, se registran tres grupos de catorce generaciones de los antepasados de nuestro Señor Jesucristo. La vida de Jesús antes de su ministerio público se basó en siete profecías; el discurso sobre el mar, en siete misterios; la oración de nuestro Señor, en siete peticiones. Los relatos de los milagros de Cristo se dividieron en tres grupos de tres, con dos exhortaciones intercaladas entre ellos.

Aquí se hace evidente todo el bosquejo y esquema del primer Evangelio. Fue planeado y escrito según proporciones numéricas definidas, como era característico de la forma judía de representación. Mateo, el recaudador de impuestos y evangelista, tenía una gran afición por las analogías y se esforzó mucho en planificar y ordenar palabras e incidentes similares uno junto al otro. Organizó su tema sagrado —al menos en la extensa sección central de su Evangelio (4:12-18:35)— de forma lógica y esquemática, no cronológicamente como lo hizo San Lucas, «después de haber examinado cuidadosamente todas las cosas desde el principio, para escribir un relato ordenado». 49 Esta tendencia a seguir un esquema matemáticamente planificado puede haber sido un

• Nota del traductor: Conviene mencionar el significado y el valor de estos términos y monedas mencionados en el Nuevo Testamento. Estos valores son aproximados. (Cabe recordar que toda moneda, por pequeña que fuera, valía mucho más en tiempos de Cristo que hoy; por ejemplo, veinte centavos por un día de trabajo en una granja era un buen salario).

Un mna equivalía a \$32.00; sesenta mnas hacían un talento, o \$1920.00. Había cincuenta shekels, una moneda judía de plata equivalente a sesenta y cuatro centavos, en un mna. El estáter, o argurión, era una moneda siria de plata que valía cincuenta y un centavos. El denario romano y el dracma griego, también piezas de plata, estaban valuados en diecisiete centavos cada uno. Las piezas romanas de bronce, el assarion y el quadran, valían un penique y un cuarto de penique respectivamente. La mitad de un quadran equivalía a un leptón, o perutah, una moneda judía. Después de un poco de aritmética simple, uno se ve obligado a preguntar de nuevo: ¿Se conformó Judas con menos de veinte dólares por su traición a Jesús? ¿Se conformó Jesús con un cuarto de penique por la ofrenda de la viuda?

quedaron remanentes de la anterior labor del evangelista como recaudador de impuestos. Obviamente estaba decidido a organizar su Evangelio de manera más hermosa que como lo había hecho durante su anterior función en la oficina de impuestos.

Así, en la sección central de su Evangelio, San Mateo recopiló y organizó los discursos del Señor en cinco grandes grupos, de los cuales el Sermón de la Montaña es el más importante. Fue en el Sermón de la Montaña donde unió varios otros discursos del Señor —como lo demuestra la comparación con el relato cronológico de San Lucas— para formar una composición bellamente unida.

De modo similar, reunió los milagros de Jesús en relatos coherentes, muchos de los cuales, sin embargo, estaban unidos vagamente solo por un totem.

Es evidente que este método, más lógico que cronológico, de registrar los acontecimientos del Evangelio no falsificó ni puso en peligro la verdad histórica. Al contrario, dotó al Evangelio de Mateo de una noble claridad y una solemne concisión.

El Santo Evangelio según San Mateo se organizó significativamente en tres partes principales: un prelude, la crisis y la aclaración, y una conclusión. El autor comenzó su Evangelio (1:1-4:11) con la genealogía de Jesús y un relato de algunos incidentes de su infancia. En la segunda parte (4:12-18:35), nuestro Señor ofreció su santidad mesiánica al pueblo: el comienzo de su labor en Galilea, el Sermón del Monte, el llamado y la misión de los apóstoles, y la evidencia de sus milagros.

Y el pueblo rechazó al Mesías: la delegación de Juan el Bautista y el testimonio de Cristo sobre él, los lamentos y amenazas de Jesús, y la agresión y blasfemia de los fariseos.

Cristo separó a los fieles de los infieles y los reunió en su Iglesia: las parábolas del reino de los cielos, la decapitación de Juan el Bautista, el regreso de Jesús a los fieles, la fundación de la Iglesia sobre Pedro y la instrucción de los apóstoles. En la conclusión del Evangelio (19:1-28:20), el evangelista incluyó: Jesús en Judea y Jerusalén, el Domingo de Ramos, la purificación del templo, la pasión, muerte y resurrección de Cristo, y la Pascua.

San Mateo escribió este Evangelio "para los judíos", como la Iglesia

Padres lo afirmaron con frecuencia. Lo escribió para quienes habían entrado en el espíritu del Nuevo Testamento, y también para quienes persistían en la Antigua Ley. Teniendo presente este hecho en todo momento, podemos evaluar adecuadamente el primer Evangelio. Este primer libro del Nuevo Testamento tiene muchas características del Antiguo Testamento. El primer capítulo, la genealogía de Jesucristo, que parece tan árido para el hombre moderno, es como un venerable vestíbulo para todo el Nuevo Testamento. Es como una solemne e impresionante procesión de toda la nobleza del Antiguo Testamento al Nuevo, donde se encuentran con Jesucristo, «el hijo de David, el hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, Jacob engendró a Judas y a sus hermanos». 50 Una y otra vez, las profecías del Antiguo Testamento

recorren las páginas del Evangelio de Mateo como destellos de luz para preparar el camino a Cristo para los judíos, tan cercanos a la Antigua Ley. "Todo esto aconteció para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta. . .

. "Así que él. . . se retiró a Egipto. . . para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta. . .,"51 Hay no menos de setenta referencias y citas

del Antiguo Testamento hechas por Mateo; por Marcos, dieciocho; por Lucas, diecinueve; por Juan, doce. La misma consideración por sus lectores judíos impulsó a Mateo a mencionar explícitamente en su Evangelio las palabras de nuestro Señor respecto a su actitud hacia la Ley del Antiguo Testamento. Esto no lo registraron Marcos ni Lucas.

"No penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas; no he venido a abolir, sino a cumplir." "Entonces 'Habéis oído que se dijo, seis veces el evangelista escribió: Pero os digo...

del año 1 en s. . . .

" 52

En su Evangelio, Mateo buscó convencer al pueblo judío de que Jesús era el Mesías prometido por la Ley Antigua y los profetas. Su Iglesia era el reino mesiánico tan esperado y anhelado. Incansable, el evangelista también destacó las palabras de Cristo que contradecían de forma tan irritante las falsas y distorsionadas nociones de los judíos sobre un Mesías terrenal y nacional.

«Bienaventurados los pobres de espíritu... los mansos... los que... los que llorar tienen hambre y sed de justicia... los misericordiosos... los limpios de corazón... los que trabajan por la paz... los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.»

Estas palabras hirieron a los judíos.

Bienaventurados seréis cuando os vituperen y os persigan, y, mintiendo, digan toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Regocijaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos.

Mateo registró más palabras de Jesús para beneficio de sus lectores judíos: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños... El reino de los cielos es como un grano de mostaza... Esta es, en verdad, la más pequeña de todas las semillas... El reino de los cielos es como un tesoro escondido en un campo». 53

A pesar de la pobreza de Jesús, a pesar del escándalo y la conmoción de la cruz, Él era el Mesías anunciado por los profetas. Los contrastes en la vida de Jesús no se expresaron con tanta frecuencia ni claridad en ningún otro Evangelio como en el de Mateo. Cristo fue perseguido por Herodes, honrado por los gentiles. Fue bautizado como pecador, glorificado por el Padre. Fue tentado por el diablo, servido por ángeles. Fue crucificado como criminal, atestiguado por la naturaleza y el hombre como el "Hijo viviente de Dios".

Además, Mateo sin duda debió haber dado alguna respuesta a ese doloroso misterio: el rechazo del pueblo elegido a Jesús como el Mesías. Fue el mismo misterio en el que San Pablo se detuvo en los capítulos noveno, décimo y undécimo de su Epístola a los Romanos. Tanto Mateo como Pablo sufrieron el rechazo de su propio pueblo. Entristecido, San Pablo citó a Isaías: «Todo el día extendí mi mano hacia un pueblo incrédulo y contradictor».

" 54 Mateo también se entristeció, como quedó claro en el curso de sus relatos históricos: la criminal indiferencia del gobernante hacia los recién nacidos; la envidia de los judíos hacia los eruditos; su abominable odio hacia los muertos; su última malicia contra el Salvador resucitado.

Mateo, el evangelista reservado, registró sin piedad la justicia de nuestro Señor con sus enemigos, una justicia que descendió

una tormenta sobre los "guías ciegos" que guiaban a los "hombres ciegos".
 55 ¡ Ocho veces vosotros escribáis y fariseos de las Ocho Bienaventuranzas
 al comienzo del Evangelio de Mateo ! 56 Y el pueblo mismo no estaba exento
 de culpa: "El reino de Dios os será quitado y será dado a un pueblo que dé
 sus frutos". 57 Solo Mateo registró el terrible grito de la raza judía al pagano
 Pilato, mientras se lavaba las manos: "Su sangre sea sobre nosotros y sobre
 nuestros hijos".

"

58 El horrible eco de este grito no ha dejado de resonar;
 ¡se ha oído con más fuerza en nuestro propio siglo!

Podría parecer que un Evangelio escrito para los judíos del primer siglo
 no tendría ningún valor personal para nuestras generaciones actuales.
 El Evangelio de Mateo, sin embargo, no está limitado ni por décadas ni por
 siglos. Permanece en primer lugar, antes de los demás sinópticos, no solo
 por sucesión, sino también por su importancia. Fue escrito para todas las
 épocas y, por lo tanto, quizás especialmente, para nuestra época.

La estricta formalidad de Mateo, consecuencia de su reservada
 objetividad, ha hecho que su Evangelio sea llamado el "Evangelio académico".
 Su valor especial para el cristianismo actual reside en su explicación del
 reino mesiánico. A diferencia de un reino puramente terrenal del Mesías, que
 los judíos del primer siglo exigían de Cristo como un paraíso terrenal, y cuya
 idea nos rodea hoy por todas partes, el Evangelio de Mateo enfatizó la
 espiritualidad del verdadero reino mesiánico.

Mateo registró los discursos de Jesús sobre su reino con más detalle
 que los demás escritores de los Evangelios, al igual que Juan se centró
 especialmente en la divinidad de Cristo. Aquí, y no en otro lugar, residen las
 razones de la objeción que a veces se hace contra el Evangelio de Mateo,
 contra este «Evangelio de la Iglesia», como tan expresivamente lo llamó
 Renan. En el Evangelio de Mateo, la Iglesia fundada por Cristo ocupa un
 lugar claramente más destacado que en los demás.

"Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré
 mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré
 las llaves del reino de los cielos. .

...' "Estas palabras resuenan en todo el Primer Evangelio.

Es simbólico que la leyenda que ha asignado cada uno de los doce
 artículos de la fe a uno de los doce apóstoles haya puesto en labios de Mateo
 el artículo relativo a la Iglesia:

Zoológico Los

Apóstoles "Credo in sanctum ecclesiam catholicam - Creo en la santa Iglesia Católica". El primer Evangelio es el Evangelio "Católico"; aquí radica otra razón por la que este Evangelio tiene un valor especial para nosotros hoy: pertenece a todos, abarca a todos, concilia a todos, une a todos. Todos son "pueblo elegido". En el reino mesiánico no hay razas, clases ni castas.

No es solo un hecho histórico, sino también muy simbólico, que al comienzo del Evangelio de Mateo los gentiles se arrodillaran ante el «rey de los judíos recién nacido» y lo adoraran. Las últimas palabras de Cristo registradas al final del capítulo final fueron: «Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones »⁵⁹. La «catolicidad» es el principio, la culminación y el final del Evangelio de Mateo.

Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado; y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del mundo.

Mateo era a la vez recaudador de impuestos y evangelista. ¡Cuán poderosamente se expresa esta combinación en la estatua de Mateo en el Letrán! Con desdén, el pie del apóstol pisa la bolsa derramada; sus ojos y su corazón están puestos en el Libro Sagrado que reposa sobre sus rodillas. Es un ejemplo y un recordatorio para todos de estar por encima de lo material, de apartarse del mundo y acercarse a los Santos Evangelios y, con la gracia de Dios, hacerse dignos de ellos. Mateo, el primer evangelista en escribir un Evangelio, nos ofrece su propio libro. Porque «no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios».

■ CAPÍTULO OCHO

El apóstol Santo Tomás es a menudo objeto de injusticia. Siempre que se oye su nombre, se tiende a pensar en un escéptico, en un incrédulo. «Es un Tomás incrédulo» se ha convertido en un sinónimo. Nos hemos acostumbrado, a lo largo de los siglos, a juzgar a este apóstol por su único pecado de incredulidad, así como a Judas se le suele relacionar únicamente con su traición. La negación de Pedro fue tan perversa como la duda de Tomás, y sin embargo, ninguna persona inteligente relaciona inmediatamente el nombre de Pedro exclusivamente con su pecado. Así como hay mucho más que saber sobre Pedro que su negación, también hay mucho más que saber sobre Tomás que su única duda. Sabemos que Pedro era más que un pecador. Y Tomás era más que un pecador. Era un apóstol, elegido por el Señor, uno de sus seguidores.

Durante siglos, Santo Tomás ha sido representado como el patrón y precursor de todos los escépticos, escépticos, murmuradores y criticones. En realidad, esto constituye una grave injusticia para un hombre cuya vida fue tan amarga, y que tuvo que sufrir su sufrimiento por nosotros. Pues este escepticismo y falta de fe en Tomás no era tanto una actitud de arrogancia como un ejemplo de la necedad ordinaria que Dios, en su misteriosa sabiduría, usa para provocar a sus criaturas a reflexionar sobre la majestad de la sabiduría divina. La duda de Santo Tomás se concibió en la tristeza, nació en una dolorosa vacilación y se convirtió en una bendición. Antes de poder juzgar debidamente a este apóstol, debemos recordar no solo que dudó, sino también por qué su tristeza lo hizo dudar en creer.

También hay que tener presente la generosa corona de la misericordia de Dios.

202 Los Apóstoles

Como ya se indicó, siempre

que se menciona el nombre del apóstol Tomás, probablemente se empieza a sospechar de él. San Juan llamó a Tomás dos veces por un sobrenombre, "Dídimo", literalmente, "el doble", o traducido libremente al español, "el Gemelo". 1 Incluso se podría intentar interpretar el significado de esta expresión como una indicación de una personalidad al menos ligeramente esquizofrénica. Pero tal opinión sería infundada y completamente incorrecta, como lo demostrará cualquier examen minucioso y reflexivo de los textos. En realidad, San Juan solo estaba explicando el nombre arameo de Tomás a los lectores griegos de su Evangelio: Tomás, es decir (en griego), Dídimo, el Gemelo.

Algunas leyendas ociosas han difundido el rumor de que el hermano gemelo de Tomás era Eleazar, o que su hermana gemela era Lisia. En los espurios "Hechos de Tomás", incluso el propio Cristo fue presentado como hermano gemelo de Tomás. Se suponía que Cristo y Tomás eran tan parecidos que a menudo se les confundía.

Una fábula tan ridícula bien pudo haber echado raíces en una tradición de la Iglesia de Edesa. Según esta tradición, el nombre propio del apóstol Tomás era Judas, siendo Judas otro nombre de Tomás, es decir, Dídimo o el Gemelo. Esto llevó a una confusión con el apóstol Judas, conocido por muchos títulos: Tadeo, hermano o primo del Señor. De repente, estas leyendas asumieron que este Judas era Tomás, hermano, incluso gemelo, del Señor.

Las Sagradas Escrituras no han transmitido información alguna sobre el origen, los padres ni la infancia de Tomás. Fue el primero de los Doce en entrar en los Evangelios prácticamente desapercibido, el líder de los apóstoles silenciosos, casi mudos. Los primeros siete apóstoles habían sido mencionados antes de su vocación, pero el nombre de Tomás aparece por primera vez en las listas de los apóstoles como un rayo de sol en la linde de un bosque, que nadie había notado antes.

Cuenta la leyenda que Tomás era arquitecto. Desde el siglo XIII, los artistas asocian la escuadra de carpintero con este apóstol, patrono de los constructores.

embargo, las Escrituras sugieren que era un pescador, no un dueño de pleno derecho de un negocio, como lo fueron Pedro y Andrés y los hijos de Zebedeo, sino un ayudante. 2 Esta suposición coincide con declaraciones más antiguas de que Tomás provenía de una familia pobre de la tribu de Judá o Isacar.

Quizás la naturaleza contenida e insegura de Tomás se debió a la pobreza de su juventud. En el cuarto Evangelio, este apóstol aparece como una persona abiertamente melancólica. San Juan, autor de numerosos retratos veraces y hermosos, registró unas palabras muy significativas sobre Tomás en tres pasajes. A pesar de su brevedad, estas palabras revelan la naturaleza completa de este hombre. Los sinópticos solo mencionan el nombre de Tomás: Marcos y Lucas en octavo lugar, y Mateo en séptimo. En el Canon de la Misa y en las Letanías de los Santos, así como en los Hechos de los Apóstoles, se le presenta como un testigo especialmente importante de la Resurrección; se le sitúa antes de Felipe, Bartolomé y Mateo, no después de ellos, como en los Evangelios.

Aunque sus compañeros apostólicos estaban a su derecha y a su izquierda, Tomás permaneció casi solo y perdido entre los apóstoles. Al compararse con los demás —como suele ocurrir con los melancólicos—, solo parecía inferior a ellos. ¿Se habían atribuido los demás apóstoles algún privilegio o prerrogativa que él pudiera haber reivindicado con razón?

Pedro fue el primero en autoridad; Juan fue el primero en amor. Andrés y Santiago disfrutaban de las distinciones de sus respetados hermanos. Felipe tenía a su feliz amigo Bartolomé, y Bartolomé podía confiar en Felipe. Mateo era un hombre rico y hábil. Santiago el Menor, Judas Tadeo y Simón eran parientes cercanos del Señor, y ciertamente vinieron después de Tomás; sin embargo, fue solo el buen tacto de Jesús lo que le hizo asignar estos últimos lugares a sus propios parientes. Y finalmente, Judas Iscariote, un personaje desagradable y siniestro, gozó una y otra vez de la confianza de todos, pues se le permitía llevar la bolsa del dinero.

Solo Santo Tomás no tenía título. Fue el apóstol solitario, el último de todos. Si uno medita en los pasajes del

204 Los Apóstoles

Evangelio que se refiere al apóstol Tomás, verá que estas suposiciones -no son más que esto- no carecen de fundamento, aunque tomadas de un amplio abanico de posibilidades.

La primera aparición de Tomás en los Evangelios ocurrió inmediatamente antes del relato de la resurrección de Lázaro. Jesús acababa de huir de Jerusalén para evitar la lapidación y el arresto por parte de los judíos. Había ido a Perea. Las afligidas hermanas de Lázaro, María y Marta de Betania, le habían enviado un mensajero especial para informarle que su hermano estaba gravemente enfermo. Ante esta noticia, nuestro Señor dio la oscura y misteriosa: «Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de respuesta, Dios, para que por ella sea glorificado el Hijo de Dios».

Nuevamente, no siempre nos corresponde tener una comprensión clara de los caminos de Dios. Lázaro era un amigo muy cercano de Jesús; pero en lugar de ir a verlo inmediatamente, nuestro Señor «se quedó dos días más en el mismo lugar. Luego dijo a sus discípulos: "Volvamos a Judea"».

Los discípulos estaban sobresaltados y confundidos. «Rabí, hace un momento los judíos querían apedrearte; ¿y vas allí otra vez después de que Jesús les habló del sueño?»

Lázaro, se mantuvieron firmes en su negativa a comprender el verdadero significado de esa palabra. Intentaron encontrar una razón plausible, para no regresar a un lugar donde los judíos hostiles pudieran verlos. «Señor, si duerme, estará a salvo.»

A pesar de su miedo, ansiedad e insistencia en mantener su posición segura, nuestro Señor no dudó en cumplir su peligrosa misión de misericordia. No dejó lugar a dudas sobre el "sueño" de Lázaro. "Entonces Jesús les dijo claramente: "Lázaro ha muerto". Entonces Tomás, el triste y fiel condiscípulo, habló con la valentía de un mártir: "Vayamos también nosotros, Tomás, el apóstol, para que muramos y valentía! con él". ¡De amor, melancolía

Tomás ya se esperaba lo peor. No se dejó llevar por una ilusión consoladora, ni se dejó engañar, como los demás, por palmas o hosannas. Vio la oscura tormenta, la más oscura tormenta, formándose en el horizonte. Cuando el Señor, a pesar de todas las insistencias y recordatorios de los discípulos, quiso "volver a Judea", Tomás no lo dejaría ir solo. ¡Vayamos todos a morir con él!

Ciertamente no fue así con Pedro después de la primera predicción de nuestro Señor sobre su Pasión. Pedro temió por su Maestro, y también por sí mismo: «Lejos de ti, Señor; esto nunca te sucederá». 4 La observación de Tomás fue mucho más seria y realista, mucho más madura, como un grano de maíz dispuesto a morir por una nueva vida, que se hunde en la tierra para regresar al lugar de donde vino. En la «Última Cena» de Leonardo da Vinci, Santo Tomás —el segundo a la izquierda de Cristo— fue retratado asegurando fervientemente al Señor su fidelidad.

Un pensamiento igualmente melancólico, expresado por Tomás en la Última Cena, fue registrado por el evangelista Juan. Los discípulos estaban muy abatidos, pensando en la separación de su Maestro. Cristo se desvió por consolarlos. Sus primeras palabras de consuelo se referían a su reencuentro en la misericordia del Padre.

No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Si no fuera así, os lo habría dicho, porque voy a prepararos un lugar. Y si me voy y os preparo un lugar, vendré otra vez y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.

Para recordarles sus palabras anteriores y al mismo tiempo animarlos a olvidar el silencio opresor y comenzar a hablar con Él, añadió inmediatamente: «Y sabéis adónde voy, y sabéis el camino».

De todos los presentes en la Última Cena, nadie cuestionó las palabras del Maestro. Solo Tomás, temblando de impotencia, admitió: «Señor, no sabemos adónde vas, ¿y cómo podemos saber el camino?».

Con toda razón dijo «nosotros». Pues ciertamente los demás no habían comprendido a fondo los métodos y objetivos del Señor. Incluso San Pablo pudo exclamar: «¡Cuán insondables son sus caminos!».

6 Sin embargo, los demás no tuvieron el valor de dejar que sus sentimientos internos de inseguridad se manifestaran ante todos. ¡Ni siquiera el valiente Pedro habló!

Tomás, que sufría más que los demás, pues podía pensar con mayor profundidad, no se contuvo. Con sinceridad y franqueza, abrió su alma melancólica al Señor. Cristo, lleno de compasión y comprensión...

206 Los Apóstoles, al

percibir la tortura interior de aquel a quien Él había llamado, le dieron una respuesta que se encuentra entre las más regias de todo el Evangelio. Permitió a este sombrío especulador una mirada a su conocimiento divino. El Señor incluso le permitió ver las profundidades ocultas y desconocidas de la Trinidad cuando respondió a Tomás:

Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie llega al Padre sino por mí. Si me conocierais, también conoceríais a mi Padre. Y desde ahora lo conocéis y lo habéis visto.

Por esta mirada iluminadora hacia el futuro, la vida eterna en el Padre y el Hijo, y hacia el camino, Cristo mismo, que conduce a esta vida, debemos agradecer a Tomás. Fue la duda atormentadora de este apóstol y su pregunta franca y valiente lo que motivó la lección de nuestro Señor.

El apóstol Tomás sufrió por tercera vez, aún con más dolor que la anterior, el tormento de su duda precisamente en medio de toda la alegría y los alerzias de la primera semana de Pascua.

Tomás había experimentado y previsto las largas horas del Viernes Santo con una claridad inexorable, quizás con mayor claridad que cualquier otro apóstol, salvo Judas. Ambos apóstoles, el melancólico Tomás y el traidor Judas, conocían desde lo más profundo de sus corazones radicalmente diferentes el destino del Señor, que estaba tan cerca.

Pero Tomás —y quizás también Judas— albergaba en lo más profundo de su corazón la esperanza de que el Redentor pudiera dominar y cambiar su difícil destino. Sin embargo, cuando el sufrimiento de Cristo llegó a su fin —captura, juicio, crucifixión, muerte—, Tomás fue golpeado por el duro golpe de la realidad. Esto fue demasiado para él. No pudo soportar el peso de esta carga.

El Viernes Santo había hecho vacilar a los demás apóstoles en su fe. La incredulidad los rodeaba. Podrían haber albergado la secreta esperanza de que Cristo regresaría a ellos, pero esto parecía imposible; no podían convencerse de que habría una resurrección. Los Evangelios muestran que los apóstoles no dieron ninguna señal de tener la más mínima esperanza en la Resurrección de Cristo. Al final, no cedieron a su

sueños, pero simplemente a los hechos. Cristo fue crucificado. El Mesías había desaparecido.

Después de que Cristo resucitó, se apareció primero a María Magdalena. «Ella fue y se lo contó a los que estaban con él, que estaban de luto y llorando. Y ellos, al oír que estaba vivo y que ella lo había visto, no lo creyeron». 1 «... Estaban de luto y llorando... y no lo creyeron». Los discípulos de Emaús también estaban turbados y tristes. 8 Cuando el Señor mismo, en la primera tarde de Pascua, se apareció a los apóstoles reunidos, «se sobresaltaron y se llenaron de pánico, y creyeron ver un espíritu. Y él les dijo: "¿Por qué estáis turbados y por qué surgen dudas en vuestros corazones?"». 9 En aquella hora de su primer encuentro con todos, el Señor les ofreció la prueba más evidente de su identidad, que Tomás poco después exigiría ver:

«Mirad mis manos y mis pies, que soy yo mismo. Palpadme y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo».

El sol de aquella primera Pascua pasó sobre estos hombres como una noche de truenos y viento pasa sobre las montañas. El sol ya se oscurecía en el horizonte, pero así como sus rayos dorados se posaban sobre las montañas nevadas y las nubes, una escena casi demasiado hermosa para ser real, así "ellos seguían incrédulos y maravillados, de alegría... hasta que "comió en su presencia..."

"10

Fue el destino de Tomás, y solo de Tomás, el apóstol que más anhelaba y necesitaba la Pascua, no estar presente cuando apareció el Salvador resucitado. Dios no quiso que esta primera dicha y éxtasis fuera suya. Para Tomás, Dios había reservado un encuentro especial, y el gozo y el éxtasis del apóstol serían aún mayores gracias a ello. Aquí estaba la misma bendición especial de la oveja perdida y el hijo pródigo.

«Ahora bien, Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando Jesús vino». 1 ¿Por qué no? ¿Fue mera casualidad? San Juan guardó un silencio considerado y no mencionó por qué este apóstol avergonzado y amargado había abandonado a sus compañeros. Su esperanza fue destrozada y arrebatada con demasiada crueldad. Le robaron su confianza. ¿Qué buscaba Thomas? Cuando

fraternidad y felicidad, le trajeron, perdido en su peligrosa soledad, el aleluya de su alegría y éxtasis: «¡Hemos visto al Señor!». Tomás permaneció amargado. No iba a arriesgarse y creerlo solo de oídas.

Estaba decidido a no dejarse engañar otra vez. Entonces, más que nunca, era escéptico y pesimista.

Además, pensó Tomás, si el Señor realmente había resucitado, ¿por qué el Maestro de los Doce se apareció a todos los demás y no a él? ¿Acaso no era tan digno como los demás? Si bien era el último de los Doce, ¿no era uno de ellos? ¿Acaso nuestro Señor no se preocupaba por Tomás?

¿No lo tenía cerca en su corazón, ya sea que el apóstol creyera o no?

Y así Tomás cayó al último lugar, detrás de todos los demás.

Estaba enredado en la duda, provocado por el resentimiento, lleno de amargura". "Si no veo en sus manos la señal de los clavos"

pero durante tres años había visto; ver no era suficiente, no era confiable, no era seguro; ver podía engañar: "y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y meto mi mano en su costado, no creeré."

Tomás proyectó una sombra oscura sobre la alegría pascual de los apóstoles.

¿Qué habría sucedido si un destino similar al de Judas lo hubiera amenazado?

Los demás intentaron alejar los peligros del precipicio de la incredulidad.

Pedro vino y explicó cien veces el significado de la Pascua. Intentó animar a Tomás confesando su propio pecado de negación. Y Andrés vino. Y Juan vino.

Los discípulos de Emaús vinieron, pero todo fue en vano; Tomás era obstinado. Había puesto sus condiciones y no estaba dispuesto a ceder.

Aunque cansado, Tomás se mantuvo firme. No podía cambiar. Quería ser parte de esa unión que Cristo mismo les había dado y compartir su alegría, pero se mantuvo a un lado, lejos de los demás, indeciso, pensativo, confundido. El dolor es el precio de la duda y la incertidumbre. Nadie podía ayudarlo excepto el Señor, Dios mismo. La salvación del apóstol dependía de la misericordia de Dios.

La fiesta del apóstol Tomás se celebra el día más corto del año, cuando el sol no da calor y permanece oculto durante mucho tiempo.

210 Los Apóstoles.

Asediado por la realidad tangible del Señor, y aún más por su amor, que es la forma más alta de la realidad espiritual, Tomás cayó de rodillas. Sollozó. Abrió su alma a su Maestro resucitado y derramó todos sus lamentos no expresados, „ preguntas no formuladas, sentimientos reprimidos y deseos „ Señor y mi Codi'

¡Señor mío y Dios mío!

Tomás no pudo decir más. Ningún otro apóstol había llamado jamás al Señor «Dios» con tanta significación. Nadie lo había confesado tan plena y abiertamente como Dios, ni siquiera Pedro en Cesarea de Filipo. El incrédulo y sufriente Tomás fue el primero en ver la divinidad de Cristo. Ni siquiera en el Monte Tabor los privilegiados apóstoles habían comprendido tan plenamente su atisbo de la visión beatífica. Irónicamente, fue el apóstol incrédulo quien experimentó la mayor alegría de la Pascua. Fue su alma pobre y pecadora, tan necesitada del amor de Dios, la que lo condujo a su Señor y Dios.

El evangelista Juan concluyó su Evangelio con el relato de la manifestación de Jesús a Tomás. Lo que Juan registró después, en el capítulo veintiuno — la manifestación de Jesús a sus apóstoles en el mar de Tiberíades—, es solo un complemento, una reflexión posterior. Las últimas palabras de Jesús a Tomás resuenan como un poderoso amén, que resume todo el Evangelio para los miles de años de fe y creencia que siguen. «Porque me has visto, has creído. Bienaventurados los que no vieron, y creyeron».

"

Este no ver y sin embargo creer es el magnífico efecto de la cooperación de la voluntad del hombre con la gracia de Dios.

En su primera Epístola, San Pedro se maravilló de este milagro manifiesto:

A Él [Jesucristo], aunque no lo han visto, lo aman. En Él, aunque no lo ven, creyendo, se regocijan con un gozo inefable y triunfante; recibiendo, como resultado final de su fe, la salvación de sus almas .

Para fortalecer a todos los creyentes, vieran o no, Tomás fue llamado a ser apóstol, él que creyó solo porque había visto. Fue la voluntad de la Divina Providencia, no la mera casualidad, que este apóstol no estuviera presente con...

Otros en aquella primera tarde de Pascua. Su duda pretendía ser un obstáculo o una solución a nuestras dudas. En su incertidumbre, nuestras incertidumbres deben ser disipadas. Obstinadamente persistió en su infeliz duda para que pudiéramos ser felices en la gracia de la fe. Por eso estamos obligados a agradecer al incrédulo Tomás. Por nosotros sufrió su duda, uno de los tormentos más insoportables del alma. A través de este apóstol podemos ver, sin duda, sin incertidumbre, cómo las llagas de Cristo son nuestra salvación.

Verdaderamente Tomás fue un Dídimo, un Gemelo, porque con su confesión de Dios, con su profesión de fe, nacimos.

Es más bien irónico que la liturgia del 21 de diciembre, pocos días antes de Navidad, coloque a Santo Tomás, el sombrío meditador, ante el pesebre del Niño de Belén. Aquí, ante el divino Niño, el apóstol Tomás, hablando a través de los siglos para personas de corazones tristes y atribulados, reza con su oración infantil.

oración: «¡Señor mío y Dios mío!»

¡Señor mío y Dios mío!

Tomás, el apóstol

En las Sagradas Escrituras no se registran más relatos del apóstol Tomás. La tradición no ha transmitido ninguna epístola que pudiera haber escrito. Pero ¿podría haberse apartado Tomás del Nuevo Testamento de una manera más hermosa que con su confesión al Señor y Dios, Jesucristo?

La tradición se inclina firmemente hacia Oriente, la tierra del sol naciente, como el lugar de sus labores apostólicas. En leyendas sirias y armenias, aparece como el apóstol principal de Oriente. Relatos más antiguos, que se remontan a la época de Orígenes (m. 253), hablan de las obras apostólicas de Tomás entre los partos. También se menciona a los medos, persas, hircanios y bactrianos. Hoy en día, esta región abarca los distritos de Irán, Irak, Afganistán y Baluchistán.

Desde mediados del siglo IV, incluso los comentaristas católicos han seguido leyendas más recientes, según las cuales Tomás avanzó aún más, adentrándose en el campo misionero que hoy es la India. Esto no es incompatible con las tradiciones más antiguas. En la India, la opinión nunca ha perdido fuerza y es...

es bien sabido hoy, afirman que Tomás pasó por las "calles de la seda", es decir, por Persia y el Tíbet. Aproximadamente en estos mismos años, muchos judíos cristianos refugiados entraban a Cochín por mar. Aquí Tomás trabajó hasta que más tarde partió hacia...

Travancore.

Una antigua tradición siria nombraba a Santo Tomás como "el guía y maestro de la Iglesia en la India, que él fundó y dirigió".

Los llamados "cristianos de Tomás", que se mantuvieron hasta nuestros días en la costa de Malabar —en 1937, setecientos mil de estos fieles se reunieron con Roma— afirman que el apóstol Tomás fue su padre

espiritual. Sin embargo, no todos los estudios críticos consideran seguro que Tomás trabajara en la India. Los relatos, repletos de milagros, de la

labor apostólica de Tomás son inciertos y, en su mayoría, puramente fantásticos.

Pocos apóstoles han estado tan abrumados por leyendas tan imaginativas como el incrédulo Tomás. Todas estas leyendas estuvieron sin duda muy influenciadas por los apócrifos "Hechos de Tomás", compuestos en la primera mitad del siglo III en círculos gnósticos, probablemente en Edesa, y que pronto fueron reeditados.

Los argumentos de que el campo apostólico de Tomás fue China son dignos de consideración. China, en tiempos de Cristo, no era una tierra desconocida en el mundo cultural. Bajo el reinado de César, prosperó una alianza comercial entre China y Roma, promovida especialmente por Marco Antonio. Horacio mencionó las flechas chinas. Virgilio, Ptolomeo y Plinio el Viejo informaron sobre la seda y las pieles, los productos comerciales más importantes de China. Marco Antonio y Diocleciano enviaron delegados comerciales a China.

Gentili, obispo misionero, escribió en sus memorias (*Memorie d'un missionario dominicano nella Cina per Fra Tommaso Maria Gentili*, Roma, Polyglotta, 1887): «Si los apóstoles llevaron el mensaje de redención a todas partes del mundo, ¿es de suponer que se perdieron el reino más grande del mundo? La tradición apoya la opinión de que los apóstoles evangelizaron China, y que Tomás fue el primer apóstol en China. Tomás predicó a los partos, medos e iranos, y por lo tanto se acercó bastante al gran reino».

En el Rito Malabar, la liturgia de la festividad de Santo Tomás señala: «Gracias a la labor de Santo Tomás, los chinos y los etíopes se convirtieron al conocimiento de la verdad y la fe. Por Santo Tomás recibieron el sacramento del bautismo y se convirtieron en hijos de Dios. Por medio del santo apóstol, el reino de Dios se extendió a China».

En los archivos de Santo Domingo de Manila hay una historia inédita de China del conocido dominico P. Vittoria Ricci, en la que el autor afirma que en una imagen de Tamo, muy venerada por los chinos, se puede detectar una gran similitud con las antiguas imágenes de Tomás de Roma.

obra de los sirios y griegos católicos. Su contenido, en resumen, era el siguiente:

Mientras los apóstoles se separaban para recorrer el mundo, Tomás fue asignado por sorteo a la India. Pero este apóstol, tímido, nervioso y angustiado, se negó a ir. Entonces fue comprado como esclavo del Señor mismo por el comerciante indio Abbanes, quien buscaba un arquitecto, según las instrucciones de su rey, Gundaphar. (De hecho, existió un rey indio, Gundaphar, que reinó entre los años 20 y 50 d. C., como lo atestiguan las inscripciones en las monedas de ese período). Durante el viaje a la India con Abbanes, Tomás guardó silencio.

El rey depositó inmediatamente una gran confianza en aquel desconocido, un "arquitecto". Puso a su disposición una gran riqueza para la planificación y construcción del palacio real. Pero Tomás donó toda la suma reservada para esta construcción a los pobres, argumentando que con ello había construido un gran palacio en el cielo para el rey. Ante el furioso soberano, su hermano fallecido se apareció y testificó de la realidad y la gloria del palacio celestial construido por Tomás. Entonces, milagrosamente, el hermano del rey resucitó, y ambos fueron convertidos y bautizados de inmediato por el apóstol Tomás.

Esta leyenda continúa: Tomás se adentró más en el reino vecino. Allí convenció al creciente número de esposas de la casa real para que se inclinaron a la abstinencia y la templanza en lugar de la vida matrimonial. (Esta misogamia es típicamente gnóstica, una característica frecuentemente perceptible en los "Hechos de Tomás"). Por lo tanto, el rey Mazdai lo mandó alancear por cuatro soldados. Incluso hoy en día, esta forma de muerte es un castigo constitucional en Siam por un delito político. La tradición señala "Calamina" como el lugar de la muerte, un lugar, sin embargo, que ciertamente no está probado. Es posible que tenga alguna conexión con la gran "Montaña de Tomás" cerca de Mailapur, el supuesto lugar de la muerte, sobre el cual se construyó una iglesia en honor a Santo Tomás en 1547. En el altar se encuentra la cruz de piedra de Tomás con inscripciones que datan del siglo VI al VIII.

siglos.

En todas las leyendas sobre Santo Tomás, es difícil separar la verdad de la ficción. El gnóstico Heracleón, a mediados de...

214 Los Apóstoles, del

siglo II, afirmaron que Tomás murió de muerte natural. Durante siglos, la Iglesia de Edesa se ha jactado de su tumba, que en un sermón de San Juan Crisóstomo se contó entre las cuatro tumbas conocidas de apóstoles. 14 Leyendas indias intentaron justificar esta afirmación sosteniendo que las reliquias de este apóstol fueron llevadas a Edesa en el siglo III. Luego, se informó que fueron llevadas, en el año 1258, de Edesa a Quíos, una isla griega. Y posteriormente fueron trasladadas a Ortona, donde aún se veneran.

También se han atribuido varios escritos al apóstol Tomás, todos ellos, sin embargo, falsos. Un "Evangelio de Tomás", originado en círculos gnósticos, se ha perdido.

Sin embargo, parece que fragmentos de esta obra se han incluido en otro "Evangelio de Tomás", que se conserva hoy en día, una extensa colección de divagaciones sobre la infancia de Jesús. Por ejemplo, se representa al Niño Jesús jugando en sábado, formando pajaritos de arcilla; y cuando un judío se quejó a José de que esta acción estaba quebrantando el sagrado sábado, el divino Niño aplaudió y los pajaritos de arcilla se alejaron rápidamente. El valor de estos y otros relatos ficticios similares se aprecia en la seriedad con la que Mateo y Lucas abordaron la infancia y la niñez de Jesús en sus Evangelios.

Otra obra que supuestamente se remonta a Santo Tomás es un falso "Apocalipsis". Este se originó bajo el título "Epístola de Nuestro Señor Jesucristo al Discípulo Tomás". Este escrito fue condenado ya a finales del siglo V por el Papa Gelasio I. Seleccionaba al azar chismes y rumores sobre los teólogos y horrores de los últimos siete de los treinta días de oscuridad antes del Juicio Final.

Este apóstol también se ha relacionado con la legendaria "Epístola del Señor al rey Abgar de Edesa". Supuestamente, el propio Tomás escribió esta epístola por orden explícita de Jesús. Luego, tras la Ascensión de Cristo, envió a Tadeo, uno de los setenta y dos discípulos, a Abgar para curar a su gobernante de una grave enfermedad.

Las verdaderas palabras de los Evangelios acerca del apóstol Tomás

presenta una base más fiable para describir las obras apostólicas de este obrero de Cristo que los escritos apócrifos artificiales. Hay fanáticos modernos que no han dudado en expresar sus ideas: Tomás no estaba calificado para la vida, o su vida apenas merecía la pena. ¿Qué podía hacer por la humanidad una persona tan melancólica, que solo se hacía la vida imposible a sí misma y a los demás? Pero, yendo más allá de la superficie, podemos replicar con claridad: ¡Cuán grandes y abundantes son las obras de tales hombres, si tan solo una mano bondadosa y paciente los ayudara a superar sus crisis! Tras aquel milagro de la divina misericordia, la segunda tarde después del Domingo de Pascua, Tomás se vio finalmente libre de la carga de su propio yo; a partir de entonces, perteneció solo a su Maestro, el Señor. Entonces cargó con la carga de la gratitud, una gratitud tan grande y sincera que perdura por la eternidad. Está en deuda con la misericordia de Dios por seguir siendo apóstol en lugar de convertirse en apóstata.

Así como la compasión del Señor fue una espina para Pablo, el perseguidor herido, también lo fue para Tomás, el escéptico dolido. Es profundamente simbólico que, según la historia o la leyenda, estos dos apóstoles trabajaran en tierras lejanas: Tomás en las fronteras de Oriente, la India, y Pablo en las fronteras de Occidente, España. Su amor ardiente y urgente por Cristo los impulsó a ambos a ir más lejos, pues su sed de almas no se saciaba hasta llegar a las orillas del mar.

La predicación apostólica de Tomás fue ciertamente suave, indulgente, casi dulce, como el sonido claro y alegre de una campana fundida y moldeada con abundante plata tras ser procesada con mucho esfuerzo sobre el fuego ardiente. Por experiencia propia, Tomás conocía los caminos infructuosos de los corazones humanos. En un ensayo de un padre oriental de la Iglesia sobre el juicio en el valle de Josafat, el Señor le habla a Tomás y lo amonesta con dulzura:

"Tomás, amado mío, ten compasión de mi pueblo, cuyos ojos te miran, como tú me miraste en la Resurrección. Recuerda mi amistad contigo el día de tu incredulidad. Te consolé y te dije: 'Ven, Tomás, mete tu mano en mi costado. Ven, Tomás, mete tu dedo en mi mano'. Sabe,

216 Los Apóstoles

Tomás, Amado mío, que yo soy un Señor compasivo y misericordioso. Les he mostrado misericordia desde el principio. Y quiero que hoy sean misericordiosos como yo.

Aquí Jesús pronunció en voz alta lo que Tomás había repetido una y otra vez en lo más profundo de su corazón. Este apóstol, conociendo el verdadero significado de la compasión, había sufrido demasiado como para no poder comprender a otros cuyos corazones estaban destrozados. ¿Pero era solo una comprensión? Tomás, atormentado por la duda, sobre quien, sin embargo, el glorioso sol de Pascua había amanecido y brillado con un esplendor especial, fue capaz no solo de comprender la tristeza humana, sino también de transfigurarla en dicha o

De los doce artículos del Credo de los Apóstoles, la leyenda atribuye simbólicamente a Tomás este: «Descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos». No debía difundir melancolía ni mera compasión, sino también un glorioso aleluya, el aleluya que había extraído del corazón del Señor, como de un manantial fresco, con su propia mano temblorosa.

El corazón del Señor resplandece de amor. Los evangelistas observaron la estrecha confianza que dos de los apóstoles depositaron en el corazón del Señor: Juan y Tomás, el apóstol amado y el apóstol incrédulo. Pareciera que el incrédulo sufriente hubiera penetrado en las profundidades del corazón de su Maestro retornado mucho más profundamente que el discípulo a quien Jesús amaba. Pareciera que el gran tormento y la necesidad de amor del incrédulo lo hubieran presionado aún más hacia ese corazón consolador. Una hermosa leyenda ha transmitido el dicho de que la mano de Tomás, que fue colocada en el costado del Salvador resucitado, permaneció roja con la mancha de sangre por el resto de la vida del apóstol. Nunca pudo olvidar la visión de esa herida. Permaneció roja ante sus ojos; no podía olvidar; no podía dudar.

Rubens creó un conmovedor retrato de Tomás. Un rostro cansado y apacible mira con desprecio a cualquiera que lo admire. Su rostro está lleno de dolor. Está arrugado por la duda, el pensamiento y la preocupación. Sus ojos están cansados por las muchas noches sin dormir y las muchas lágrimas que derramó. Pero a través de todo esto, aparece la alegría de ver al Salvador resucitado. El camino, que una vez fue tan oscuro y sombrío, fue nuevamente iluminado por el esplendo

Tomás 217

de la gloria y el gozo del regreso de su Maestro. Entonces se aclaró su meta eterna.

¡Qué hermosa imagen de Tomás! Su fe fue restaurada, su lucha vencida. Su camino fue iluminado y su meta se acercaba cada vez más. Podía ver la herida en el costado del Señor y las heridas en sus manos; podía ver el corazón del Señor donde se encuentran la paz y la inquietud.

Éste fue el apóstol Santo Tomás, quien aceptó una gracia especial y convirtió su duda en salvación.

Los hermanos... y el traidor

■ TERCERA PARTE

- • • Santiago el Menor
- • • Judas Tadeo
- • • • • Simón
- • • Judas Iscariote

Pero al ver a la multitud, sintió compasión de ella, pues estaba desconcertada y abatida, como ovejas sin pastor. Entonces dijo a sus discípulos: «La mies es abundante, pero los labradores son pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies». Después, llamando a sus doce discípulos, les dio poder ...

Estos

son los nombres de los doce apóstoles: ... Jacobo hijo de Alfeo, y Tadeo, Simón el cananeo, y Judas Iscariote, el que también le entregó (Mt. 9: 36-10 :4) .

Jarnes el Menor

■ CAPÍTULO NUEVE

SANTIAGO el Menor, firmemente fijado en el noveno lugar en las cuatro listas de los apóstoles, fue hecho el líder del tercer grupo de apóstoles, que estaba compuesto por los hermanos de Jesús y su traidor. San Marcos lo llamó "el Menor" para distinguirlo del otro apóstol llamado Santiago, hijo de Zebedeo y hermano de Juan. 1 También se le llama "el Joven". Parece que no era tan mayor como Jacobo el Mayor —Santiago el Grande, el Mayor— y quizás era de menor estatura (la palabra latina "menor" puede significar "más joven" o "más pequeño", o ambos). El significado simbólico del nombre completo del apóstol, Jacobo el Menor, el Menor, se aclarará en este capítulo.

Los hombres de este último grupo nos presentan no solo rostros nuevos, sino también nuevas personalidades entre los Doce. Muchos se han acostumbrado a llamar a todos los apóstoles simplemente "los pobres pescadores de Galilea". Pero en realidad, el grupo que rodeaba a Cristo estaba compuesto por hombres no solo de temperamentos y personalidades muy diferentes, sino también de diversas profesiones. Provenían de diferentes círculos sociales. Algunos eran ricos; otros, pobres. Con el llamado de este tercer grupo de apóstoles, los labradores de la tierra también recibieron voz para transformar el mundo entero. Santiago, Judas Tadeo y Simón eran agricultores.

El Evangelio en sí no justifica explícitamente tal conclusión. Con la excepción de los nombres de estos tres parientes de Jesús, no se menciona nada más sobre ellos. San Juan solo registró algunas palabras sobre Judas Tadeo. Por otro lado, Santiago y Judas dejaron dos epístolas en el Nuevo

Apóstoles, ambos revelan indirectamente mucho sobre sus personalidades y actitudes. Estas alusiones rodean las Epístolas como la fragancia de los campos florecientes, la grosura de la tierra y el rocío del cielo rodearon a Esaú. 2 Las escenas de fondo, las descripciones, las comparaciones, las alusiones: todo apunta a los labradores de la tierra como sus amos. Ningún pescador rudo, ningún recaudador de impuestos astuto, ningún erudito culto, sino solo un agricultor dedicado a la naturaleza, su cuidado y cultivo, podría escribir frases como estas:

Porque el sol sale con ... pasará como la flor de la... hierba del hombre rico. un calor abrasador y seca la hierba, y su enramada se cae y la belleza de su apariencia perece.

Si alguno no ofende con palabras, es un hombre perfecto, capaz también de guiar con bridas todo el cuerpo. Porque si ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, también controlamos todo su cuerpo.

Por tanto, hermanos, tengan paciencia hasta la venida del Señor. Miren cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. 8

La suposición que suscita tal lenguaje se confirma mediante un documento histórico de Hegesipo, conservado por el historiador de la Iglesia Eusebio a mediados del siglo II. Según este registro histórico, Domiciano, quien gobernó del 81 al 96, convocó a Zoker y Santiago, dos nietos del apóstol y hermano del Señor, Judas Tadeo, y sobrinos nietos del apóstol y hermano del Señor, Santiago el Menor, a Roma, por ser sospechosos de alta traición. Durante su interrogatorio oficial, ambos mencionaron la propiedad que les correspondía, aproximadamente nueve acres y medio de tierra cultivable, y le mostraron sus manos encallecidas. Domiciano, quien los temía como parientes peligrosos de Jesús de Nazaret, los liberó, ilesos, para que regresaran a su hogar.

Si se tiene en cuenta que, según la costumbre judía, las posesiones de una familia se heredan sólo por parientes consanguíneos, entonces se comprenderá fácilmente que el abuelo, Tadeo, y sus hermanos, Santiago y Simón, ya habían trabajado esas nueve hectáreas y media con el sudor de su frente.

El Señor llamó tanto a pescadores como a agricultores para que fueran sus apóstoles.

Menor, 223. ¡Qué significativo es que ambos hubieran vivido de mucho trabajo, y aún más de paciencia! Ni uno ni otro tenían control total sobre su éxito, pues ambos trabajaban con la naturaleza, que solo Dios controla. Esta era una buena preparación para el apostolado, para la pesca y el cultivo de almas para su divino Creador. El agricultor trabajaba en tierra firme y sólida; el pescador tenía que ejercer su oficio en la incierta superficie del mar. El primero era menos flexible y también menos adaptable que el segundo. El agricultor era lento para actuar, reflexivo, considerado y perseverante. Su ocupación sin duda ayuda a explicar el discurso conservador de

Santiago, el hermano del Señor. En

las cuatro listas de los apóstoles, a este Santiago menor se le llamaba «hijo de Alfeo» para distinguirlo de Santiago mayor, hijo de Zebedeo. Hegesipo también lo llamó Cleofás, Cleofás. Quizás se tratara de un segundo nombre. Es posible que simplemente se trate de una forma o pronunciación diferente del mismo nombre. La opinión de que Alfeo también se llamaba Cleofás encuentra cierto respaldo incluso en los Evangelios. Marcos y Juan registraron varios nombres de las piadosas mujeres que estuvieron junto a la cruz en el Calvario. Entre ellas, Marcos mencionó a «María, la madre de Santiago el Menor». Juan, sin embargo, escribió: «Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María de Cleofás», es decir, María, la esposa de Cleofás. 6 Es muy probable

que estas dos Marías, aparentemente diferentes, fueran la misma persona. Marcos la distinguió de las demás Marías al nombrar a su hijo; Juan, al nombrar a su esposo.

Entonces, sin embargo, Alfeo debe necesariamente considerarse la misma persona que Cleofás, pues Santiago el Menor era sin duda hijo de Alfeo y María; y esta María, como se señaló anteriormente, era la esposa de Cleofás. Respecto a este Alfeo Cleofás no se hace referencia en las Escrituras. Muchos comentaristas conjeturan que fue el Cleofás a quien se le apareció el Salvador resucitado en el camino a Emaús. Hegesipo opinaba que era hermano de San José, el padre adoptivo de Jesús.

Esto ya establecería una cierta afinidad entre Santiago y Cristo. 8

224 Los Apóstoles.

María, madre de Santiago y esposa de Cleofás, fue explícitamente llamada «hermana de su madre [de Cristo]» por San Juan. Quizás en realidad era hermana de María, la madre de Dios; esto presenta la dificultad de explicar que dos hermanas tuvieran el mismo nombre en una misma familia. Posiblemente eran primas. O podría tratarse de una afinidad matrimonial, ya Virgen María. En . que la esposa de Cleofás era cuñada de la Santísima cualquier caso, eran parientes.

La estrecha relación de esta noble esposa con la madre de Jesús se expresa vívidamente en su participación en la vida y los sufrimientos del Señor. En su relato de la Crucifixión, San Mateo elogió a las piadosas mujeres que

Estaban allí, mirando desde lejos, quienes habían seguido a Jesús desde Galilea, ayudándolo. Entre ellos estaban María Magdalena, María, la madre de Santiago y José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

María, la madre de Santiago, permaneció bajo la cruz con los pocos valientes y fieles, abrazando a su hermana. María consoló a la madre de Dios, asegurándole que no estaría abandonada ni sola, aunque su Hijo estuviera muriendo en la cruz. Estuvo con María Magdalena en el sepulcro, y juntas fueron las últimas en salir de la tumba en la oscura tarde del Viernes Santo. Estuvo con María Magdalena y Salomé cuando fueron al sepulcro en el gris amanecer de la mañana de Pascua para llevar sus ofrendas de amor, especias y ungüentos, para ungir el cuerpo de su Mesías crucificado. 10 Y, por lo tanto, estuvo entre las mujeres que serían bendecidas con el primer «Lumen Christi», el primer aleluya pascual. 11 También fue con las demás a llevar la feliz noticia a los apóstoles. 12

Santiago tuvo una buena madre, fiel seguidora de Cristo, que lo acompañó durante su vida pública hasta la cruz, incluso hasta la tumba. Como la mayoría de los apóstoles de todos los tiempos, fue preparado por su madre para el apostolado de Cristo. La santa mujer consideró una gran gracia, bendición y honor poder ofrecer a su hijo a Dios, ¡y qué triste y patética es la madre que rechaza este excepcional privilegio!

Santiago el Menor

225. Los escritos del Nuevo Testamento también mencionan a los hermanos de Santiago. Al registrar los relatos del Viernes Santo y la Pascua, San Marcos habló una vez de «María, la madre de Santiago el Menor y de José», y en otra ocasión, simplemente de «la madre de José», y en una tercera, solo de «la madre de Santiago». 13 El autor de la Epístola de San Judas Apóstol se presenta como «el hermano de Santiago». 14 La estrecha relación entre Judas (Tadeo) y Santiago también se menciona

en las listas de los apóstoles de Lucas. 15 Santiago, Judas, José y Simón aparecen por primera vez como hermanos en los Evangelios, donde se les llama «hermanos de Jesús». Cuando Jesús regresó a Nazaret, su país natal, y estaba enseñando en la sinagoga, la gente que lo conocía bien se sintió ofendida y asombrada. Y esta gente podía decir: «¿No es este el carpintero el hijo de María, el hermano de Santiago, José, Judas y Simón?»

Surge inmediatamente la pregunta: "¿En qué sentido se usa el término "hermanos de Jesús" en este pasaje y en otros similares de los Evangelios?". Mucho se ha escrito sobre la única cuestión de si Santiago, llamado hermano del Señor, era el mismo apóstol, Santiago el Menor, hijo de Alfeo.

Dado que los Evangelios hablan tan repetidamente de muchos "hermanos de Jesús", se puede presumir inmediatamente que no se refieren a hermanos naturales, sino a parientes más lejanos de Jesús. En el Evangelio, se hace evidente la intención suprema de María: «No conozco varón». 11 Desde tiempos muy remotos, la Iglesia ha defendido y preservado como una perla preciosa el testimonio evangélico de la virginidad de María. Por lo tanto, la expresión «hermano de Jesús» no constituye en absoluto una prueba de la opinión de que este término signifique un parentesco consanguíneo.

Incluso hoy en Oriente, como hace siglos, la palabra «hermano» tiene más de un significado. No solo denota hermano, sino que también puede significar sobrino, primo, cuñado e incluso amigo, camarada o compañero. 18 Cuando se dan los nombres de los padres, se puede concluir que el término significa "hermano" en el sentido normal. Pero nunca se mencionan los "hermanos de

"Jesús" significaba hijos de María. Los habitantes de Nazaret enfatizaron que Jesús era el Hijo de María, y lo hicieron en la misma frase en la que se nombraban a sus "hermanos". 19

Sin embargo, la súplica de Cristo en la cruz a Juan permanece en primer lugar. desconcertante: "He ahí a tu madre." Y consoló a su madre María: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» 20 —tu hijo, no un hijo. Pero aquí la única interpretación lógica de esta relación es una estrecha unión espiritual. Si María hubiera tenido otros hijos, nuestro Señor no habría confiado solo a Juan el cuidado de su madre solitaria. Todos habrían expresado de inmediato no solo su derecho, sino también su deber de cuidar de ella. Mientras tanto, la evidencia de que el «hermano de Jesús» no solo puede entenderse como «primo», sino que incluso debe tomarse en ese sentido, queda ciertamente clara en Santiago el Menor, «hermano» del Señor. Pues con toda probabilidad —lo que implica una certeza práctica— Santiago, el hermano del Señor, era la misma persona que Santiago, el apóstol del Señor.

En el capítulo introductorio de los Hechos de los Apóstoles, San... Lucas nombró solo a dos hombres llamados Santiago, no tres: Santiago, hijo de Zebedeo, y Santiago, hijo de Alfeo. 21 En el capítulo doce registró la muerte del mayor Santiago. Después, el escritor sagrado habló simplemente de un Santiago: ya no consideró necesario distinguirlo de ningún otro Santiago. Sin embargo, estos pasajes muestran claramente que este Santiago era muy conocido y estimado, y que era un líder de la Iglesia en Jerusalén. Si San Lucas hubiera hablado de un tercer Santiago, distinguiendo entre Santiago el Menor y Santiago, el hermano del Señor, lo habría señalado como lo hizo antes del martirio de Santiago el Mayor.

La Epístola a los Gálatas confirma esta misma interpretación. San Pablo hablaba de su primera visita a Jerusalén tras su conversión, para ver a Pedro. Continuó: «Pero no vi a ninguno de los otros apóstoles, excepto [en griego: ei me] Santiago, el hermano del Señor». 22 Aquí Pablo testificó que Santiago, el hermano del Señor, era uno de los apóstoles. Esta es la interpretación natural y lógica; cualquier otra es forzada y artificial.

· Finalmente, si este Santiago no hubiera sido uno de los apóstoles, su posición en la Iglesia primitiva no habría sido comprensible. Quienes se niegan a aceptar que Santiago, el hermano de los

Señor, era el apóstol, Santiago el Menor, se ven obligados a admitir que este "Santiago, aunque no fue recibido por los otros apóstoles en su grupo después de la muerte del hijo de Zebedeo, no obstante... mantuvo una posición apostólica." 2 3 Cullmann hizo la declaración, ciertamente indefendible, de que, cuando Pedro partió de Jerusalén, dejó sus derechos especiales detrás de él con Santiago.

Santiago el Menor, hermano del Señor, era Santiago el apóstol. Esta es la única conclusión posible si se demuestra inequívocamente que este «hermano de Jesús» es hijo de Alfeo y María, hermana de la madre de Jesús. No es hijo de la madre de Dios ni hijo de José de un matrimonio anterior, como afirman los relatos legendarios del llamado Protoevangelio del apóstol Santiago. Solo con esta interpretación se demuestra que Santiago es hijo de la «hermana» de la madre de Jesús y pariente del hermano de José, el padre adoptivo de Jesús.

La Iglesia griega ve en estos "hermanos de Jesús" a los hijos de Cleofás, hijos del hermano de San José. La Iglesia romana, en cambio, los reconoce como hijos de María, hermana de la Santísima Virgen María. Sin embargo, estas dos interpretaciones diferentes sobre la naturaleza de su relación no son diametralmente opuestas: pueden armonizarse. Pues, en virtud del matrimonio de María con Cleofás, mencionado por San Juan (19:25), estos "hermanos" estaban emparentados con Jesús, así como con la Virgen María y San José.

A lo largo de los Evangelios, los hermanos de Jesús asumieron con frecuencia una relación inusual con el Señor, relación que contrastaba directamente con la de los demás apóstoles con Jesucristo, su líder.

San Marcos, por ejemplo, escribió: « Y

llegaron su madre y sus hermanos, y estando afuera, mandaron a llamarlo. Había una multitud sentada a su alrededor, y le dijeron: «Mira, tu madre y tus hermanos están afuera, buscándote». Él respondió y les dijo: «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?». Y mirando a los que estaban sentados a su alrededor, dijo: «Mirad, mi madre y mis hermanos. Porque quien hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre». 2 4

San Juan observaron en la mitad de su Evangelio: «Porque ni siquiera sus hermanos creían en él». 25 Aquí Jesús volvió a referirse a parientes, pero no a hermanos de sangre; y obviamente estos hermanos no eran los dos o tres que había elegido para ser apóstoles. Estos parientes lejanos también eran sus «hermanos». Mientras tanto, el texto no descarta la idea de que aquellos de sus hermanos que fueron elevados a la nobleza del apostolado encontraron especialmente difícil creer en Jesús.

Psicológicamente, esto es comprensible, inevitablemente natural. Porque estos parientes del Señor, aquellos compañeros que viajaron a diario con él en su juventud, aquellos camaradas que jugaron con él y compartieron sus dificultades, aquellos que posiblemente incluso disfrutaron de la misma cama y mesa con él, aquellos parientes familiares, entonces, humanamente hablando, vivían demasiado cerca de Jesús.

Según una antigua tradición, la madre de estos hijos, María, esposa de Cleofás, tras la temprana muerte de su esposo, se fue a vivir con su hermana, la madre de Jesús, a la casa de Nazaret. Sus hijos ni siquiera notaron la inusual superioridad de su noble y serio primo. Y ahora estaban más que contentos con él, ingenuamente orgullosos de que alguien tan grande viniera de su propio grupo de pobres. Sin embargo, para comprender y apreciar plenamente la misión espiritual y divina de Jesús, estos parientes, precisamente como parientes, tuvieron que recorrer un camino más largo y difícil que los demás apóstoles.

Los parientes de Cristo fueron colocados al final de las cuatro listas de apóstoles. Con tacto, nuestro Señor asignó a sus primos a los últimos lugares, pero también pudo haber sido su dolorosa vacilación para creer lo que los clasificó en el último grupo. Pedro, el primero entre los apóstoles, fue también el primero en la fe. En la primera Epístola a los Corintios, San Pablo mencionó que Cristo «fue visto por Santiago, y luego por todos los apóstoles». 26 El «Evangelio Hebreo» registra que, después de la Última Cena, Santiago hizo voto de no comer pan hasta haber visto de nuevo a Jesús como el Salvador resucitado.

¿Necesitó Santiago, por casualidad, un fortalecimiento especial en su fe, como Tomás, o incluso más que Tomás? Como Tomás estaba físicamente ausente cuando Cristo se apareció a los apóstoles, ¿acaso Santiago, aunque presente, no creyó la primera vez?

Se puede suponer que Santiago no creyó completamente en Jesús, su primo, como "el Señor y Dios" hasta que conoció a

Lo encontró cara a cara después de la Resurrección. Su contacto personal con Jesús fue meramente externo, no una verdadera unión íntima. Muchas veces esto resultó ser un obstáculo y un impedimento para la gracia de Jesús. La sangre es menos importante que la gracia. Quien está unido a Jesús en la fe y el amor es realmente su hermano, hermana e incluso madre, como María, quien estaba unida a él en cuerpo y alma. 21

Santiago, el obispo de Jerusalén

Santiago el Menor es comparable a una estrella tardía que empieza a brillar sólo después de que las otras estrellas se desvanecen en el horizonte. En los Evangelios, durante los primeros diez años de la historia de los apóstoles, casi no se supo nada de Santiago. Pero tras el martirio de Santiago el Mayor en el año 42, y tras la huida de Pedro de Jerusalén "a otro lugar", apareció repentinamente a la luz de la historia. En la emocionante noche de su milagrosa fuga de la prisión, Pedro fue a casa de Marcos y le dejó la instrucción: «Comparte esto con Santiago y con los hermanos». 28 Este énfasis especial en Santiago ya indicaba su posición prominente en la Iglesia Madre de Jerusalén. San Pablo también lo nombró «columna» de la Iglesia.

Eusebio, el historiador de la Iglesia, afirmó expresamente que Santiago fue el primer obispo de Jerusalén, 29 un hecho que se evidencia claramente en los Hechos de los Apóstoles. Y tan a menudo como San Pablo habló de sus viajes a Jerusalén, mencionó a Santiago, una vez como el único apóstol presente en Jerusalén, y ciertamente como el líder de la Iglesia en esa ciudad. 30 Esta ciudad verdaderamente santa fue sin duda el puesto más importante de la Iglesia apostólica. Aquí el Señor mismo trabajó, sufrió, resucitó de entre los muertos y ascendió al cielo. Fue el corazón del cristianismo en los primeros años de la Iglesia de Cristo. Jerusalén debía tener el honor que luego se le concedió a Roma. Perdió este privilegio por su propia culpa. Según una antigua profecía, «de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor». 31 «¡Jerusalén, Jerusalén! Tú que matas al profeta... Allí apedreas a los que te son enviados... No quedará piedra sobre piedra que no sea arrojada de la ciudad que intentó asesinar a Dios, el reino de Dios.»

Dios fue trasladado por la mano divina a otra tierra.

Conscientes de esto, debemos tener un gran respeto por Santiago, ya que este apóstol, y no Pedro, ni Juan, ni Andrés, mantuvo el cuidado y la guía de la Iglesia en la ciudad condenada. Esta fue también la opinión de San Juan Crisóstomo y San Jerónimo. 32 Su relación con el Señor y, aún más, su inusual respeto y celo por la Antigua Ley lo hicieron aparecer ante sus compañeros apostólicos como la persona más capaz para la difícil tarea de cultivar y nutrir el maravilloso árbol del cristianismo en el terreno pedregoso del judaísmo.

En un antiguo escrito sirio, «Las enseñanzas de los apóstoles», el importante papel de Santiago se expresó en estas palabras extraordinariamente solemnes:

Jerusalén y todas las regiones circundantes de Palestina, las provincias de los samaritanos y los filisteos, los distritos de los árabes y los fenicios y el pueblo de Cesarea, recibieron la inspiración del sacerdocio del apóstol Santiago, el legislador y líder de la Iglesia de los apóstoles, que fue establecida en Jerusalén, en Sión.

Sin embargo, debido a, o más bien a pesar de, la dignidad y majestad del obispado de Jerusalén, la pesada carga que implicaba no puede pasarse por alto. Santiago tenía la misión más importante, y quizás la más difícil, dentro de la Iglesia apostólica. En esta ciudad vivían los asesinos del Señor, cuyo odio aún ardía. Con el horrible fanatismo de los religiosos hipócritas, persiguieron también a los apóstoles, a quienes consideraban traidores a su antigua religión, merecedores únicamente de ser crucificados. Solo el sereno y sabio sumo sacerdote del Sanedrín, Gamaliel, fariseo y maestro de la Ley, salvó a los apóstoles del destino de su Maestro. 33 Razonó y argumentó a partir de ocasiones similares del pasado. Por su propio bien, defendió a los apóstoles y les pidió una resistencia meramente pasiva. Sin embargo, no fue escuchado, y en ese momento sus palabras simplemente provocaron una nueva y sangrienta persecución.

El noble diácono Esteban, el primer mártir de la Iglesia primitiva, fue una santa advertencia para los apóstoles y para todos los cristianos, para que se mantuvieran siempre dispuestos a morir por Cristo. Su lapidación fue, de hecho, la señal de una «gran persecución contra...»

Iglesia en Jerusalén", dirigida por Saulo, el perseguidor que "acosaba a la Iglesia" y causaba mucho terror y horror entre los primeros cristianos. 34 La ira y el prejuicio que asolaron Jerusalén contra la comunidad de los fieles de Cristo durante diez años después de la Resurrección solo fueron igualados por la otra persecución llevada a cabo por el rey Herodes Agripa I. "Viendo que agradó a los judíos", Herodes mandó ejecutar a Santiago el Mayor; y tenía la intención de hacer lo mismo con Pedro.

35

Como obispo de Jerusalén, Santiago el Menor tenía un cargo doloroso que cumplir. Esperó como Daniel en el foso, en medio de leones que podían atacar a cualquier hora. En un martirologio copto se afirma que, cuando el mundo se dividió en distritos para ser evangelizados, Santiago eligió la tierra de los paganos. Esto es sólo una leyenda; sin embargo, al reflexionar sobre aquella ciudad por la cual el Señor se había lamentado, bien podría haber mirado a lo lejos hacia donde sus compañeros habían ido y estaban trayendo una cosecha más rica para Cristo, mientras él permanecía en Jerusalén, la ciudad del Este y del Oeste, del atardecer y del ocaso, la ciudad de la luz y de la oscuridad, del nacimiento y de la muerte.

Sin embargo, la misión de Santiago el Menor era noble, la más loable de todas. Podía conducir a Cristo al remanente escogido de los judíos, a quienes Dios había dado su promesa de conversión definitiva, el triunfo definitivo de la misericordia divina. La obra de Santiago se aprecia en sus directas palabras a Pablo: «Ves, hermano, cuántos miles de creyentes hay entre los judíos, todos ellos celosos defensores de la Ley». 37 Cabría preguntarse cómo Santiago pudo cosechar esta gratificante cosecha para Cristo en un campo tan pedregoso y arrasado por el granizo. Aparte de la gracia que había dejado en medio de la incredulidad de Israel... siete mil hombres que no se han arrodillado ante Baal», 38 fue Santiago el Menor, con su piedad, devoción y respeto por los sentimientos sensibles de los judíos, quien conquistó a este remanente del pueblo.

Todas las fuentes antiguas destacaron la vida santa de Santiago. En el quinto libro de sus Comentarios, Hegesipo escribió:

Desde los tiempos de Cristo hasta nuestros días, todos lo llamaban «el Justo». Era santo incluso en el vientre de su madre. V

no bebieron otras bebidas embriagantes, pero comieron algunas cosas aún vivas. No usó tijeras en la cabeza, no se ungió con aceite ni frecuentaba baños públicos. Solo a él se le permitía entrar al santuario [del templo]. De tanto arrodillarse, sus rodillas se endurecieron como las de un camello. Por la sobreabundancia de su justicia, fue llamado «el Justo y el muro defensor del pueblo».

Este ascetismo, que superaba al de los fariseos —Santiago fue nazareno de toda la vida, obligado por un voto de abnegación— causó una profunda impresión en el pueblo judío. Incluso en tiempos de San Jerónimo (fallecido en el año 420), existía la tradición de que multitudes de judíos se agolpaban alrededor de Santiago para tocar la costura de su vestidura . 39 para la Tal era el hombre llamado a ser apóstol y obispo de Jerusalén raza que se aferraba a sus costumbres religiosas con tanta obstinación que rechazaba y condenaba al Mesías. Este pueblo, sin embargo, vio en Santiago un ejemplo vivo de que decir sí a Cristo no era traición, sino cumplimiento de la Ley Antigua.

Nadie permaneció arrodillado en el templo más tiempo que Santiago, quien se encontraba allí día y noche, como Ana la profetisa. Nadie fue más fiel a la Ley que Santiago. Incluso hoy esto se refleja en su Epístola, que muchos afirman —aunque erróneamente— que es más del Antiguo Testamento que del Nuevo. Este obispo de Jerusalén tenía un gran respeto por la Alianza de la Antigua Ley, y su Epístola está llena de alusiones a los escritos y la historia del Pueblo Elegido. Este apóstol, fiel a la Ley y bastante conservador, fue como un puente entre la Divina Providencia y Jerusalén, una última gracia para la ciudad. Santiago, que se había convertido en parte de ambos Testamentos, fue como un segundo Moisés, que guiaría al pueblo del Antiguo Testamento a la Tierra Prometida del Nuevo Testamento. En esto residía la singularidad e importancia de Santiago, apóstol y obispo de Jerusalén.

Ciertamente, el Antiguo y el Nuevo Testamento, la sinagoga y la Iglesia, se acercaron de forma alarmante en Santiago. En tal situación, ¿no prevalecería el Antiguo Testamento sobre el Nuevo? ¿Podría la Iglesia liberarse de su dependencia del Templo? La historia de las primeras sectas, los ebionitas y otros, muestra cuán peligrosa era la adhesión de los judíos , cristianos a...

sus propias costumbres religiosas podrían llegar a ser. La gente no vierte vino nuevo en odres viejos, pues los odres revientan, el vino se derrama y los odres se arruinan. Pero ponen vino nuevo en odres nuevos, y ambos se salvan.

La Iglesia pertenece al mundo, no solo al pequeño rincón de Palestina. Y para el mundo, la Divina Providencia eligió a otro apóstol: Pablo. San Pablo fue el padre de los cristianos gentiles; Santiago fue el líder de los cristianos judíos.

Santiago el Menor defendió Jerusalén; Pablo, el converso, fue asignado a Roma. Por lo tanto, ¿eran estos dos oponentes? ¿O eran hermanos y colaboradores con instrucciones diferentes del mismo Cristo?

Santiago, ¿opponente o hermano de Pablo?

Las Sagradas Escrituras descartan sin duda la opinión de que Santiago fuera un «cristiano judío de mente estrecha». Tampoco era «el hombre odioso» para Pablo. 41 De hecho, Santiago respetaba personalmente la Ley Mosaica hasta la última letra, pero también tenía en alta estima todos los principios cristianos. Sabía que la salvación provenía de Jesús, no de Moisés. Pablo era su "hermano". 42 En realidad, esto fue heroico por parte de Santiago, pues Saulo, el joven lobo, había asaltado una vez el Hock en Jerusalén: "entrando casa por casa, y sacando a hombres y mujeres, los entregó a la cárcel". 43 No se puede negar que entre Santiago y Pablo había cierta tensión y discordia, que no surgieron debido a faltas personales, sino debido a diferencias en sus misiones.

Tres veces en la historia de los apóstoles, Santiago y Pablo fueron mencionados juntos. La primera vez fue en el Concilio de los Apóstoles. Allí se discutió y decidió la cuestión más importante en la historia de la Iglesia: si los cristianos gentiles estaban sujetos a la Ley de Moisés. Pedro ya había hecho uso de su plena autoridad para atar y desatar, y explicó:

¿Por qué, pues, tentáis ahora a Dios, poniendo sobre el cuello de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Pero nosotros creemos que somos salvos por la gracia del Señor Jesús, igual que ellos.

234 Los Apóstoles

Entonces todas las miradas se posaron en Santiago. Ambos bandos, unos con esperanzas en los judíos, otros a favor de los gentiles, esperaban con ansias. ¿Cuál era la opinión de este distinguido y el más conservador de todos los apóstoles? ¿Qué postura adoptaría?

Santiago se levantó y habló:

Hermanos, escúchenme. Simón ha contado cómo Dios visitó primero a los gentiles para tomar de entre ellos un pueblo que llevara su nombre. Y con esto concuerdan las palabras de los profetas, como está escrito: «Después

de esto volveré y reedificaré el
tabernáculo de David, que está caído, y sus ruinas

reconstruiré y lo levantaré;

para que el resto de la humanidad busque

al Señor, y todas las

naciones sobre las que se invoca mi nombre, dice el Señor,
que hace estas cosas».

'Al Señor le fue conocida su obra desde el
principio del mundo.'

Por tanto, mi juicio no es inquietar a los gentiles que se convierten al Señor, sino enviarles instrucciones escritas para que se abstengan de todo lo contaminado por los ídolos, de la inmoralidad sexual, de todo lo estrangulado y de la sangre.

Porque Moisés desde tiempos pasados tuvo sus predicadores en cada ciudad, en las sinagogas, donde se leía en voz alta cada sábado."⁴⁵

Las primeras palabras registradas de Santiago que tenemos son grandiosas: los gentiles no debían ser agobiados más de lo que ya estaban. No fue fácil para este obispo de los judíos abrirles la puerta a los gentiles para que tuvieran la libertad de los hijos de Dios.

Unos cinco años después, San Pablo, en su Epístola a los Gálatas, escribió sobre esta reunión de los apóstoles: ... Santiago, Cefas y Juan, considerados pilares, nos dieron a mí y a Bernabé la diestra en señal de compañerismo, para que nosotros fuéramos a los gentiles, y ellos a los circuncidados... ». 46 Aquí nombró a Santiago en primer lugar, incluso antes que a Pedro. Era la voz de Santiago a quien San Pablo más temía. En esta cuestión, lo que dijo Santiago, obispo de Jerusalén, fue doblemente importante, pues Santiago era judío y obispo de los judíos, y favorecía a los gentiles.

Nunca se podrá decir cuán grande o pequeño habría sido el seguimiento de Cristo si estos dos no se hubieran sometido y obedecido. Pero el amor de Cristo es capaz de unir incluso a un Santiago y a un Pablo.

Si uno relee la explicación de Santiago con más atención, percibirá que el apóstol no llegó a su decisión sin muchas dudas ni vacilaciones. Su corazón se inclinaba a decir que no.

Pero él era justo y fiel. En una cuestión que concernía a Dios mismo, a los profetas y a la vida de otros, cristianos hasta el fin del mundo, no podía decidir basándose únicamente en sus sentimientos personales. Aun así, ciertamente no podía restringir sus cuatro condiciones. Estas restricciones solo pretendían eliminar cualquier ofensa o escándalo que los cristianos judíos pudieran haber sentido por las acciones de los cristianos gentiles. En beneficio de la comunidad cristiana, estas cuatro cargas "indispensables" se incorporaron al decreto de los apóstoles y se enviaron a los gentiles con el argumento: "Guardaos de estas cosas y os irá bien". Así, se consideró un entendimiento fraternal con los cristianos judíos.

Las dos primeras de estas cuatro condiciones —no tomar parte en sacrificios paganos y observar completa abstinencia de la inmoralidad que era parte de la vida diaria de los paganos— no eran en absoluto difíciles de entender y observar para los cristianos gentiles.

Pero las otras dos exigencias no eran comprensibles ni factibles: que no debían comer carne a menos que fuera pura según la ley judía, y que la sangre estaba prohibida. Es notable que San Pablo nunca insistió en estos puntos en sus Epístolas a los Gentiles.

Quisiéramos encontrar un breve recuerdo de Pablo en el discurso de Santiago. San Pablo se encontraba en la reunión de los apóstoles, cansado y fatigado por sus muchos y largos viajes misioneros.

Sin embargo, Santiago solo hizo referencia a Pedro, a pesar de que «Bernabé y Pablo relataron las grandes señales y prodigios que Dios había realizado entre los gentiles por medio de

ellos». 47 La segunda vez que se menciona a Santiago y Pablo juntos fue en la Epístola a los Gálatas con motivo del conflicto en Antioquía (cf. págs. 31-35). Provocado, Pablo reprendió a Pedro por su conducta vergonzosa: «Porque antes de que vinieran ciertas personas de

236 Los Apóstoles

Santiago solía comer con los gentiles; pero cuando ellos llegaban, comenzó a retirarse y a separarse, por temor a las circunstancias. cummised."48

concluir con justicia... ¡Ciertas personas vinieron No se puede de Santiago!... de este pasaje que Santiago, un apóstol honesto, sincero y prudente, fue responsable de la agitación de los judíos en la Iglesia de Antioquía. Este obispo de la Iglesia no estaba tramando que Pedro fuera desviado de la libertad e imparcialidad de los Evangelios a los estrechos confines de la Ley.

Una y otra vez, las palabras indignadas y reticentes de Pablo señalan a Santiago como si fuera el hombre al que el judaísmo apelaba constantemente como testigo principal de las injusticias infligidas a los gentiles. Si bien Santiago se adhirió estrictamente a la Ley, su propio ejemplo fue rápidamente aprovechado por aquellos hostiles a los apóstoles que trabajaban con los gentiles.

En realidad, Santiago nunca había usurpado la libertad de Pedro ni de Pablo, ni se sentaba a la mesa con cristianos gentiles para comer cerdo o incluso ave asada. Era rigurosamente estricto al ceñirse a los alimentos que Moisés había enumerado en el capítulo once del Levítico. Es posible que incluso advirtiera a los cristianos judíos que no se dejaran desconcertar por las libertades de las que disfrutaban los cristianos gentiles, que se mantuvieran fieles a las costumbres y la moral de sus antepasados. Santiago era judío para los judíos. Pero no era como Pablo, quien, con mayor amplitud de miras, también era gentil para los gentiles. Y en este sentido —pero solo en este sentido—, Santiago fue llevado al conflicto de Antioquía por Pablo.

La tercera vez que Santiago y Pablo estuvieron uno al lado del otro fue registrada en el capítulo veintiuno de los Hechos de los Apóstoles. Pablo trajo a un gran número de gentiles de la comunidad cristiana de Jerusalén a Santiago. Aquí se manifestó el corazón generoso de Pablo. Con respecto a esta última visita de este apóstol de todos los pueblos a la Ciudad Santa, San Lucas escribió con alegría:

Al llegar a Jerusalén, los hermanos nos dieron una cálida bienvenida. Al día siguiente, Pablo nos acompañó a Santiago, y todos los presbíteros entraron. Después de saludarlos, les contó detalladamente lo que Dios había hecho entre los gentiles mediante su ministerio. Al oírlo, alabaron a Dios y le dijeron...

Santiago el Menor

237 Pero una vez más hubo una vacilación, una limitación. Una vez más hubo una exigencia, y una vez más surgió de la caridad cristiana y se hizo con las mejores intenciones. Todo el mundo judío había escuchado lo que Pablo predicaba: '¿Han oído hablar de ti, que enseñas a los judíos que viven entre los gentiles a apartarse de Moisés, diciéndoles que no circunciden a sus hijos ni observen las costumbres.' Ésta fue una generalización exagerada.

Pablo sentía un gran respeto por los judíos, y por esa misma razón permitió que su discípulo Timoteo se circuncidara. Sin embargo, no ocultó los principios que seguía: la Ley no era más importante como medio de salvación para los cristianos judíos que para los cristianos gentiles. Una opinión tan peligrosa sin duda puso a los judíos en su contra. El apóstol convertido incluso temió por su vida, especialmente en la gran fiesta de Pentecostés, cuando judíos de todo el mundo se habían reunido en Jerusalén.

Preocupado por la vida de Pablo, Santiago rápidamente le propuso matrimonio. El apóstol de los gentiles no tenía por qué huir. Santiago estaba listo para protegerlo.

¿Qué, entonces? La multitud se congregará, pues oirán que has venido. Haz, pues, lo que te decimos. Tenemos cuatro hombres que están bajo voto; tómalos y santifícate junto con ellos, y paga por ellos para que se afeiten la cabeza; y todos sabrán que lo que han oído de ti es falso, pero que tú también cumples la Ley.

Esta propuesta era en realidad una exigencia. Pablo y los cuatro hombres que lo acompañaban debían traer una oveja, un cordero y un carnero para ofrecerlos como sacrificio apropiado e incruento. Solo entonces se cumplía el voto nazareo, que se oficializaba.

Nota del traductor: Una explicación más detallada de este voto nazareo se encuentra en el sexto capítulo de Números, versículos 1-21. Un judío que deseara consagrarse libremente a Dios debía «abstenerse del vino y de todo lo que pueda embriagar» (Números 6:3). El propio individuo determinaba la duración del voto. Durante este período, tampoco debía cortarse el cabello. Transcurrido este tiempo, podía volver a beber vino, pero no sin antes realizar el sacrificio correspondiente según la meticulosa forma prescrita, rito que incluía el afeitado de la cabeza para indicar la terminación del voto.

238 La confirmación

de los Apóstoles en el rapado de cabeza. Sin embargo, Pablo pudo haberse opuesto firmemente a todo el asunto. No estaba en contra del voto en sí, pues anteriormente él mismo había hecho libremente tal voto.
49

Sin embargo, en las circunstancias reales, tales acciones implicaban admitir que no se estaba cometiendo ninguna injusticia. Sus acciones se convirtieron en una victoria para sus enemigos y en una terrible confusión para los gentiles convertidos. Es posible que Santiago le hablara a Pablo con palabras amables sobre la posibilidad de encontrarse con tales recelos y escrúpulos. En el Concilio de Jerusalén, Santiago había aprobado con dolor una solución que beneficiaba a los cristianos gentiles.

¿Y ahora no debería Pablo ofrecer un sacrificio por los judíos cristianos? De nuevo triunfó el amor por Cristo. De nuevo triunfó la fe por su única Iglesia.

Entonces Pablo tomó consigo a aquellos hombres, y al día siguiente, después de haberse purificado con ellos, entró en el templo y anunció el cumplimiento de los días de la purificación, cuando se ofrecería el sacrificio por cada uno de ellos.

El buen consejo de Santiago el Menor, que solo confirmó el peligro que corría Pablo, resultó desafortunado para el apóstol de Tarso. Aun habiendo cumplido su voto, Pablo fue apresado en el templo y casi asesinado en ese mismo instante.

Pero escapó. ¿Acaso tenía que agradecerle esto a Santiago? Sí. Santiago había hecho posible el viaje de Pablo a Roma, pues su encarcelamiento, que duró dos años, terminó con su viaje a Roma. Dios había preparado el camino de Pablo a Roma a través de Santiago: Jerusalén, la cuna del cristianismo, envió la buena nueva a todos los confines de la tierra.

Pablo, a su vez, provocó el destino que habría de ser el de Santiago. Eusebio registró que los judíos, al verse defraudados por la aparición de Pablo como ciudadano romano ante el emperador, se vengaron de Santiago. Tras la astuta huida de Pablo, asesinaron a Santiago en su lugar. 50 Así, San Pablo se convirtió en mártir por medio de Santiago, y Santiago se convirtió en mártir por medio de Pablo.

La Epístola de Santiago

La Epístola del Apóstol Santiago es la primera de las siete Epístolas Católicas. Se denominan Católicas Universales para distinguirlas de las catorce Epístolas Paulinas. No son como las Epístolas de Pablo, ya que no fueron dirigidas a comunidades o individuos aislados (excepto la segunda y la tercera Epístolas de San Juan). En su mayor parte, fueron escritas como encíclicas o cartas circulares, con la intención de una mayor difusión. La secuencia de estas siete Epístolas en la Biblia actual —dos de Pedro, tres de Juan, una de Santiago y otra de Judas Tadeo— se basa principalmente en la enumeración de estos apóstoles, tal como los enumeró San Pablo en el pasaje antes mencionado de la Epístola a los Gálatas: Santiago, Cefas y Juan, a quienes debe añadirse Judas. 51 Esta secuencia también corresponde a las probables fechas de composición, de nuevo con la excepción de la Epístola de Judas.

La Epístola de Santiago, la primera de las siete Epístolas Católicas, es también el primer escrito del Nuevo Testamento en su conjunto. Puede datarse incluso antes del Concilio de los Apóstoles en Jerusalén, en el año 48, pues no se encuentra mención alguna de una solución a la importante cuestión de si la Ley Mosaica se aplicaba o no a los gentiles conversos. Y este problema, que pronto conmovería a las comunidades cristianas, no se resolvió hasta el año 50, en el Concilio de Jerusalén. Que la Epístola debe ser muy antigua se desprende del hecho de que San Pedro la utilizó al escribir su propia primera Epístola. Para ilustrar esto, se puede comparar Santiago 1:3 con 1 Pedro 1:7, o Santiago 4:10 con 1 Pedro

El autor se presentó como «Santiago, siervo de Dios y de nuestro Señor Jesucristo». 52 No se refirió a sí mismo como apóstol, ni se llamó hermano del Señor. Pero esta humilde ocultación del gran honor de llevar un título tan elogioso solo sirve para indicar que la Epístola es auténtica. Cualquier otro Santiago desconocido o sin importancia habría añadido tal muestra de distinción para ayudar a ocultar su falsa identidad y respaldar su pretensión de fama. Santiago el Menor, por el contrario, «el verdadero Santiago» —esta conocida frase era

originalmente acuñado para Santiago el Mayor durante la controversia sobre la autenticidad de sus reliquias, no tuvieron necesidad de exhibir sus prerrogativas. Su solo nombre le otorgó inmediatamente plena autoridad.

Santiago sí reivindicó su autoridad. Comparada con las epístolas paulinas, la de Santiago es relativamente pequeña; solo tiene ciento ocho versículos. Sin embargo, en esta epístola se encuentran cincuenta y cuatro mandatos: una exigencia por cada dos versículos. Estas exigencias se plantearon con seriedad y contundencia. No pretendían ser simples consejos presentados en bandeja de oro por manos enguantadas de seda. Eran exigencias dirigidas a los antisociales, a los ricos injustamente:

¡Vamos, ricos! Lloren y aúllen por las miserias que les sobrevendrán. Sus riquezas se han podrido y sus ropas están carcomidas por la polilla. Su oro y su plata están oxidados; y su óxido será un testimonio contra ustedes y devorará su carne como el fuego. Han acumulado tesoros para los últimos días. Miren, los salarios de los trabajadores que cosecharon sus campos, que han sido retenidos por ustedes injustamente, claman; y su clamor ha llegado a los oídos del Señor de los Ejércitos. Se han dado un festín en la tierra y han alimentado sus corazones con la disipación en el día de la matanza. Han condenado y dado muerte al justo, y él no se les ha resistido.

El propio Santiago se presentó ante el pueblo como un ejemplo vivo de la justicia y la moderación ascética que predicaba. Con estas poderosas palabras —que también revelan al agricultor que llevaba dentro— Santiago pudo interpelar a la gente de su época. Y aún interpela a la gente de otra época: ¡a nosotros!

La Epístola de Santiago estaba dirigida a «las doce tribus que están en la Dispersión». 54 Entre ellas se encontraban los cristianos judíos exiliados de Palestina, dispersos más allá de los confines de Tierra Santa. Fue escrita sobre todo para los de Fenicia y Siria. Porque se preocupaba por su pueblo, el obispo de Jerusalén no se limitó a las almas que tenía ante sus ojos. Su preocupación se extendió a los cristianos de las «doce tribus» que vivían en tierras extranjeras y estaban en peligro. En aquel entonces, estos cristianos judíos desconocían los grandes peligros que les aguardaban quince años después. Después de este tiempo, San...

Santiago el Menor

241 Pablo les escribió en su Epístola a los Hebreos, exhortándolos a perseverar en Cristo, consolándolos en sus p

Sin embargo, los primeros fieles ya se enfrentaban a los inicios de esta crisis. Su fervor inicial se había apagado hasta convertirse en una llama débil y tenue. Una conducta inconsistente, la opresión externa y las aflicciones habían debilitado a estos judíos conversos que vivían tan lejos de Jerusalén. Con su Epístola, Santiago quiso reconducir a sus hermanos en la fe a su fervor original.

Tened por sumo gozo, hermanos míos, cuando os encontréis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe engendra paciencia. Y que la paciencia tenga su obra completa, para que seáis perfectos e

íntegros, sin que os falte nada. 55 La Epístola de Santiago no tiene el toque personal que caracteriza a las Epístolas Paulinas. Por ello, algunos la han considerado una colección de dichos piadosos de Santiago, que chocan entre sí y no siguen una línea de pensamiento lógica. Martín Lutero sentía un fuerte antagonismo hacia esta Epístola porque contradecía su enseñanza personal sobre la justificación solo por la fe y se oponía diametralmente a sus propios caprichos teológicos; por ello, la llamó «Epístola de paja». La rechazó también por su forma: «La Epístola mezcla confusamente una cosa con otra».

Sin embargo, las palabras de Santiago son sumamente prácticas. La epístola carece de la forma de una composición escrita sobre el escritorio de un maestro, pero sí asumió un estilo natural, dado que su autor era un agricultor. Esta peculiar forma, a su vez, da testimonio de una profunda comprensión de los problemas de la vida cristiana. Con una profunda comprensión de la situación de ricos y pobres, el autor apostólico los describió:

Hermanos míos, no asocien la fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo con la parcialidad. Porque si un hombre con ropa elegante y un anillo de oro entra en su asamblea, y también entra un pobre con ropas humildes, y prestan atención al que viste ropa elegante y le dicen: «Siéntate aquí, en este buen lugar»; pero al pobre le dicen: «Quédate allí de pie» o: «Siéntate junto a mi estrado»; ¿acaso no están haciendo distinciones entre ustedes y no se convierten en jueces con malos pensamientos?

Por su especial énfasis en el entorno social

los problemas de su tiempo, la Epístola de Santiago se ha convertido en el precursor bíblico de las encíclicas Rerum Novarum ,
Quadragesimo Anno y Mater et Magistra.

El pasaje sobre la importancia y el poder de la lengua ha permanecido como un clásico para todos los tiempos:

Si alguno no ofende con palabras, es hombre perfecto, capaz también de sujetar con bridas todo el cuerpo... He aquí, incluso las naves, grandes como son, e impulsadas por vientos impetuosos, son gobernadas por un pequeño timón dondequiera que el timonel lo desee. Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta poderosamente. ¡Miren qué pequeño fuego, qué gran bosque enciende! Y la lengua es un fuego, el mismísimo mundo de iniquidad. La lengua se coloca entre nuestros miembros, contaminando todo el cuerpo e incendiando el curso de nuestra vida, siendo ella misma incendiada por el infierno. Porque toda especie de bestias y aves, serpientes y demás, está domada y ha sido domada por la humanidad; pero la lengua, un mal inquieto, llena de veneno mortal, nadie la puede domar. Con ella bendecimos a Dios Padre; y con ella maldecimos a los hombres, que han sido hechos a semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Estas cosas, hermanos míos, no deberían ser así.

El único testimonio bíblico que tenemos del sacramento de la Extremaunción, un pasaje muy importante, se encuentra en la Epístola de Santiago:

¿Está alguno enfermo entre ustedes? Que traiga a los presbíteros de la Iglesia y que oren por él, ungiéndolo con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará, y si está en pecados, le serán perdonados. 58

La principal preocupación de la Epístola, que puede ser tan exigente, es una práctica viva de las obras cristianas en contraposición a una fe vacía. Esa dañina separación entre la teoría religiosa y la práctica religiosa, la peligrosa brecha entre la fe y las buenas obras, no puede condenarse con mayor vehemencia:

Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solo oidores, engañándoos a vosotros mismos... La religión pura y sin mácula delante de Dios Padre es esta: socorrer a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha de este mundo... ¿De qu

Hermanos, si alguien dice tener fe, pero no tiene obras, ¿puede la fe salvarlo...? Así también la fe, a menos que tenga obras, está muerta en sí misma. 59

En este asunto, una vez más, parece que Santiago y Pablo estaban en conflicto. Estas palabras del obispo de Jerusalén han sido interpretadas por algunos como una contradicción directa con las profundas reflexiones sobre la fe, el pecado y la justificación con las que replicó el autor de las catorce epístolas, especialmente la Epístola a los Romanos. Aunque un crítico prejuicioso o poco instruido podría no estar convencido, es evidente que San Pablo no contradijo a Santiago, sino que completó y complementó su teología. No descartaba las buenas obras, en contraposición a la fe, para la salvación, sino que priorizaba unas sobre otras para equilibrar una balanza desequilibrada.

Pues consideramos que el hombre es justificado por la fe independientemente de las obras de la Ley. Ahora bien, al que obra, la recompensa no se le cuenta como un favor, sino como algo debido. Pero al que no obra, pero cree en aquel que justifica al impío, su fe se le cuenta como justicia. 60

El antagonismo entre estos dos apóstoles en sus epístolas es solo aparente. Ambos usaron las mismas palabras: fe, obras, justificación. Pero las usaron en un sentido diferente o por una razón específica distinta. Pablo elogió una fe viva, y Santiago reprendió una fe muerta. Pablo no valoró las obras de la Ley de Moisés, y Santiago explicó la gran importancia de las obras de la Ley de Cristo. Pablo agradeció a la gracia el primer llamado a la justificación, y Santiago instó a cooperar con la gracia para que la justificación se fortaleciera. Lo que el erudito Pablo enseñó con sublime precisión teológica no se contradijo en absoluto con los recordatorios prácticos del sencillo y directo Santiago. Y lo que Santiago escribió, Pablo lo aprobó. Santiago enseñó que la fe sola, sin las buenas obras, no era suficiente para la salvación. Pablo enseñó que las buenas obras solas, sin la fe, no eran suficientes para la salvación. Ambos coincidieron en que tanto la fe como las obras, o las obras y la fe, eran necesarias para la vida cristiana, para la justificación ante los ojos de Dios.

No había, pues, ni contradicción ni conflicto entre

244 Los Apóstoles,

estos dos maestros de la doctrina cristiana. Su enseñanza es la misma, aunque cada uno enfatiza un aspecto distinto de la misma doctrina. La abordaron de manera distinta debido a las distintas necesidades espirituales de dos grupos separados, unidos en Cristo. Pablo enfatizó la importancia de la gracia; Santiago, las obras. Es lógico y sensato que, debido a las diversas exigencias de las diferentes prácticas erróneas que se habían infiltrado en las diversas comunidades, hubiera un enfoque o énfasis diferente en estas epístolas. Santiago quería animar a los seguidores de Cristo que rehuían las obras cristianas. Pablo quería frenar a los seguidores de Cristo que exageraban las obras cristianas.

Además de todo esto, existía una gran brecha entre las personalidades de estos dos apóstoles de Cristo; y esto se refleja en sus escritos. En un destello deslumbrante ante las puertas de Damasco, Saulo, el perseguidor de Cristo, se convirtió. Conocía mejor que todos los demás apóstoles la debilidad del hombre y el poder de Dios. La gracia, no la Ley, lo había llevado a Cristo. Esta experiencia religiosa continuó vibrando en todos sus escritos. Santiago, por el contrario, no había experimentado esta transición abrupta. Fue conducido lentamente a Cristo, pues «la Ley ha sido nuestro ayo en Cristo». 61 Por lo tanto, no tenía motivos para priorizar la gracia sobre la Ley, como lo había hecho el perseguidor convertido.

La personalidad de Santiago el Menor, por tanto, es completamente...
reflejado en su Epístola, el único escrito que tenemos de este apóstol. ⁰

⁰ El llamado "Proto-Evangelio" atribuido al apóstol Santiago no es auténtico. Se originó, al menos la primera parte, en el siglo II. Su estilo es vívido, libre, sin trabas, y demuestra un conocimiento del entorno judío. Relata la vida de la Santísima Virgen María hasta la matanza de los Inocentes en Belén: el anuncio de su nacimiento a Joaquín y Ana (esta es la primera mención que tenemos de sus nombres); su presentación y vida oculta en el templo; sus esponsales con José; la concepción virginal y el nacimiento; la llegada de los Reyes Magos; y finalmente, la matanza de los Inocentes. Con el asesinato del sacerdote Zacarías, padre de Juan el Bautista, el texto se interrumpe. Sin embargo, esta obra es de gran importancia, ya que las leyendas posteriores de María la tomaron como su fuente. Un objeto de especial interés para el autor desconocido fue la alabanza de la virginidad perpetua de María. Los hermanos de Jesús eran hijos de José de un matrimonio anterior, como en el Evangelio de Pedro.

Aún más alejada de Santiago es la apócrifa "Epístola a Cuadrado", preservada por la tradición en las iglesias sirias y armenias. Cuadrado fue interrogado por

su actitud antes y después de ser llamado por Cristo a ser apóstol. En sus pensamientos vemos su espiritualidad. En la Primera Epístola a los Corintios, San Pablo registró lo que demuestra su total acuerdo con la enseñanza de Santiago: « Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia en mí no ha sido en vano; de hecho, he trabajado más que cualquiera de ellos, pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo ».

Santiago, el Grande en el Reino de los Cielos. La

Epístola a los Hebreos, escrita por San Pablo a los cristianos judíos alrededor del año 63, un año después de la muerte de Santiago el Menor, muestra la difícil situación en la que se encontraba Santiago durante sus últimos años como obispo de Jerusalén. El gran peligro de recaer en el judaísmo acechaba a los judíos conversos. El odio fanático de los judíos contra Cristo se reavivó con renovado vigor. Los primeros rumores de la Guerra Judía se veían y oían a lo lejos, el comienzo del interminable derramamiento de la sangre de Cristo sobre ellos y sus hijos.

Con pesar, Santiago vio el destino de su raza cumplirse. Su tiempo se había acabado. El judaísmo permanecería para siempre en las sombrías sombras del Viernes Santo, teñido de sangre del Mesías. "¡Fuera!", gritan una y otra vez, pero Cristo está clavado. El árbol de la cruz nunca ha dejado de crecer; su oscura sombra alcanza los confines de la tierra; y su sangre fluye sobre las montañas más altas, hasta los valles más profundos y a través de las llanuras más extensas donde el judaísmo jamás podrá escapar. "¡Fuera!", gritan. Pero Cristo está clavado.

¡Cuánto se había afligido y angustiado Santiago por este pueblo, más que cualquier otro apóstol, para que encontraran el camino a Cristo! Fue paciente con ellos y les brindó toda la consideración posible para no herir sus sentimientos religiosos. Anteriormente, se había esforzado mucho por apaciguar a los judíos cuando los apóstoles se reunieron en Jerusalén para un concilio.

Santiago para obtener información sobre el modo de acción de Tiberias contra los asesinos de Cristo.

Un informe de la Resurrección, así como un relato detallado de la historia de Los discípulos de Emaús, también ha sido atribuido a Santiago como autor.

246 Los Apóstoles

Sin embargo, no podía esperar de ellos más que la suerte que el Señor había profetizado a sus discípulos: «Os expulsarán de las sinagogas. Sí, llega la hora en que todo el que os mate pensará que rinde culto a Dios.» 64

Incluso Santiago, y solo Santiago de todos los apóstoles, fue asesinado por los judíos. En él, el apóstol y hermano del Señor, Cristo mismo fue rechazado una vez más. El día de la muerte de Santiago fue el sello final del Viernes Santo.

Poseemos dos declaraciones muy antiguas sobre la muerte del apóstol Santiago: una de Flavio Josefo, el historiador judío, y la otra de Hegesipo, el escritor eclesiástico. La primera registra que, tras la muerte de Festo, gobernador de la provincia, no hubo representante oficial en el territorio.

Entonces el fanático sumo sacerdote, Ananus II, aprovechó esta vacante para destruir a Santiago, el hermano de Jesús. Lo citó a él y a algunos otros ante los sumos sacerdotes, los acusó de violar la Ley y los sentenció a ser lapidados. 65 Esto ocurrió en el año 61 o 62, unos treinta años después de la Ascensión. Epifanio sostuvo que Santiago tenía entonces noventa y seis años. 66 Hegesipo embelleció el relato

histórico de Josefo con algunos detalles, tomados en parte de leyendas, en parte de los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles. 67 Según su relato, los fariseos exigieron a Santiago que subiera al pináculo del templo —es inevitable comparar esto con el relato de la tentación del diablo a Jesús— durante la Pascua y dejar claro al pueblo que Jesús no era realmente el Mesías.

Al parecer, Santiago consintió. Pero al llegar a la cima del templo, predicó ante todo el pueblo que Jesús era el Mesías, el Juez del mundo. El líder judío, humillado y enfurecido, inmediatamente mandó arrojar a Santiago desde el tejado del templo y apedreó su cuerpo medio muerto. Santiago, como Esteban, oró por sus verdugos.

Este relato, en parte legendario, de Hegesipo continúa: Cuando un sacerdote, conmocionado por el heroísmo del apóstol, intentó repeler esta brutalidad demencial —«¡Dejadlo! ¿Qué estáis haciendo? ¡Que Dios todopoderoso ore por vosotros!»—, un batanero agarró su bastón de fieltro y le aplastó la cabeza al apóstol. Por ello, los artistas han representado una maza en las imágenes de Santiago Apóstol como símbolo

martirio las 24 horas del día, los 7 días de la semana. Su cuerpo fue enterrado junto al templo, donde, en tiempos de Hegesipo, se erigieron sus pilares. 68

Según Gregorio de Tours, la tumba de Santiago el Menor se encontraba en el Monte de los Olivos, donde supuestamente fueron enterrados uno al lado del otro Zacarías, padre de Juan el Bautista, y el anciano Simeón. 69 Cuando Justiniano II, quien gobernó entre 565 y 578, mandó trasladar las reliquias de este hermano del Señor a la recién construida iglesia de Santiago en Constantinopla, los restos de Simeón y Zacarías también debieron ser trasladados allí. Sin embargo, San Jerónimo, quien conocía a fondo estos lugares, desconocía en su época la existencia de una tumba de Santiago en el Monte de los Olivos. Una tradición posterior sostenía que se encontraba en el Valle de Josafat, al sureste del templo. El hueco (excavado en una roca allí), que encierra otras tumbas, se señala hoy como la «tumba de Santiago».

Desde el siglo VI, la Iglesia romana celebra la fiesta del asceta Santiago el Menor el mismo día que la fiesta del sobrio Felipe, el 1 de mayo. La fiesta común de estos dos apóstoles, que no anduvieron juntos ni en la Sagrada Escritura ni en la literatura apócrifa, se explica por el hecho de que en el siglo VI se construyó en Roma una basílica en su honor.

Desde esta iglesia —degli apostoli— nos hemos acostumbrado a oír sus nombres juntos. Esta iglesia fue consagrada el 1 de mayo; posteriormente, esta fecha se convirtió en el día de conmemoración de estos dos apóstoles, Felipe y Santiago el Menor, en el rito romano.

Al meditar en la vida de este santo apóstol, Santiago el Menor, es inevitable pensar en sus venerables reliquias, que yacen cerca del templo, rotas como vaso sagrado de una última gracia, mártir tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Diez años después, el propio templo fue destruido y destrozado como castigo por la persistente negación de la gracia. Sin embargo, el Evangelio siguió su curso sin trabas, sin condiciones ni estipulaciones, para todos los pueblos del mundo entero.

La Divina Providencia libró benévolamente a Santiago del dolor de vivir y presenciar la destrucción de Jerusalén, la caída final de la antigua era. Sin embargo, como un santo enardecido, Santiago, el apóstol de un judaísmo vacilante, se presenta ante nuestros propios ojos.

248 Los Apóstoles

se adelantan a convertir nuestra inminente destrucción en ascensión a Cristo, para exhortarnos a hacer buenas obras y a aceptar la gracia de Dios para ser justificados.

Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales [Israel], quizá tampoco te perdone a ti. Observa, pues, la bondad y la severidad de Dios: su severidad hacia los que han caído, pero la bondad de Dios hacia ti si permaneces en su bondad; de lo contrario, tú también serás cortado. 70

La lección de Santiago, el apóstol de una raza moribunda, fue menos grande (menor) que la de su hermano y compañero, Pablo, el apóstol de muchas razas vivas que ascendían a Cristo. Pero no fue menos difícil, y Santiago cumplió fielmente su misión divina. ¡Incluso él, el Menor, es grande en el reino de Dios!

Judas Tadeo

■ CAPÍTULO DIEZ

EL APÓSTOL Judas Tadeo tenía un nombre que era tan famoso y honorable en su día como el nombre Judas es infame y atroz hoy. Muchos grandes hombres del Antiguo Testamento fueron llamados Judas, o Judá. 0 Los dos más distinguidos fueron Judá, uno de los hijos de Jacob y el padre de la tribu de Judá, y Judas Macabeo, el heroico guerrero judío que luchó contra los sirios. Muchos rasgos de estos dos hombres del Pueblo Elegido se reflejaron en el apóstol Judas. Sin embargo, debido a que estos nombres están nublados con tanto secreto y misterio, uno casi se ve obligado a concluir que inevitablemente estamparon en sus portadores caracteres tan incuestionables como las ideas preconcebidas promulgadas en las acaloradas discusiones de personas parciales e iletradas.

Cuando nació Judá, hijo de Jacob, su piadosa madre exclamó con alegría: «Ahora alabaré al Señor». Y por eso lo llamó Judá. 1 Aunque no era el hijo mayor de Jacob, tenía una posición destacada entre sus hermanos, gracias a su carácter, en cierto modo predeterminado de forma permanente. Sin embargo, su papel en la historia de su hermano José en Egipto fue una loable excepción. Allí se opuso con valentía y firmeza a la

Nota del traductor: El nombre que hoy se traduce como Judas, Judas, Judá y Judá era originalmente la palabra hebrea "yehudhah", que literalmente significa "alabado por el Señor" o "Alabaré al Señor". Por lo tanto, la forma española de este nombre hebreo es "Judá", que también se escribe "Juda". El diminutivo español de esta forma es "Jude". En los manuscritos griegos de la Biblia, el nombre se escribe "Ioudas", y la transcripción española de esta forma griega es "Judas". Sin embargo, el alemán suele emplear una sola palabra, Judas, para todas las formas.

250 Los Apóstoles

exigen a los demás. En lugar del fratricidio, propuso el menor de dos males: vender a su hermano a los mercaderes madianitas por veinte piezas de plata. 2

Más tarde habría otro Judas que recibiría plata por la vida de otro: el traidor, Judas Iscariote. Las piezas de plata sumaban treinta. · El

patriarca moribundo Jacob marcó a su hijo Judá como el precioso Padre del Mesías con esta bendición:

Judá, tus hermanos te alabarán. Tus manos estarán sobre la cerviz de tus enemigos; los hijos de tu padre se inclinarán ante ti.

Judá es un cachorro de león: a la presa, hijo mío, has subido. Descansando te has echado como león y como leona. ¿Quién lo despertará?

No será quitado el cetro de Judá, ni la regla de su muslo, hasta que venga el que ha de ser enviado; y él será la esperanza de las naciones .

Estas palabras de poder y valor apuntan proféticamente también, por así decirlo, al apóstol Judas Tadeo, cuya vida entera se centró en ellas.

También poderoso e importante fue el otro gran Judas del Antiguo Testamento, el tercer hijo de Matatías. Debido a sus hazañas heroicas, por las que se distinguió en la lucha judía en el siglo II a. C. por mantener su libertad religiosa, recibió el sobrenombre de Macabeo.⁴ (Esta palabra probablemente proviene del arameo maqqaba, que significa "martillo", lo que indica el vigor de sus contundentes ataques contra los sirios). En gloriosas batallas, conquistó los enormes ejércitos del impío rey Antíoco IV, liderados por los comandantes, generales y gobernadores Nicanor, Gorgias, Timoteo, Báquides y Lisias. Tomó posesión de la Ciudad Santa, Jerusalén, tras luchar contra las hostiles fuerzas de ocupación paganas. El sacrificio y la adoración al Dios de Israel, como prescribía la Ley, fueron devueltos al templo purificado y

reconsagrado.⁵ Las hazañas heroicas de este Judas permanecieron vívidas en la memoria del pueblo judío. En casa, Judas Tadeo escuchó a su padre y a su abuelo relatar las hazañas de este gran guerrero. Y en la sinagoga, durante mu

inspirado por la vida y la religión de este héroe nacional. Cuando el apóstol se encontró posteriormente en situaciones difíciles, pudo recordar su ideal. Entonces Judas se sintió orgulloso de su nombre, el que tantos hombres valientes y audaces antes que él habían llevado. Este era su modelo, su modelo. También sería un "cachorro de león" y un "macabeo", un "martillo" para su época.

Este noble nombre, sin embargo, fue tristemente manchado y manchado por otro Judas, también apóstol, el traidor de Cristo. No había esperanza de que el nombre volviera a ser reivindicado. Su crimen atroz e ignominioso quedó tan profundamente grabado en este nombre, corroyéndolo de tal manera, que nunca se han separado, ni siquiera después de muchos siglos. Están condenados a ser uno solo hasta el fin de los tiempos. Judas ya no significa «Alabaré al Señor», como exclamó con alegría Lia, sino «He vendido al Señor por treinta monedas de plata», como gimió Judas con desesperación. Ningún cristiano está dispuesto a llevar el nombre de Judas, pues incluso hoy en día lleva una maldición.

Tanto Judas Tadeo como Judas Iscariote fueron apóstoles de Cristo. San Lucas los nombró dos veces uno al lado del otro. Cuando el Señor llamó a «Judá», ¿se giraron ambos para mirar? Pero quizás había un tono ligeramente distintivo en la voz del Maestro.

Cuando la increíble noticia se extendió como reguero de pólvora el Viernes Santo -el apóstol "Judá" traicionó al Mesías y luego se ahorcó- muchos pueden haber pensado que Judas Tadeo era el culpable.

El traidor también había deshonrado el nombre de Judas Macabeo. Como expiación por esta ofensa, desde el siglo XVIII, el pueblo católico ha honrado con devoción el santo nombre de este desafortunado traidor con especial devoción. El apóstol Judas Tadeo se ha convertido en el patrón de los cristianos afligidos por las preocupaciones y las angustias, patrón de los cristianos al borde de la desesperación.

Judas, el hermano del Señor

Incluso en los Evangelios, a los evangelistas les daba vergüenza mencionar el nombre de Judas. Su prejuicio es evidente. En el único pasaje en el que San Juan habló de Tadeo, se apresuró a mencionar el nombre y añadió: «Judas, no el...

Iscariote...». 6 Aún más sorprendente es el hecho de que tanto Mateo como Marcos nunca mencionaron el nombre completo de este apóstol, Judas Tadeo, sino que simplemente lo llamaron por su apellido, Tadeo. 1 Se puede suponer correctamente que los evangelistas querían restablecer el buen nombre de este apóstol entre sus compañeros y, especialmente, entre el pueblo. Al usar solo su apellido pudieron eliminar cualquier estigma que su nombre pudiera haberle ca-

San Lucas fue el primero en mencionar a este apóstol por su nombre propio, pero no sin añadir algo de luz a este nombre oscuro y sombrío: «Judas Jacobi», literalmente «Judas de Santiago». 8 Al principio, uno podría pensar que Judas era hijo de Santiago, pero, como muestra la traducción al español de este pasaje, era «Judas, muestrahermano de Santiago». 0 Que estos dos eran hermanos se ve en varios pasajes de las Sagradas Escrituras. Tanto Mateo como Lucas se refirieron a ellos como hermanos, y el propio Judas escribió al comienzo de su epístola que era «el hermano de Santiago». 0

Este Santiago, a quien San Lucas, en sus dos listas de apóstoles, distinguió rápidamente de Judas Iscariote, debió ser un cristiano reconocido y una persona muy estimada. Dado que Santiago el Mayor ya llevaba veinte años muerto, no es plausible sostener que se refería a él. En apoyo de esto, cabe señalar que anteriormente Santiago el Mayor solo se mencionaba como hermano de Juan, nunca como hermano de Judas. Judas Tadeo era hermano de Santiago el Menor, obispo de Jerusalén. También es digno de mención que los evangelistas Mateo y Marcos colocaran a Santiago el Menor y a Tadeo uno al lado del otro en sus listas de apóstoles. Al mismo tiempo, la cuestión de si Santiago y Judas eran hermanos de sangre o solo hermanos en el sentido de primos no puede responderse con certeza y debe dejarse sin resolver.¹⁰ En cualquier caso, este famoso Santiago contribuyó a iluminar el sombrío nombre de Judas.

Hubo otro rayo de luz que cayó sobre este buen Judas, que tuvo la desgracia de compartir el mismo nombre que el traidor de Cristo. No solo era hermano del distinguido...

0 Este genitivo es, en realidad, muy ambiguo. Solo a partir de la continuidad del contexto, o de otros datos conocidos, se puede determinar en qué sentido se supone que estos dos nombres propios se unen mediante el caso genitivo.

a Santiago, pero también a un "hermano" del Señor mismo. Los Nazarenos preguntaron por Jesús: "¿No es este el carpintero... el hermano de Santiago... [y] Judas?". 11 No es impropio pensar que este apóstol jugaba y oraba con Jesús en los felices días de su juventud. Bien podrían haber corrido y vagado juntos camino a las grandes fiestas en Jerusalén. Llena de temor, María buscó al perdido Jesús de doce años, y es posible que primero buscara a sus primos Judas y Santiago: ¿dónde y cuándo lo habían visto por última vez? ¿Dónde y cuándo habían estado juntos por última vez? Este apóstol también, al igual que Santiago, era pariente cercano de Jesús. En su epístola se llamó a sí mismo "el hermano de Santiago", pero, con tímida reserva, no hermano del Señor, sino "siervo de Jesucristo".

Judas, el labrador.

Judas Tadeo se casó antes de ser llamado por Cristo. 12 Según una observación de Nicéforo Calixto, citada por Eusebio en su historia de la Iglesia, este apóstol supuestamente era el novio en las bodas de Caná. Pero esta afirmación es ciertamente cuestionable, aunque explica muy bien la presencia de Jesús y su madre en el banquete de bodas. Demostraban un gran respeto a este pariente al asistir y compartir con él la alegría de la ocasión.

También en la obra de Eusebio, el informe sobre los dos nietos de Judas, Zaker y Santiago, a quienes Domiciano había convocado a Roma para ser juzgados, se registró en una sección dedicada a Santiago el Menor (véase pág. 222). Vivían como simples agricultores en las tierras cultivables de Palestina y debían pagar al emperador mil denarios como renta por las cosechas y ganancias de sus pequeñas nueve hectáreas y media. Su abuelo, Judas Tadeo, sin duda pudo haber trabajado estas tierras. Su Epístola, al igual que la de su hermano Santiago, es la escritura de un agricultor. Es contundente, casi tosca, ni fina ni delicada, con imágenes de escenas de la vida rural. Comparó a los herejes y falsos maestros con hombres que se dedican a los pastos —«festejando juntos sin temor, cuidándose a sí mismos»—, con «nubes sin agua, llevadas por los vientos», y con «árboles en otoño, infructuosos, dos veces muertos, desarraigados».

254 El apóstol

Judas era agricultor. Antes de sembrar la palabra de Dios en las vastas extensiones de la tierra, como apóstol, esparció los granos de cebada y maíz en la tierra arada. ¡Qué bien comprendía las siguientes parábolas de Cristo!

He aquí, el sembrador salió a sembrar. Y mientras sembraba, algunas semillas cayeron junto al camino, y vinieron los pájaros y se las comieron. Otras cayeron en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra; y brotaron enseguida, porque la tierra no era profunda; pero al salir el sol se quemaron, y por falta de raíz se secaron. Otras cayeron entre espinos; y los espinos crecieron y las ahogaron. Otras cayeron en buena tierra y dieron fruto, unas al ciento, otras al sesenta y otras al treinta por uno.

El reino de los cielos es como un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían, vino su enemigo, sembró cizaña entre el trigo y se fue. Y cuando la hierba brotó y dio fruto, apareció también la cizaña. Y los sirvientes del dueño de casa vinieron y le dijeron: «Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Cómo, pues, tiene cizaña?». Él les respondió: «Un enemigo ha hecho esto». Y los sirvientes le respondieron: «¿Quieres que vayamos a recogerla?». «No», respondió él, «al recoger la cizaña se arranca también el trigo. Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores Recoged primero la cizaña y atadla en manojos para quemarla; pero el trigo, recogedlo en mi granero».

El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo. Esta, en verdad, es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando crece, es la mayor de todas las hortalizas y se hace árbol, de tal manera que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas.

Así es el reino de Dios: como si un hombre echara semilla en la tierra, y luego durmiera y se levantara, noche y día, y la semilla brotara y creciera sin que él lo supiera. Porque de por sí la tierra produce la cosecha: primero hierba, luego espiga, luego grano lleno en la espiga. Pero cuando el fruto está maduro, enseguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado.

En los campos de sus primos, nuestro Señor había podido observar todo esto.

noviembre, después de que cayeran los torrentes de las primeras lluvias tempranas, Judas enjaezó sus fuertes bueyes y sus lentos burros para arar la tierra compactada y surcar la tierra vieja, nueva y negra, para las brillantes semillas del maíz y la cebada.

En febrero, cuando el sol empezaba a caer, se abrió paso entre los viñedos surcados, cortando los brotes silvestres y rosados, las ramitas estériles y sin flores y las ramas secas y muertas, para que las buenas vides pudieran dar más fruto. 15 En marzo, cuando la temprana sequía primaveral empezó a amarillear y envejecer la tierra, esperó pacientemente las refrescantes lluvias que adornaban los tallos verdes del maíz, llenaban las espigas y endurecían las cáscaras de la cebada.

En abril, en la bella pero efímera primavera, plantó su huerto con calabacines, zapallos, pepinos, judías, nabos, cebollas, ajos, puerros, anís, menta y alcaravea.

En mayo, cuando el grano forrajero era bajo, comenzó a cortar los tallos delgados y rechonchos del maíz en los extremos de las hileras y los lados de los campos para alimentarlos; y comenzó a cortar y atar el grano tostado para trillararlo, y luego lo aventó con enormes palas de gran tamaño en el viento de la tarde que arrojaba la paja y las cáscaras polvorientas al aire.

En junio, después de que se hubiera cosechado el grano y los pobres hubieran espigado los campos muertos, hizo que las ovejas fueran encerradas, esquiladas y marcadas antes de dejarlas correr, flacas y sin lana, de regreso a las colinas.

En agosto, cuando el sol perdía su calor, trabajaba en las viñas, arrancando los racimos morados, empacándolos en las prensas y extrayendo la sangre roja de las uvas, que pronto fermentaría en un vino oscuro de otoño.

Y en septiembre, cuando las tardes se hacían más rojas, los higos se marchitaban al madurar y las aceitunas, los últimos frutos que se aferraban a la vida, morían negras para dar un aceite suave de las prensas.

Entonces el granjero Jude pudo reparar sus cobertizos y afilar sus herramientas. Y pudo descansar.

Así que el año estuvo lleno de trabajo y preocupaciones. La lluvia y el sol no siempre acompañaban, y Jude no era un granjero rico.

Sus nietos, Zoker y Jacobo, honestos y leales, comparecieron ante Domiciano para ser juzgados porque los mil denarios que les habían sido arrebatados

casa de los Apóstoles se gastaban en su propio sustento y en los impuestos.

Los impuestos eran elevados. A veces, el agricultor se veía obligado a entregar más de un tercio de su cosecha en maíz, vino y aceite, y a veces incluso la mitad. Herodes Antipas, a cuyo servicio trabajaba Mateo, compañero de Judas Iscariote, como recaudador de impuestos, extraía anualmente de su relativamente pequeña tetraarquía miles de dólares, que entonces valían cinco veces más que el dinero actual.

Para los romanos, los judíos debían pagar un impuesto territorial y un impuesto personal. Diez años antes de que Cristo entrara en la vida pública, delegados judíos habían ido a Roma para solicitar una reducción de estos elevados impuestos. El pueblo se veía continuamente presionado por la creciente demanda de más dinero, con el que unos pocos privilegiados podían ostentar un rico esplendor y yacer ebrios y en un libertinaje ruin. El grandioso y opulento edificio de la ambiciosa familia herodiana consumía enormes sumas, compradas con el sudor y la sangre de los pobres. El sencillo granjero Judas ciertamente asintió con la cabeza en señal de aprobación ante las palabras del Señor cuando dijo: «¡Ay de vosotros, los vuestra comodidad». ricos!, porque ahora habéis amonestado a los ricos, 16 Sin embargo,

Judas Tadeo estaba satisfecho y feliz en su hogar en la tierra. Cumplía concienzudamente con su deber de peregrinar a Jerusalén tres veces al año para la Pascua, Pentecostés y la Fiesta de los Tabernáculos. Pero estaba encantado de regresar a su pueblo en Galilea. Quizás era Caná, o incluso Nazaret. En la Ciudad Santa había demasiado ruido y bullicio. Las multitudes eran grandes e impacientes; el mercado estaba sucio y confuso. No había tranquilidad. El mundo se estaba llenando de teatros, hipódromos y estadios, de lujuria visual, lujuria carnal y deseos de placer mundano.

¡Ojalá Dios quisiera que no tuviera que salir al mundo!

Jude quería vivir en su pequeño y tranquilo pueblo con su familia. Allí su granja prosperó. Aquí su esposa estaba contenta y sus hijos jugaban. Y, sin embargo, se acercaba el día en que dejaría a su amada familia, abandonaría su tranquilo hogar y elegiría, en cambio, la indigencia de las calles. Este fue un sacrificio heroico para un granjero. Jude Thad-

hombre valiente. Cuando fue llamado a seguir al Señor como apóstol, dejando a su esposa e hijos, su hogar y sus tierras, entregó su adsum con valentía y salió a ser mensajero del reino de Dios.

Judas, el Valiente. A primera

vista, es difícil ver, desde la Sagrada Escritura, cómo el apóstol Judas Tadeo fue un héroe valiente. Ni los Evangelios ni los Hechos de los Apóstoles mencionan nada sobre él más allá de su nombre, con la excepción de una breve frase en el Cuarto Evangelio. Sin embargo, su nombre es rico en información, lleno de significado, y abre la puerta a una comprensión de la personalidad del apóstol. Los evangelistas Mateo y Marcos llamaron a Judas por su apellido, pero este no le fue dado por el Señor, como Simón Pedro y los Hijos del Trueno lo recibieron en su vocación al apostolado. Judas era mucho más joven cuando recibió por primera vez un apellido descriptivo. Sus padres y amigos cercanos lo llamaban "Tadeo" o, como lo registran algunos manuscritos más antiguos, "Lebeo".

Tadeo y Lebeo en realidad tienen la misma connotación. Ambos nombres derivan de palabras arameas: Tadeo de "thad", que significa "seno", y Lebeo de "leb", que significa "corazón". Su nombre, por lo tanto, significa "el valiente", "el de corazón firme", "el audaz". Ciertos textos de los Evangelios le dieron al apóstol los tres nombres: Judas Tadeo Lebeo. Así, San...

Jerónimo lo llamó "trinomius", el trinomio. 11 Este apellido pretendía, en primer lugar, distinguir a Judas de Judas Iscariote; al mismo tiempo, revela la naturaleza del apóstol. Pues, de no haber tenido fundamento, a Judas no se le habría otorgado el título honorífico de Tadeo, el "valiente y osado".

El coraje, e incluso la audacia, era sin duda una característica peculiar de la individualidad galilea. Un filósofo romano admiraba la valentía de este pueblo. Desafiaban a todos los tiranos y se adherían firmemente a sus creencias. Hay un viejo dicho que dice que para los judíos el dinero estaba por encima del honor, y para los galileos el honor estaba por encima del dinero. Este proverbio deja entrever la sutil diferencia entre Judas Tadeo y Judas Iscariote, la primera ligera divergencia en el camino que finalmente...

llevaron a finales tan dispares. El traidor Judas, muy reservado y reservado sobre su origen judío, antepuso el dinero a su ideal. El valiente Judas, de Galilea, antepuso la fidelidad y el honor a las monedas de plata. Era tan valiente que su valentía debió asombrar incluso a los galileos, pues lo llamaban simplemente Tadeo, el valiente. ¡Era el más valiente de los valientes! Y este nombre lo siguió en las listas de los apóstoles de la Sagrada Escritura.

La Epístola de San Judas es una prueba irrefutable de que este apóstol era lo que su nombre significaba. Poseía una personalidad enérgica, valiente y vivaz. Era vigoroso y valiente, un orgullo y un honor para sus patronos, el padre de la tribu de Judá y el guerrero macabeo. En el baptisterio de Rávena, Italia, se conserva un mosaico del siglo V que reproduce una interpretación de la vida cristiana primitiva en torno a este apóstol. En esta representación, Judas Tadeo se ve tenso y tenso, lleno de energía y determinación.

¡Cómo debieron de estar los ojos de Tadeo cuando el Señor, Prediciendo oposición, habló de fuerza y coraje:

«He aquí, yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, astutos como serpientes y sencillos como palomas. Pero cuidaos de los hombres; porque os entregarán a los concilios, os azotarán en sus sinagogas, y seréis llevados ante gobernadores y reyes por mi causa, para testimonio a ellos y a los

Así que no les tengan miedo. Porque no hay nada oculto que no haya de ser descubierto, ni secreto que no haya de ser conocido. Lo que les digo en tinieblas, díganlo en la luz; y lo que oyen al oído, predíqueno desde las azoteas. Y no teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Teman más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en

infierno. . . .

"No penséis que he venido para traer paz a la tierra; he venido para traer espada, no paz... El que halle su vida, la perderá; y el que pierda su vida por causa de mí, la hallará."1 8

Este apóstol, Judas Tadeo, dejó radicalmente de lado toda timidez e ignoró la difamación dirigida al cristianismo como si fuera una transacción para personas de naturaleza afectada, para inútiles, para hombres indignos e incapaces de vivir. Cristo

llamado para seguirle a un hombre audaz y valiente, cuyo nombre era Tadeo.

Pero Judas Tadeo no fue el único apóstol con tal naturaleza. Estaban Santiago y Juan, a quienes Cristo llamó "Boanerges", Hijos del Trueno. Estaba Simón Pedro, a quien Él convirtió en la "roca" de Su Iglesia. Estaba el otro Simón, llamado el "Zalote". Y todos fueron hombres que se sacrificaron total y completamente, y sufrieron más de lo humanamente posible. Cristo exigía hombres fuertes; Él pudo dotar a los débiles de naturalezas fuertes mediante la gracia. Los fuertes podían sentirse tocados por Cristo; los débiles podían sentirse atraídos a Él. El poder de Jesús es tan grande que puede perfeccionar tanto a los fuertes como a los débiles.

Las Sagradas Escrituras no revelan actos heroicos que pudieran confirmar la importancia de su renombrado nombre, ninguna carga que pudiera haber soportado con valentía, ningún peligro ni tormenta ante la que se mostrara firme. Aun así, uno se inclina a suponer que Judas se ganó su reputación de valiente en el movimiento de resistencia de su país. En tiempos de Cristo, Galilea se agitaba con la fiebre de la inestabilidad política. Los galileos, como leones rugientes, como bueyes esclavizados en arneses, soportaban el yugo de la brutalidad de las fuerzas de ocupación romanas. Los fanáticos judíos, los zelotes, los "maquis" —guerrilleros franceses contra los nazis de Hitler— de su época, por así decirlo, buscaron con furia salvaje una autodefensa violenta. Molestaron y acosaron a los romanos cuando, donde y como pudieron. También se vengaron de su propio pueblo, desertores y traidores. Estos combatientes voluntarios atacaban constantemente, ahora aquí, luego allá, ahora en todas partes, luego en ninguna parte. No fueron fáciles de capturar.

Uno de los doce apóstoles, Simón, probablemente hermano de Judas Tadeo, era apodado "el Zelote". Es posible que Judas también participara en este movimiento nacional. Quizás también sobrevivió a muchos ataques repentinos y sorpresivos —las blitzkriegs del primer siglo— que podrían haberle costado la vida de haber sido capturado. Quizás fue en esta resistencia que adquirió su nombre, Tadeo, el valiente. Con frecuencia, los primeros comentaristas de las Escrituras también llamaban a Judas "el Zelote". Aquí pudo haber sido...

confundieron con su hermano Simón, pero esta confusión también pudo haber tenido un fundamento real.

Jesús se había arriesgado al llamar a tales hombres al círculo de los Doce: hombres dinámicos con personalidades explosivas, como Judas Tadeo o Simón Zelote. Pero eran precisamente estas naturalezas que necesitaba para la edificación de su reino celestial en la tierra. Quería héroes valientes, santos aventureros, guerreros intrépidos, valientes soldados de Dios. Tadeo y Simón tenían las mismas buenas intenciones que los demás apóstoles, pero ambos habían dado una interpretación errónea del reino mesiánico venidero. Para ellos, el Mesías era el libertador largamente esperado de una raza oprimida, el glorioso liberador de la dominación extranjera romana. Nuestro Señor no condenó a sus discípulos por sus ideas erróneas ni repudió su esperanza, sino que los animó mientras perfeccionaba su conocimiento y, sobre todo, redirigía sus propósitos.

Los Evangelios registran solo un discurso pronunciado por «Judas, no el Iscariote». La respuesta de nuestro Señor acompañó la pregunta del apóstol. Este pasaje habla significativamente del reino de Dios. Era jueves por la noche, durante la Última Cena. Jesús hablaba a sus discípulos para consolarlos, pues estaban tristes cuando les habló de dejarlos. Habló de una unidad duradera y permanente con ellos: «No los dejaré huérfanos; vendré a ustedes. Dentro de poco, el mundo ya no me verá. Pero ustedes me verán, porque yo vivo y ustedes vivirán». 19 ¡ El mundo! ¡Ustedes!

El discurso de Cristo se desató, pero Judas Tadeo dejó de escuchar. Regresó y reflexionó sobre estas misteriosas palabras. No las entendía. Y después de un rato, interrumpió: «¿Te presentas a nosotros, Señor, ¿cómo es que estás a punto de manifestarte? y no al mundo?».

" 20

Aunque estas son las únicas palabras de Judas registradas en los Evangelios, brillan como un rayo desde lo más profundo de su corazón y alma, y por un breve instante iluminaron el verdadero rostro de este apóstol casi desconocido. Judas Tadeo estaba inspirado por Cristo, embelesado, lleno de entusiasmo. Estaba impaciente e impetuoso por ver la "manifestación" de Cristo. Y por eso, para él era un enigma atormentador, una amarga decepción, que el Señor se manifestara.

sólo al pequeño círculo de los Doce, sólo «a nosotros», y no al público, «al mundo».

Cinco días antes, el Domingo de Ramos, le pareció increíble e incomprensible que Jesús entrara en Jerusalén y recibiera una bienvenida tan magnífica, digna solo de un héroe nacional, y aún así no tomara el mando de la ciudad. ¡Cómo ardía este Judas del Nuevo Testamento por poner "sus manos sobre el cuello de sus enemigos", como el patriarca Jacob había profetizado del padre de la tribu de Judá! ¡Cómo ardía por poder purgar la Ciudad Santa de los enemigos paganos, como lo había hecho Judas Macabeo, y devolverla al Dios de Israel!

¿Por qué no te manifiestas al mundo entero? Esta pregunta impaciente se sitúa apropiadamente junto a la exigencia de los "hermanos de Jesús", entre los cuales se encontraba Judas Tadeo, que fue lanzada con indignación al Señor antes de la Fiesta de los Tabernáculos:

Sal de aquí [de este rincón desolado de Galilea] y ve a Judea para que también tus discípulos vean las obras que haces; porque nadie hace nada en secreto si quiere ser conocido públicamente. Si haces estas cosas, manifiéstate al mundo.

Que Jesús no manifestara de inmediato su divina dignidad y majestad, que no aniquilara a sus enemigos de un solo golpe, que no estableciera un reino vasto y poderoso en la tierra, todo esto contradecía los conceptos del audaz y osado Judas. No podía comprenderlo. Y esta era la pregunta, la única pregunta, en la mente del apóstol Tadeo.

Mientras Jesús continuaba hablando en la Última Cena, después de que Judas lo interrumpiera, parece que no respondió ni siquiera se refirió a la objeción interrogativa del apóstol:

«El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él.

El que no me ama no guarda mis palabras. 22

Y, sin embargo, en lo profundo de esta respuesta se encuentra la solución a la pregunta que preocupaba y atormentaba a este campesino galileo que seguía a Cristo. El valiente Judas Tadeo anhelaba la manifestación del dominio y la majestad de Jesús. Jesús

prometieron una manifestación del Padre y del Hijo en las almas de los fieles. Sin embargo, esta inhabitación de Dios está reservada para quienes lo aman. El mundo materialista, que no ama verdaderamente, no puede, por lo tanto, ver esta manifestación espiritual de la gloria divina.

San Agustín comentó:

Existe, por lo tanto, una cierta manifestación interna de Dios, que los impíos no pueden percibir en absoluto, pues no participan de la manifestación del Padre ni del Espíritu Santo. Podrían haber tenido las manifestaciones del Hijo, pero solo en la carne; y la carne, por su propia naturaleza, no es como la manifestación espiritual, ni puede permanecer con ellos para siempre, sino solo por un breve tiempo, tal como fue creada; es para juicio, no para alegría; para castigo, no para recompensa.

Estas sublimes palabras del Señor le mostraron a Judas Tadeo el camino hacia el futuro. El Señor no limitó el heroísmo de este valiente apóstol. Nadie lo sofocó menos que el Mesías, quien lo animó y lo perfeccionó. Este apóstol seguiría siendo un héroe audaz y un guerrero intrépido; sin embargo, su objetivo no era establecer un reino efímero y temerario en el mundo, sino extender el reino eterno y espiritual de Dios en el mundo. No la política, sino la venida y la permanencia del Padre, del Hijo y del amor del Espíritu Santo en las almas de toda la humanidad, era la misión digna de su valiente corazón.

Judas, el escritor.

Entre los escritos sagrados del Nuevo Testamento se encuentra una epístola escrita por Judas. Esta epístola se ha atribuido al apóstol Judas desde tiempos antiguos, y con buenas razones. Fue escrita con audacia y fuerza, y solo un Tadeo, un hombre valiente, pudo haberla escrito. La epístola completa tiene solo veinticinco versículos. Odgen la elogió: «Judas escribió una epístola breve, pero llena de palabras de sabiduría celestial». 24 El apóstol la dirigió «a los llamados que han sido amados en Dios Padre y preservados para Cristo Jesús». 25 Al parecer, el autor se dirigía a los cristia

Palestina y Siria, pues las líneas, aunque pocas, están repletas de referencias y alusiones al Antiguo Testamento. Se citaron otros libros religiosos, conocidos solo por los judíos, como el "Libro de Henoc" —una obra apócrifa que Judas no sancionó salvo por la profecía que contenía — y otra sobre Moisés. El propio autor explicó la razón de su escritura:

Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos que convierten en libertinaje la gracia de Dios, y niegan al único Soberano y Señor, Jesucristo. 26

Tras distorsionar y tergiversar la libertad cristiana de la ley del Antiguo Testamento, exigida por Pablo y decidida por todos los apóstoles, estos falsos maestros rechazaron la Antigua Ley por completo. Despreciaron cualquier obligación de conciencia y predicaron una vida sin restricciones, una vida disfrutada al máximo, una vida de impulso, instinto, capricho y deseo: este era su nuevo y verdadero "evangelio". San Pablo ya había discrepado con estas personas, estos "enemigos de la cruz de Cristo. Su fin es la ruina, su dios es su vientre, su gloria está en su vergüenza, se preocupan por las cosas terrenales". 21 Pedro también, en su segunda epístola, pronunció el anatema supremo contra este libertinaje desenfrenado y este libertinaje desenfrenado que su descarado vicio enmascaraba con el hipócrita e inapropiado nombre de "libertad cristiana".

En el segundo capítulo de su segunda epístola, San Pedro describe: Multó y describió a estos herejes dentro de la Iglesia:

Consideran como placer sus orgías diurnas; son manchas y defectos, abundan en libertinaje mientras banquetean contigo. Tienen los ojos llenos de adulterio y se inclinan incesantemente hacia el pecado. Seducen a las almas inestables; tienen el corazón ejercitado en la codicia; son hijos de una maldición. Han abandonado el camino recto y se han extraviado... Estos hombres son manantiales sin agua y nieblas impulsadas por tormentas; la negrura de las tinieblas está reservada para ellos. Pues con palabras altisonantes y vacías seducen con sensuales seducciones de pasión carnal a quienes apenas escapan de quienes viven en el error. Les prometen libertad, mientras que...

264 Los Apóstoles

ellos mismos son esclavos de la corrupción; porque de aquello que el hombre vence, también es esclavo de ello.

Al escribir esta segunda epístola, Pedro aprovechó al máximo los escritos de Judas Tadeo. El segundo capítulo citado, comparado con la epístola de Judas, muestra claramente esta dependencia y utilización. La obra de Pedro se lee como un texto reescrito y ligeramente modificado de la epístola menor, que copió y, por así decirlo, simplemente presentó como suya. De esto se desprende que el líder de los apóstoles, el primero en autoridad, sentía un gran respeto por su compañero apóstol. ¡Simón Pedro y Judas Tadeo fueron, sin duda, guerreros de Dios fuertes y audaces!

La Epístola de San Judas fue escrita entre el año 62, año de la muerte de Santiago el Menor, y el 67, fecha de la composición de la segunda Epístola de San Pedro. Según el testimonio de Hegesipo, mientras Santiago el Menor estuvo al frente de la Iglesia en Palestina, esta estuvo libre de falsos maestros y herejes internos. 28

La Epístola de Judas comienza con una vibrante fanfarria: «Os exhorta a contender ardientemente por la fe que una vez fue dada a los santos». 29 Toda la Epístola es una seria advertencia, con referencias a ejemplos del Antiguo Testamento contra los falsos maestros. Señaló los juicios divinos y cómo Dios había castigado a tales hombres en el pasado. El autor usó un lenguaje audaz y contundente, incluso severo y directo. Recuerda la ira que a menudo pronunciaban los profetas del Antiguo Testamento:

De la misma manera también estos hombres contaminan la carne, menosprecian la autoridad, ridiculizan la majestad...Pero estos hombres se burlan de todo lo que desconocen; y lo que saben por instinto, como las bestias mudas, se convierte para ellos en una fuente de destrucción. ¡Ay de ellos! ... Estos

hombres son manchas en sus festines, que banquetean juntos sin temor, cuidando de sí mismos; . . . olas salvajes del mar, que espuman su vergüenza; estrellas errantes, para quienes la tormenta de las tinieblas ha sido reservada para siempre.

...Estos son murmuradores que andan según sus lujurias. Y de palabras altivas, cultivan a la gente para obtener ganancias.

palabras se reconoce a Tadeo, el valiente apóstol. No se escabullía ni espiaba, sino que era audazmente franco. Tampoco tenía el porte altivo de la realeza distante; era humilde y directo. Con el paso pesado de un granjero, caminaba entre los pobres de nuestro Señor, velando por su bienestar. No le interesaba la fama ni la gloria. Su único pensamiento era «hacer todo lo posible por escribirles acerca de nuestra salvación común». 31 Cuando esta salvación estaba en peligro, comprendió la situación con vigor, procedió sin ceremonias y actuó con ánimo para predicar sin temor y sin ansiedad, apropiada o inapropiada, lo que la gracia de Dios le mandaba. Dios lo inspiró y lo dirigió. Aquí se hace evidente que la valentía del apóstol Judas Tadeo era una gracia de Dios.

Las instrucciones y exhortaciones del Señor en la Última Cena fueron escuchadas y atendidas por Judas. No fue por una inclinación innata a la contienda, ni por un deseo de controversia, ni por un repentino ataque de ira que este apóstol se dispuso a escribir su epístola. Excusándose desde el principio, escribió: «Me ha sido necesario escribiros, exhortándoos a contender ardientemente por la fe...»

32 No era la contienda lo que pesaba sobre su corazón y alma, sino la "salvación común", por la cual, sin embargo, ciertamente no temía ni rehuía la contienda. Por Dios estaba dispuesto a luchar. Sorprendentes, sin embargo, son sus instrucciones sobre una actitud y un comportamiento prácticos hacia los falsos maestros, a quienes había atacado con palabras tan agudas y contundentes basadas en principios elevados. Su salvación también pesaba sobre el alma de este valiente apóstol:

Y a algunos, que son juzgados, los reprenden; pero a otros, los salvan, arrebatándolos del fuego. Y a otros, sean misericordiosos con temor, odiando incluso la ropa que está manchada por la carne. 33

La antigua Epístola de Judas también fue escrita para nuestra época, pues nuestra civilización moderna, tan afectada por el materialismo, está muy influenciada por paganos moralmente primitivos que sólo adoran la carne. Quizás Judas escribía para nosotros en el siglo XX más que para cualquier otra época. Sus palabras tienen un significado especial y

los Apóstoles para nosotros. Muchos sermones contra los abusos morales actuales pueden basarse en esta pequeña pero importante parte de la Biblia.

La conclusión de la Epístola llega como el primer Gloria a voz en grito de la Semana Santa. Esta hermosa alabanza a la gloria de Dios resuena como el eco agradecido de las palabras de nuestro Señor en la Última Cena. Fue entonces cuando Jesús le habló a Judas, el apóstol llamado Tadeo, sobre la venida del Padre y del Hijo a las almas de quienes aman a Dios y han sido bendecidos por Él.

A aquel que es poderoso para preservaros sin pecado y presentaros sin mancha delante de su gloria con alegría, al único Dios, nuestro Salvador, por Jesucristo nuestro Señor, pertenecen la gloria y la majestad, el imperio y la autoridad, desde siempre, ahora y por los siglos de los siglos. Amén. 34

Judas, el apóstol.

Las labores apostólicas de Judas Tadeo, como las de la mayoría de los demás apóstoles, están rodeadas de oscuridad. Lo que se registra sobre estas obras es tan confuso y enredado como los relatos sobre sus tres nombres. Todo esto ha generado mucha confusión. Las únicas conclusiones creíbles y fiables son las que se extraen de la propia epístola del apóstol.

Aquí se indicó que Palestina era el principal campo misionero. En este país, los dos hermanos agricultores, Santiago el Menor y Judas Tadeo, habían arado tierras en barbecho y las habían surcado de nuevo. Trabajaron duro y se dedicaron con entusiasmo. ¡Pero qué pequeño era el mundo entonces! Esta cosecha de grano bajo el sol, antes de que lloviera, era solo una preparación para el momento en que cosecharían la cosecha de almas para Cristo, bajo una tormenta desgarradora, antes de que el esplendor divino apareciera para la eternidad.

Partiendo de la base de la Epístola que Palestina fue el campo de la actividad misionera de Judas, Nicéforo Calixto señaló que este apóstol trabajó en Judea, Galilea, Samaria e Idumea. Judas trabajó en Galilea. Allí vivían su buena y anciana esposa y sus hijos. Todavía cultivaban los campos que una vez le pertenecieron. Allí vivían sus nietos, Zaker y Santiago. Todavía corrían y se aferraban a su abuelo cuando regresaba, polvoriento y cansado, de sus viajes apostólicos. Y, sin embargo, otros días se iba.

abandonó su amada patria y se entregó por completo a la voluntad de Dios para predicar en otras zonas. Este fue el sacrificio personal del apóstol.

Autores sirios han informado que el campo misionero del apóstol Judas Tadeo se centraba en Edesa, ciudad que hoy se llama Urfa, en el sureste de Turquía. Los armenios, cuyo vasto imperio incluía Edesa en el año 90 a. C., nombraron a los apóstoles Judas Tadeo y Bartolomé, en un himnario del siglo XIII, como sus «primeros iluminadores».

Un documento excepcional de los archivos de Edesa, citado por Eusebio, presenta una correspondencia entre Cristo y el príncipe Abgar V de Edesa. 35 Abgar rogó al Señor que fuera a verlo a Edesa para curarlo de su enfermedad. Cristo respondió que había sido enviado por el Padre solo a Israel. Sin embargo, después de su Ascensión, enviaría a uno de sus discípulos a Edesa.

Más tarde —según explicó Eusebio—, el apóstol Tomás envió a Tadeo, uno de los setenta y dos discípulos, también llamado Addeo, a Abgar. La «Doctrina de Addeo», una continuación posterior de esta antigua leyenda recopilada alrededor del año 400, añadió el relato de que el mensajero de Abgar había pintado la imagen de Cristo. No es necesario añadir nada más sobre la autenticidad de esta carta. Aquí también Eusebio confundió al apóstol Tadeo, uno de los Doce, con Addeo, uno de los setenta y dos discípulos, fundador de la Iglesia de Edesa.

Otras leyendas sostienen que Judas Tadeo primero trabajó entre su propio pueblo en Palestina, y luego viajó por las tierras vecinas: Arabia, Siria y Mesopotamia. Estas leyendas son ciertamente más probables que las otras. Se dice que sufrió martirio en Berito (actual Beirut, capital del Líbano) o en Aradus, Fenicia. Sin embargo, la mayoría de los comentaristas griegos concluyeron que este apóstol murió de muerte natural.

Los diez libros de Cratón, discípulo del apóstol (cuyos escritos datan de principios del siglo IV), sitúan a Tadeo, junto con su hermano Simón, en Persia. Ambos fueron misioneros apostólicos en este vasto y poderoso imperio. A pesar de las incesantes hostilidades de dos magos (miembros de una casta sacerdotal), Zaroos y Arfaxat, el éxito de los dos apóstoles fue colosal. Algunas de las leyendas que han surgido...

esta leyenda más antigua son demasiado fantásticos para merecer repetición. En Babilonia convirtieron y bautizaron a sesenta mil hombres, sin contar mujeres ni niños. En trece años, ambos recorrieron las doce provincias del Imperio persa.

Cuando los apóstoles entraron en la ciudad de Suanir, fueron llamados a ofrecer sacrificios en el templo pagano al sol y al qioon. Ambos explicaron que el sol y la luna eran solo creaciones del único Dios verdadero, a quien predicaban. Expulsaron a los demonios de los ídolos paganos, dos figuras negras y horribles, y los espíritus malignos huyeron, aullando y blasfemando. Entonces, tanto los sacerdotes como el pueblo atacaron a los dos apóstoles. Y Judas le dijo a Simón: «Veo que mi Señor Jesucristo nos llama». Una lluvia de piedras y una lluvia de palos los mató; por eso los artistas han retratado a Judas con un palo en la mano.

Según la leyenda, el rey Jerjes supuestamente mandó llevar los cuerpos de estos dos apóstoles-mártires a su ciudad natal. Allí ordenó la construcción de una hermosa iglesia octogonal de mármol. Hizo que sus cuerpos se conservaran en un sarcófago de plata, colocado en una pequeña habitación bañada. El edificio debería haber sido completado en tres años y consagrado el día de la muerte de los apóstoles, el 1 de julio.

Estas leyendas latinas, inspiradas en gran medida en los antiguos escritos de Cratón, se utilizan en el Breviario Romano como lecciones para la festividad de los apóstoles Simón y Judas. En la Iglesia Romana, estos dos apóstoles han sido honrados juntos el mismo día durante muchos siglos, al igual que Santiago y Felipe, y Pedro y Pablo. La relación entre Judas y Simón, a la que se alude en las Escrituras, y sus trabajos y muertes comunes, atestiguadas por leyendas, bien podrían ser la base de su fiesta común. Su festividad se celebra a finales de otoño, el 28 de octubre. Esto evoca las serias palabras de la epístola de Judas: «árboles en otoño, infructuosos, dos veces muertos, desarraigados...», y nubes otoñales sin agua, arrastradas por los vientos...

Al final de la vida de un apóstol, casi siempre hay un sentimiento de decepción e insatisfacción: falta información más certera y precisa. Ciertamente, hubo muchas grandes palabras y obras del apóstol Judas Tadeo que Di-

Judas Tadeo 269, Providencia

de la vid. Sin embargo, sabemos que fue un apóstol valiente. Solo Dios, que ve desde la eternidad, conoce su vida completa; el mundo sabe poco. Quizás este sea el verdadero significado de esa manifestación limitada de Dios. Es a la vez un consuelo y un recordatorio recordar las palabras de Cristo a Judas Tadeo: Él no se manifestaría al mundo como lo haría con los apóstoles. Pero «si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada con él».

"

"

■ CAPÍTULO ONCE

EL APÓSTOL Simón era el menos conocido, y hay que contenerse para no decir que era el menos importante, de todos los doce apóstoles. En toda la Sagrada Escritura no se dice nada más de él que mencionar su nombre. E incluso este nombre, Simón —del hebreo shim'on, literalmente «oído»—, tuvo que compartirlo con otro Simón en el círculo de los apóstoles. La duplicación de nombres entre los apóstoles es sorprendente: Simón Pedro y Simón el Zelote, Santiago el Mayor y Santiago el Menor, Judas Tadeo y Judas Iscariote. Simón Pedro fue el primero, el grande, la roca fundacional de la Iglesia. Parecería que la grandeza de este primer Simón eclipsó por completo a Simón, el desconocido, el último de los Doce.

Cuando el Señor le habló a Simón: «Bendito eres, Simón» y «Yo he rogado por ti, Simón», y, «Simón, ¿me amas?» —Siempre se refería al otro Simón, al primero, no al último. El apóstol desconocido era solo como el eco lejano, la humilde sombra del primer apóstol, tan cargado de dignidades y honores. Así como el patriarca Jacob lo había anticipado todo para su hermano Esaú, Simón Pedro lo hizo por este apóstol. 1 Quería acercar a este Simón olvidado al espíritu cristiano con un amor especial. Ambos se cuentan entre los grandes apóstoles del reino de los cielos.

Simón, al igual que Judas Tadeo, fue prefigurado en el Antiguo Testamento por dos portadores de su nombre. El primero fue Simeón, el segundo hijo del patriarca Jacob. Simeón fue severamente reprendido y castigado por su irreflexión y su ardor in

mediante la cual se vengó de los siquemitas por un acto ilícito que uno de ellos había cometido contra su hermana, Dina. Cuando la tierra fue dividida y distribuida, no heredó ningún lugar propio para su tribu, sino que solo se le asignaron lugares dispersos en la tierra de la tribu de Judá como lugares de residencia. En su lecho de muerte, Jacob dio a conocer las posiciones insignificantes y dependientes que había asignado a la tribu de Simeón y Leví. Explicó que su razón fue la desgracia de su acto:

Hermanos Simeón y Leví: instrumentos de iniquidad, haciendo guerra. No entre mi alma en su consejo, ni mi gloria en su asamblea; porque en su furia mataron a un hombre, y en su terquedad minaron un muro. Maldita sea su furia, por su terquedad, y su ira, por su crueldad. Los dividiré en Jacob y los dispersaré en Israel. 2

La tribu de Simeón casi se perdió en la historia del Pueblo Elegido de Canaán. Su líder nunca fue un partidario reconocido del reino. Judit, la heroína de la tribu de Simeón, vio el bien más que el mal en la venganza del pueblo de su antepasado: «Oh Señor, Dios de mi padre

Simeón, que le diste una espada para ejecutar venganza contra los extranjeros que se habían contaminado con su impureza y habían expuesto a la virgen a la confusión, te suplico, Señor, Dios, que me asistas, siendo viuda» .

El otro Simón, precursor del apóstol Simón, fue el macabeo Simón, líder de su pueblo entre los años 142 y 135 a. C.; se le apodaba "Thasi", que significa "el zelote". 4 Provenía de las clases bajas. Aunque era el segundo hijo mayor de Matatías, este Simón sirvió bajo las órdenes de sus hermanos menores Judas y Jonatán. Sin embargo, cuando Jonatán fue capturado, encarcelado y asesinado, fue Simón quien asumió la guía y el mando del pueblo. 5 Ambos hombres del Antiguo Testamento profetizaron

del apóstol Simón. Sus rasgos característicos quedaron profundamente grabados en este apóstol desconocido y casi olvidado.

Simón, el desconocido

No sabemos nada con certeza sobre la casa del apóstol.

Simón. Mateo y Marcos lo llamaron «el cananeo», probablemente para distinguirlo no solo de Simón Pedro, sino también de muchos otros con el mismo nombre en aquella época. 6 Esto llevó

a muchos, incluso a San Jerónimo, a suponer que Simón venía de Caná. Por lo tanto, los comentaristas griegos y coptos identificaron a este apóstol con el Natanael mencionado por San Juan, quien provenía de Caná.⁷ Sin embargo, Natanael era otro nombre para el apóstol Bartolomé (como se muestra en las primeras páginas del capítulo seis). Otros sostenían que este «Simón el Cananeo» era el novio de Caná, para quien el Señor obró su primer milagro público al convertir el agua en vino. Esta opinión tampoco tiene fundamento sólido.

La expresión "el cananeo" —derivada del vocablo arameo qana, que literalmente significa "ser celoso"— no se refiere a un lugar habitado, sino a un partido político. San Lucas expresó el mismo significado con la palabra griega zelotes, un zelote judío antirromano. El contexto del Evangelio y también la historia de este partido señalan a Galilea como el hogar de Simón; pero no se puede hacer una afirmación más definitiva con base en información fiable.

Se sabe poco sobre la familia de este apóstol; sin embargo, hay razones para creer que era un «hermano del Señor». Tanto Mateo como Marcos mencionaron a Simón como hermano de Jesús.

Cuando Cristo regresó a Nazaret y comenzó a enseñar en las sinagogas, la gente asombrada preguntaba: "¿No es éste el hermano de Jacobo, José, Judas y el carpintero..."

En sus .

listas de apóstoles, los tres sinópticos mencionan a Simón junto con Santiago y Judas. Cuando San Marcos enumera los nombres de Santiago, Judas y Simón como hermanos del Señor, utiliza la misma secuencia que en su lista de apóstoles. Esto es una prueba más de que Simón, el hermano del Señor, era un apóstol como Santiago y Judas, también hermanos del Señor. En otras palabras, solo se trata de un Simón.

Esta suposición está apoyada por la declaración de Hegesipo de que Simeón, el segundo obispo de Jerusalén, era hijo de Cleofás, el hermano del padre adoptivo San José. ⁹ Cleofás, o Cleofás, debe identificarse con Alfeo, el padre de Santiago el Menor (como

explicaron en las primeras páginas del capítulo nueve. Siguiendo esta suposición, se puede concluir que los apóstoles Santiago, Judas y Simón eran "hermanos" de Cristo, primos cercanos o lejanos. En el caso de Simón, esta distinción es oculta y oscura; sus hermanos mayores e influyentes lo precedieron incluso en su vida familiar. Ellos tomaron las decisiones y respondieron a las preguntas. A él, el último, el más joven, no le quedaba más remedio que permanecer en silencio, casi invisible. Su nombre significa "oído", pero aún no había sido escuchado ni oído.

No se ha registrado el llamado del apóstol Simón. Estaba entre la multitud de discípulos en la montaña cuando el Señor eligió a los Doce. Quizás sus dos hermanos mayores, Santiago y Judas, se disgustaron al ver que su "hermano menor" los seguía constantemente. Uno de los tres debería haber estado en casa ayudando a su padre, Alfeo, pues un granjero nunca está sin trabajo y necesita ayuda durante todo el año. Molestos y molestos, como Eliab, el hermano mayor del joven David, también pudieron haber reprendido al joven Simón:

¿Por qué te apresuras a venir aquí? ¿Y por qué dejaste a esas pocas ovejas en el desierto? Conozco tu orgullo y la maldad de tu corazón: has venido a presenciar la batalla.

Simón se quedó mirando con ojos grandes y asombrados cuando nuestro Señor llamó de entre la multitud a Simón, el primero en seguir a Jesús, luego al noble Andrés, luego al ferviente Santiago, luego al valiente Juan. Su mayor sorpresa estaba por llegar. El Mesías llamó a su hermano Santiago. Este fue un honor inimaginable para la familia. Y lo que es más, inmediatamente llamó a su hermano Judas. Con dignidad pasaron junto a su hermano menor, Simón, quien irradiaba orgullo y rebosaba alegría. Diez hombres rodearon a Jesús como diez diamantes adornan una corona. ¿Llamaría el Señor a otros? De ser así, ¿a quién elegiría? Y Cristo dijo: «Simón». Simón estaba confundido. Dudó. Luego se sintió avergonzado. Había muchos allí llamados Simón. Y Jesús repitió: «Simón», y, vacilando, añadió: «el Zelote». ¿Simón el Zelote? Una increíble sorpresa y asombro recorrió a la multitud cuando «el cananeo» se acercó al grupo que rodeaba al Señor.

Mateo y Marcos lo ubicaron como el undécimo en sus listas de apóstoles. Solo Judas Iscariote lo siguió.

Es posible que nuestro Señor haya llamado incluso a Judas antes que a Simón, convirtiéndolo en el último, pues solo el sacrilegio del traidor pudo haber impulsado a los evangelistas a ubicarlo detrás de todos los demás apóstoles. Es lógico sentir lástima por Simón, ya que se le menciona en el mismo contexto que a Judas Iscariote, el traidor del Mesías. Muchas veces pudo haber sido muy difícil estar cerca de su triste vecino. No sabía por qué. Cuando el Maestro envió a los Doce en su primer viaje misionero, «de dos en dos», Simón posiblemente acompañó al apóstol que luego se ahorcó. 11 En la «Última Cena» de Leonardo da Vinci, Simón fue retratado en el extremo izquierdo. Da la impresión de que alcanzó su posición y la mantuvo con dificultad. Se mantuvo en silencio y con paciencia detrás de todos los demás.

No sabemos nada con certeza, absolutamente nada, sobre las obras apostólicas de Simón. Ninguna de ellas quedó registrada en los Evangelios ni en los Hechos de los Apóstoles. Tampoco dejó tras de sí ni siquiera unos pocos versículos de una breve epístola, como la que escribió su hermano Judas. No se dirigió una sola palabra a Simón, ni le hizo una sola pregunta que los evangelistas consideraran importante o digna de ser registrada. Breves observaciones de Tomás, Felipe y Judas Tadeo en la Última Cena fueron anotadas, recordadas y escritas con esmero para la posteridad. Pero el celoso apóstol solo tuvo un papel silencioso que desempeñar en el círculo que rodeaba a Cristo. Parece que no tenía nada más que hacer que estar allí.

Quando los apóstoles regresaron a su Maestro después de su primera labor activa predicando la Nueva Ley, estaban ansiosos por contarle todo lo que habían visto y oído. Con entusiasmo le informaron de todo, lo que habían hecho y enseñado. Pero cuando Simón se unió a sus filas, todos los relatos, preguntas y consejos de Cristo se detuvieron repentinamente. 1 2 Nunca leemos de una distinción asignada a Simón, nunca de una instrucción u orden dada a él o por él, ni siquiera de una aparición suya. Quizás el Domingo de Ramos, Simón fue uno de los dos a quienes Jesús envió delante de Él a una aldea para desatar y traer el asno y

pollino, para que el Mesías entrara en Jerusalén como habían predicho los profetas. 1 3 Este apóstol desconocido nunca destacó entre los demás, no fue prominente ni distinguido. Siempre estuvo en el grupo, junto con los demás, casi sin personalidad, solo un apóstol, solo uno de los Doce. Precisamente este permanecer silencioso, oscuro y desconocido se ha convertido en una marca de su carácter.

Las reliquias de este apóstol Simón se han conservado en el Vaticano. Pero, ¿quién de los cientos de miles de personas que visitan San...

Pedro en Roma, ¿piensa en Simón, el apóstol desconocido? Para el primer Simón, Simón Pedro, se construyó la basílica. Su estatua ha sido besada en reverencia tantas veces que con el paso de los años su base ha quedado completamente aplastada. El undécimo apóstol, en cambio, disfruta desde hace mucho tiempo de una tranquilidad absoluta.

Simón, el apóstol desconocido, es el patrón de los innumerables cristianos que pasan por la vida sin fama, sin nombre.

Él es el patrón del ejército de trabajadores desconocidos en la viña del Señor, que trabajan en los últimos lugares por el reino de Dios.

Es el patrón de los soldados desconocidos de Cristo, que luchan en los frentes ignorados e ingratos. Nadie se da cuenta, nadie alaba, nadie recompensa a este apóstol oscuro y a menudo incomprendido; nadie excepto el Padre, que ve a través de toda oscuridad, que comprende todos los juicios erróneos.

¿Acaso Simón el Zelote, el último apóstol, merecía menos alabanza que Simón Pedro, el primer apóstol, el líder de los Doce, porque sabemos tan poco de él? Él también era uno de los Doce, tan bueno como el poderoso Pedro, tan bueno como el noble Juan. Para él también estaban destinadas las palabras de nuestro Señor:

Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando. Ya no los llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Pero los he llamado amigos, porque les he dado a conocer todas las cosas que oí de mi Padre.

Cristo pudo haber honrado a este apóstol desconocido y aparentemente insignificante con muchas palabras especiales. Pero pudo haber hablado tan suavemente que ninguno de los demás las oyó y, por lo tanto, no pudo repetirlas ni registrarlas, mientras Simón permanecía humildemente en segundo plano. Fue este desconocido

apóstol que tenía una semejanza especial con el Hijo desconocido de Dios. Y por esta misma razón Simón pudo haber tenido una mejor comprensión del Mesías y de su reino celestial.

El propio Simón ciertamente no se molestó por estar en último lugar, ni trabajó menos por ello. También ofreció sacrificios y viajó sin «oro, ni plata, ni dinero en vuestros cinturones, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bordón; porque el trabajador merece su sustento».

Y predicaba: «¡El reino de los cielos se ha acercado!» Él «curaría enfermos, resucitaría muertos, purificaría leprosos y expulsaría demonios». 15 No estaba paralizado por la autocompasión ni por un complejo de inferioridad en sus labores apostólicas. Fue este Simón desconocido quien llevó consigo un título en las listas de los apóstoles de los Evangelios, un título que sorprende más en él que en cualquier otro apóstol: el Zelote.

Simón, el Zelote. El

nombre Zelotes, un Zelote, tiene un significado político, y de ninguna manera denota la virtud del celo. Los zelotes eran una secta judía que se resistió abiertamente al control romano sobre los judíos en Palestina. Luchaban por la libertad y la independencia. Un tal Judas de Galilea es considerado el fundador de este grupo. Cuando un impuesto personal fue impuesto a los judíos en el año 7 d. C. por Quirino, un gobernador romano en Siria, este Judas incitó una revuelta. La insurrección subsiguiente no tuvo éxito y el resultado, como se registra en los Hechos de los Apóstoles, fue desafortunado.

Gamaliel, fariseo y maestro de la Ley, desaconsejó una supresión vigorosa del cristianismo recién fundado, argumentando que el movimiento mesiánico se destruiría a sí mismo si no hubiera surgido de Dios. Dirigiéndose al Sanedrín, Gamaliel recordó:

Hace algún tiempo, se levantó Teodas, pretendiendo ser alguien, y unos cuatrocientos hombres se le unieron; pero fue asesinado, y todos sus seguidores fueron dispersados, y él quedó reducido a nada. Después de él, se levantó Judas el galileo en los días del censo, y atrajo a mucha gente tras él; él también pereció, y todos sus seguidores fueron dispersados.

Los zelotes fueron derrotados, pero su propósito no se extinguió. Las cenizas humeantes de su lucha por la libertad se convirtieron esporádicamente en llamas a medida que el fervor de los grupos dispersos de zelotes se hacía sentir. Perdieron la guerra, pero los insurgentes voluntarios nunca faltaron. Desesperadamente, se inclinaban para soplar las brasas ennegrecidas, para reavivar un pequeño fuego aquí y otro allá, esperando un viento violento que convirtiera en una llama imponente contra sus odiados enemigos.

Había dos grupos distintos de zelotes: los políticos y los religiosos.

El grupo religioso consideraba la estricta observancia y cumplimiento de la Ley Mosaica como condición previa indispensable para la restauración y renovada prominencia de la nación judía. Antes de esto, su liberador, el Mesías prometido por Dios, no aparecería. En este sentido, quizás el propio San Pablo pertenecía al partido de los zelotes, pues reconoció: «Y avancé en el judaísmo por encima de muchos de mis contemporáneos en mi nación, mostrando mucho más celo por las tradiciones de mis padres».

El segundo grupo distintivo de zelotes, la facción más violenta y agresiva, asumió libremente una actitud política respecto a todas las cuestiones. No estaban dispuestos a resignarse ni a esperar en silenciosa sumisión hasta que, en la providencia de Dios, amaneciera el día de la libertad y la esperanza de Israel se iluminara y se cumpliera. El único arbitraje decisivo entre ellos y sus enemigos impíos sería la espada.

Estos agitadores fueron controlados durante diez años. Los puños apretados de los romanos reprimieron a cualquier insurgente que se atreviera a actuar sospechosamente. Y los partidos oficiales del estado, los saduceos y los fariseos, los evitaron formalmente cerrando los ojos, dándoles la espalda y alejándose. Sin embargo, el elemento revolucionario finalmente logró desatar sus fuerzas y extender el fuego arrollador de la Guerra Judía.

Cuanto más tiempo los reprimieron, más audaces se volvieron, más vigorosos e incluso más poderosos. Se escudaron en el celo religioso para cometer sus crímenes políticos. Los ricos y refinados saduceos, influyentes por su nobleza y riqueza, y los orgullosos pero prudentes fariseos...

cuyo ardor primitivo degeneró en hipocresía y fanatismo, se opuso a una guerra contra los romanos. Sabían que era inútil.

Esta aprensión de los círculos dirigentes se expresó en los Evangelios. Temían a Cristo, no solo por lo que predicaba, sino también por lo que harían los romanos cuando ganara adeptos:

"Si lo dejamos tal como está, todos creerán en él, y el
Los romanos vendrán y nos quitarán nuestro lugar y nuestra nación. . .
Nos conviene que un solo hombre [Cristo] muera por el pueblo, y no
que toda la nación perezca. 18

Los zelotes temían a los romanos; sin embargo, querían rebelarse contra ellos a cualquier precio, incluso el precio de la sangre derramada en la tierra, donde se volvió fría, negra y dura, tan vacía de vida como la tierra que se lleva el viento. Tomaron una fortaleza y en Jerusalén se negaron a hacer la ofrenda habitual a las autoridades romanas. Esta fue la chispa que encendió la guerra judía. Por ello, los zelotes tuvieron que sufrir un castigo horrible.
19 Cuando Galilea fue sometida a Vespasiano en el año 67, los judíos huyeron de los

romanos en balsas por el lago Genesaret.

Pero los guerreros latinos los atraparon; tras la batalla, el agua azul se tiñó de púrpura por la sangre. (Este era el lago apacible que Cristo había cruzado muchas veces). Seis mil quinientos zelotes perdieron la vida en este ataque, y Vespasiano mandó masacrar a mil doscientos más en la arena. Seis mil fueron enviados al istmo de Corinto y treinta mil fueron vendidos. En total, 80.700 cayeron, derramaron su sangre y murieron; y 36.400 fueron vendidos .

Aún más horrible fue la carnicería en Jerusalén. Allí, los zelotes habían desatado un régimen de terror, dirigido por Juan de Giscala. Con la ayuda de los idumeos, habían asesinado a doce mil hombres.

La venganza por esto fue cruel y brutal. Según el relato, quizás algo exagerado, del historiador judío Flavio Josefo, 1.100.000 judíos perecieron en la conquista y adquisición de Jerusalén .

Y 97.000 fueron hechos prisioneros y fueron vendidos o asesinados.

dedicaron al deporte de los gladiadores y a la diversión de los paganos.

22

Solo después de comprender este contexto político se puede comprender lo que significó el llamado de Simón el Zelote como uno de los Doce. Ciertamente, todos los apóstoles, no solo Simón, estaban interesados en los movimientos políticos de su época. Como galileos apasionados por la libertad, todos anhelaban el día de su liberación. El Mesías tan esperado, el gran Hijo de David, sería para ellos quien conquistó la potencia extranjera en su suelo en una valiente batalla, quien establecería el gran reino judío. Incluso un hombre tan espiritual como el sacerdote Zacarías, padre de Juan el Bautista, esperaba que el Mesías trajera...

'Salvación de nuestros enemigos, y de la mano de todos los que nos odian.'

" 23

En la Última Cena, cuando los apóstoles aún no comprendían la misión mesiánica de Cristo, se enfurecieron al oír que su Líder sería "contado entre los malvados"; y con ojos centelleantes estuvieron inmediatamente listos para luchar: " «Señor, aquí hay dos espadas». 24 Algunos de los apóstoles nunca habían olvidado las instrucciones de Juan el Bautista, quien había predicado de manera impresionante y contundente que los hombres debían apartarse de la política corrupta y volverse a la religión: «Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos se ha acercado». 25 Gracias a esta educación y a las firmes instrucciones del Señor, aprendieron poco a poco que el reino mesiánico era espiritual, el reino de los cielos en la tierra.

Pero no podían renunciar a todas sus reivindicaciones y esperanzas de una restauración del poder político y nacional de los judíos.

Incluso antes de la Ascensión del Salvador resucitado al cielo, lo atormentaban con la pregunta: «Señor, ¿en este momento quieres restaurar el reino a Israel?» 26 Estaban tan inspirados por Jesús que valientemente renunciaron al mundo, a su casa y hogar, a su esposa y a sus hijos. Pero a cambio esperaban con ansias el primer lugar en el reino mesiánico para ellos y sus familias.

Tres veces en los Evangelios, los judíos, conscientes de su libertad, intentaron convertir a Cristo en el líder de un movimiento nacional por un imperio judío. Y en cada ocasión, los apóstoles estaban con las multitudes.

Después de que Cristo alimentó milagrosamente a cinco mil, la gran

Las masas inmediatamente buscaron "tomarlo por la fuerza y hacerlo rey ", pero "él huyó de nuevo a la montaña, él solo". 21

Antes de la Fiesta de los Tabernáculos querían que Él fuera a Jerusalén, elévate y "manifiéstate al mundo".

Pero Jesús pospuso ese viaje a la capital, agobiado por las tensiones políticas, y «se quedó en Galilea. Pero tan pronto como sus hermanos subieron a la fiesta, él también subió, no públicamente, sino como en privado». 28 La tercera vez, pareció que los zelotes habían

logrado persuadir a Jesús para que aceptara el plan que tenían para él: pues la suya fue una entrada verdaderamente triunfal en Jerusalén. Se oyeron gritos de hosanna: «¡Sálvanos!». ¡Sálvanos! La gente corrió a extender palmas delante de él. 29 Pero también aquí Jesús había anticipado la interpretación política de su entrada triunfal con un pequeño detalle, casi jovial: cabalgaba sobre un burro. No cabalgaba imponente sobre un corcel pavoneándose. Quien contempla una revolución no viene montado en una bestia lenta. Y este burro puede incluso haber molestado y disgustado a Simón el Zelote. Qué sabia y amable ironía habría sido si él, el más diligente de todos los apóstoles en provocar una toma política del poder, hubiera sido quien llevara el asno y el pollino a Cristo. Los evangelistas no indicaron si Simón había pertenecido al partido político o al religioso de los zelotes. Quizás adquirió este título por su apasionada fidelidad a la

Ley del Antiguo Testamento y se ganó el mismo elogio que Santiago les dio a los "fervientes defensores de la Ley". 30 Este celo religioso, sin embargo, rozaba la política.

En realidad, fueron los hermanos de Jesús quienes, antes de la Fiesta de los Tabernáculos, quisieron instigar una manifestación pública y política. Posiblemente el silencio absoluto de este undécimo apóstol en las Sagradas Escrituras se explique por su insistencia en mantener una postura política firme. El Señor mismo se negó a menudo a dejar que su reino cayera en manos vacías de la política mundana. «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis seguidores habrían luchado para que no fuera entregado a los judíos».

"³¹ Él no quería que Él y Su obra fueran puestos en peligro por culpa de un zelote.

Simón debió haber estado contenido en el grupo de los apóstoles, así que

le aconsejaron que no siguiera el ejemplo de sus homónimos del Antiguo Testamento y que, con excesivo celo, causara más problemas que beneficios. En un noviciado completamente silencioso y austero, que no le ofrecía problemas ni atención especiales, debía afinar su fervor y ardor. Pero, lo que era más importante, debía demostrar y conservar su celo.

Aquí se pone de manifiesto el gran valor personal del apóstol Simón el Zelote. El hecho de que el Señor lo llamara como uno de los Doce, a pesar de sus inclinaciones políticas, indica que este apóstol era muy apreciado por su incansable ambición y sus elevados ideales. Cristo se arriesgaba tanto al elegir a Simón como al llamar a Mateo. Al llamar a un recaudador de impuestos que trabajaba para los romanos dominantes, Jesús se expuso a las críticas de las multitudes que anhelaban la independencia y la libertad. Al llamar a un Zelote que luchaba contra los romanos dominantes, se expuso a las sospechas de los líderes que aspiraban al poder en los círculos oficiales.

¿Cómo podían estos dos, Mateo y Simón, el publicano y el zelote, enfrentarse en el mismo pequeño grupo de apóstoles? Cada uno provenía de un mundo diferente. ¿Eran rivales, enemigos? El publicano era esclavo de los romanos, a quienes el zelote atacaba. Y, sin embargo, Cristo reunió al publicano y al evasor de impuestos en el mismo grupo y los unió como discípulos suyos. Tan grande es el poder de su amor y la previsión de su sabiduría que recibe tanto a publicanos como a zelotes a su servicio. El Maestro tenía una misión para cada uno, y su misión...

era uno.

La grandeza moral del apóstol Simón se manifestó en su perseverancia, en una persistencia inquebrantable que el Señor reconoció como fidelidad. Ningún apóstol, con la excepción de Judas, se sintió tan amargamente decepcionado de su Maestro como el expectante Simón. Una decepción destrozó a Judas; otra decepción perfeccionó a Simón. El deseo de este celoso apóstol por un reino terrenal fundado por el Mesías ardía en él con más fervor que en los demás. El pueblo, tan deseoso de libertad, pudo haberse acercado a menudo y hablado con Simón, pidiéndole que convenciera al Mesías para que les diera éxito en su lucha por la independencia. Pero Cristo nunca le había ofrecido la posibilidad, ni siquiera

insinuó que era posible que Él cumpliera tal deseo. Intencionalmente, Simón fue colocado en el undécimo lugar, donde no tenía otra cosa que hacer que guardar silencio.

A pesar de la firme negativa de Cristo a concederle a Simón el anhelo de toda su vida, Simón perseveró en seguir a su Maestro. Una y otra vez le abrió su corazón al Mesías, y uno a uno le manifestó sus deseos. Judas, por el contrario, se negó a revelar sus deseos y necesidades, y terminó siendo un criminal, traicionando a su Maestro. Quien es tan ferviente que en su celo solo puede elegir a Dios es sin duda un verdadero y capaz apóstol de Jesucristo. Tal celo se convierte en una fuerza inquebrantable que se eleva por encima de fines secundarios y, en silencio, dedica toda su fuerza a la búsqueda de la perfección cristiana.

Simón, el zelote desconocido

Las leyendas sobre el apóstol Simón son tan contradictorias como las de su hermano Judas Tadeo. Sin embargo, la más plausible de todas es la que cuenta que Simón, tras la muerte de su hermano mayor, Santiago, en el año 62, lo sucedió como obispo de Jerusalén.

El historiador eclesiástico Eusebio registró la declaración de Hegesipo, hecha a mediados del siglo II, de que Simeón, hijo de Cleofás, fue el segundo obispo de Jerusalén. 32 Nicéforo Calixto también mencionó a este Simeón como segundo obispo de Jerusalén. El primer relato afirma que este apóstol ejerció su cargo durante veintitrés años; el segundo, durante veintiséis.

La validez de esta información se ve reforzada por una antigua tradición abisinia. Según esta, el apóstol Simón el Zelote, tras trabajar con celo en Samaria, se convirtió en obispo de Jerusalén, donde sufrió el martirio en la cruz. Sin embargo, el Breviario Romano celebra por separado la festividad del apóstol Simón, el 28 de octubre, y la de Simeón, obispo de Jerusalén, el 18 de febrero.

Los trabajos apostólicos de Simón como obispo de Jerusalén coincidieron con el asedio, la conquista y la destrucción de la Ciudad Santa. Simón podría haber envidiado a menudo a Santiago, su hermano mártir y predecesor, quien se libró de la dura experiencia de presenciar la devastación de los lugares santos. 34 Cristo había advertido:

284 Los Apóstoles

"Y cuando veáis a Jerusalén sitiada por un ejército, sabed entonces que su desolación ha llegado. Entonces los que estén en Judea, vayan a los montes; y los que estén en medio de ella, salgan..."

" 35

Recordando esto, Simón huyó rápidamente con su rebaño de fieles a la ciudad pagana de Pella en Perea, donde la amenaza de guerra no era inminente. ³⁶ Esta fue la primera evacuación de refugiados

cristianos ordenada por el mismo Buen Pastor, movido por su profunda preocupación por su fiel rebaño. ¿En qué pensaba Simón el Zelote durante su huida? Él también había sido miembro activo de los Zelotes, quienes ahora traían tales horrores y atrocidades sobre la tierra y el pueblo. Le había sido difícil dar a conocer a Dios los deseos de su corazón. Ahora, mientras la justicia divina ardía con furia sobre Jerusalén, vio cuán bueno era haber abierto su corazón al Señor. Su alma resplandecía de fervor y agradecimiento porque Cristo lo había llamado a alejarse de este peligroso zelotismo y lo había encaminado hacia el celo por la casa y el rebaño del Señor.

También es posible que Simón, tanto antes como después de ocupar el obispado de Jerusalén, difundiera el Evangelio a otras tierras. Las epístolas de San Pablo presentan un panorama claro, mostrando cuán extensas fueron las labores apostólicas que realmente difundieron la fe.

También los demás apóstoles, no solo san Pablo, se esforzaron por cumplir las palabras de su Maestro: «Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones...» y... seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra.

" 37

Las leyendas han retratado a este reservado Simón recorriendo tierras tan diversas y lejanas. No es posible extraer la verdad histórica del vasto repertorio de fábulas, ni separar las semillas de la imaginación que eclipsaron y casi sofocaron los tallos de la verdad. Los apócrifos "Hechos de Andrés" lo sitúan como compañero de Andrés en los países del Mar Negro. Dos lugares a orillas de este mar —la ciudad del Bósforo, en el Quersoneso Táurico, y Nicópolis, en los montes Cáucaso— reclaman la tumba del apóstol Simón. En las regiones del Cáucaso existen tradiciones georgianas y armenias.

lo cual respalda esto. Tras colaborar con Andrés y Mateo, se dice que Andrés permitió a Simón regresar a Sevastopol, una ciudad a orillas del Mar Negro en Crimea.

Siempre existe la posibilidad de que estas leyendas tomaran prestados accidentalmente fragmentos de las leyendas sobre Simón Pedro. Ambos solían ser llamados simplemente Simón, y según otras leyendas muy antiguas, Simón Pedro trabajó en estos mismos distritos junto con su hermano Andrés. Desde allí, Andrés se dirigió a Oriente y Simón Pedro a Occidente. Por lo tanto, no es difícil comprender cómo diversas leyendas sobre Simón Pedro pudieron confundirse con las de Simón el Zelote.

Los "Hechos de Simón y Judas" identifican el escenario de las labores apostólicas de Simón como Babilonia y Persia (como ya se explicó en el capítulo anterior sobre Judas Tadeo). Centrando su actividad en Babilonia, Simón y Judas viajaron por las doce provincias del Imperio Persa. Sin embargo, incluso en estas leyendas se puede rastrear la sombra del primer Simón, Pedro. Fue en "Babilonia" —entendida como una designación críptica de Roma— donde Pedro escribió su primera epístola, en un momento en que esta ciudad babilónica se encontraba asediada por el vicio, las falsas enseñanzas y la inmoralidad. Quizás, por lo tanto, la leyenda ha atribuido la verdadera Babilonia a Simón el Zelote como el campo de su actividad misionera, ya que Simón Pedro había trabajado en la Babilonia simbólica.

Según estas leyendas, Simón sufrió una muerte de mártir en la «ciudad de Suanir». Sin embargo, se desconoce la existencia de una ciudad persa con este nombre. Existe la posibilidad de que existiera alguna conexión entre Suanir y los «Suanen» de Cólquida, un antiguo país en la costa oriental del Mar Negro, en Transcaucasia.

Una tercera opinión general, que posteriormente siguieron en particular los comentaristas griegos, situaba la región de las labores apostólicas de Simón en Egipto, Libia, Mauritania (un antiguo reino del noroeste de África, y posteriormente provincia romana) e incluso Gran Bretaña. El Breviario Romano también menciona las labores misioneras de Simón en Egipto, y después de esto retrata a Simón trabajando con Judas Tadeo en Persia.

Un relato de Hegesipo reveló que Simón fue martirizado

bajo el mando de Trajano en el año 107 a la edad de ciento treinta y Si lo nueve años . No es probable que este relato sea muy preciso. fuera, Simón habría vivido tres años más que Juan, a quien la tradición reconoce desde hace mucho tiempo como el último apóstol en morir.

La mayoría de los informes contradictorios sobre la muerte de Simón mencionaban la crucifixión como forma de martirio. Una pequeña e impresionante imagen de los monólogos de Basilio II lo retrataba en la cruz con la vestimenta de un sumo sacerdote, mirando desde la ciudad de Jerusalén hacia la inmensidad del mundo. Simón el Zelote había protestado contra la cruz profetizada de Cristo con la misma vehemencia que el otro Simón: «Lejos de ti, Señor; esto nunca te sucederá».

40 Sus pensamientos no eran de una cruz , sino de una corona. Pero con alegría y disposición abrió su corazón y alma a las instrucciones del Señor, hasta unirse a Cristo, incluso en la cruz. Su amor por el Maestro no tenía límites. Sin reservas ni vacilaciones, confió en el Mesías.

Otras tradiciones sostenían que Simón se convirtió en mártir al ser aserrado en pedazos. Lukas Cranach no dudó en pintar una imagen vívidamente realista de esta horrible muerte. Por lo tanto, el símbolo de este apóstol es una sierra, y por reverencia se le ha declarado patrón de los carpinteros, con menos énfasis que el apóstol Tomás, cuyo símbolo es una escuadra de carpintero y quien se convirtió en patrón de los arquitectos. En este sentido, también, el apóstol Simón es, y sigue siendo, el undécimo.

Ciertamente, los diversos relatos de tradiciones y leyendas sobre Simón son confusos y poco fiables. Sin embargo, en conjunto, todos tienen una base común: señalan a un apóstol que era zelote, no solo antes de ser llamado por el Señor, sino también después, en sus obras misioneras y labores apostólicas. Ya sea que difundiera la palabra de Dios en la tierra de los "Suanen" o en Babilonia, ya sea que fuera crucificado o aserrado, este apóstol desconocido estaba lleno de celo. Fue y sigue siendo el zelote desconocido.

La verdadera belleza de la vida de este apóstol reside precisamente en que pudo ser tan celoso y aun así permanecer tan desconocido, de modo que solo Cristo fue conocido y recordado. Por esto es aún más conocido en el cielo.

Simón 287

La gracia especial de Simón fue perseverar en Cristo, como Cristo aumentó y disminuyó.

Muchos que deben trabajar en la oscuridad pierden su ardor y celo. Haríamos bien en seguir el ejemplo de Simón y salir al mundo para hacernos desconocidos, mientras Cristo se hace conocido.

Profunda es, pues, la lección que debemos aprender de este, el más sencillo de todos los apóstoles: cuando no somos agradecidos, no somos recordados, no somos conocidos, debemos regocijarnos por amor a Cristo, y no sólo perseverar en nuestro celo, sino aumentarlo.

"Guardaos de hacer lo bueno delante de los hombres, para ser vistos por ellos; de lo contrario no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos.

"Por tanto, cuando des limosna, no toques trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser honrados por los hombres. En verdad os digo que ya recibieron su recompensa." 41

Ocupaos de las cosas de arriba, no de las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria. 42

Judas Iscariote

■ CAPÍTULO DOCE

Judas Iscariote fue uno de los doce apóstoles, pero hoy no tiene monumento en Letrán como los demás. Ningún calendario indica la fecha de su festividad. Ningún pueblo del mundo lo reclama como patrón; ningún país se jacta del honor de considerarlo su primer misionero.

Tras estudiar con detenimiento a los primeros once apóstoles, uno se queda inicialmente desconcertado al llegar a Judas Iscariote. Es como un eclipse repentino de sol de mediodía, una noche en el día. Uno se siente tentado a silenciar este nombre, para que el oscuro horror de su crimen no se refleje en los once buenos apóstoles. Ellos también estaban agobiados por la debilidad humana, pero aceptaron la gracia de Dios y se convirtieron en príncipes en el reino de los cielos.

Los artistas de los primeros siglos cristianos evitaron deliberadamente a Judas al honrar a los otros once apóstoles. Solo representaron el símbolo de la desgracia, la bolsa que ocultaba las treinta piezas de plata. Querían que Judas desapareciera tras los demás, y después de eso no querían despertar ningún recuerdo de él. Pero este apóstol, contrariamente a sus esperanzas, no ha permanecido ni en silencio ni oculto, ni siquiera en la oscuridad.

Los evangelistas, verdaderos historiadores, revelaron que Judas también era un apóstol, uno de los Doce, aunque aparentemente dudaron en hacerlo. Sin embargo, nos han dado una visión más profunda de este apóstol que de algunos de los buenos apóstoles; y en esto reside la sabiduría de estos cuatro historiadores inspirados. Junto a este hombre de las tinieblas colocaron una luz, y la luz provenía de Cristo, y la luz 289

eran Cristo. El pecado de Judas es importante para nosotros, pues permanece para siempre como recordatorio y advertencia del horror del pecado.

Este último de todos los apóstoles, cuya vida está envuelta en misterio, nos inquieta y provoca en su mayor parte. Esto es evidente en el vasto mundo literario que trata sobre Judas.

Aparte de los tres grandes apóstoles, Pedro, Pablo y Juan, no se ha escrito tanto sobre los discípulos como sobre el traidor de Cristo. Lo que era solo una posibilidad en todo discípulo de Cristo se convirtió en realidad en «Judas Iscariote, el traidor». Los evangelistas se apresuraron a señalar esto incluso cuando simplemente enumeraron los nombres de los apóstoles. 1 Muy pronto se presentó un resumen simple y claro del carácter y la personalidad de este desafortunado apóstol, el traidor que vendió a su Maestro.

La tentación y el pecado de Judas. Hay

quienes han sostenido que Judas fue una persona astuta y oscura desde el comienzo mismo de su vocación al apostolado. Asumieron que solo su avaricia y afán de lucro lo impulsaron a seguir a Cristo. Pero tal suposición ciertamente no es compatible con los Evangelios. Cristo dijo enfáticamente: «No me elegisteis vosotros, sino que yo os elegí a vosotros».

a sí 2 Judas también debía agradecer a Cristo la gracia de su vocación, no mismo. ¿Lo habría hecho Cristo amigo y apóstol si Judas hubiera sido un criminal y un traidor desde el principio? ¿Lo habría invitado Cristo a estar junto a él y sentarse a su mesa si Judas hubiera sido y siguiera siendo un pecador empedernido? ¿Le habría confiado Cristo las perlas de los Evangelios si Judas hubiera sido y siguiera siendo un ladrón astuto? 3 No.

Los Evangelios no dan motivos para dudar de que las intenciones originales de Judas fueran puras y sencillas. También era ferviente, celoso y sincero; creía y dependía de Cristo. Dios lo había inspirado, y Judas aceptó la gracia de la fe. Él también hizo sacrificios. Recorrió el camino apostólico «sin alforja, sin pan, sin dinero». 4 Fue problemático y difícil; incómodo y engorroso. Pero no había nada que no hiciera por Cristo. Muchos pueblos de Galilea y Judea lo oyeron por primera vez.

del Mesías por medio de Judas. Muchos enfermos fueron sanados por Judas. Muchos cojos fueron curados por él. Y a veces, tampoco se le agradeció.

Jesús mismo confió en Judas tanto como en los demás apóstoles. Pero los evangelistas no lo revelaron, pues en las cuatro listas de apóstoles, Judas figuraba al final, llamándose siempre el traidor. Los Evangelios se escribieron mucho después de que Judas Iscariote se ahorcara, y los autores inspirados, con razón, lo colocaron en el último lugar. Sin embargo, es posible que el Señor le hubiera dado a Judas una posición mucho más alta, antes que a muchos de los Doce. Incluso los evangelistas testificaron que Jesús había depositado tanta confianza en este apóstol que lo nombró para el importantísimo puesto de tesorero.

5

La deserción de Judas, sin embargo, ya se había arraigado incluso antes de que Cristo lo llamara. Incluso en su vida familiar, había adquirido un talento que más tarde sería fatal para él. Era hijo de un tal Simón de Keriot, una ciudad de Palestina. 6 No menos de diez veces en los Evangelios se le llama Iscariote, del hebreo ish-qeriyoth, que significa "hombre de Keriot". Esta ciudad, que Judas desprestigió para siempre, era la actual Kariyut, cerca de la antigua ciudad de Silo en Efraín, o Queriot-Hesrón, hoy llamada Karjetein, a unos doce kilómetros al sur de Hebrón. En cualquier caso, era una ciudad de Judea, en el sur de Palestina.

Por lo tanto, Judas era judío. Incluso en esto se le distinguió de los demás apóstoles, pues eran galileos. 7 Se puede conjeturar con razón que el origen diferente de Judas lo distanció y lo alejó de los Once; la cálida amistad entre él y los demás brillaba por su ausencia. Incluso hoy en día, los judíos son muy reservados, siempre calculando, negociando y algo avariciosos. Fue el único judío entre los apóstoles, por lo demás galileos, quien llevó la bolsa y finalmente vendió la vida de Cristo por treinta monedas de plata. ¡Qué herencia tan misteriosa y a menudo horrible, un entorno y unas costumbres que pueden perpetuarse durante siglos!

Ciertamente todos los apóstoles, no sólo Judas, tenían sus debilidades humanas, sus fragilidades, sus faltas, incluso sus pecados. Se les ha mencionado en muchas páginas de este libro: Pedro era un extremista, que alternaba entre la izquierda y la derecha; Santiago era

eran ambiciosos; Juan, impaciente; Tomás, desconfiado; y había otros. Pero todos estaban dispuestos a ser transformados por Cristo. Eran otros Cristos que luchaban por la perfección cristiana. Afortunadamente, nuestro Señor oró su oración sacerdotal:

«Ninguno de ellos pereció, excepto el hijo de perdición».
tion. . . .”⁸

Aquí el misterio de Judas se vuelve aún más misterioso y alarmante. Si todos los demás apóstoles decrecieron mientras Cristo crecía, ¿cómo fue que solo Judas intentó crecer mientras quería que su Maestro decreciera? Pues, como no era un hombre malvado antes de su llamado, debió volverse malvado mientras estaba en compañía del Señor. Esto es difícil de imaginar y creer. Y lo más aterrador y alarmante es que cualquiera, incluso alguien muy cercano a Dios, pueda pecar y caer en las garras del diablo. ¿Cómo se puede explicar semejante atrocidad?

Engañosa e incompatible con los juicios de las Sagradas Escrituras es la opinión de que Judas actuó de buena fe al traicionar a su Maestro. Quienes defienden esta interpretación sostienen que el apóstol quería obligar a Cristo, indeciso, a aceptar y usar su poder. Supuestamente quería librar al Dios-Hombre de su humanidad provocándole la muerte. Ya en el siglo II surgió una secta gnóstica que consideraba a Judas un héroe, incluso un mártir, que merecía honor, no condenación. Actitudes igualmente excéntricas se encuentran incluso en algunos relatos actuales sobre la vida de Cristo.⁹

Tradicionalmente, el pecado de Judas se ha interpretado como avaricia. Ciertamente, el dinero jugó un papel importante en su vida. En la unción en Betania, fue Judas quien, hipócritamente, montó en cólera por el despilfarro de María Magdalena: «¿Por qué no se vendió este unguento por trescientos denarios y se dio a los pobres?» Juan, el más acérrimo oponente de Judas, hizo la observación aguda y contundente: "Ahora bien, él dijo esto, no porque le importaran los pobres, sino porque era un ladrón, y teniendo la bolsa, solía tomar lo

que se echaba en ella". 10 Es posible que Salomé, la madre de Juan, junto con las otras mujeres ministrantes, pensaran que era extraño y raro que la bolsa estuviera a menudo tan visiblemente vacía cada vez que tenían que comprar artículos de primera necesidad

de Bartolomé señaló que Judas solía llevarle a su esposa el dinero que le habían confiado. Y a los pobres los despedía con las manos vacías. Mateo, quien anteriormente había sido recaudador de impuestos, también era consciente de la conexión entre la traición de Judas y su avaricia:

Entonces uno de los doce, llamado Judas Iscariote, fue a los principales sacerdotes y les dijo: "¿Qué están dispuestos a darme por éste?" Pero ellos le asignaron treinta piezas de plata. Y desde entonces buscaba la oportunidad para traicionarlo, 12

Sin embargo, sería una solución demasiado simple explicar un crimen tan atroz únicamente con el trasfondo de la avaricia de un apóstol infeliz. Quien se hunde tanto bajo el peso del dinero, especialmente de solo treinta piezas, primero ha puesto su alma en un pantano cenagoso. Treinta monedas de plata eran un precio irrisorio para una acción tan increíble. Un hombre que solo pensaba en la riqueza no habría tenido nada que ver con el Señor, quien no tenía nada, quien era tan pobre que no tenía dónde reposar la cabeza. 13 La avaricia de Judas no fue su verdadero pecado, sino solo el síntoma de una ofensa aún más grave contra Dios.

Una tercera opinión sostenía que una actitud política impulsó a Judas Iscariote a actuar y causó su caída. Ciertamente, Judas se imaginaba a Jesús como el derrocador de la potencia extranjera que dominaba Palestina, como el rey victorioso de un nuevo imperio judío. Y la armadura romana pesaba más sobre este judeo que sobre los once galileos. Tras la destitución de Arquelao en el año 6 d. C., Judea quedó sujeta a la administración romana directa. Sin embargo, los demás apóstoles también depositaron una gran esperanza política en el Mesías. ¿Por qué ninguno de los demás, ni siquiera el político Simón, el Zelote, cayó? Ellos también estaban decepcionados. ¿Por qué el sueño político frustrado aplastaría solo a Judas?

Aunque las aspiraciones políticas quizá no fueran la raíz del pecado de Judas, una y otra vez revelan la verdadera naturaleza de este apóstol convertido en traidor. Judas no tenía a Jesús como su pensamiento central, sino a sí mismo, su propia gloria y prestigio, su propio poder; y si su plan fracasaba, sería dinero y ganancias.

Judas era como un viejo esclavo liberado que no sabía vivir sin sus cadenas y grilletes. Olvidó cómo llevar una vida normal: su esclavitud se había convertido en una parte casi necesaria de su vida. Su ego egoísta lo esclavizaba. Este fue el pecado del apóstol traidor de Keriot; y su glotona avaricia de gloria y poder, de fama y dinero, eran solo los rayos negros que emanaban de su ego derrotado, que se apartaba neuróticamente de la realidad del Dios-Hombre.

La horrible máscara de Judas, que ocultaba el verdadero rostro que Cristo vio primero, no era lo suficientemente densa al principio como para sofocarlo. Pero no podía ver la luz de la palabra y el ejemplo de su Maestro con la misma claridad que los demás apóstoles. Esta oscuridad atemorizó a Judas y, temeroso de recurrir a Cristo en busca de ayuda, se aferró a sí mismo. Pero, presa del pánico, perdió toda esperanza y se cubrió el rostro, ya enmascarado; quedó ciego y se asfixió hasta morir.

Había un mundo de circunstancias creadas por él mismo que favorecieron y alentaron a Judas y tentaron su alma, que cada vez se hundía más y se oscurecía más en su ego frustrado.

Cada vez con mayor frenesí y brutalidad, se abría paso hacia el centro, llegando a considerar a Cristo un medio para su propio fin. Lo siguió solo hasta donde le convenía. Y cuando ya no le quedaba más que esperar de Jesús, cuando el Señor se convirtió en un obstáculo en lugar de una ayuda para su ego, lo vendió por tan solo treinta monedas de plata. Judas no tenía nada sobre sí mismo, excepto a sí mismo.

Ciertamente, esta es una forma de pensar humana. Los evangelistas, inspirados por Dios, trascendieron las limitaciones físicas del hombre y comentaron en dos ocasiones: «Satanás entró en Judas». 14 Tras la primera aparición del Mesías, Satanás intentó, con una ambición verdaderamente diabólica, eliminar a este peligroso enemigo del campo de batalla antes de que él pudiera expulsarlo del mundo. 15 Pero Satanás había perdido la batalla. Ahora, una vez más, encontró la manera. Podía vengarse de Cristo a través de Judas. Porque quien se encierra, como Judas, se entrega a la condenación al abrirle la puerta al diablo.

Las imágenes antiguas representan ingenuamente a Judas Iscariote con un demonio a la espalda o con un halo negro. Aquí se expresaban hechos espirituales

con símbolos pintados. El poder de las tinieblas se alió con este apóstol y ocasionó un acto que sobrepasó con creces cualquier miseria humana. Pues hay pecados que solo pueden cometerse con la ayuda directa del infierno.

Sin embargo, ni siquiera las palabras de la Sagrada Escritura ofrecen una visión clara del misterio de Judas. Solo en la eternidad la oscuridad total de la mente humana iluminó a los evangelistas, y allí el espantoso secreto que les había sido parcialmente revelado se reveló por completo. Dios Padre había predestinado que en el cáliz del sufrimiento de su Hijo no faltara ni siquiera esta amarga prueba: la traición, y fue uno de sus apóstoles quien lo traicionó. Por lo tanto, la traición tenía que ocurrir. El Señor habló a menudo de esta necesidad: «Para que se cumpliera la Escritura: 'El que come pan conmigo, ha levantado contra mí su calcañar'».

"
Y: «A

la verdad, el Hijo del Hombre se va, según está escrito de él; pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado!»¹⁶

Pedro, hablando antes de que los apóstoles eligieran a Matías, también reconoció esta presciencia divina revelada por los profetas: "Hermanos, era necesario que se cumpliera la Escritura que el Espíritu Santo anunció antes por boca de David acerca de Judas, el jefe de los que prendieron a Jesús."

11 El poder de nuestros ojos humanos no puede

penetrar los secretos de la presciencia divina ni los misterios del libre albedrío creado.

Nunca, solo con la inteligencia humana, comprenderemos plenamente cómo coexisten la voluntad eterna de Dios y la voluntad creada del hombre.

Solo sabemos —y basta con saber esto— que la presciencia de Dios no interfiere en modo alguno con el libre albedrío del hombre ni con su responsabilidad de ejercerlo. Aunque la traición "tenía" que ocurrir, el traidor no "tenía" que actuar. No "tenía" que ser Judas Iscariote. El acto era necesario, pero quien lo realizaba era libre. Judas eligió libremente hacer lo que Dios sabía desde la eternidad que haría y que realmente haría. Por lo tanto, después de que Cristo dijera: "El Hijo del Hombre se va, como está escrito de él",

También advirtió: «¡Ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Más le valdría a ese hombre no haber nacido».

Cualquiera que reflexione sobre el pecado de Judas se perturba fácilmente.

depresión. ¡Qué inestable es el hombre, incluso un apóstol, una vez que se ha rendido a la locura y la debilidad de su propio corazón, a la voz de Satanás! ¡Qué inmutable es el hombre una vez que se ha abandonado a la voluntad todopoderosa de Dios! Pero entregarse a Dios, y no a Satanás, ¿no es esto también la salvación?

Judas estaba perdido porque se había encerrado en sí mismo y estaba tan firmemente atado y dominado por su propio ego. Quien se une completamente a Dios no puede ser arrancado de Él.

Y ciertamente esta unión completa es una gracia que debe ser otorgada por Dios. ¡Gere curam mei finis! ¡ En tus manos, Señor, encomiendo mi alma!

La desesperación y la caída de Judas

Nadie se convierte en un amigo íntimo o un enemigo hostil de repente; el acto final de traición fue precedido por un desarrollo gradual. El germen venenoso del pecado de Judas no se habría propagado ni crecido hasta convertirse en ese acto monstruoso si ciertos actos, eventos y circunstancias no hubieran preparado el camino. Tantos males posibles yacen latentes en el hombre y a su alrededor, sin despertarse ni despertarse a lo largo de la vida. Decepcionado de Jesús, seducido por la codicia, provocado por los enemigos de Cristo, ofendido por una censura, desenmascarado, irritado, avergonzado, Judas se perdió en el error y la confusión. Dudó, quedó aturdido, deliró, hasta que ya no le fue posible volver atrás.

La primera vez que el horrible pecado de Judas se hizo evidente fue durante el hermoso discurso de nuestro Señor sobre la Eucaristía en la sinagoga de Cafarnaúm, poco después de la alimentación milagrosa de cinco mil.¹⁹ La noche anterior, Jesús había rechazado la corona mundana de rey, que el pueblo había querido imponerle. En el discurso mismo, renunció rotundamente a todos los deseos políticos y mundanos:

Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Si alguno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.

Después de esta explicación, la opinión pública se volvió repentinamente contra Jesús: «Desde entonces muchos de sus discípulos se apartaron y ya no andaban con él». ²¹ Entonces el Mesías puso a los discípulos en la cárcel

pregunta crítica a sus doce apóstoles: "¿También vosotros queréis irse?"

Pedro se apresuró a reafirmar su confianza y creencia en el Maestro:

Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y sabemos que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.

Pero Judas también estaba allí. Aún no podía seguir a los discípulos desertores. Pedro se acercó al Señor, pero Judas se quedó a un lado. Pedro se aferró al Señor, pero Judas se aferró a sí mismo. Estaba aturrido y dolorido. No podía perdonar a Jesús por rechazar un reino terrenal. No podía perdonar a Jesús por destruir todos sus sueños de un poder terrenal de un solo golpe. No podía excusar a Jesús por rechazar toda fama, honor y gloria mundanas. Judas estaba decepcionado de Jesús.

Para la hermosa confesión de Pedro, Cristo solo tuvo una dura respuesta: "¿No os he elegido yo a vosotros, los Doce? Sin embargo, uno de vosotros es un diablo". Y San Juan inmediatamente señaló: "Se refería a Judas Iscariote, hijo de Simón; pues él, aunque era uno de los Doce, era quien lo iba a traicionar". 22 El abismo entre Jesús y Judas se ensanchaba y profundizaba rápidamente —ya insondable—, pero con el libre albedrío y la gracia de Dios, no era irreparable. Quizás incluso entonces Judas no había sospechado que él mismo era el "diablo", un diablo, porque era como Satanás, quien había tentado a Cristo en "un monte muy alto, y le había mostrado todos los reinos del mundo y su gloria". 23

Es difícil comprender por qué Judas, a pesar de haber despertado de su desilusión, permaneció con el Señor. ¿Acaso aún albergaba esperanzas de que sus deseos se cumplirían? Había depositado todo en este hombre de Nazaret, capaz de obrar milagros, de hacer lo imposible. Probablemente pensó que sería una tontería alejarse demasiado rápido después de tanto tiempo, desperdiciando así cualquier oportunidad que pudiera tener más adelante.

Esta perseverancia hipócrita fue el comienzo de la traición.

Durante un año entero, Judas persistió en esta actitud peligrosa y cada vez más abrumadora. Cuanto más duraba, más claro le parecía que Jesús no cumpliría sus esperanzas mundanas.

las expectativas. Cristo comenzó a hablar cada vez más del poder y la autoridad de sus enemigos, y de cómo sufriría y moriría bajo su fuerza y violencia. Más de una vez, el Domingo de Ramos, durante la entrada casi majestuosa y ciertamente gloriosa en la capital de Palestina, este apóstol se regocijó. Las calles se llenaron de un júbilo desenfrenado y sonoro, la alegría desenfrenada y sonora de un pueblo liberado. Judas lo seguía de cerca; y mientras iba, sentía el corazón latir con fuerza por sus venas.

Se puso caliente de excitación.

Judas se sentía poderoso. Pero el humilde Jesús pronto lo irritó, y esta irritación se convirtió en una llaga en su alma. Los milagros misericordiosos que Cristo realizó por los cojos, los sordos y los ciegos le repugnaban; los sermones apacibles y no agresivos de Cristo sobre el reino de los cielos, le repugnaban. La bondad y la amabilidad de Cristo le resultaban odiosas. Lleno de ira, Judas ansiaba liberarse del grupo de apóstoles, al que en su interior ya no pertenecía. El momento propicio se presentaría pronto. Judas esperó.

Tras la resurrección de Lázaro la primavera anterior, los principales sacerdotes habían tomado la firme y formal resolución: Jesús debía morir. Argumentaron: «Nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que perezca toda la nación».

Este decreto criminal se repitió y confirmó en el transcurso de las semanas siguientes, «porque le tenían miedo» y «buscaban la manera de destruirlo». Pero cada vez la misma dificultad frustraba los planes de los astutos y engreídos sumos sacerdotes, y les bloqueaba el camino. «Pero no encontraron nada que pudieran hacerle, pues todo el pueblo estaba pendiente de sus palabras». Y «temían a la multitud».

¿Qué podrían lograr con una multitud tan grande en su contra? La multitud de sus fieles seguidores lo rodeaba y era más fuerte que la muralla que rodeaba la ciudad. Si se hubiera llegado a un enfrentamiento en las calles, el furor de la chusma oriental habría aplastado a los sacerdotes. La gran simpatía del pueblo por Jesús se manifestó aquí. La citación pública y la orden de arresto de Cristo se dieron sin éxito. Aunque semanas antes, «los principales sacerdotes y los fariseos... habían ordenado que, si alguien sabía dónde estaba, lo informara,

prenderle, no había en todo el país ningún traidor que quisiera traicionarlo. 27 No había nadie, excepto uno de los doce.

Judas era muy consciente de la peligrosa posición de Jesús, pues la había oído mencionar con frecuencia entre el grupo de apóstoles. 28 ¿Cuándo cruzó por su mente su diabólico designio de deshacerse de su Maestro? Incluso Judas pudo haberse sorprendido al principio, cuando Satanás entró en su corazón desde las profundidades del infierno, buscando entrar en su alma con la propuesta de una traición. Sin embargo, ¿acaso ni siquiera un esclavo de la ira y la pasión podría apartar de su mente tan horrible tentación de Satanás? Toda tentación va acompañada de una gracia.

Judas discutió consigo mismo. ¿Qué mal haría si entregaba a su Maestro a las autoridades? ¿Acaso no tenían estas el derecho y el deber de velar por la seguridad pública? ¿No estaría protegiendo la tierra y al pueblo de la inestabilidad y la rebelión? ¿Acaso el Maestro mismo no había predicho claramente su destino, e incluso había invocado a los profetas para que lo demostraran? ¿Qué mal habría si ganara con su acción, pues solo estaría sirviendo al gobierno oficial? Y así Judas dio vueltas y torció su abominable plan, hasta que finalmente pensó que él estaba completamente en lo cierto y Cristo estaba completamente equivocado.

Sin duda, el primer crimen siempre es el más duro. Cuando Judas miró furtivamente a Jesús, se estremeció. Se sintió culpable y avergonzado de su intención. Aún tenía miedo, pero el Señor fue bueno y generoso con él. El Mesías no pudo pasar por alto que Judas había estado cambiando durante un año, volviéndose más silencioso y reprimido. Pero Jesús siempre era el mismo. Su mirada siempre se posaba en Judas con bondad y amor, y le suplicaban a este apóstol; no le hablaba con dureza. Cristo oyó las palabras insultantes y despectivas, motivadas solo por una conciencia preocupada, que Judas les decía a los demás. Y lo que es más difícil de comprender, sabía que Judas estaba estafando con el dinero. Cuando Santiago y Juan quisieron informarle de esto a su Maestro, Jesús los silenció rápidamente, quien nunca retiró su confianza del ladrón. Mantuvo su corazón abierto hasta el último momento. ¿Podría realmente Judas traicionar al Señor, su Maestro?

300 Los Apóstoles Hay

ciertos crímenes que uno simplemente no puede cometer, incluso si quiere cometerlos.

Entonces ocurrió algo que rompió la última restricción de Judas: la unción en Betania, sólo seis días antes de la Pascua.

María tomó entonces una libra de perfume, nardo genuino de gran valor, y ungió los pies de Jesús, y con sus cabellos se los secó. Y la casa se llenó del olor del perfume.

Este extravagante homenaje de amor debió de enfurecer a Judas. Vender el ungüento le habría reportado trescientos denarios. Aun así, la efusión de amor de María hirió a Judas aún más profundamente que la idea de perder dinero, pues nada hiere más el odio que la alabanza y el amor por el odiado. Y este amor María lo entregó a su Señor, a quien Judas ya no podía soportar. Derramó sus lágrimas, y "nardo genuino de gran valor", y todo su corazón y alma a sus pies. Judas deliró y se enfureció hasta ponerse rojo, luego pálido, de ira.

En la unción en Betania, Jesús habló de manera extraña: "Ella ha ungido mi cuerpo como preparación para la sepultura". 30 Los ingenuos apóstoles de Galilea no comprendieron esto. ¿Para el entierro? Pronto lo olvidaron. Pero el apóstol de Judea ahora lo sabía, y no podía olvidarlo. Había llegado el momento de abandonar a su Maestro y planear cómo hacer lo que debía hacer. ¿Por qué dudar y considerarlo más? ¿Acaso el Señor no lo había expuesto ante todos? ¿No era demasiado tarde para hacer otra cosa?

Cuando Judas hipócritamente se refirió a los pobres, a quienes dijo que les habría dado el dinero de la venta del frasco de alabastro con el perfume, Jesús respondió:

¿Por qué la molestan? Me ha hecho un bien. Porque a los pobres siempre los tienen con ustedes, y cuando quieran pueden hacerles el bien; pero a mí no siempre me

tienen. 31 Judas se sintió avergonzado; no podía enfrentarse a los demás, y ya no podía ocultar su odio ni hacerse pasar por un santo. Se sintió herido, y la herida era profunda. Rápidamente aprovechó esta santa prodigalidad con el pretexto de que era una grave injusticia para los pobres, para poder hacer lo que llevaba tiempo de

Tanto Mateo como Marcos relacionaron la traición directamente con la unción en Betania. En cuanto Cristo terminó de responder a la excusa diabólica, Judas comprendió de repente con mucha claridad el camino que debía seguir.

Entonces uno de los doce, llamado Judas Iscariote, fue a los principales sacerdotes y les dijo: "¿Qué están dispuestos a darme por éste?" Pero ellos le asignaron treinta piezas de plata. Y desde entonces buscaba la oportunidad para traicionarlo. 32

Los sumos sacerdotes, paralizados e inmóviles por el asombro, la alegría y la satisfacción, no eran tan tacaños como lo era el tacaño Judas con ellos. Treinta piezas de plata, unos ciento veinte denarios —un denario equivalía al salario de un día en aquel entonces— era una suma considerable para el pequeño servicio al que Judas se había comprometido. No tenía otra cosa que hacer que informar a los enemigos de Jesús dónde y cuándo estaría Cristo sin una multitud protectora. Y, sin embargo, Judas era un mercator pesimus, la peor clase de comerciante posible.

Algunos, basándose en un pasaje del segundo libro de Moisés, sostienen que Judas exigió por el Señor el mismo precio que se habría recibido por un esclavo. 33 Sin embargo, esta sentencia del Éxodo no indica el precio de un esclavo como tal, sino la cantidad que se debía pagar si el buey de un esclavo hiere a otro. «Si agrede a un esclavo o a una esclava, dará treinta piezas de plata a su amo, y el buey será apedreado».

Judas vendió a su amo por mucho menos del precio habitual de un esclavo, que solía ser de unos quinientos denarios. (Pero si se vendía un esclavo hermoso o bien entrenado y talentoso, el precio oscilaba entre veinticinco mil y ciento setenta y cinco mil denarios). Judas, el más afligido y el último de todos los apóstoles, exigió solo treinta piezas de plata por la sangre del Dios-Hombre. Pedro, el primero de los apóstoles, puso esta santa sangre muy por encima de ese valor inestable y perecedero:

Sabéis que habéis sido rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, sino con

plata u oro, pero con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación.

¡Treinta monedas de plata! Y entonces esta sangre del Salvador y Redentor rescató al mundo entero del pasado, del presente y del futuro.

En realidad, el apóstol traidor no había querido ejecutar la traición tan apresuradamente. Los autores intelectuales del complot estipularon enfáticamente: "¡No en la fiesta, o podría haber un alboroto entre el pueblo!". Sin embargo, el Señor, quien se entregó, aparentemente impotente, a la malicia de los hombres, tiene el poder suficiente para definir y determinar la hora misma de su malvada obra.

Y fue precisamente en la fiesta, cuando las trompetas del templo anunciaban que la ofrenda festiva había terminado, que Jesús, el verdadero Cordero pascual y sacrificial que quita el pecado del mundo, fue inmolado.

La noche anterior, Jesús había disfrutado del cordero pascual con sus discípulos, pero esa última e íntima celebración de amor se vio ensombrecida por los pensamientos de Judas. Incluso en el lavatorio de pies, cuando Él, el Señor y Maestro, se arrodilló ante su traidor y limpió los pies, aún llenos de barro y suciedad del camino de la traición, Jesús dijo con tristeza: «Y vosotros estáis limpios, pero no todos...». El discurso que siguió al lavatorio de pies da la impresión de que

sobre la obra y la dignidad de este apóstol. Sin embargo, tan pronto como se sentó a la mesa, sus pensamientos sobre el traidor comenzaron a surgir: «En verdad, en verdad os digo: ningún siervo es mayor que su siervo... No hablo de todos vosotros. Yo sé a quién he elegido; pero para que se cumpla la Escritura: «El que come pan conmigo, ha levantado su cabeza contra mí su calcañar». Os lo digo ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy...

él."31

Y finalmente su alma clamó, fuerte y claro. Era raro que Juan registrara las expresiones de Jesús que describían las fuertes emociones en el corazón del Señor: "Cuando Jesús hubo dicho estas cosas, se conmovió en espíritu y dijo solemnemente: 'En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me va a traicionar'". Aquí la más amarga y

El doloroso sufrimiento de Cristo comenzó a manifestarse. No fue tanto el desprecio y la burla del pueblo, ni el odio y las burlas de sus enemigos, ni la flagelación, la coronación de espinas ni la crucifixión, sino la traición de «uno de vosotros», lo que aumentó la agonía de Cristo. Ni siquiera la lanza del soldado traspasó el corazón del Dios-Hombre con tanta brutalidad como la repentina traición de alguien a quien Jesús aún amaba.

En la "Última Cena" de Leonardo da Vinci, la tormenta que el anuncio de la traición causó en los discípulos quedó retratada de forma incomparable. "¿Soy yo, Señor? ¿Soy yo, Señor? ¿Soy yo, Señor?", los apóstoles, conmocionados, comenzaron a preguntarle uno por uno. Solo Juan preguntó: «Señor, ¿quién es?»

39 No se sabe qué debería ser más sorprendente: la inocencia del apóstol Juan, quien no sospechó del apóstol Judas; o la astucia del apóstol Judas, quien había ocultado sus pensamientos y sentimientos con una red de hipocresía tan enmarañada que el apóstol Juan fue sospechoso debido a su curiosidad. Pedro no pudo soportar la incertidumbre. Saludó con la cabeza al discípulo amado, quien estaba reclinado en el seno del Señor, y le preguntó: «¿De quién habla?»

Entonces Jesús reveló al apóstol del amor, y sólo a él, quién sería el traidor: «Aquel para quien yo moje el pan y se lo dé».

Y mojado el pan, lo dio a Judas Iscariote, hijo de Simón.

El corazón de Juan dejó de latir y palideció. Sabía que Judas era capaz de algo así, y que lo haría. ¡Qué consideración y tacto tan misericordioso el del Señor! La ofrenda de un bocado de pan no era nada llamativo ni extraordinario en sí misma, nada que despertara sospechas en los demás.

Al contrario, fue un acto de amor y respeto del anfitrión hacia el invitado, hoy comparable a un brindis. Era un permiso tácito para irse antes de la fracción del pan común de todos los presentes. Jesús no traicionó a su traidor. No lo rindió cuentas, como lo había hecho el día anterior con sus enemigos en el templo. No mostró su ira desenvainando la espada, como pronto haría Pedro.

paciente consideración de Jesús solo aumentó y fortaleció la insolencia de Judas. Este arrogante apóstol incluso se atrevió a poner a prueba la infinita misericordia del Señor y preguntó: "¿Soy yo, Rabí?". 41 Jesús lo miró y vio a través de él como solo Dios puede percibir todo lo que se esconde tras un alma ennegrecida.

Y Cristo le respondió con calma: "Tú lo has dicho".

Luego, suplicando, añadió lentamente: «Lo que vas a hacer, hazlo pronto».

42 Jesús

estaba harto de Judas; eligió el momento y el lugar. Para evitar cualquier malentendido sobre las declaraciones de los demás evangelistas, Juan observó atentamente que todo este acontecimiento entre Jesús, Juan y Judas en la mesa pasó desapercibido, o al menos no se entendió.

Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió por qué le decía esto. Algunos pensaban que, como Judas tenía la bolsa, Jesús le había dicho: «Compra lo necesario para la fiesta»; o que debía dar algo a los pobres. Así que, cuando recibió el bocado, salió rápidamente. Ya era de noche.

¿Qué fue mayor, la misericordia del Señor o la maldad de Judas?

Judas comprendió lo que su Maestro quería decirle. Se vio desenmascarado por Cristo y, lo que lo enfureció aún más, supo que lo habían desenmascarado delante de Juan. Los susurros de Jesús y Juan no escaparon a su mirada penetrante: estaba expuesto. Se desmoronó como un cadáver descompuesto expuesto a la luz y al aire tras meses de muerte. Los dos discutían sobre él, y él se odiaba mutuamente.

Judas estaba harto de Jesús. Como un meteoro que abandona un cielo iluminado, cae en la oscuridad y se precipita hacia su propia destrucción, Judas se alejó de Cristo, se adentró en la noche, para comenzar a morir. «Era de noche». La oscuridad de la noche lo asustó, pero no se detuvo. Se apresuró a través de la negra noche hacia los enemigos del Señor, y los alarmó con la repentina advertencia de que no había ni un minuto que perder: Jesús conocía todo el plan; el pueblo probablemente se rebelaría; las armas estaban listas o en camino; los primeros puestos ya estaban asignados. 44 Los alarmados sumos sacerdotes pueden incluso haber sospechado...

esperaba a Judas, pues estaba nervioso. Este era su primer gran crimen. Y la oscuridad de aquella hora que Dios había escogido para ellos debió apoderarse de ellos, porque Dios también es el Señor de la noche.

Después de la repentina partida de Judas, Jesús también tuvo una partida más. obra a realizar, la institución de la Sagrada Eucaristía.

Es una cuestión antigua y controvertida si Judas pudo haber recibido la Eucaristía, si fue el primer cristiano en comulgar y recibir el Cuerpo y la Sangre del Dios-Hombre.

La "Comunión de Judas" es un tema muy conocido para los sermones. Con razón, sin embargo, la mayoría de los comentaristas bíblicos actuales coinciden en que Judas partió antes de la institución de este santísimo sacramento. Mateo y Marcos sitúan el relato de la traición antes de este gran y magnífico misterio. Pero San Lucas registró las palabras sobre el traidor inmediatamente después del pasaje que relata la institución del sacramento, no antes.

Sin embargo, su razón para esto era solo conectar la cena pascual del Antiguo Testamento y la Comunión Eucarística del Nuevo Testamento en un párrafo coherente. Por lo tanto, retuvo los eventos intermedios, como los relatos de la traición y la contienda entre los apóstoles, hasta inmediatamente después del pasaje más importante sobre la institución de la Sagrada Eucaristía. 4 5 La hora del amor más grande y último —«Jesús los amó hasta el

extremo»—, Jesús quería pasarla a solas con sus «amigos», sus «hijitos», sin el traidor. Judas se había excomulgado. Jesús se regocijó al ver que las sombras opresoras se suavizaban y pronto desaparecían de la habitación de luz.

Cuando, pues, él [Judas] hubo salido, Jesús dijo: «Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y le glorificará enseguida». 48

Así pues, cada uno, Jesús y Judas, había hecho «pronto» lo que quería hacer: Jesús, la obra del sacrificio antes de la primera Comunión; Judas, la obra de la traición antes del último beso.

San Agustín comentó: «Lo

que quieras hacer, ¡hazlo pronto!». Estas son las palabras más comunes

corazón dispuesto y dispuesto, más que un alma reticente. Estas palabras no expresan tanto el castigo del traidor como revelan el precio de la Redención. Cristo pronunció estas palabras, no por el afán de destruir a los infieles, sino mucho más por el deseo de la salvación de los fieles. Judas entregó a Cristo. Cristo mismo se sacrificó. Judas procuró la transacción de vender a Cristo. Cristo procuró el acto de redimir a la humanidad. Lo que quieras hacer, hazlo pronto, no porque puedas hacerlo, sino porque Él, que lo quiere, lo puede todo.

49

La mancha del pecado de Judas se hizo más profunda y negra mientras guiaba a una gran multitud con espadas y palos durante la tranquila noche de la Pascua. 50 Lucas señaló cuidadosamente que Judas "iba delante de ellos". 51 No bastaba que un apóstol apóstata siguiera a la multitud; la guiaba. ¿Se sentía Judas fuera de lugar, incómodo, culpable? Hay momentos en que todas las luces en el corazón de los hombres se apagan, se apagan y luego se apagan. Con una apatía fría y despiadada, Judas se ofreció como figura clave en la captura:

Y el que le entregaba les había dado esta señal: «A quien yo bese, ése es; tómenlo y llévenlo con seguridad ». Y cuando llegó, se acercó a él y le dijo: «¡Rabí!», y lo besó. 52

¡Judas besó a Jesús! ¡El traidor besó al Traicionado! Aquí hay poco que escribir. Solo se puede esconder el rostro entre las manos y meditar.

En su pintura del beso traicionero, Giotto retrató el encuentro entre Jesús y Judas con una emoción asombrosamente intensa. Nunca la misericordia y la grandeza divinas, ni la vileza y la depravación humanas, habían estado tan cerca como en aquella hora de oscuridad en el Huerto de Getsemaní, en el Monte de los Olivos.

Nunca ha habido un segundo más largo en la historia que cuando Judas besó a Jesús. Judas, con el rostro retorcido de un criminal, con el lomo ancho de un animal, con el manto que lo disfraza de un hipócrita, se aferró a Jesús como una fiera a su presa. Judas no podría haber caído más bajo de lo que cayó al abrazar a Cristo. Sin embargo, en esa misma posición, sin moverse, podría haber elevado su alma del abismo de la oscuridad...

se arrepintió, y el gozo de Cristo habría sido mayor que con los otros Once. El traidor abrazó al Redentor, pero se negó a ser sincero al respecto. En Judas, Jesús experimentó lo que los hombres son capaces de hacer: el poder del libre albedrío.

El Señor permaneció allí quieto, majestuoso y triste. Sus ojos aún penetraban las profundidades del alma ennegrecida del apóstol en la oscuridad de la noche, y allí vio el sello roto de su propio nombre, pues ningún apóstata, especialmente un apóstol apóstata, puede borrar con éxito el nombre de Dios, indeleblemente grabado en su alma. ¿Debería el Dios-Hombre haber convocado a las doce legiones de ángeles a su disposición para que abatieran al traidor? ¿Debería haber desviado la espada de Pedro de la insignificante oreja de Malco a la cabeza criminal y astuta de Judas? ¿Debería él mismo haber rechazado con vehemencia a este apóstol traidor?

En el Sermón del Monte, Cristo ordenó a los cristianos: «No resistas al malhechor; al contrario, si alguien te golpea en la mejilla derecha, preséntale también la otra». 53 En el Monte de los Olivos, Él mismo sufrió más insultos hirientes. A cambio del crimen de la traición, ofreció su amor y perdón. Hubo un momento de silencio. Entonces Jesús preguntó:

«Amigo, ¿con qué propósito has venido?»

Pero Él ya

lo sabía. Le pedía a Judas que se arrepintiera. De nuevo hubo silencio. Judas apenas pudo contener el llanto. De nuevo el Señor preguntó: «Judas, ¿con un beso traicionas al Hijo del Hombre?». 54 Jesús y Judas se separaron. Al entregar el cuerpo de Cristo en las manos asesinas de sus enemigos, Judas había herido fatalmente su propia alma. Nunca podría olvidar estas últimas palabras de su Maestro: «¡Amigo!

... ¡Judas!...

Y el Mesías levantó con calma las manos para que sus enemigos lo ataran. ¿Acaso podía sucederle algo peor? El salmista escribió:

Porque si mi enemigo me hubiera insultado, lo habría soportado. Y si quien me odia hubiera hablado mal de mí, quizá me habría escondido de él. Pero tú, hombre de un solo sentir, mi guía y mi amigo, que comías dulces conmigo: en la casa de Dios andábamos de acuerdo.

¡Pero tú! ...

308 Los Apóstoles.

¿Se volvieron Jesús y Judas una vez más para mirarse, tras su encuentro en el Huerto de Getsemaní, en el Monte de los Olivos? Judas aún conservaba las treinta monedas de plata. Esa fue su recompensa. Pero aún tenía que pagar por su pecado. El precio no fue solo la plata, las treinta piezas, sino mucho más: su vida.

El precio y el castigo del pecado de Judas

Cuando uno mira a Judas en medio de su pecado de traición, no puede evitar pensar que este hombre infame nunca fue capaz de un buen acto, y nunca lo habría sido, si hubiera vivido. Esto lo hace aún más sorprendente cuando el objetivo Mateo explicó además: "Entonces Judas, el que lo entregó, cuando vio que era condenado, se arrepintió...".
."56 ¡Judas se arrepintió!

Quizás hemos juzgado a este apóstol con demasiada dureza, pensando que su arrepentimiento fue inútil e inservible. Según la declaración del evangelista, su arrepentimiento se originó en "traicionar sangre inocente". Y la amarga seriedad con la que Judas se tomó su arrepentimiento y remordimiento quedó demostrada por su conducta. Tomó todas las medidas a su alcance, corrió por todos los caminos, incluso los más difíciles, para enmendar su crimen. Pero ¿por qué no tomó el camino más fácil, la cruz de Cristo, donde su alma podría haber sido lavada con la misma sangre que traicionó? ¿O fue acaso el camino de la cruz el más difícil para él?

¿Qué llevó a Judas, casi tan rápido como Pedro, de la culpa a la vergüenza y al arrepentimiento? Hoy en día, la gente ha vivido ejemplos de maldad mucho más sombríos y brutales, y apenas los ha sentido, y mucho menos se ha arrepentido lo suficiente. Es evidente que las muchas palabras de Jesús no se perdieron por completo en el alma de Judas, sino que solo quedaron confusas y obstruidas. La sangre del Señor que fluyó del Calvario también pudo haber tocado el pecado de Judas. Mateo insinuó la razón: Judas se dio cuenta de la terrible situación en la que se encontraba al ver las terribles consecuencias de su acto criminal. Quedó confundido y luego sobresaltado.

Ya en el Monte de los Olivos se dio cuenta, contrariamente a sus planes y expectativas, de que el Señor no se había opuesto a sus enemigos con armas ni milagros. Se había dejado llevar al matadero como un cordero.

¿Dónde estaban el tumulto y la rebelión con que Judas había sido justificado?

¿Reconoció sus actos traicioneros ante su conciencia y sus jefes? Cristo era inocente, inofensivo; no era culpable. Sin embargo, los sumos sacerdotes ya lo habían condenado a muerte.

Judas no había considerado esto; no quería que terminara así. Él, que siempre se aferraba a su dinero, corrió con las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos, diciendo: "He pecado entregando sangre inocente".

57 En un

último intento desesperado por arrebatar de las manos de los matadores al Cordero santo e inocente, listo para ser sacrificado en la cruz, suplicó, protestó e imploró. Todo fue en vano. Los despiadados sumos sacerdotes estaban furiosos: "¿Qué nos importa a nosotros? Encárgate tú mismo." Judas quedó paralizado de miedo. "Y arrojó las piezas de plata al templo, y se retiró..."

^{5 1J}

A pesar de todo, el incidente fue muy angustiioso y atormentador, incluso peligroso, para los enemigos del Señor en esas horas críticas. Todo sucedió rápidamente y a la vez. Estaban ansiosos por que su plan fracasara y su gran enemigo escapara. Judas, el principal testigo de la acusación, se derrumbó. Pilato, el juez, dudó y admitió públicamente:

"No encuentro en él ningún delito." 59

Hipócritamente, los sumos sacerdotes recogieron las piezas de plata rechazadas, que yacían en el pórtico del templo como el vómito de un alma enferma.

No es lícito depositarlos en el tesoro, pues es precio de sangre. Y después de consultar, compraron con ellos el Campo del Alfarero, para sepultura de extranjeros. Por esta razón, ese campo se llama hasta el día de hoy Haceldama, es decir, el Campo de Sangre.

Mateo también señaló que se cumplió la profecía de Jeremías:

Y tomaron las treinta piezas de plata, precio del apreciado, a quien los hijos de Israel pusieron precio, y las dieron para el campo del alfarero, como me ordenó el Señor.

Este Campo de Sangre -traducción del nombre arameo Haceldama- ha sido, a través de los siglos, hasta nuestros días, un testimonio silencioso pero permanente de la inocencia de Jesús.

Aún hoy existe un campo con este nombre, al sur de Hin-

los Apóstoles, que sirven de sepultura para los extranjeros. Es evidente que Mateo registró el pecado de Judas como la última advertencia de Dios a los líderes cegados y engañados. Si no escuchan ni prestan atención, se enfrentarán a una acusación eterna, a una condenación eterna.

San Juan Crisóstomo, al comentar las despiadadas palabras: «Ve tú mismo», se dirigió a los principales sacerdotes y ancianos:

Excusándose, se acusaron a sí mismos. Echaron toda la culpa al traidor y persistieron en el sacrilegio, incluso uniendo la crucifixión a la traición. ¿Qué les impidió renunciar a este acto atroz, según las palabras dirigidas al traidor? En esto, sin embargo, perdura su gran culpa: no renunciaron a esta estrategia satánica y, neciamente, quisieron cubrirse con el manto de una fingida ignorancia. 61

Los sumos sacerdotes eran duros y severos, severos y severos. Llevado a la desesperación, Judas "se fue y se ahorcó con una soga". 62 En los Hechos de los Apóstoles, Pedro parece estar refiriendo una desviación de una de estas declaraciones de Mateo: "Y ciertamente compró un campo con el precio de su iniquidad y, estando ahorcado, se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron".

53 Con ironía, Pedro pudo señalar al propio Judas como dueño del terreno que compró con el dinero de su pecado. Quizás su muerte ocurrió de tal manera que Judas —una carga demasiado horrible incluso para un árbol de la tierra— fue arrojado por una sacudida repentina y violenta a las profundidades, de modo que los demás detalles mencionados por Pedro también sucedieron.

Tras ser entregado a su suerte por quienes pagaron por el asesinato de Cristo, Judas quizás esperó y observó desesperadamente qué sucedería. Se mantuvo a distancia, esperanzado, avergonzado, y vio a su Maestro ante Pilato: «Ecce Homo». Oyó la furiosa tormenta de la turba que, burlonamente, escogía entre Jesús y Barrabás. Desesperado, alzó los brazos y gritó por Jesús. Pero Judas permaneció solo. Se quedó en medio: «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo! ¡Su sangre, la de los gritos frenéticos, caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!».

54 Su sangre, su sangre inocente, era la sangre que él, Judas, había traicionado. Judas fue abandonado.

años , y solo. Huyó. Si Judas no hubiera huido, sino que hubiera acudido a los pies sangrantes del Mesías, a Aquel que una vez perdonó a María Magdalena, y que podía perdonar a un ladrón, a un salteador, ¡e incluso a su propio traidor! Amigo.

· · Yo Judas...

Pero Judas no buscó a Jesús, ni pudo encontrarlo en su pecado. Más bien, solo se buscó a sí mismo, y en su pecado solo se encontró a sí mismo. Judas necesitaba a alguien; estaba abandonado y solo.

Aquí cayó en un segundo pecado, aún mayor: Judas se desesperó. Estaba completamente perdido en las garras de Satanás, pues Cristo, ya moribundo en la cruz, podría haber perdonado el pecado de la traición, pero ni siquiera Cristo puede perdonar el pecado de la desesperación. ¿Se arrepintió finalmente Judas? ¿O fue condenado por toda la eternidad?

Dante, el gran poeta de la Edad Media, asignó al traidor Judas el lugar más bajo en la región de hielo del Infierno de la Divina Comedia . Y el pecado de Judas fue despiadado y frío, lleno de intrigas, conspiraciones y astucias insensibles y despiadadas.

No fue un acto irreflexivo de pasión o codicia por dinero.

Sin embargo, ¿nos atrevemos a preguntarnos: ¿Estaba Judas incuestionablemente condenado, incondicionalmente condenado al infierno, tan ciertamente como el Mesías fue condenado, por medio de Judas, a morir en la cruz? El Señor fue muy severo y serio al hablar del destino del traidor:

«¡Pero ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Más le valdría no haber nacido.»

55 Aquí Jesús usó un proverbio sobre un hombre desafortunado y lo aplicó a Judas. Aún más desesperanzada es otra declaración de Cristo en su oración sacerdotal por la unidad en la Última Cena. Orando al Padre por los apóstoles, afirmó: «Ninguno de ellos pereció, excepto el hijo de perdición» .

Y de nuevo, dirigiéndose a Pilato, " 00
Cristo dijo: «El que me entregó a ti, mayor pecado tiene.»

«Y en un pasaje de los Hechos de los Apóstoles sobre la elección de Matías como apóstol para reemplazar a Judas, se repite de manera similar: Sin " 67
embargo, ¿hablan 'Judas se apartó para irse a su propio lugar.'

estas palabras de la Sagrada Escritura inequívocamente sobre el destino eterno de Judas en el otro mundo, o quizás simplemente sobre su vocación al apostolado y su destino temporal en este mundo? En el último encuentro de Jesús y Judas, el Maestro llamó a este apóstol su amigo. Judas lo había intentado todo para detenerlo.

comprendieron las consecuencias de su acto. Él, tan apegado al dinero, incluso quiso devolver las treinta monedas de plata.

En el Antiguo Testamento, José perdonó generosamente a sus hermanos que lo habían vendido como esclavo en Egipto por veinte piezas de plata: "Pensaron mal contra mí, pero Dios lo convirtió en bien, para enaltecerme, como ahora ven, y salvar a mucha gente." 68 El crimen de Judas fue más atroz que el vergonzoso comercio de José, pero ¡qué hermoso triunfo habría sido para la sangre de Cristo, que fue derramada para el perdón de los pecados del mundo, si hubiera traído de regreso al traidor, sin cuyo acto no habría sido derramada, del largo camino de ese árbol al tribunal de Dios!

No sabemos nada con certeza sobre los juicios eternos de Dios, pero sí sabemos que Dios es justo y misericordioso. El pecado de Judas es como un monumento erigido para recordarnos la infinita justicia de Dios, si Judas no se arrepintió finalmente y fue condenado, y la infinita misericordia de Dios, si quizás recibió y aceptó una última gracia, y halló redención y salvación.

El lugar de Judas entre los Doce es como una larga noche inmóvil. ¿Por qué el Señor llamó a este pequeño grupo a alguien que se apartó de Él como un fruto marchito y marchito de un árbol, completamente inútil? Pero Judas no fue hecho apóstol en vano. Debía ser tan testigo de Jesucristo como los Once restantes. Este apóstol, que traicionó a su Señor y Maestro, también predicó, y quizás con mayor eficacia que los demás:

"He traicionado sangre inocente." Es

Judas, el apóstol cargado de crímenes, quien debe dar testimonio de la inocencia de Cristo ante toda la humanidad.

¡Cuán ansiosamente Judas, torturado por grandes dolores, hubiera caído sobre una falta de Cristo! ¡Qué alivio hubiera sido para su conciencia culpable un solo pecado de su Maestro!

Los demás apóstoles son estrellas brillantes en los cielos oscuros de la tierra, que dan testimonio de la luz que han recibido del Mesías, el Hijo de Dios. Judas es la noche, y el grito desgarrador de la noche da testimonio de la luz. Este es el castigo por el pecado de Judas; este es el precio por el pecado de Judas.

Jesús era la Luz; Judas, la oscuridad. Tristemente miramos hacia

Judas Iscariote 313: El

secreto del pecado de Judas, que algunos hombres llevan encerrado en sus corazones. Con gozo contemplamos el misterio del amor de Jesús, que todos los hombres deberían llevar abiertamente en sus almas.

Judas traicionó sangre inocente con un pecado horrible por la codicia de la plata; Jesús sacrificó su sangre inocente con infinito amor por el perdón de ese pecado.

Que la Sangre de nuestro Señor Jesucristo proteja y preserve nuestras almas por toda la eternidad. Amén.

■ APÉNDICE

En aquellos días, Pedro se puso de pie en medio de los hermanos y dijo: « Por tanto, de estos hombres que han estado con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús estuvo entre nosotros, desde el bautismo de Jesús hasta el día en que fue recibido arriba, uno de ellos debe ser testigo con nosotros de su ... Y echaron suertes, y la suerte cayó sobre Matías, y fue contado con los once apóstoles (Hechos 1: 15-26).

Matías

EL APÓSTOL Matías representa la iluminación de la oscuridad, la superación de un abismo, el comienzo de una nueva época. No fue uno de los Doce originales. Tras la caída de Judas de las filas de los apóstoles, Matías ocupó su lugar. Se convirtió en el primer apóstol elegido tras la muerte de Cristo crucificado. A menudo se compara a este apóstol con Benjamín, el hijo menor del patriarca Jacob. Benjamín fue el último hijo del anciano Jacob, y con él el número de hijos de su padre se elevó a doce. Matías también se menciona en el Canon de la Misa, pero tarde, casi demasiado tarde. No se le sitúa, junto a los demás apóstoles, antes de la transubstanciación del pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, sino después de la Consagración, tras la conmemoración de los demás. Para él se reserva un singular homenaje y reparación apostólica.

La fecha de la festividad del apóstol Matías es simbólica en sí misma. En la Iglesia latina se le conmemora el 24 de febrero, y en año bisiesto, el 25 de febrero, día intercalar o sustituto. Matías era un sustituto y tuvo que llenar un vacío.

El apóstol Matías es fuente de alegría para los corazones cristianos. Habría sido deprimente que el noble grupo de los doce apóstoles hubiera terminado con el rostro criminal de Judas. En cambio, este gentil y venerable anciano cerró las filas de los Doce. La atención se desvía instintivamente del miserable Judas y se dirige hacia este último y buen apóstol.

Matías ⁰ fue mencionado sólo una vez en todo el Nuevo Testamento: la hora resplandeciente en que fue elegido como apóstol. Esta fugaz hora surgió de la oscuridad, permaneció un tiempo en la luz y volvió a sumirse en la oscuridad. Las obras apócrifas, habitualmente locuaces, permanecieron casi en completo silencio, sabiendo y ofreciendo poco sobre él.

El compilador, o mejor dicho, el autor de varias leyendas sobre Matías fue un monje que trabajó durante el siglo XX en un monasterio de Tréveris, en Renania, Alemania.

Debió respirar aliviado tras haberse dedicado con tanta diligencia y esmero a investigar las obras de este apóstol. Y, a su manera, logró superar muchas dificultades, que se mencionarán más adelante. El breve pasaje sobre la elección de Matías como apóstol, registrado en los Hechos de los Apóstoles, está, a pesar de su brevedad, lleno de alusiones a la personalidad y posición de este apóstol. ¹ Y a partir de esto es posible formar una imagen clara.

Matías antes del sorteo

La elección de Matías se vio ensombrecida por la angustia y la indignación ocasionadas por el vil acto de la traición de Judas. Habían transcurrido más de cuarenta días desde los inolvidables acontecimientos de la primera Semana Santa. Los apóstoles aún estaban deslumbrados, primero por el terror aterrador de los sufrimientos y la muerte de su Maestro en la cruz, y luego por el glorioso esplendor de su Resurrección. Habían pasado el Viernes Santo y el Domingo de Pascua, la muerte, el entierro, la resurrección su propia vergüenza por la negación y la deserción, y el gozo del arrepentimiento y el perdón. Y entonces los apóstoles acababan de regresar de la escena de la Ascensión. Sus ojos aún estaban cegados por el magnífico esplendor de los cielos abiertos, y aún podían oír las últimas y solemnes palabras del Señor resonando en s

"Recibiréis poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra." ²

⁰ El nombre Matías es una variante del nombre hebreo común Mateo, que significa "regalo de Dios".

Aunque San Lucas tenía poco que decir sobre la mayoría de los apóstoles en los llamados "Hechos de los Apóstoles", sí mencionó los nombres de todos los apóstoles escogidos del cristianismo recién fundado al comienzo de su libro. 3 Fue como una procesión solemne desde la Ascensión, como

Subieron al aposento alto, donde estaban Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas hermano de Santiago.⁴

Un apóstol había desertado. El buen Judas, hermano de Santiago, no ayudó a borrar el recuerdo del traidor. Fue su nombre lo que les hizo recordar al otro Judas, el maldito apóstol de Keriot. El traidor ya no estaba allí, pero su recuerdo pesaba en la mente y el corazón de todos. La gloria de la Resurrección y el resplandor de la Ascensión no habían podido borrar la mancha del círculo de los Doce. Fue en este mismo aposento alto donde el Señor había pronunciado palabras tan increíbles que aún no podían comprenderlas del todo: «Uno de ustedes me traicionará». Imaginaron ver al traidor mientras se escabullía por el muro y huía en la noche.

Aquellos días estuvieron llenos de silencio, el santo silencio antes de la repentina tormenta de Pentecostés. Judas era mencionado una y otra vez, y el pensamiento recurrente de la traición los turbaba y perturbaba. Esta espina tenía que ser arrancada; este escándalo tenía que ser borrado. Su grupo estaba marcado, y solo hasta que se hubiera logrado una reconciliación pública por la traición serían merecedores de la venida del Espíritu Santo. Debía haber otro que iluminara la oscuridad causada por Judas. Debía haber otro que cumpliera lo que Judas no logró hacer. Tan pronto como el Señor los dejó, tan pronto como quedaron solos, incluso antes de Pentecostés, tuvieron que emprender la urgente tarea de elegir un reemplazo para Judas. ¡Cuán confundido y angustiado había dejado el traidor al colegio de apóstoles!

El discurso de Pedro, pronunciado antes de la elección de Matías, adujo mucho más que una razón meramente psicológica para esta acción inmediata:

320 Los Apóstoles

En aquellos días, Pedro se puso de pie en medio de los hermanos (el número de personas reunidas era de unas ciento veinte) y dijo: «Hermanos, es necesario que se cumpla la Escritura que el Espíritu Santo anunció antes por boca de David acerca de Judas, quien fue el líder de los que arrestaron a Jesús, ya que había sido contado entre nosotros y se le asignó su parte en este ministerio. Y, en efecto, compró un campo con el precio de su iniquidad y, al ser ahorcado, se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron. Y esto llegó a conocimiento de todos los habitantes de Jerusalén, de modo que el campo llegó a llamarse en su lengua Haceldama, es decir, Campo de Sangre. Pues está escrito en el libro de los Salmos: «Que su morada quede desolada y no haya quien habite en ella». Y: «Que otro tome su ministerio».

La perspectiva de Pedro en este discurso es bastante sorprendente: la necesidad de seleccionar a otro apóstol no provenía tanto del mandato del Señor como de una profecía que debía cumplirse. Sin embargo, Jesús mismo pudo haber aplicado este pasaje de los Salmos a Judas durante esos cuarenta días misteriosos entre la Resurrección y la Ascensión, cuando «les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras» 6 Para la mentalidad judía —y lo mismo se aplica a la mentalidad cristiana— no había motivo más convincente para tal acontecimiento que el cumplimiento de la palabra de Dios. La elección de otro apóstol cumplió lo que el Espíritu Santo mismo había profetizado y lo que Cristo claramente había pretendido. Doce, el Señor había elegido como apóstoles, no once, ni trece, sino doce. 1 Nadie pertenecía al Pueblo Elegido del Antiguo Testamento que no descendiera de uno de los doce hijos de Jacob, los padres de las doce tribus de Israel. El Israel del Nuevo Testamento fue testificado, para Cristo, de una manera más espiritual por los doce apóstoles. «Y el muro de la ciudad tiene doce piedras de fundamento, y sobre ellas doce nombres de los doce apóstoles del Cordero». 8 San Agustín señaló la gran importancia del hecho de que hubiera exactamente doce apóstoles. Encontró un profundo significado en este número, que era altamente estimado como

un número sagrado en aquella época: tres era el número sagrado de Dios; cuatro, del mundo. Tres más cuatro, y tres por cuatro, símbolo...

simbolizaba bólicamente la obra de Dios en el mundo y con el mundo. Por lo tanto, el siete y el doce eran «números sagrados».

Los cuatro puntos cardinales del mundo, este y oeste, norte y sur, fueron llamados a la Trinidad mediante el bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Sin embargo, cuatro por tres son

doce. 9 Pedro, sin embargo, un simple pescador, no propuso conceptos tan elevados e ingeniosos antes de la elección de Matías. Solo conocía la profecía de las Sagradas Escrituras según la cual, según los decretos de la Providencia, debía elegirse un duoc. La luz de Judas se había apagado, y debía encenderse de nuevo. De nuevo, el puesto desierto del traidor debía ser ocupado.

Rubens, un artista magistral, retrató a Matías con un semblante meditativo y humilde. Es posible que Matías reflexionara muchas veces sobre el misterio de su vocación al apostolado. Otro apóstol tuvo que convertirse en apóstata para poder convertirse en apóstol. La rama muerta de Judas tuvo que separarse de la vid viva de Cristo para que Matías pudiera ser injertado en su lugar.

Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no dé fruto, lo quitará; y todo sarmiento que dé fruto, lo purificará para que dé más fruto.

Pero si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas, y eres hecho participante del tronco y de la rica savia del olivo, no te jactes contra las ramas. 10

Matías compartió la gracia de Judas, y el pecado del apóstol traidor se convirtió en una bendición para él. Esta "felix culpa" fue ventajosa, no para Judas, sino para Matías. Lo que Judas desperdició ahora le fue confiado a Matías; lo que Judas debería haber logrado ahora lo completaría Matías. Matías inclinó humildemente la cabeza. Oró con las asombrosas palabras que su gran hermano, Pablo, quien pronto lo seguiría en el apostolado, había usado cuando, abatido en el camino para cometer un crimen, ya no era un extraño, sino un amigo.

ante los misteriosos decretos de la Divina Providencia, oraron: "¡Oh, profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios!". 11 Cuando

nos preocupa excesivamente el misterio de la gracia, que es arrebatada a hombres indignos, incluso a una nación entera, y "dada a un pueblo que da sus frutos", 12 podemos recordar la alabanza de San Pablo a Dios, nuestro gran e incomprensible Creador: ¡Cuán incomprensibles son sus

juicios y cuán insondables sus caminos! Porque "¿Quién conoció la mente del Señor, o quién fue su consejero? ¿O quién le dio primero para que se le diera la recompensa?". Porque de él, por él y para él son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. 13

Condiciones de la Selección

Apenas hay un pasaje en la Sagrada Escritura que parafrasee las condiciones necesarias para el oficio de apóstol de forma tan sencilla y positiva como el discurso de Pedro antes de la selección del apóstol que reemplazaría a Judas. Exigía al candidato al apostolado tres requisitos, sin los cuales nadie podía ser considerado: ser llamado; aceptar su vocación; y ser enviado. Además, el nuevo apóstol debía demostrar ser una persona prominente y distinguida. Cabe destacar también que las condiciones establecidas por Pedro concordaban plenamente, hasta la última carta, con la misión apostólica expuesta en los Evangelios.

Así como San Marcos registró la elección de los Doce, también Señaló el oficio y la misión de un apóstol. Cristo

llamó a unos hombres de su elección, y ellos vinieron a él. Y designó a doce para que estuviesen con él y para enviarlos a predicar. 14 Ser elegido y llamado por Cristo,

seguir a Cristo y ser enviado a predicar por Cristo: estas solas cosas podían hacer de uno un apóstol.

Por eso, la expresión de Pedro es un eco del Evangelio: «Por

tanto, de estos hombres que han estado con nosotros todo el tiempo en que el Señor Jesús se movió entre nosotros, desde el bautismo de Juan hasta el día en que fue recibido arriba de entre nosotros, uno debe hacerse

testimonio con nosotros de su resurrección." . Y oraron y dijeron: «Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra a cuál de estos dos has elegido para ocupar el lugar en este ministerio y apostolado del que Judas se apartó para ir a su

propio lugar». 15 Con especial énfasis, San Pedro enfatizó la segunda cualidad necesaria para todo aspirante al apostolado de Cristo: perseverancia y sinceridad al imitar, de principio a fin, la vida perfecta de Cristo. Su majestuosa sencillez refutaba los rumores sospechosos, circulados por infieles paganos, de que los apóstoles eran hombres confiadamente engañosos, si no impostores, víctimas de sus propias ideas imaginarias. Pedro exigía de un apóstol un conocimiento profundo y sobrio de Jesús, un reconocimiento estable y prosaico del Mesías. No debía dejarse llevar por fantasías volubles y fugaces ni por sueños superficiales y vagabundos. Un nuevo apóstol debía ser capaz de enfrentarse a un mundo de realidades, no de estereotipos.

No se deseaba del apóstol sustituto ni una gran erudición ni una ambición ardiente sino simple objetividad e imparcialidad cristiana, con la mente, el corazón y el alma abiertos a Cristo.

Fue treinta años después, cuando Pedro, próximo a la muerte y escribiendo para toda la cristiandad, repitió y confirmó estos pensamientos: "Porque no estábamos siguiendo fábulas ficticias cuando os dimos a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, sino que habíamos sido testigos oculares de su grandeza

Esta unión apostólica con Cristo se basa en el tercer requisito fundamental del apóstol: la misión de predicar por Cristo predicando a Cristo mismo. Un apóstol debe ser nada menos que un testigo de Cristo, y su testimonio debe provenir de lo más profundo de su corazón.

«Es necesario que uno se haga testigo con

nosotros de su resurrección», Pedro declaró, porque todo el cristianismo depende de la Resurrección del Señor. Sin un corazón vivo, el cuerpo no es más que polvo suelto y sin vida. El propio Pedro no habló de otra cosa antes de Pentecostés. 11 Este fue su sermón de Pascua. El nuevo apóstol, que predicaría a Cristo con los demás a partir de entonces, debió haber experimentado el milagro de la Pascua. Pero esto no era todo. Dado que un apóstol debía predicar no solo la gloria, sino también la verdad del Salvador resucitado, el candidato debía ser uno de ellos desde el principio, desde el bautismo de Juan hasta el día en que...

asumido, . . . y obras desde el principio de la vida pública fue de Jesús hasta su muerte y resurrección.

La primera exigencia que se le exigía al nuevo apóstol a Matías: la llamada de Dios. «Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos dos has elegido...» Los Once no

se atrevieron a elegir al sucesor de Judas, ayudados sólo por su propio juicio y responsabilidad, y por sus propias simpatías.

«No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros» 18. Este principio fundamental del Señor debía seguir siendo la norma para la elección de un apóstol sustituto. El oficio de apostolado era de tal responsabilidad y dignidad que nadie, excepto Dios, podía ni debía haberlo conferido. «Un apóstol, enviado no de parte de los hombres ni mediante hombre alguno, sino por Jesucristo y Dios Padre, que lo resucitó de entre los muertos»: así justificaba San Pablo su propia vocación al

apostolado 10. Es este último requisito el que revela la pequeña diferencia entre Matías y los demás apóstoles. Los Once fueron llamados directamente por Cristo durante la vida pública de nuestro Señor. Matías también fue elegido por Cristo, pero no directamente como los demás. Dios inspiró a los Once restantes para que eligieran a Matías, y echaron suertes; con ello se eliminó un concepto demasiado estrecho e inflexible de apóstol. Sin embargo, las tres condiciones necesarias para el apostolado permanecieron sin duda en un sentido real: la llamada de Jesús, el seguimiento de Cristo y la misión. Que la primera condición, la llamada del Señor, debía cumplirse, tiene una importancia grande y de largo alcance, no sólo para la llamada de los primeros once apóstoles, sino también para la e

Este llamado también puede surgir por inspiración directa de Cristo, como se demostró con la elección de Matías. Esto allanó el camino al apostolado de Pablo. Aquí reside quizás el mayor significado, el resultado de mayor alcance, de esa sencilla selección de Matías. De esto se puede extraer otra conclusión: los Doce volvieron a estar firmemente unidos. Pronto otro entraría en sus filas con la plena pretensión y el título de ser un apóstol de Jesucristo tan verdadero como los Doce, no simplemente un apóstol en el sentido más amplio y general. El sencillo Matías completó la lista de los Doce y, al mismo tiempo, preparó el camino para el más poderoso de todos los apóstoles: Pablo.

imagen de este apóstol se aprecia mejor en el contexto del llamamiento de los primeros apóstoles. Las palabras de Pedro registradas en los Hechos ilustran a este apóstol que aparece en las Escrituras casi tan brevemente como José. Matías, por lo tanto, era «uno de estos hombres que han estado con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús estuvo entre nosotros, desde el bautismo de Juan hasta el día en que fue recibido arriba...». Él era capaz y estaba calificado para "sé testigo con nosotros de su resurrección."

Estas palabras, registradas en los Hechos de los Apóstoles, nos permiten reconstruir hasta cierto punto la vida del apóstol Matías. Estuvo cerca del Mesías desde el principio. Quizás él, como muchos de los otros apóstoles, ya había pertenecido al grupo alrededor de Juan el Bautista. Ciertamente, dejó su hogar y ocupación cuando Jesús entró en su vida, y siguió al Señor por las calles. Escuchó las palabras dichas por Cristo en el Sermón del Monte, Sus palabras dichas desde la barca en el mar. Vio a los enfermos siendo sanados por Jesús, y al demonio expulsado de los poseídos. Los muertos resucitaron; los cojos caminaron; las multitudes fueron alimentadas a través de la multiplicación milagrosa de los panes y los peces.

Matías permaneció fiel a Jesús en aquella hora crítica después del discurso sobre la Eucaristía en la sinagoga de Cafarnaúm. Algunos de sus discípulos murmuraban ante esto. . . . A partir de ese momento, muchos de sus discípulos se apartaron y dejaron de andar con él. 20 Matías también oyó a Jesús decir que uno de los Doce traicionaría al Dios-Hombre, pero aunque perseveró, escuchó y creyó, no sabía que sería él quien reemplazaría al apóstol traidor. Incluso entonces, Cristo pudo ver cómo la gracia de la vocación de Judas era rechazada por su apóstol y aceptada inconscientemente por otro discípulo. Así como el Señor entró en espíritu en la oscuridad de sus sufrimientos, Matías permaneció junto a su Maestro en espíritu y lo siguió. Quedó asombrado ante la tumba vacía y se maravilló de la gloria del Redentor resucitado; fue un verdadero discípulo fiel durante todos los largos días llenos de temor y ansiedad entre la venida del Señor y su regreso a ellos.

Eusebio, el historiador de la Iglesia, registró que Matías fue incluido por el Señor mismo en el grupo de los setenta, o setenta y dos, discípulos. 21 Esto es bastante probable. Los apóstoles y

discípulos, tenían la misma misión, aunque su oficio no era el mismo. Si se comparan las palabras de Cristo a los apóstoles, pronunciadas antes de enviarlos en su misión, con las que dirigió a los discípulos en una ocasión similar —Mateo combinó ambas en un solo discurso²²—, se puede reconocer, sin dificultad, que tanto apóstoles como discípulos fueron enviados a las mismas dificultades y peligros. Las palabras dirigidas a los discípulos fueron aún más serias y urgentes que las dirigidas a los apóstoles. Lucas unió estas palabras directamente al lamento de Cristo por los impenitentes 23: «Os envío como corderos en medio de lobos».

pueblos.

Él

dijo a los discípulos. 24

Los discípulos, sin embargo, no recibieron una posición tan privilegiada como la que se les otorgó a los apóstoles. Al llamar el Señor por su nombre al pequeño círculo de aquellos a quienes confió el apostolado, su voz era notablemente más suave, de modo que los demás no pudieron oírlo, ni siquiera Matías. Matías no recibió la promesa de uno de los doce tronos ni el oficio de juzgar a una de las doce tribus de Israel. 25 Tampoco fue admitido en las tranquilas horas de confianza que el Señor concedió solo a los Doce. Cuando caminaba con ellos por los campos susurrantes, o los llevaba al mar azul, o los reunía en el aposento alto y los llamaba «amigos» e «hijitos», Matías no estaba allí. 26 El discípulo Matías fue heroicamente fiel al Mesías cuando perseveró bajo el calor y la carga del día «todo el tiempo que el Señor Jesús se movió entre ellos». Sin

buscar posición ni ganancias, su paciencia nunca se cansó, sino que trabajó incansablemente, se mantuvo alegre, fue un simple discípulo de Cristo que soportaba con calma una pesada carga. No esperaba ni se esforzó por ser elevado al apostolado, pero es evidente que Matías debió de demostrar su valía entre el numeroso grupo de setenta discípulos que luchaban por la perfección cristiana. Pues es un gran honor que lo eligieran como candidato para el apostolado entre tantos: «El número de personas reunidas era de unas ciento veinte». La gran estima que todos le tenían es evidente.

Sin duda, muchos de los discípulos se habrían alegrado mucho de tener la oportunidad, si la suerte les hubiera tocado. Quizás muchos

inconscientemente, mostró su verdadera naturaleza humana en aquella primera elección eclesiástica. Sin embargo, el discurso serio de Pedro y la luz descendente del Espíritu Santo señalaron al más digno de ellos: aquel que trabajó «todo el tiempo que el Señor Jesús estuvo entre nosotros, desde el bautismo de Juan hasta el día en que fue recibido de entre nosotros».

....

Matías durante el sorteo. Y presentaron a

dos: José, llamado Barsabás, de sobrenombre Justo, y Matías. Y oraron y dijeron: «Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra a cuál de estos dos has elegido para ocupar el lugar en este ministerio y apostolado del que Judas se apartó para ir a su propio lugar». Y echaron suertes entre ellos, y la suerte cayó sobre Matías; y fue contado con los once apóstoles. 28 Este pasaje de los Hechos de los Apóstoles es inmediatamente interesante

es importante, porque aquí se ve claramente la estructura interna de la Iglesia. Tuvo lugar antes del primer Pentecostés, antes del nacimiento mismo de la Iglesia. Hay tres elementos: monárquico, jerárquico y democrático.

La monarquía de la Iglesia residía en Pedro. Tan pronto como Cristo ascendió al cielo, este primer apóstol se puso al timón, controlando el rumbo, como lo había hecho antes en el Mar de Galilea en la barca de pesca. Las primeras páginas de los Hechos suenan como el eco de las últimas páginas de

los Evangelios: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Apacienta mis corderos. . . .
 Simón, hijo de Juan, ¿me amas? ... Apacienta mis ...
 Simón, hijo de Juan, ¿me amas? ... corderos, apacienta

mis ovejas."29 Pedro fue el iniciador, el orador y el líder en la elección de otro apóstol. Él fue la cabeza, el primero. Él fue el Vicario de Cristo en la tierra.

Al mismo tiempo, se encuentra una conexión simbólica en esto: que este Pedro, el primer líder y fundamento de la Iglesia, en su primer acto oficial como cabeza de la Iglesia, tuvo en cuenta el segundo elemento de la Iglesia. Pensó con ansiedad en la jerarquía. No solo a Pedro, sino a los Doce, a hombres llamados y elegidos por Cristo, les fue confiada la Iglesia.

la gran asamblea de sus fieles seguidores. Aunque muchos fueron llamados, no todos, sino pocos, fueron elegidos para dar testimonio público de la Resurrección. Según una observación del apóstol Pablo, el Salvador resucitado, tras aparecerse a Pedro y luego a los Once, «fue visto por más de quinientos hermanos a la vez». 30 Y, sin embargo, fue por elección de los apóstoles que Matías fue oficialmente reconocido y comisionado para ser testigo de la Resurrección. Solo él fue delegado y facultado por ellos para predicar a Cristo como apóstol. Pues en la organización fundamental de la Iglesia existe una santa jerarquía de clases, literalmente del griego, «guardián de las cosas sagradas», de cargos y oficios reservados solo para los elegidos.

Sin embargo, en esta primera función oficial de la Iglesia, desempeñada por el pastor y la jerarquía, se aprecia fácilmente un fuerte componente democrático. Cualquier hombre capaz y digno, independientemente de su posición social, puede ser elegido para ascender a ocupar una posición superior y reservada en la Iglesia. Y hay una base aún más sólida para señalar la democracia en la Iglesia: a toda la comunidad reunida en ese momento, «unos ciento veinte», se le permitió expresarse. Seleccionaron a los dos candidatos para el apostolado. La Iglesia de Cristo estaba compuesta no solo por Pedro y los Doce, pontífice y obispos, sino también por la comunidad de los fieles. Fue Pedro, el «monarca», quien se dirigió a los primeros cristianos como

linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido, para que anunciéis las obras perfectas de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. 31

Sería oportuno desviarnos aún más del apóstol Matías y examinar los límites y funciones de los elementos monárquicos, jerárquicos y democráticos en la Iglesia a lo largo de los siglos. En diversos momentos de la historia de la Iglesia, alguno de estos elementos ha cobrado protagonismo.

Sin embargo, desde la elección de Matías como apóstol, siempre ha habido una única autoridad suprema que guía y manda a los "escogidos" con sus oficios reservados, y gobierna al "santo pueblo de Dios" que coopera y asiste. Todos, sin embargo —Pedro, los Doce, los ciento veinte fieles—

sometió fervientemente al mandato del Padre, a la voz del Hijo, a la luz del Espíritu Santo, a la gracia de Dios: «Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos dos has elegido...

.'''

En la encíclica *Mystici Corporis Christi*, el Papa Pío XII explicó:

Pedro fue únicamente el Vicario de Cristo. Por lo tanto, hay una sola cabeza de este cuerpo, a saber, Cristo. Es él quien infunde la luz de la fe en los fieles. Y es él quien enriquece a los pastores y maestros, y especialmente a sus Vicarios en la tierra, con los dones sobrenaturales de conocimiento, juicio y sabiduría.

Lo que resulta tan impactante para nosotros hoy en día sobre la selección de Matías es la manera en que los apóstoles buscaron descubrir el mandato divino: echaron suertes. Los apóstoles sentían que no eran diferentes de los judíos creyentes. La suerte, como medio para conocer la voluntad de Dios, jugó un papel tan importante con el pueblo de Israel como con otras razas. Se utilizó en el Antiguo Testamento: 33 la Tierra Prometida se dividió por sorteo entre las diversas tribus y familias; 34 la elección de Saúl como rey también se determinó por sorteo. 35 Los apóstoles, por lo tanto, se adhirieron

a las prácticas del Antiguo Testamento cuando buscaron saber por sorteo a quién quería el Señor que fuera el apóstol que reemplazara a Judas. El sorteo se realizó de tal manera que los nombres de los dos candidatos se escribían en pequeños trozos de tabla y se agitaban en una urna. Aquel cuyo nombre cayera primero en la urna era el elegido.

De los dos candidatos entre los que se tomaría la gran decisión, Matías quedó notablemente en segundo lugar. José, llamado Barsabás —hijo de Sabás—, tan desconocido para nosotros como Matías, fue colocado en primer lugar con el honorable apellido romano Justo, del latín «el justo o recto».

Se podría conjeturar que hubo quienes estuvieron presentes en la elección que, de haber tenido la decisión en sus manos, habrían elegido a José como apóstol. Pero la voluntad de Dios fue otra.

Hubo tensión y suspenso por un momento cuando el nombre salió de la boca. Era Matthias. ¿Por qué? «¡Tú, Señor, que conoces los corazones de todos...!»

330 Los Apóstoles.

Humilde y bondadoso, el honesto José pudo haber extendido la mano a Matías para desearle lo mejor. Humilde y serio, el pensativo Matías ocupó el lugar que Judas había dejado abandonado. Ahora era uno de los Doce, un apóstol, otro Cristo, elegido por Cristo para continuar y perpetuar su obra en la tierra hasta el fin de los tiempos, para toda la humanidad. Pertenece a los Doce, precedidos por las doce tribus de Israel, las piedras fundacionales de Jerusalén. Debía su vocación, no a su propia dignidad, sino a la gracia divina de Jesús, a la traición de Judas. Un suspiro de alivio recorrió la joven Iglesia. El que se había vendido al espíritu maligno finalmente había sido borrado. Los Doce, ahora preparados para el Espíritu Santo, volvían a ser doce. Tan pronto como Matías fue elegido apóstol, cayó en el olvido.

Experimentó con los demás la gracia ardiente y gozosa de Pentecostés. Y con los demás sufrió el arresto y la flagelación de los líderes judíos, y se regocijó de haber sido considerado digno de sufrir afrenta por el nombre de Jesús. 36 Viajó, predicó y sanó, pero ni una sola palabra más se le dedicó en las Sagradas Escrituras. Era simplemente uno de los Doce. Incluso los escritos espurios de los apóstoles rara vez consideraron algo digno de mención sobre Matías. Existen diversas leyendas griegas, coptas y latinas antiguas sobre este apóstol, pero casi siempre provienen de una confusión de Matías con Mateo y atribuyen las palabras y obras del ex recaudador de impuestos al apóstol equivocado.

Lo desconocido que era Matías incluso en la Iglesia latina hasta el siglo XI lo demuestra el hecho de que en diez siglos sólo se han conservado dos sermones conmemorativos de su festividad. Uno fue dado por un abad del monasterio de Montecassino en el siglo IX; el otro se ha atribuido tanto a San Agustín como a Beda el Venerable. Incluso los escritores de la antigüedad cristiana —como Paulino de Nola, Venancio Fortunato y Víctor de Capua— que recopilaban información sobre los lugares de enterramiento de los apóstoles, no tenían ni una palabra que registrar sobre Matías. Eusebio habló de un «Evangelio de Matías» poco fiable, que pudo haberse originado en círculos gnósticos durante...

ing la primera sala del siglo II en Egipto, cuyas doctrinas esotéricas supuestamente Cristo reveló a Matías. 37

Ciertamente, Matías trabajó en Judea. Quizás sus labores no se publicaron ampliamente, ya que era un discípulo humilde y reservado que deseaba ejercer su autoridad discretamente y ejercer su nuevo oficio discretamente bajo la dirección suprema de los apóstoles mayores. A falta de información más precisa y detallada, las leyendas solo podían conjeturar y sugerir que este silencio se debía a que Matías murió muy joven. Clemente de Alejandría creía que este apóstol murió de muerte natural. También informó que Matías —otros atribuyen esto a Mateo— sostenía la opinión de que se debe mortificar severamente el cuerpo y tratarlo con mucha rudeza. 38 En vista de este

silencio casi absoluto sobre Matías durante mil años, resulta aún más sorprendente que, en los siglos XI y XII, apareciera repentinamente información muy detallada y explícita sobre él. Se describieron detalladamente su origen, obras y martirio, y se añadieron todas las circunstancias que rodearon la historia de sus reliquias.

Estas leyendas de Matías se originaron en Tréveris. El autor, monje de Tréveris entre los años 1127 y 1148, utilizó como principal fuente de información un antiguo escrito hebreo sobre las «hazañas de San Matías», que obtuvo de un judío. Su «traducción» es, sin embargo, una falsificación compleja, pero bienintencionada, una falsificación amateur, artificiosa y concebida únicamente como un discurso edificante.

Estas leyendas sobre Matías son las más recientes de todas las leyendas sobre los apóstoles. En ellas se encuentra la información de que Helena, nacida en Tréveris, madre de Constantino, habría solicitado que Agrico, fallecido en el año 332, fuera nombrado obispo de Tréveris. A él le entregó la túnica sin costuras de Cristo (tal prenda aún se exhibe ocasionalmente en Tréveris en fecha tan reciente como 1959), un clavo de la cruz verdadera y las reliquias del apóstol Matías. Estas reliquias fueron entonces olvidadas, y no fue hasta el año 1127 que se volvieron a descubrir. En la Edad Media, la popularidad de una floreciente peregrinación a la tumba de este apóstol, la única tumba de un apóstol en Alemania, se exten-

332. Zona de los

Apóstoles . Sin embargo, Santa María la Mayor de Roma también reivindica las reliquias del apóstol Matías.

Siguiendo diversas leyendas, los artistas han representado a este apóstol con un hacha —en ocasiones un hachuela, una lanza o una espada— como instrumento con el que fue torturado. Matías no puede estar más que satisfecho con estos símbolos, pues lo han convertido en el patrón de carniceros y constructores.

Dejando atrás estas leyendas inciertas e insatisfactorias, de las que nuestra fe no depende, volvemos una vez más para concluir con las breves declaraciones de los Hechos de los Apóstoles. Matías permanece allí, solemne y silencioso como el Sábado Santo. El Viernes Santo ha pasado; el pecado de Judas ya ha sido expiado.

Sin embargo, Matías es mucho más que un Sábado Santo; fue elegido como testigo de la Resurrección. Es testigo de la Resurrección, no solo como los demás apóstoles, sino también en otro sentido. Su mera presencia entre los demás apóstoles es prueba viviente de que Cristo no muere, sino que vive, aunque fue traicionado por uno de sus propios apóstoles y crucificado por su propio pueblo.

Cristo murió en la cruz de un árbol; Judas murió en el mismo árbol de una cruz. El traidor murió y permaneció muerto. El Redentor murió, resucitó, y vivió en Matías, y vive en sus nuevos apóstoles, en otros Cristos.

Referencias de notas al pie

■ Capítulo Uno: SIMÓN PEDRO 1Hechos 1 :8.

- 2 Jn. 1:44. 8Mc. 8:22; Jn. 12:21. 4Mt. 8:14.
 6Mt. 8:20. 61 pies. 16: 17. 7 Jn. 1:42; 21 : 15. 8 Juan 1:40; Mateo 4:18;
 Lucas 6:14; Mateo 10:2. 9Lc. 4:38. 10Adversus Joviniano 1,26
 (ML 23,257). 111 Corintios 9:5. 1 2Estromatos1s VII, 11 (MG 9,488).
 13Loc. cit. 14Mc. 1:16; Lc. 5:4ss. 16Mt . 19:27. 16. 1 62 Pedro 3:15-
 11Hechos 4 : 13. 18Mt. 26:73. 19Lc. 5:8. 2 °Compárese Mt. 16 :
 13-20 con Mc. 8 :27-30, Lc. 22 :31£., y Jn. 21 : 15 y siguientes. 21Lc.
 22:26. 22Serm. 43,6 (ML 38,25£.). 28Mt. 3:1-11; Mc. 1:2-8; Lc.
 3:2-16; Jn. 1:19-33. 24Juan 1:41. 2 Juan 1:42. 26Lc. 5:5.
 21Lc. 5:6-7. 28Mateo 4:20; Marcos 1:18; Lucas 5:11. 2 Marcos 5:30; Lucas
 8:45. 80Mt. 14:26-31; Marcos 6:48-52. 8 1Mt. 15:11-15. 32Mt.
 16:22; Mc. 8:32. 33Mc.9:4-5. 34Mt.17 :23£. 3 5Mt. 18:21-22.
 86Jn. 13:6 y ss. 8 7Jn. 13:23 y siguientes. 38Mc. 14:29-31. 8 9Mc. 14:47; Lc.
 22:50; Jn. 18:26. 4 de la mañana 16:22£. 41Mt. 16:17. 421 Corintios 1:23.
 43Lc. 9:28-36. 4 42 Pedro 1:16-19. 4 5Mc. 9:9. 40Mk.14:30£.
 4 7Mt. 26:33; Lc. 22:33; Jn. 13:37. 48Mc. 14:37. 4 9Jn. 18: 15ss.
 60Mt. 26: 69£.; mk. 14: 66.ss.; Lc. 22: 56.ss.; Jn. 18: 15-18. 61Mt. 26:71;
 Mc. 14:69; Lc. 22:58; Jn. 18:25. 52Mt. 26:73-75; Mc. 14:70-72; Lc.
 22:59-62; Jn. 18:26ss. 6 3Jn. 18:26. 64Mt. 26:75; Lc. 22:62.
 66Mt.26:51£. 66Mateo 16:16; Lucas 9:20. 67Jn. 6:69; 13:6; 13:36; et al.
 68Hechos 1:15; 2:14; 3:1; et al. 5 91 Cor. 1:12; 3:22; Galón. 2:9 y 11.
 6Lc. 22:31; Mc. 14:37. 61Mt. 10:2. 62Lc. 8:45; Mc.
 16:7; Hechos 2:14. 63Lc. 5:3. 64Mateo 17:23-26. 6 5Jn. 13:6.ss.
 66Juan 6:70. 67Mt. 16:13-20. 68Mt. 18: 18 y ss. 69Lc. 22: 31£.
 70. n. 21: 15-17. 71Mc. 16:7. 12Lc. 24:34; 1 Cor. 15:5. 73Lc.
 siguientes. 22:24-27. 74Hebreos 5:2. 752 Corintios 12:7. 761 Cor. 1:26 y
 7 7Hechos 1 : 15 y ss. 7 8Hechos 2:1ss. 7 9Hechos 3 : 1.ss. 8 Hechos 4:5ss. 8
 1Hechos 5 : 1-11.82Hechos 8 : 14-17. 8Hechos 8:18-24. 84Hechos 9 :31-43.
 85Hechos 10. 8 6Hechos 15: 6-1 1. 8 7Hechos 5:14; 9:33-42. 88Hechos
 5:29. 36. 2: 89Hechos 4: 19£.; OOHechos 4:3; 5:33; 12:3ss. 91Lc. 22:33.

334 Referencias de notas al pie

- 92Hechos 10:28-48. 93Hechos 11:4 y 17s. 94Hechos 15:1. 95Hechos
2:11ss. 6-11.15: 00Gal. 01Gálatas 2:11-14. 9 82 Pedro 3:15. 00Gal.
1:18; 2: 6-10. 9:31s. 1001 Corintios 1:10-14. 10 1Hechos 1:8. 1 02Hechos 8:14;
103Gálatas 2:7. 104Hechos 12:1-17. 105Eusebio Chronicon (MG
19,539f.). 10 6Rom. 1:8ss.; 15:20ss. 1 0 1Eusebio Chronicon III, 36
(MG 20, 287 y sigs.). 108Sobre los hombres ilustres I (ML 23,638).
109Epístola VII,40 (ML 77,899). Cor. 1:12. 111Eusebio CH 1101
11,25' (MG 20,209f.). 1 12Epístola a los Corintios 5:1-6 (MG 1,217ss.).
113Epístola a los Romanos 4:3 (MG 5,696). 1 14Contra
las herejías 3,1 (MG 7,844s.). 1 15Eusebio lac. cit. (MG 20,207ff.).
dado el 13 1 11De un discurso del Papa Pío XII 116Loc. cit.
de mayo de 1942. 118 1 Pedro 5:13. 1 19Apoc. 14:8; 16:19;
17:5. 12°Col. 4:10; Filem. 24; 2 Tim. 4:11. 1 21Romanos 1:28-31.
12 2Hechos 1:15-22. 123Hechos 2:14-36. 124Hechos 3:12-26.
125Hechos 4:8-12; 5:29-32. 126Hechos 10:34-43. 12 1Hechos 11:4-18. 1
29Hechos 1:16ss. 25Hechos 1 1 3 0Hechos 2:16-21, 28. 1 8 1Hechos 3:18.
182Hechos 10:36-43. 1 33Hechos 2:27; 3:14s.; 10:36; 1:24; 4:12; 5:31.
184Hechos 2:38. 13 5 1 Pedro 1:1. 13 61 Pedro 4:1-4. 1 3 71 Pedro 5:12.
1 381 Pedro 1:18s.; 2:9. 1 3 91 Pedro 2:12, 15. 1 4 01 Pedro 3:1. 14 1 1
Pedro 4:7, 12-13. 142 1 Pedro 1:8. 1 43 1 Pedro 3:18, 21s. 14 42 Pedro 1:1.
1452 Pedro 1:13s. 14 62 Pedro 3:1. 14 72 Pedro 2:1-3. 1482 Pedro 2:11-
22. 1492 Pedro 3:10-13. 1 502 Pedro 3:4-13. 1 5 12 Pedro 3:18.
152Juan 21:18. 1 5 3Eclesiastés 4: 9-10. 1 54Hechos 3:1; 4:1ss.; 8:14ss.
1 55Cullmann, O., Pedro, Apóstol, Mártires, p. 238. 1 56Mt.
25:5, 19; 24:14.

■ Capítulo dos: ANDRÉS

- 1 Juan 1:40; Mateo 10:2; Lucas 6:14. 2Mc. 1:35; 2:11. 3Mc. 1:29s.
4Mateo 4:18; Marcos 1:16; Lucas 5:4. 5Mt. 19:27. 6Mt. 4:18-21; Jn.
21:2. 7Mt. 4:19. 8 Juan 1:35ss. Juan 1:29-40. 10Mateo 16:16.
11Lc. 5:1-11. 1 2 Mateo 4:19; Lucas 5:8. 13Mateo 10:2; Lucas 6:14. 14Jn.
1 5Mc 6,38; Jn 6,7ss. 6. 16Juan 12:21. 1 7Mc. 13:3s. 18Mc.
10:37. 10Mc. 3:18; Hechos 1:13. 2 Lc. 22:26. 2 1Hechos 1:13.
22Romanos 10:13-18. 23Eusebio CH III 1 (MG 20,215f.). 2
4Nicéforo Calixto, II 39 (MG 145,859 y sigs.). 251 Pedro 1:1. 261 Corintios 12.
15:10. 21Romanos 15:20. 28Juan 4:36-38. 29Mt. 16:24. 30
Gálatas 2:19s.

■ Capítulo tres: SANTIAGO EL GRANDE

- 1 litro. 5:7; Mateo 4:18-22. 2Mt. 4:21; 10:3; 20:20; 26:37; mk. 1:19; 3Mk. 15:40. 4Mk. 1:20.
3:17; 10:35; Lc. 5:10; Jn. 21:2. 5Mk.

15:41; Lc. 8:3. 7 Jn. 1:35ss. 8Mt. 4:2ss.; Mc. 1:19s.
 0Mc. 3:16s. 10Lc. 9:52E. 11Jn. 4:42. 12Mt. 5:44.
 134 Reyes 1:10-15. 1 Mt. 20:20ss.; Mc. 10:35ss. 15Lc. 18:31-33.
 16Mt. 16 :18-20. 1 1 Génesis 25:26; 27:36. 111Hypomnemata VII, citado
 por Eusebio CH II,9 (MG 20,157£.). 19Mc. 3:17. 2 0Mk.
 21Mc. 9:1. 22Mc. 10:42-45. 5:37. 23Jn. 21. 24Hechos 5:17-
 41. 12:25Hechos 12:3. 26Hechos 12:11. 27Hechos 12:3-11. 28Hechos
 292 Car. II:24ss. 80Romanos 15:23s. 81Oración de la Iglesia 17.
 de la Misa votiva para los peregrinos.

■ Capítulo Cuatro: JUAN

1Discurso sobre el Evangelio de San Juan 1,2 (MG 35,1380).² Gálatas 2:9.

3 Gálatas 1:15. 'Jn. 19:27; 18:15. 5Mc. 10:17-22. 6Hechos 4:13.
 7Apoc. 1:15; 14:2; 19:6. 8Apoc. 22:1. 9Lc. 3:16; Jn. 1:26ss.
 10 Jn. 1:29, 36. 1 1Apoc. 5:12; 5:13; 7:10; 12:1Of. 12Jn. 1:39.
 13Jn. 2:11. 1 Juan 2:17. 15Juan 3:19. 16Juan 3:8. 17Jn. 3:21.
 5:4. 19Jn. 1:1. 20Agustín, Primer discurso sobre San Juan 18Lc.
 Evangelio (ML 35,1381). 2 1Loc. cit. 1,1 (ML 35,1379). 22Mk.
 23Agustín, Ciudad de Dios V,26 (ML 41,173). 24Mc.
 10:3:17. 325Lc. 9:54. 26Mc 9,37ss; Lc 9,49s. 21Fil. 1:15ss. 282
 29Contra las herejías 3,4 (MG 7,853). 30Lc. 9:56. 811 Jn. 10.
 Auto. 13:4ss. 32Jn. 13:23; 19:26; 20:2; 21:7, 20. 83 Jn. 13:33;
 34Lc. 12:49. 85Apoc. 14:4. 15:36 Lc. 22:8. 87Lc. 22:15. 15.
 88Jn. 13; 14; 15; 16; 17. 39Mc. 14:18; Jn. 13:21. 40Jn. 13:2Iss.
 4 1Jn. 6:7ss. 42Juan 12:3-6. 43Jn. 13:27. "Jn. 13:1; Lc. 22:19s.
 45Juan 6:57-58. 46Lc. 22:45; Mc. 14:38. 47Mc. 14:50; Jn. 18:15.
 48 Jn. 19 : 31-37. ⁴⁹Jn. 19, 26s. 50 Jn. 20:1-10. 51Jn. 21:1-14.
 52Jn. 15:15. 531 Jn. 4:7s. 64Lc. 6:14; Hechos 1:13. 65Hechos 3:4s.
 56Hechos 4:2s. 67Hechos 4:13ss. 68Hechos 8:14ss. 59Jn. 17:23.
 15:6ss. 12:1f.⁶¹Mt. 20:23. 60Hechos 62Hechos 11:30; Gál. 1:18; Hechos
 63Gálatas 2:9. 64Jn. 1:3; Col. 1:15ss. 65 galones 1:18 libras. 66Hechos 8:14.
 67Hechos 21:17ss. 68Gálatas 2:9. 69 Apocalipsis 1:9. 70Hechos 18:19ss.
 71Hechos 19. 72Hechos 20:17; 1 Timoteo 1:3; cf. Efesios, hasta cierto punto
 también Colosenses. 73Romanos 15:20. 74Lc. 21:20. 75Fragmento c.
 Barocciani, Funk I 366. 76Diálogo 81 (MG 6,669s.). 77Euse-
 CH 5.24.3 (MG 20.4937). 78Contra las herejías 3.1 (MG bius
 7.845). 79Eusebio CH 3,39 (MG 20,295ss.). 80Zahn, Realen-
 cyclopadie fiir protestantische Theologie und Kirche 1,2,84. 812 84Apoc. 1:19.
 Juan 1; 3 Juan 1. 82Apoc. 22:20. 83 Apocalipsis 1:11.
 85Suetonio, loc. cit. 8 6Apoc. 1 :9. 87Ap. 6:9s. 88 Apocalipsis 13:1-
 sigs. 4; 17:9. 89Apoc. 13:11 y 00Apoc. 17:1-18; 1 Ped. 5:13.

336 Referencias de notas al pie

- 111Apoc. 12:17. 92Apoc. 20:4ss. 93Ap. 20:7ss. 94Apoc. 1:19.
 95Apoc. 8:13. 96Apoc. 12:12. 97Apoc. 11:11. 98Apoc. 4:2-11.
 99 Apocalipsis 5:6-14. 100Apoc. 1:12ss. 101Ap.20:9£. 102 Apocalipsis
 21:1-5. 103Apoc. 7:3. 104Apoc. 20:7. 105Apoc. 22:1Apagado. 1062
 Jn. 12; 3 Jn. 13£. 107Loc. cit. 9-16. 108Sobre los ilustres poderes
 9 (ML 23.653£.) . 109 Jn. 21:25. 110 Jn. 20:31. 111Hechos 19:1-6.
 112 Jn. 1:19ss.; 3:27-30. 113 Jn. 1; 3:16ss. 114 Jn. I. 115Eusebio
 6,14 francos suizos (20.551 libras esterlinas). 116Origen de Juan 1,6 (MG 14,31£.).
 1171 Cor. 3:11. 118Mt. 11:27. 119Mt. 3:23-37£.; Lc. 13:34£.
 121Jn. 1:35ss.; 9; 11. 122Jn. 1:37, 40; 13:23-25.
 123Jn. 21:24. 124Jn. 2,12ss. 125Jn. 5:11; 4:20£. 126Jn. 2:
 1273 Jn. 4. 128Eusebio CH 111,23 (MG 20,257ss.). 129Jn.
 21:18-23. 130124 Discurso sobre el Evangelio de San Juan 2 (ML 35,1970).
 131Eusebio CH 5,24 (MG 20,493).

■ Capítulo cinco: FELIPE 1Mt.

- 10:3; Lc. 6:14. 2 Jn. 1:1. 8Lc. 9:54. 4 Jn. 1:43.
 5Eusebio CH 111,31 (MG 20,279ss.). 6Eusebio CH 111,39 (MG 20,297ss.
 1Hechos 6:5; 8:4ss.; 8:26-40; 21:8. 8Hechos 21:8; Efesios 4:1-3.
 4:11. 9Hechos 21:9. 10Hechos 8:4-13; 8:26-40. 11Mt. 11:20ss.
 12Juan 1:44; 12:21. 18Jn. 6:7ss.; 12:20ss. 14Jn. 1:43. 15Jn. 1:45£.
 16Jn. 6:4ss. 17Jn. 12:20ss. 18Mt. 10:5. 19Mc. 7:27. 20Jn. 14:
 6ss. 21Jn. 13; 14; 15; 16; 17. 22Stromateis 3,4 (MG 8,1129£).
 23Mt. 8:21£. 24Jn. 3:18. 25Jn. 12:24£. 26Juan 14:9£.
 27Hechos 17:22-328Hechos 8:40. 29Eusebio CH III, 31 (MG 20,281£.).
 80Apoc. 3:14ss.

■ Capítulo Seis: NATANAEL BARTOLOMÉ 1 Jn.

- 1:45-51. 2 Juan 1:45ss.; 21:2. 8Hechos 1:21. 4Mt. 16:17;
 Mc. 10:46; Hch. 4:36; 1:23. 5 Jn. 21:2. 6Juan 21:3. 7Discurso
 sobre el Evangelio según San Juan 7,17 (ML 35,1446). 8Mt. 2:23. 9Mt. 13:
 54ss. 10Lc. 4:28£. 11Discurso sobre el Evangelio según San Juan 7,16 (ML
 35,1445). 12Rom. 9:1ss.; 2 Cor. 11:22. 13Agustín, loc. cit.
 14Mt. 16:16. 15Gén. 25:29ss.; 27; 30; 35. 16Mc. 6:31. 11Mt. 8:
 18Tito 3:4. 19Eusebio CH V,10 (MG 20,455). 20. 20Loc. cit.
 21Prólogo al Evangelio de Mateo (ML 26,17). 22Mt. 5:29£.; 18:8£.
 232 Corintios 6:4ss.

■ Capítulo Siete: MATEO 2La

- 1Mt. 9:9. interpretación de San Jerónimo del Evangelio de Mateo 1

- (ML 26,57). 333 Discurso sobre el Evangelio de Mateo (MC 57,381).
 4Lc. 5:29. 5Resumen. XXXIX, 4. 6Resumen. XVII, 2. 7Tácito, 9Mt. 9:9.
 Anales XIII,50. 8Ad Quint. I,1,11; de off. 1,42. 12Lc. 19:8.
 1 Crónicas 22:15-22. 11Mateo 18:17; 21:31; Lucas 3:13. 14Mt. 16:26.
 1331 Discurso sobre el Evangelio de Mateo (MG 57,363£.). 18Mt. 8:20.
 15Mt.4:24£. 16Mk.I :2ff. 17Mateo 4:16; 8:17. 2 Reyes 5:29.
 1033 Discurso sobre el Evangelio de Mateo (MC 57,361).
 21Mt. 26:15. 22Mt. 26:14-16; 27:3-10. 23Mt. 6:3s.; 6:19ss.
 24Mateo 9:3; Marcos 2:7. 25Lc. 5:30; Mc. 2:17; Mt. 9:13. 28Lc.
 18:10-14. 21Mk.3: 14£. 28Mt.10:7ss. 29Mt. 10:3; Mc. 3:18; Lc. 6:15.
 30Eusebio CH 5,8 (MG 20.449£); 3,24 (MC 20.265£).
 31Paedag. 2,1 (MC 8, 405£.). 32CH 3,29 (MG 20.277£). 33Mt.
 15:11. 34Stromateis 4,9 (MC 8,1282). 35Eusebio CH 3,39 (MC
 20,299£.). 38Contra las herejías 3,1,2 (MG 7,844). 37Eusebio
 CH 5,10,2. 38Eusebio 5,10 (MC 20,455£.). 39Ubicación cit. 40
 De los poderes ilustres 3 (ML 23,643). 41Mt. 9:18s.; Mc. 5:2lss.
 ' 2Mt. 26 : 56; Mc. 14:50ss. 43Mt. 2: 11. 44Mt. 17:23-26. 4.3 millones de traducciones
 13: 44ss. 48Mt. 18: 23ss.; 20: 1ss.; 25: 14ss. 47Lc. 9:3; Mt. 10:9s.
 48Mt. 22: 15ss.; Mc. 12: 13ss.; Lc. 20:20ss. 49Lc. 1:3s. 5 Crónicas 1:1-
 17. 51Mt. 1:22; 2: 14s. 52Mt. 5:17, 2 sif. , 27s., 3lf., 33s., 38s., 43s.
 53Mt. 5:3ss; 11:25; 13:3 sif.; 13:44. 54Romanos 10:21. 55Mt. 15:14.
 56Mt.23. 57Mt. 21:43. 58Mt. 27:25. 59Mt. 2; 28: 18ss. 80Mt.
 4:4.

■ Capítulo Ocho: TOMÁS 1 Jn. 11 :

- 16; 20:24. 2 Jn. 21 : 1ss. 3Jn. 11. 4Mt. 16:22. 5Jn.
 14:1ss. 6Rom. 11:33. 7Mc.16 :10f. 8Lc. 24: 13ss. 0Lc. 24 :
 37ss. 10Lk.24:4lss. 11Jn. 20:24. 12Lc. 15:4. 131 Pedro 1:8s.
 1426 Discurso sobre los Hebreos (MG 63, 179).

■ Capítulo Nueve: JAMES EL MENOS

- 1Mc. 15:40. 2Cen. 27:27ss. 8 Sant. 1:10; 3:2s.; 5:7. 4CH 5Eusebio
 3,20 (MG 20.251£). CH 3: 11 (MG 20,251). 6Mk.
 15:40; Jn. 19:25. 7Lc. 24: 18. 8Eusebio loc. cit. Mt. 21:
 55s.; véase también Lc. 8: 3. 1000 mil. 15:40; 15:47; 16: 1-4; Lc. 23:55£.; 24: 1--3.
 11Lc. 24:4ss.; Mt. 28:9. 12Lc. 24:10; Mt. 28:10. 13Mc.
 15:40, 47; 16:1. 14Judas 1:1. 15Lc. 6:16; Hechos 1:13. 18Mc. 6:
 3; Mt. 13 :55. 11Lc. 1 :34. 18Cen. 13:8; 14:12; 29:12, 15; Mt.
 5:22; 18:15; Proverbios 17:17. 10Mc. 6:3. 20Jn. 19 :26£. 21Hechos
 1:12-14. 22Cal. 1:19. 23Lipsius, los Hechos apócrifos de los Após-

338 Referencias de notas a pie de

página tles, Vol II, libro 2, pág. 238. 24Mc. 3:3lss. 2 Juan 7:5. 261 Corintios 12.
 27Lc. 11:27£. 28Hechos 12:17. 29CH 2,1 (MG 20,133ss.). 15 :7.
 8Hechos 21:18. 8 1 Isaías 2:3. 8238 Discurso sobre 1 Cor. (MG 20, 3 3Hch 5 :33ss.
 illustribus 2,23 (ML 23.639). 133ss.); De viribus
 84Hechos 8:lss. 86Hechos 12. 3 6Romanos 11. 3 7Hechos 21:20. 3 9Romanos.
 11:4.89CH 11,23 (MG 20,203£.). 40Mt. 9:17. 41Lipsius, lugar.
 45Hechos cit., pág. 243. 42Hechos 21:20. 4 3Hechos 44Hechos 15:10s.
 8:3. 15:13-21. 4 6Gálatas 2:9. 49Hechos 47Hechos 15:12. 48Gálatas 2:12.
 18:18. 5 °CH 11,23. 61Gálatas 2:9. 62Santiago 1:1. 63Jas. 5:lfs.
 64Santiago 1:1. 56Santiago 1:2ss. 56Santiago 2:1ss. 67Santiago 3:2ss. 5 8Santiago
 3:24. 14£. 69Santiago 1:22, 27; 2:14, 17. 6Rom. 3:28; 4:4s. 5: 61Gálatas
 621 Corintios 15:10. 63Mt. 27:25. 64Jn. 16:2. 66Ant. jud. 20,9,1.
 66Cabello.78,13,42 . 6 7Eusebio CH 2,23 (MG 20,199£.).
 68Eusebio, nosotros 69De gloria martir. 1,27 (ML 71,727£.). 11:21£. 7ORom.

■ Capítulo Diez: Junio TADEO 1Gén. 29:35.

2 Génesis 37:26. 8 Génesis 49:8ss. 41 Mach. 2 :4.
 6 1 mach. 4:3-1; 2 mach. 10:1-8. 6Juan 14:22. 1 Mateo 10:3; Marcos 1:10.
 3:18; 3:18. 8Lc. 6:16. 0Mt. 13:55; Mc. 6:3; Judas 1. 1 Apocalipsis
 Mateo 10:3. 11Mc. 6:3. 12CH 111,20 (MG 20,251£.). 1 3Judas 12.
 1 4Mt. 13; Mc. 4:26ss. 16Juan 15:2. 16Lc. 6,24. 11Interpretación del
 Evangelio de Mateo 1,10 (ML 26,63). 18Mt. 10:16ss. 19Jn. 14:
 18ss. 2 Juan 14:22. 2 1 Juan 7:3s. 22Juan 14:23. 2376 Discurso
 sobre el Evangelio de Juan (ML 35,1831). 24Sobre Mt. 10:7 (MG 13,877).
 26Judas 1. 2 6Judas 4. 2 1Fil. 3:18ss. 28Eusebio CH IV,22 (MG
 20,379£.). 29 Judas 3. 8Judas 8-16. 81 Judas 3. 82Ibid.
 38Judas 22s. 84Judas 24£. 86CH 1,13 (MG 20,119£.).

■ Capítulo Once: S1MON 1Gen. 27.

2 Génesis 34; 49:5-7. 8Jue. 9:2. 41 Mach. 2:3.
 61 Mac. 13:14. 6Mateo 10:4; Marcos 3:18. 7 Jn. 21 :2. 8Mt. 13:55; Mc.
 6:3. 0Eusebio CH 111,11 (MG 20,245ss.; 32, Zoe. cit.). 1 01 13Mt. 21:2ss.
 Reyes 17:28. 1 1Mc. 6:7. 12Mc. 6:30. 1 4Jn. 15:
 14£. 16Mt. 10:7 y sigs.; mk. 6:8ss. 16Hechos 5:36£. 11Gálatas 1:14.
 18Jn. 11:48ss. 10Schiirer, E., Geschichte des Jiidischen VoZkes im ZeitaZter Jesu Christi I,
 p.486ff. 20 Josefo Flavio, Guerra Judía 3, 10; Suetonio:
 Tito 4. 2 1Josefo Flavio, Zoe. cit. 4,5,1-3. 22Loc.
 cit. 6,9,3. 23Lc. 1:71. 2 "Lc. 22:37£. 26Mateo 3:2. 26Hechos 1:6.
 27Jn. 6:15; Mt. 14:21ss. 28Jn. 7:2ss. 2 9Jn. 12:12ss. 8Hechos 21:20.

Referencias de notas al pie 339

81Jn. 18 : 36. 3 2Eusebio CH 3,11 y 32; 4,22 (MG 20,245ss.; 28lss.; 379ss.). 8 3Nícéforo Calixto CH. 84Mt. 24: 15ss. 85Lc. 21 : 20£. 8 6Eusebio CH 3,5 (MG 20,22lss.). 8 7Mt. 28 : 19; Hechos 1 : 8. 881 Pedro 5:13. 3 9Eusebio CH 3,32 (MG 20,28lss.) . 40Mt. 16:22. 4 1Mt. 6:1ss. 42Col. 3:2ss.

■ Capítulo Doce: JunAs IscARioT 1Mt. 10:4; mk. 3:19; Lc.

6:16; Jn. 6:72. 2Jn. 15: 16. 8Mt. 7:6.
 4 Marcos 6:8. 5 Jn. 12:6. 6Juan 6:72. 7Hechos 2:7. 8Jn. 17:12.
 Shalom Asch, El Nazareno, Estocolmo, 1940; Klasi, Cristo, Berna, 1945; hasta cierto punto también en La vida de Jesús de Mauriac, Friburgo, 1937.
 10Jn. 12:5s. 11Lc. 8:1ss.; Mc. 15:40ss. 12Mt. 26: 14ss. 18Mt. 8:20.
 14Lc. 22:3; Jn. 13:27. 15Mt. 4:1ss.; Jn. 12:31. 16Jn. 13:18; Mt. 26:24 ;
 Jn. 17:12. 1 7Hechos 1 : 16. 18Mc. 14:21. 19Jn. 6:22ss. 20Jn.
 6: 5lss. 2 1Jn. 6:67. 22Jn. 6:68ss. 2 8Mt. 4:8. 24Jn. 11:47ss.
 2 5Juan 12:10; Marcos 11:18; 12:12. 2 6Lucas 19:48; Marcos 12:12. 2 1Jn.
 11:56. 28Juan 11:8. 2 9Jn. 12 : 3. 30Mc. 14:8. 31Mc. 14:6£.
 82Mt. 26: 14ss.; Mc. 14: 10ss. 83Éxodo 21:32. 841 Mascota. 1 : 18£. 8 5Mt.
 26:5. 36 Jn. 13: 10. 3 7Jn. 13: 16ss. 88Jn. 13:21. 89Juan 13:25.
 40Juan 13:24ss. 41Mt. 26:25. 42Mt. 26:25; Jn. 13:27. 43Jn. 13:28ss.
 "Lc. 22:24-38. 4 5Lc. 22:2lss. 46Jn. 13: 1. 4 1Escritor de tiempo# d.
 deutschen Morgenlandischen Gesellsha # 27 (1873) 669 y siguientes. 48Jn.
 13:31£. 49Agustín, 62 Discurso sobre el Evangelio de Juan (ML 35,1802£.). 5 3Mt.
 50Mt. 26:47. 51Lc. 22:47. 52Mc. 14:44ss.; Mt. 26:48ss. 5 6Mt. 27:3.
 5:39. 54Mateo 26:50; Lucas 22:48. 55Sal. 54: 13ss. 5 6Mt. 27:3.
 5 7Mt.27:3£. 58Mt. 27:5. 59Jn. 18:38. 60Mt. 27:6ss.
 61Crisóstomo, 85 Discurso sobre el Evangelio de Mateo (MG 58,760). 62Mt. 27:
 68Hechos 1 : 18. 64Juan 19:6; Mateo 27:25. 65Mt. 26:24; Mc. 14:21. 5.
 66Juan 17:12; 19:11. 67Hechos 1:25. 68 Génesis 50:20.

■ Apéndice: MAT'IIAS 1Hechos

1:15-26. 2Hechos 1 : 8. 8Hechos 1:2. 4Hechos 1:13.
 6Hechos 1 : 15-206Lc. 24:45. 1Mt. 19:28. 8Apoc. 21 : 14. 0Agustín,
 Interpretación de los Salmos, Salmo 86 (ML 37,1104). 1
 Juan 15:15; Romanos 11:17. 11Romanos 11:33. 12Mt. 21:43. 1 3Rom. 11 :
 33ss. 1 4Mk.3 : 13£. 15Hechos 1:21-25. 162 Pedro 1:16. 1 1Hechos
 2: 14ss. 1 Juan 15:16. 1.9Gálatas 1:1. 20Jn. 6:6lss. 2 1Eusebio CH
 1,12 (MG 20,117£.) . 22Mt. 10:5-42. 23Lc. 9:1-5; 10:1-15.
 24 Lc. 10:3. 2 5Mt. 19:28; Lc. 22:28ss. 2 6Jn. 13:33; 15:15. 21Hechos
 1 : 15. 28Hechos 1:23-26. 29Jn. 21: 15ss. 8 01 Corintios 15:6. 8 1 1 Pedro.

340 Referencias de notas a pie de página

- 2:9. 82Encíclica del Papa Pío XII, Cuerpo Místico de Cristo.
83Lev. 16:8-10; 1 párr. 24:5ss. 84Núm. 26:55; 33:54; Josué 14:2; 18:10.
85 1 Kgs. 10: 20£. 86Hechos 5:41. 87Eusebio CH 3,25 (MG 20.269£); E.
Hennecke, Neutest. Apokr., págs. 59,63,93 y siguientes. 88Clemente de
Alejandría, Stromateis III,26 (MG 8,1131£.).

- Abbanes y Thomas, 213
 Abgar, Rey, 214
 Abgar V, Príncipe de Edesa, 267
 "Hechos de Andrés", sobre Mateo, 187; sobre Simón, 284
 "Hechos de Andrés y Bartolomé" 165
 "Hechos de Andrés y Mateo", sobre la misión de Andrés, 66;
 Hechos de los Apóstoles, Etiope, 76; sobre los gentiles, 236; sobre Herodes Agripa, 80-81; sobre Matías, 325; Pedro en, 28-31; Discursos de Pedro en, 46; Pedro y Pablo en, 36; sobre Felipe, 143; sobre Tomás, 203; sobre dos Santiago, 226
 "Hechos de Juan", sobre Juan, 85, 135•, sobre el Evangelio de Juan, 124
 "Hechos de los santos Nereo y Aquiles", 7
 "Hechos de Pablo", 36
 "Hechos de Pedro", 36, 50n.; Etiope, 30
 "Hechos de Felipe", 150-153, 165
 "Hechos de Simón y Judas", 285
 "Hechos de Tomás", 212-213
 Actus Vercellenses, 50n.
 Addeo y Judas Tadeo, 2tr1
 Egeates (Egeas), 67
 Eglipo, rey, 187
 Agripina, 42
 Albanapolis, 167
 Alfeo, como padre de Santiago el Menor, 223
 Ananías, 29, 31
 Ananus II, 246
 Anastasio I, Emperador, 167
 Andrés, 57-69; como primer apóstol, 58-61; y Pablo, 67; y Pedro, 66-67; como hermano de Pedro, 7; y Felipe, 144; como apóstol silencioso, 65; como apóstol fuerte, 65-69
 Antioquía, conflicto en, 31-36, 235-236
 Antíoco IV, rey, 250
 Apocalipsis, 1 14-122; imágenes en, 87
 "Apocalipsis de Pedro", 51n.
 "Apocalipsis de Tomás" (espurio), 43- 214
 Obras apócrifas: Hechos de Andrés, 187, 284
 Hechos de Andrés y Bartolomé, 165
 Hechos de Andrés y Mateo, 66
 Hechos de Juan, 85, 124, 135•
 Hechos de los mártires Santos Nereo y Aquiles, 7
 Hechos de Pablo, 36
 Hechos de Pedro, 30, 36, 50n.
 Hechos de Felipe, 150-153, 165
 Hechos de Simón y Judas, 285
 Hechos de Tomás, 212-213
 Apocalipsis de Pedro, 51n.
 Apocalipsis de Tomás, 214
 atribuido a Santiago el Menor, 244-245n.
 Epístola del Señor al rey Abgar de Edesa, 214
 Epístola de Nuestro Señor Jesucristo al discípulo Tomás, 214

342 Índice

Epístola a Quadratus, 244-245n.

Hechos de los Apóstoles,
164-165 Evangelio de Bartolomé, 167-168,
292-293

Evangelio de Matías, 330-331

Evangelio de Pedro, 51n.

Evangelio de Felipe, 152

Evangelio de Tomás, 214

Historia de Pedro y Pablo, 50n.

Historia de los sufrimientos de Bartolomé,
157 sobre

Mateo, 187 sobre

Matías, 330-331

Sufrimientos de Juan, 135°
sobre Tomás, 212-214

Apóstol, requisitos de, 322-324 Apóstoles,

Concilio de. Véase Concilio de los Apóstoles
Credo de los

Apóstoles, doce artículos de, 216 Hechos árabes,
164-165 Arquelao, 293

Arfaxat, 267

Aristóbolo, 80

Armenios, y

leyendas sobre Bartolomé, 165; sobre Judas
Tadeo, 267 Asunción, leyenda sobre Juan,

136

Astiages, 166

Nitrógeno, 151

"Babilonia", uso del término por parte de

Pedro, 41 Báquides,

250 Bartolomé, 155-169; labores apostólicas
de, 164-169; como apóstol alegre, 157-164;
como valiente, 164-169; derivación del
nombre, 156; día festivo de, 167; leyendas
sobre la muerte de, 165-166, 168; y
Mateo, 165, 188-189; y Felipe, 144-145,
165; reliquias de, 167 Basilio II, monólogos
de, 286 Río Bayindir. Véase Cayster River

Beda, Venerable, como autor del

sermón sobre Matías, 330 Benevento, 167

Benjamín y Matías, 317 Bernini, representación
de Bartolomé, 166

Betania, unción

en, 300 Betsaida, como el hogar de

Felipe, 143

Comisión Bíblica, sobre la traducción griega del
Evangelio de Mateo, 190-
191

Boanerges, 74, 92; Santiago y Juan como,
76

"Libro de Henoch", 263

Bossuet, sobre Felipe, 149

Hermanos, significado del término, 225-226
Británico, 42

Calígula, emperador, 80

Cananeo, Simón as, 273

Captura de peces, "olvidada", 103-104

"Epístolas católicas", 239

La catolicidad, como tema de Mateo
Evangelio, 200

Río CaYster, 1 10

Cerinto, herejía de, 125; y Juan, 94

Cáliz, leyenda sobre Juan y,
136

Caridad, Juan sobre, 94

Quero de Acaya, sobre el martirio de Andrés, 68
Cristo,

descripción de Juan de, 120-121 Iglesia, temprana,
evidencia de la estructura de, 327-329; Juan y, 1
15-117; San Pablo a, 129 Cicerón, y los
impuestos, 176

Claudio, Emperador, 41-42,

80 Clemente de Alejandría, sobre el
martirio de Santiago, 76; sobre el Evangelio de
Juan, 123; sobre Juan, el pastor, 133; sobre
Mateo, 186, 187; sobre Matías, 331; sobre la
esposa de Pedro, 7; sobre Felipe, 147-148
Clemente de Roma, sobre el Evangelio de
Mateo,

191; sobre la misión de Pedro, 38 Cleofás, 223
Clop as (Cleofás), derivación de, 223

Monedas, valor de

mencionado en el Nuevo Testamento, 195n.

Colosas, 151

Comentarios (Hegesipo), 231-232 Comunión de
Judas, cuestión concerniente a, 305 Compostela,
83 "Sobre los
fieles", 141

Constantino, y la iglesia para Juan, 136

Hechos coptos, sobre Bartolomé, 164-165

- Martirologio copto, sobre el apostolado de Santiago el Menor, 231
- Corinto, Pedro en, 38
- Cornelio, Sermón de Pedro a, 44-45
- Concilio de los Apóstoles y la cuestión gentil, 233-234
- Concilio de Jerusalén, 32, 37, 238, 239
- Cranach, Lucas el Viejo; representación de Muerte de Juan, 135; representación de Muerte de Simón, 286
- Cratón, sobre Judas Tadeo, 267-268
- Cruz de Andrés, 69
- Crucifixión, Pedro, 53
- Cullmann, Oscar, sobre James, 227
- Condenación, cuestión de Judas, 311-313
- Dante, sobre Judas, 311 Daras, Mesopotamia, 167 Da Vinci, Leonardo y representación de Simón, 275; y representación de Tomás, 205. Véase también La Última Cena Demetrio, 1 10 Negación, de Pedro, 16-20 Desesperación, como el mayor pecado de de Judas, 311 Diana, templo de, 1 10 "Didajé", 191 Didimo, significado del término, 202 Dina, 272 Dionisio, obispo, 39; sobre la misión de Pedro, 38 Dionisio, patriarca de Alejandría, sobre Juan el presbítero, 1 13 Discípulos, misión de, 325-326
- Discursos, de Pedro, 43-46 Divina Comedia (Dante), lugar de Judas en, 311 "Doctrina de Addeus", 267 Leyenda del Domine-quo-vadis, 50n.
- , 53
- Domiciano, emperador, 114-115, 152, 222; Suetonio sobre, 1 14
- Durrero, Alberto y la representación de Pedro y Juan, 106
- Águila, John as, 86-92
- Pascua y Juan Evangelista, 102-103
- Ebionitas, 142; como primera secta, 232-233
- "Edén", 164
- profeta, 7 4-75 Éfeso, Pablo en, 110-1 11; Juan en, 10g.....112 Epifanio, 246 Epístola, paja, 241
- Epístola a los Gálatas, sobre los gentiles, 234; sobre dos Santiago, 226 Epístola de Santiago, énfasis en el entorno social en, 241-242; influencia del Antiguo Testamento en, 221-222, 232, 239-245 Epístola de San Judas, 221-222, 258, 262-
- 266
- "Epístola del Señor al rey Abgar de "Al frente", 214
- "Epístola de nuestro Señor Jesucristo al discípulo Tomás", 214 Epístola de Pedro, primera, sobre la fe, 210 Epístola de Pedro, segunda, 263-264 Epístola a Cuadrado, 244-245n.
- Epístolas, fechas de composición de, 239
- Epístolas, San Juan, 123, 130, 131-134 Esaú y Jacob, 75 Exploraciones bajo la Confesión de San Pedro en la Ciudad del Vaticano, 39
- Hechos Etiópes, 164-165
- Eusebio, sobre Andrés, 66; sobre el Apocalipsis de Pedro, 51n.; sobre el Evangelio apócrifo de Matías, 330-331; sobre Bartolomé, 164, 165; y documento de Hegesipo, 222; sobre Santiago, 229; sobre Juan el pastor, 133-134; sobre Juan el presbítero, 1 13; sobre Judas Tadeo, 253, 267; sobre Mateo, 186; sobre el Evangelio de Mateo, 189-190; sobre Matías, 325; sobre Pedro, 37-38; sobre la crucifixión de Pedro, 53; sobre Simón, 283
- Evangelista, Juan as, 122-131
- Evangelistas, sobre Judas Iscariote, 289-290; símbolos de, 171-172n.
- Evodio, 38
- Extremaunción, Epístola de Santiago sobre, 242
- Ezequiel, sobre los símbolos de los evangelistas, 171
- La fe y las buenas obras, Santiago, 241. 242-243; Lutero continúa, 241; Pablo continúa, 243

344 Índice

- Falsas doctrinas, Judas sobre, 49; Pedro sobre, 49
- Agricultores, apóstoles como, 221-223
- Padres de la Iglesia, sobre los Evangelios, 127-128
- Festo, 246
- Campo de sangre, 309-310
- Cuatro condiciones para los centiles, James on, 235
- \
- Cayo, sobre las tumbas de Pedro y Pablo, 39, 40
- Galacia, Felipe, 151 Gálatas,
- Epístola a los, sobre el pacto del Antiguo Testamento, 32, 33-34; sobre la autoridad de Pedro, 35 Gamaliel, 230; sobre los zelotes, 277 Genesaret,
- Lago, 6, 279 Genitori Genitoque, como tema del Evangelio de Juan, 125 Gentiles, cuestión de la admisión de, 233-238; Santiago el Menor sobre, 234; Pablo sobre, 32-34, 234; Pedro sobre, 31-32, 233
- Gentili, sobre Tomás en China, 212n.
- Giacomo Postolo, 83
- Giotto, y representación de la traición de Judas, 306
- Gnosticismo, el ataque de Juan a, 125
- Gnósticos, sobre Judas, 292
- Buen ejemplo, Pedro sobre, 47
- Viernes Santo, y Juan el Evangelista, 100-102 Gorgias,
- 250 "Evangelio de Bartolomé", sobre Judas Iscariote, 292-293; San Jerónimo sobre, 167-168 Evangelio de Juan,
- imágenes del mar en, 8-87; perspectiva de, 104-105. Véase también Juan, Evangelio de Mateo, como académico, 199.
- Véase también Mateo, Evangelio de "Evangelio de Matías", 330--331
- "Evangelio de Pedro", 51n.
- "Evangelio de Felipe", 152
- "Evangelio de Tomás", 214
- Evangelios, lugar de Andrés en, 62-64; sobre Bartolomé, 168-169; diferencias en, 12-129; sobre Santiago y Juan, 74-79; y Juan, 89-91; sobre Juan, 9 109; sobre Judas Iscariote, 290-291; sobre Judas Tadeo, 260-261; sobre Felipe, 143; sobre Tomás, 204-210
- Evangelios, Sinópticos y Juan, 12 129
- Iglesia griega, sobre la identidad de Santiago, 227
- Gregorio, sobre Pedro, 38
- Gregorio Magno, sobre Natanael Bartolomé, 156
- Gregorio de Tours, sobre Santiago el Menor, 247
- Gundaphar, Rey, 213
- Haceldama, 309-310
- "Evangelio hebreo", 190; sobre el voto de Santiago, 228
- Hegesipo, documento de, 222; sobre la identidad de Alfeo Cleofás, 223; sobre Santiago el Menor, 231-232; sobre la muerte de Santiago el Menor, 24-247, 264; sobre Simón, 273-274, 285-286 Heracleón, sobre Mateo, 187; sobre Tomás, 213-214 Heráclito, 91 Herejes, tratamiento de Juan, 94;
- Pablo sobre, 263;
- Pedro sobre, 263-264 Herodes, 177 Herodes I (el Grande), 80 Herodes Agripa I, Rey, 37; persecución de, 80-82, 231 Herodes Antipas, 80, 81 Hierápolis, 142; Felipe en, 151 Jerarquía, Iglesia, 328 Hipólito, sobre corceles de Dios, 141
- Hirtaco, 187 "Historia de Pedro y Pablo", 50n.
- Historia de los sufrimientos de Bartolomé, 157 Santos
- Ángeles, Misa de los, 158 Sagrada Escritura, sobre Natanael Bartolomé, 155. Véase también Evangelios
- Los idumeos y la guerra judía, 279
- Ignacio de Antioquía, sobre Mateo Evangelio, 191
- Ifigenia, 187
- Ireneo, obispo, sobre Juan, 111-112; sobre el Evangelio de Juan, 123; sobre el trato de Juan a los herejes, 94; sobre Mateo,

Evangelio de San Pablo, 188, 189-190; sobre

Pedro, 39 años

Iria, como Compostela, 83

Isodad de Merv, sobre Juan y los Evangelios,
123-124; sobre Mateo Leví, 173

Israelita, estima de título, 160

Jacob y Esaú, 75; visión de, 160, 162

Santiago (nieto de Judas Tadeo),
222, 253, 255-256

Santiago el Grande, 71-84; y Andrés, 71;
como apóstol audaz, 72-79; y
Juan, 107-108; como apóstol viajero,
82-84; martirio de, 37, 79-82

Santiago el Menor, 221-247; como obispo de
Jerusalén, 229-233; muerte de, 246--247;
día festivo de, 247; en
Gentiles, 234; identidad de, 223-
229; y Judas Tadeo, 252; como el Justo,
231-232; martirio de, 238; y Mateo, 173;
y Pablo, 233-238, 242-245

Josafat, Valle de, tumba de
James en, 247

Jeremías, profecía de un campo de sangre,
309

Jerusalén, Concilio de. Véase Concilio de
Jerusalén

Judíos cristianos, dificultades de, 245-
246; James y, 233-238; James'
Epístola a, 240-241; Epístola de Judas
a, 262-263

Guerra judía, III, 245

Judíos, la preocupación de Mateo por, 197-199

Juan el Evangelista, 85-137; sobre Bartolomé,
155-156, 157, 158; como discípulo
amado, 95-105; sobre las emociones de
Cristo ante la traición, 302-
304; como compañero-apóstol, 105-
109; Evangelio de, 123-131; Evangelio
de, sobre los hermanos, 228; Evangelio
de, conceptos fundamentales de, 91;
Evangelio de, partes de, 126; y Santiago,
107-108; y la traición de Judas, 97-
99; sobre Judas Iscariote, 292; sobre
Judas Tadeo, 251-252; y María, 10
1-102, 109; sobre María de Cleofás,
223; y Pedro, 105-107; sobre Felipe,
145-147; y San Pablo,

108-109; como Hijo del Trueno, 92-
94; sobre Thomas, 203, 205

Juan de Gischala, 279

José, y el perdón de los hermanos, 312

José Barsabás (Justo), 327, 329-
330

Flavio Josefo, sobre la muerte de Santiago el
Menor, 246; sobre los galileos, 7;
Guerra judía, 279

Judá, en el Antiguo Testamento, 249-250

Judá (hijo de Jacob), 249-250

El judaísmo y Santiago el Menor, 230, 232

Judas de Galilea, 277

Judas Iscariote, 289-313; traición de, 97-99;
desesperación y caída de, 296--
308; Mateo, 182; y Matías, 321; precio
y castigo del pecado de, 308-313;
tentación y pecado de, 290-296

Judas Macabeo, 249, 250

Judas Tadeo, 249-269; como apóstol,
266-269; como hermano de nuestro
Señor, 251-253; como valiente, 257-262;
Epístola de, 258; sobre falsas doctrinas,
49; como agricultor, 253-257; día de
fiesta de, 268; y Santiago el Menor, 252;
y Simón, 259-260; y Tomás, 202; como
escritor, 262-266

Judíos, carácter de, 29 1; Judas Iscariote
como, 291

Judit, oración de, 272

Justino Mártir, sobre Juan en Éfeso, III; sobre
el Evangelio de Mateo, 191

Justiniano II, 247

Kariyut, 291

Karjetein, 291

Cordero, como imagen de Cristo, 87--88

Lenguaje, uso de Juan, 91

Laodicea, 151

El último día, Juan 118-120

La Última Cena, la representación que Da Vinci hizo de,
97, 305; Juan en, 96-100

Lebbeus, derivación de, 257

Leyendas, sobre Matías, 318, 330-332.

Véase también las obras
apócrifas "Carta de los presbíteros y diáconos
de Acaya sobre el martirio de San
Andrés", 67

346 Índice

- Leví, derivación del nombre, 173 Lia, como madre de Judá, 249-251 Islas Lípari, 167 Liturgia, sobre Juan, 96 Logos, concepto joánico de, 91 Suertes, lanzamiento de como método bíblico de selección, 329 Amor, significado de, 26-28 Lucas, sobre los apóstoles escogidos, 319; sobre Juan, 105; sobre Judas Tadeo, 252; sobre Pedro, 43-46; sobre dos Santiago, 226. Véase también Hechos de los Apóstoles; Evangelios
- Lutero, Martín, sobre la Epístola de Santiago, 241
- Licaonia, Bartolomé en, 165
- Licomedes, 85 años
- Lisanias, 80 años
- Lisias, 250
- Rito Malabar, sobre Tomás, 212, 212n.
- Marcos, sobre la misión apostólica, 322; sobre los hermanos, 227; sobre la traición de Judas, 301; sobre María, madre de Santiago el Menor, 223; sobre Tadeo, 252;
- Marte, culto a, 151. "Martirio de Pedro escrito por Lino", 50n.
- María y Juan Evangelista, 101-102, 109; leyendas sobre, 244n.
- María, madre de Santiago el Menor, 223-224
- Madre y maestra, 242
- Mateo, 171-199; y Bartolomé, 165, 188-189; como evangelista, 188-200; fiesta de, 171; Evangelio de, comparado con el de Marcos, 191-192; Evangelio de, división de, 196; Evangelio de, traducción griega de, 190; Evangelio de, importancia de, 188-200; y Santiago el Menor, 173; en Santiago y Juan, 76; sobre Judas Iscariote, 293; sobre la traición de Judas, 301; sobre el arrepentimiento de Judas, 308-309; y Matías, 186; como recaudador de impuestos, 172-188; sobre Tadeo, 252; y Tomás, 186
- Matías, 317-332; y Benjamín, 317; elección de, 318-322; elección de, Condiciones de, 322-327; día festivo de, 317; y Judas, 321; leyendas sobre, 330-332; y Mateo, 186; reliquias de, 331-332
- Mazdai, Rey, 213
- La misericordia, como corazón de los Evangelios, 184
- Mesalina, 42 años
- Reino mesiánico, terrenal, 280-281; Mateo sobre, 199-200
- Mesías, reconocimiento de Juan, 105; La preocupación de Mateo por Jesús como, 197-198; Pedro sobre Jesús como, 45
- Miguel Ángel y representación de Bartolomé, 166
- La misogamia, como característica gnóstica, 213
- El dinero, la preocupación de Matthew, 193-195; Mateo sobre, 182-183. Véase también Monedas
- Moisés de Corene, sobre Bartolomé, 165
- Monte de los Olivos, como sepulcro de Santiago, 247
- Fragmento Muratoriano, sobre el Evangelio de Juan, 123
- Natalibus, Peter de, sobre Bartolomé, 157
- Natanael Bartolomé. Véase Bartolomau
- "Evangelio Nazareno", 190
- Nazaret, carácter de, 159-160 Voto nazareo, 237, 237n.
- Nephergerd-Myafarkin, 167 Nerón, emperador, 42 Nerva, emperador, 111, 122
- Nestorianismo, 164
- Nicanor, 250
- Nicéforo Calixto, sobre Judas como novio de Caná, 253; sobre Judas Tadeo, 266; sobre Simón, 283 Nicodemo, 89 Números, "santo", preocupación de Mateo con, 195-196; significado de, 320-321
- Octavia, 42
- Antiguo Testamento, el respeto de Santiago el Menor por, 230; la dependencia de Pedro de, 44; referencias a en Mateo• s Evangelio, 197

- Orígenes, sobre la Epístola de Judas, 262; sobre Epístolas de Juan, 131; sobre Juan Evangelio, 128, 128; sobre Mateo Evangelio, 189; sobre la misión de Pedro, 38
- Ortona, restos de Thomas en, 214
- Otón III, Káiser, 167
- Ozoquías, Rey, 7 4--75
- Panteno, sobre Bartolomé, 164; sobre Evangelio de Mateo, 188-189
- Papías, 41; sobre Juan en Éfeso, 111; sobre Juan el Presbítero, 1 12; sobre Evangelio de Mateo, 188, 189; sobre Felipe, 143
- La Pasión según Mateo, 187
- Patmos, 109-110
- Patras, Andrés como obispo de, 67
- Péguy, sobre Peter, 23
- Perichóresis, 150
- Persecuciones de la Iglesia, 79-82, 1 15
- Pedro, llamamiento de, 8-12; carácter de, 12-16; y conflicto en Antioquía, 235-286; muerte de, 51-53; familia de, ; sobre los gentiles, 233; sobre los herejes, 263-264; hogar de, 6-8; y Juan, 105-107; y Judas Tadeo, 264; rescate milagroso de, 81; misión de, 36-38; personalidad de, 6; sobre el precio de la redención, 301-302; profesión de, 8--
- 12; sobre la selección del apóstol para sustituir a Judas, 319-320, 322-324; temperamento de, 12-16; como Vicario de Cristo, 327-329
- Petronila, 7-8
- Petru kerugma, 50n.
- Fariseos, los, 183
- Felipe, 141-153; y Andrés, 144; y Bartolomé, 144--145, 165; día de fiesta de, 152; como individualista, 145--150; como trabajador, 150-153; posición de, 142-145 Felipe (diácono), 143, 150-151
- Felipe (de Sidón), 111 Felipe, tetrarca, 80 Filón, influencia de Juan sobre, 91 Frigia, Felipe en, 151 Pilato, Poncio, 81 Peregrinos, Misa por, 84
- Pistis Sofía, 152
- Policarpo, sobre el Evangelio de Mateo, 191
- Policrates, obispo, sobre Juan, 111; sobre Juan el Presbítero, 112-113
- Policrates de Éfeso, sobre Felipe, 142-143, 151
- Polimio, rey, 166
- Papa Clemente, sobre Roma, 39
- Papa Gelasio I, 151, 214
- El Papa Gregorio Magno, sobre Andrés, 61
- Papa León XIII, sobre las reliquias de Santiago, 83 Papa Pío XII, sobre la tumba de Pedro, 41 Papa Víctor I, 111, 113, 142, 151 Popea Sabina, 42
- Presbítero, Juan el, 1 12-114 Primado de Pedro, 20-26, 53-55 Prócoras, 124, 135n.
- Profeta, Juan as, 1 14--122 ..
- Proto-Evangelio de Santiago", 244n.; sobre la identidad de Santiago, 227
- Publicanos, 176-177. Véase también Recaudación de impuestos
- Año cuadragésimo, 242
- Queriot-Hesron (Karjetein), 291
- Quirino, 277
- Redención, Pedro sobre, 45--46 "Muro rojo", 40
- Renan, sobre el Evangelio de Mateo, 188
- Cosas nuevas, 242
- Resurrección y Juan Evangelista, 102-103; Pedro sobre, 45; Tomás como testigo de, 203
- Riberia, y representación de Bartolomé, 166
- Ricci, P. Vittoria, sobre Tomás en China, 212n.
- Breviario Romano, sobre Andrés, 65; sobre Bartolomé, 165-166; sobre Santiago, 79; sobre Judas Tadeo, 268; sobre Mateo, 187; sobre Felipe, 151; sobre Simón, 283, 285 Iglesia Romana, y fiesta de Santiago, 247; sobre la identidad de Santiago, 227; y Judas Tadeo, 268 Imperio Romano, Apocalipsis sobre, 116 Romanos, Epístola a, 37

348 Índice

- Roma, Pedro en, 38-43
- Rubens, y retrato de Bartolomé, 166; y retrato de Santiago el Grande, 72; y retrato de Juan, 136; y retrato de Mateo, 181-182; y retrato de Matías, 321; y retrato de Tomás, 216-217
- Saduceos, 183
- San Juan como, 134-137 San Agustín, como autor del sermón sobre Matías, 330; sobre Bartolomé, 156, 158; sobre la atmósfera terrenal, 93; sobre Juan, 83, 90, 92, 136; sobre Pedro, 10; sobre la Redención, 305-306; sobre el significado de los "números sagrados", 320-321; sobre la manifestación espiritual, 262;
- Santa Elena y las reliquias de Matías, 33; 1;
- San Ignacio, sobre el obispado de Antioquía, 38; sobre Pedro, 39; el día de Santiago, 83-84; San Jerónimo, sobre el Apocalipsis de Pedro, 51n.; sobre el Evangelio de Bartolomé, 167; sobre los símbolos de los evangelistas, 172n.; y la tumba de Santiago, 247; sobre Santiago el Menor, 230; sobre el Evangelio de Juan, 123; sobre Judas Tadeo, 257; sobre Mateo, 172-173; sobre Pedro, 38; sobre la esposa de Pedro, 7-8; San Juan Bautista, 80; herejía concerniente a, 125; y Juan el Evangelista, 87; sobre el Mesías, 11; sobre los publicanos, 177; San Juan Crisóstomo, sobre el equipo apostólico, 36; sobre Bartolomé, 165; sobre Santiago el Menor, 230; sobre Mateo, 178, 181; sobre Mateo y Santiago el Menor, 173; sobre el rechazo de Judas por los sacerdotes, 310; sobre Tomás, 214
- San Pablo, sobre el mensaje de Cristo, 94; y el conflicto en Antioquía, 33-35, 235-236; a la Iglesia primitiva, 129; en Éfeso, 110-111; sobre la cuestión gentil, 234, 236-237; sobre la herética, 263; sobre Santiago, 228, 229; y Santiago el Menor, 233-238, 242-245; sobre Juan, 85, 108-109; mal-
- siones de, 67; y voto nazareo, 237-238; y Pedro, 31-36; Pedro sobre, 9; sobre la esposa de Pedro, 7; alabanza de a Dios, 322; respeto de los judíos, 237; y Tomás, 215 San Policarpo, sobre Juan en Éfeso, 112. Véase también Policarpo San Sebastián, catacumbas de, 40 San Esteban, como primer mártir, 79-80, 230-231
- Salemo, como lugar de descanso de Mateo, 188
- Salomé, como madre de Santiago y Juan, 73, 76 Santiago de Compostela, 83 Santiago de Compostela, 83 Safira, 29, 31 Saulo, como perseguidor, 231. Véase también San Pablo Scheeben, M. J. Escribas, los, 183 ., sobre la Trinidad, 150 Escitia, la misión de Andrés en, 66; Felipe en, 151 Mar, imágenes de en el Evangelio de Juan, 86-87
- Sejista, Verónica de Cristo, Pedro, 49-50 Sermones de Pedro, 50n.
- Serpiente, adoración de, 151-152 Siquemitas, 272
- Silvano, 46
- Simeón (hijo de Jacob), 271-272 Simeón, tribu de, 272 Simón de Keriot (padre de Judas Iscariote) 291 Simón el Mago, 29, 31
- Simón Pedro, 5-55. Véase también Pedro Simón (Thasi) (hijo de Matatías), 272
- Simón (Zelote), 271-287; como obispo de Jerusalén, 283; muerte de, 286; y Judas Tadeo, 259-260; un apóstol desconocido, 272-277; como zelote desconocido, 283-287; como zelote 259-260 España, Santiago como santo patrón de, 83 Spognoletto, y representación de Andrés 57-58 "Corceles de Dios", 141-142 Estratocles, 67

Índice 349

- "Stromateis", sobre Felipe, 147-148
Suetonio, sobre Domiciano, 114
"Sufrimientos de Juan, Los", 135n.
Suicidio, Judas, 310
Sinópticos, sobre Tomás, 203
- Tácito, sobre el incendio de Roma, 42
Talmud, sobre los recaudadores de impuestos, 176
Tributación, sistema romano de, 256
La recaudación de impuestos, como carrera, 175-176
"Enseñanzas de los Apóstoles, Las," en
Santiago el Menor, 230
Tertuliano, sobre el Evangelio de Juan, 123; sobre
La persecución de Juan, 115
Tadeo, derivación de, 257
Teodomiro, sobre el martirio de Santiago, 83
Tomás, 201-217; como apóstol, 211-217; labores
apostólicas de, 211-217; como escéptico,
202-211; día de fiesta de, 208-209, 211; y
Judas, 202; y
Mateo, 186; y Pablo, 215
"Tomás-Cristianos", 212
"Montaña Thomas", 213
"Mil años", interpretación de,
1 17
Timoteo, 250 años
Timoteo y Pablo, 1 10
Tumba de Pedro, 39-41
Lenguas, Santiago, 242
Tradición, sobre Juan, 86
- Trajan, Emperador, 134, 152
Transfiguración, Pedro, 17
Trinidad, misterio de, 149-150
Trifón y Justino Mártir, 111
- Urbanápolis, 167
- Valeriano, Emperador, 40
Vespasiano, 279
Virginidad, Juan, 96
"Virtudes de Juan, Las", 135n.
- "Obras del Santo Apóstol y Evangelista Juan el
Teólogo, compiladas por su discípulo
Próchoras", 135n.
- Jerjes y Judas Tadeo, 268
- Zaqueo, 177
Zachary, lugar de enterramiento de, 247
Zahn, en dos John's, 113
Zaroes, 267
Zelotes, 259-260; grupos de, 278-279; como
secta judía, 277; políticos, 278-
280; religiosos, 278
Zebedeo, como padre de Santiago y Juan, 72-73
- Zoker (nieto de Judas Tadeo), 222, 253, 255-256

UNA NOTA SOBRE EL TIPO E
EN EL QUE SE ENCUENTRA ESTE LIBRO

Este libro está ambientado en Caledonia, una tipografía Linotype creada en 1939 por W. A. Dwiggins, sin duda una de las mejores de los últimos 50 años. Su sencillez, su practicidad y su practicidad la convierten en una tipografía moderna con excelente color y legibilidad. El diseñador afirma que Caledonia se creó combinando elementos de Scotch Rmnan, Bulmer, Baskerville y Bodoni, creando una tipografía viva y nítida. Este libro fue compuesto por Progressive Typographers, Inc., York, Pensilvania, impreso por Wicker-sham Printing Company, de Lancaster, Pensilvania, y encuadernado por Moore and Company, de Baltimore. La tipografía y el diseño son de H